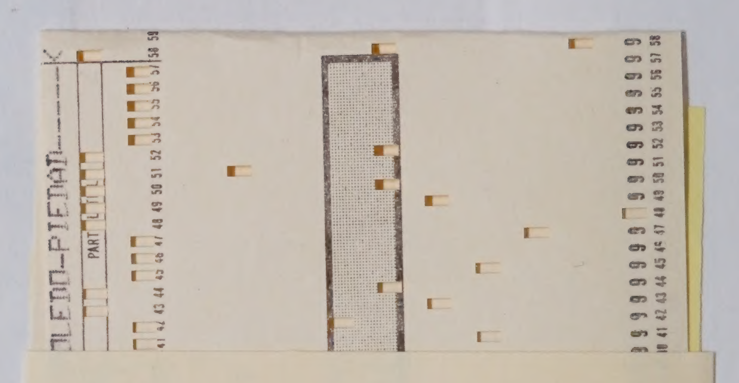


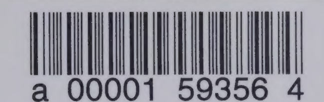


THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

DP402
.T7
U73
1925



This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Form No. 513



FELIX URABAYEN

TOLEDO: PIEDAD

SEGUNDA EDICIÓN



COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA.—ESPASA-CALPE, S. A.

TOLEDO: PIEDAD

SOLD BY

FIGAROLA MAURIN

SUCESOR DE

ZABALA & MAURIN

APARTADO 1046
BARCELONA, Spain

Established
in New York City, N. Y.
United States, 1919

CABLE ADDRESS
ZABAURIN

MOVED TO
BARCELONA, Spain
OCTOBER 1925

SPANISH
AND
FRENCH
BOOKS

Member of the
"Cámara oficial del Libro"



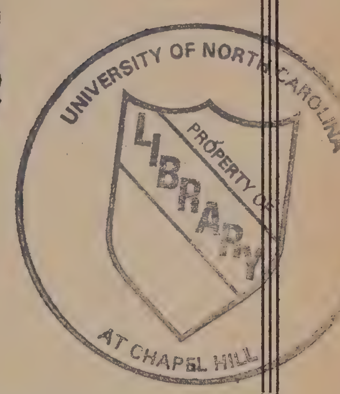
FÉLIX URABAYEN

TOLEDO: PIEDAD

SEGUNDA EDICION

DP402
.T7
U73
1925





COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA — ESPASA-CALPE, S. A.

ES PROPIEDAD
Copyright by Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1925.
Published in Spain.

Papel expresamente fabricado por La Papelera Española.

PARTE PRIMERA

EL VERSOLARI

CAPITULO PRIMERO

LA PIEDRA HERALDICA

La casa del Mayorazgo tiene su espalda asentada sobre el Bidasoa, río de manso humor y claro caudal que corre patriarcalmente por el vientre geórgico del valle de Baztán.

A un costado está la huerta, un pañuelo de verdura marcado de castaños. Los viejos árboles, resignados y tristes, se inclinan como lágrimas sobre la sonrisa del paisaje.

La fachada posee un gran balcón en el centro, y las elegantes rúbricas de sus hierros sostienen una placa del Corazón de Jesús. Más arriba campea el escudo nobiliario dividido en cuarteles. Carece de armas; ningún casco guerrero muerde la piedra heráldica. En cambio, contiene muchas figuras. A la izquierda, arbolitos de laurel y unos calderos. A la derecha, una sirena, de espesa cabellera, lleva en una mano un peine y en la otra un espejo.

La entrada es redonda y grande. La puerta está rasgada en cuatro trozos iguales, de modo que al cerrarse, después del toque del Angelus,

los labios forman una hermosa cruz. Para que la cal no nos emplebeyezca demasiado ni contamine la boca del solar, se la ha rodeado de piedra labrada. De la puerta al tejado suben las losas formando una cenefa berroqueña.

Junto al alero, en la última losa, acaso por capricho del artífice, está esculpido un cuco. ¿Será la firma o algún mote? Es el vasco tan socarrón...

Yo recuerdo que, de pequeño, no me fijé jamás en el escudo. En cambio, el cuco me sacaba de quicio. Me indignaba aquella ave inmóvil que jamás voló, mientras las golondrinas, a su alrededor, formaban unas espirales tan bonitas...

Mirenchu, mi nodriza, me decía muy seria que las golondrinas volaban así porque estaban enamoradas de aquel pájaro negro y se sacrificaban por él, volando afanosas para tenerlo contento, siendo lo más chusco que ellas, tan activas, se enamoraban de él por ser un vago... Y con el cuco y las golondrinas tejía cincuenta historias.

Desde el balcón, la vista se ensancha. A un lado, entre los caseríos desperdigados, se acuesta Oyeregui sobre un cerro redondo como el pecho de una zagala núbil. Más allá, Narvarte esconde su morena cara entre las verdes trenzas de los árboles. A la derecha, Lecároz, con sus prados coquetones y lindos, que parecen zapatitos aterciopelados de una égloga juvenil, y acaban en una frente adusta: el monte Legate.

Abajo, la carretera, blanca, femenina, y a su lado, el Bidasoa, andarín, alegre y joven, que todas las primaveras se desborda ardiendo en celo.

La carretera y el río pasean sus desnudos lomos por el valle en un maridaje de luna de miel. Se encuentran en los recodos o en las hendeduras de algún peñasco, y después de unos besos platónicos se separan un poco desilusionados; mas pronto hacen las paces y vuelven a retozar en las hondonadas, no tardando en encontrarse con implacable y ardoroso furor. El vasco, pudoroso, ha interpuesto unos cuantos puentes de piedra para evitar la inútil y destructora sensualidad de estos tiernos amantes.

A la espalda de mi casa están los montes de Bertiz cuajados de arbolado. Las cumbres de estos montes pelean a menudo con el cielo, tan bajo, del monte. Por las mañanas se enredan allí las nubes, y los robles, hayales y pinos, así embozados, tienen un gesto sacerdotal, druídico, cuyas blancas barbas se mueven muy despacio, como si mascullaran oraciones. En algunas noches de verano, el monte, limpio del blanco telar, monta en cólera; sus ojos, según Mirenchu, despiden relámpagos y salen de su garganta los roncos truenos.

Entonces mi madre corre a cerrar todas las ventanas; nos arrodillamos ante una estampa algo grotesca de Santa Bárbara; se enciende

una vela bendecida por el párroco y rezamos, mientras la criada toca una campanilla, como contestación a cada rugido del cielo. En estas tétricas escenas se incubó la larva del terror que siempre he tenido hacia las tormentas. Aquí nació, sin duda, la angustia que siento ante las borrascas espirituales, el odio a toda violencia humana...

Pero Bertiz servía para algo más. Si después del toque de oración yo me mostraba reacio para meterme en la cama, llamaban a los hechiceros: al brujo de Izpegui o a la Lamiñak de Belate, que bajaba por el hueco de la chimenea. Me hacían oír las pisadas terribles del Bassa-Jaun...

LOS BLASONES DE MI SANGRE

Mi abuelo materno—un Iturri de apellido—fué un hombre de pisada recia y dentadura de león. Las musas mayores del vasco son el contrabando, la pelota y el canto. Las musas de estos tiempos prosaicos tienen un escalafón; pues bien; en los tres fué mi abuelo el número uno.

Como contrabandista no había quien con más seguridad llegara con los paquetes de seda a la Ulzama. En caso de necesidad bajaba hasta Pamplona, escalando la muralla por el bosquecillo cercano al portal de Francia. Otras veces deja-

ba los paquetes en la Rochapea y cogía el coche en Villaba.

Sirvió a don Carlos en la primera guerra, llegando a comandante. No quiso que le reconocieran los galones y volvió al contrabando, pero ya de jefe. Reclutó en Saldías, Narvarte y Legasa unos cuantos mozos atrevidos, y a la cabeza de ellos se hizo famoso. Su historia, como no podía menos, tuvo también sus Termópilas. Cerca de las palomeras de Echalar dispersó una patrulla de carabineros a pedradas. La desgracia de mi abuelo fué que este glorioso hecho lo empequeñeció el papel sellado. El secretario del Juzgado no tenía madera de Herodoto; en sus manos, lo épico caía dentro del Código. Y sólo a fuerza de onzas pudo mi abuelo hacer callar a los cronistas de la curia.

Los días de fiesta se transformaba. Había que verlo en el coro de la iglesia. Con su boina entre las manos, con su camisa limpia y almidonada, con su cara afeitada y la sonrisa angélica de un místico, leía la Epístola. Su robusta voz de bajo tenía el temblor y la unción de los profetas ante las ruinas de Jerusalén. Para las beatas, después del cura, era la primera autoridad; superior por lo tanto al sacristán. Y para todo el pueblo, en el coro, insustituíble.

Pero esto sólo era un bocadillo anticipado de sus triunfos domingueros. En las vísperas, su voz hacía tantas cabriolas, tantas escalas y sal-

tos como lo hacían sus pies en los días laborables para llevar el contrabando. Y de las vísperas iba a la taberna; allí su musa era la sidra y todos los hombres de los caseríos bajaban a oírlo; nadie en el valle cantaba como él los zorcicos de su amigo Iparraguirre.

Otras veces—y únicamente entonces no iba a vísperas—había partido de pelota en la *miarrita* o en Santesteban; partido fuerte, se entiende; por ejemplo, contra los de Azparren o Zaro. Mi abuelo era el jefe. Su guante, sin ser de hierro, como el de Roldán, tenía para sus contemporáneos una aureola de gesta, la misma seguridad triunfante de los vencedores divinizados por la leyenda.

Todos estos capítulos, de los cuales yo sólo escribo unos renglones, hacían de mi abuelo un héroe, con un reguero de altos hechos, gemelos a los de un Cid vasco.

Eso sí; su alma era sencilla y de una sola pieza. El impulso de posesión tenía la trayectoria recta de los niños. Su única tendencia real, la adquisividad. Para posesionarse de las cosas alargaba el brazo. Era el instinto primitivo de la propiedad, sin complicaciones morales, sin rebuscamientos analíticos, sin sinuosidades psicológicas. Su arma de conquista era la andadura. Y como el vasco, lo mismo que el griego, es de una raza estética por naturaleza, he ahí por qué tenía por garganta un pájaro cantarín...

En cuanto a su amor a la iglesia, fué más bien amor a la legalidad. Lo que para el español culto es la ciudadanía, sus derechos y deberes, eran para mi abuelo la misa dominguera y las vísperas. Lo que para Castelar era el Congreso venía a ser para mi abuelo el coro. Lo que el hombre de ciudad llama pomposamente su democracia, el aldeano le llama su religión. Ni que decir tiene que mi abuelo murió rico. Fué el que trajo las calderas a nuestro escudo.

Mi madre fué la hormiga laboriosa que aumentó el legado. Sus hazañas no tenían el oropel romancero de la aventura; eran como una prosa sin ritmo, sosa, amasada sin ingredientes épicos, pero de una suculencia y de una solidez económica admirables. El mejor comercio del valle era el suyo; prestaba con escrituras a retro. Así, los prados de Ondarrena, el caserío de Ciaurriz y medio monte de Bertiz estaban en sus manos. Entre sus antenas recogía la riqueza del valle. El instinto de propiedad del abuelo se hacía en ella tendencia legal para acumular, y no se apoyaba en la Iglesia, sino en las leyes de la Utilidad. La obra de mi rama materna, merced al contrabando y los préstamos, acabó por llenar de onzas de oro nuestras simbólicas calderas.

Pronto extendió su radio de acción. El cobre adquirió substancia, se decoraba industrial-

mente. Con un contrabandista de Yanci y el veterinario de Articuza formó una sociedad anónima tan próspera como cualquier Banco de la City. Los negocios abarcaban diversas ramas: arriendo de las tabernas de toda la cuenca del Bidasoa, de todos los despachos de carne, estancos, etc. Negocios de mulas (léase contrabando), contratas de carbón, molinos que además daban luz eléctrica a los pueblos...

Era mi madre alta y delgada, de mejillas muy blancas; las trenzas de su rubio pelo fueron las más hermosas del valle. No tenía mucha salud; y a mí, a pesar de sus esfuerzos, no me pudo criar. Poco amiga de explosiones afectuosas, al contrario de mi padre, su ternura iba por dentro. ¡Cuántas veces me contemplaba con sus ojos azules, serenos como un remanso! ¡Unos ojos que parecían mirar a la vida para dominarla, y que me hacían pensar en esas montañas nevadas bajo las cuales corre un fuego intensísimo!

La entereza varonil se asomaba a la cara en algunos rasgos: en las cejas, un poco duras; en la boca, un poco recia; en el gesto, un poco fuerte. En cambio, la voz era suave, maternal. Sí; la voz acariciaba, como acariciaban sus manos, dulcemente.

A pesar de su riqueza, todo lo guardaba: desde los pantalones viejos de los criados hasta los restos de la comida, las horquillas y las puntas

de alfiler encontrados en la carretera. Estos hábitos de urraca no irradiaban fuera del hogar. Más allá surgía el ave de presa: un Adán Smith rural. Aunque, si hemos de decir toda la verdad, su inteligencia clarísima volaba muy poco, excepción hecha del campo económico, debído acaso al excesivo lastre de su instinto conservador.

Este afán por ahorrar desde el dinero hasta el tiempo, pasando por los alimentos, le dió cierta fama de avara en este país de hormigas. ¡Qué hubieran dicho de ella las cigarras meridionales! Y yo no niego tal matiz a su espíritu. El historiador debe ser imparcial hasta con su misma madre.

En cambio, para el marido o el hijo, su corazón se derretía con la intensidad primaveral de las nieves del pico de Bertiz. Tanto mi padre como yo conocíamos muy bien esta propensión sentimental a que se desbordara su bolsa. ¡Con qué maña espumábamos el caldero! Con caricias y ráfagas de dulzura derretíamos su voluntad, y llenando nuestra cartera, tan sabiamente como el Bidasoa recoge las nieves fundidas, nos íbamos a gastarla allá... lejos del valle: mi padre, a San Sebastián o Pamplona; yo, a Francia o Alemania.

El matiz de mi rama materna fué la utilidad; sus armas, la flor hazañosa de la aventura que al cocerse da una espuma suculenta: la

riqueza. Gracias al hierro útil, al plebeyo caldero, se sostuvo la sirena.

Porque mi abuelo paterno era noble, muy noble: un brote tardío del arbolillo caballeresco. Su vida tuvo la fragancia de una rosa, pero no dió fruto. Fué tan estéril como un clavel o una orquídea. Estaba tan orgulloso de sus pergaminos heráldicos como puede estarlo un pavo real con su cola. Fantoche, decorativo y erguido como una columna del Partenón, cruzó por la tierra como por un sendero de Versalles. Desde lejos se le podía amar; visto de cerca, no. Su espíritu, para andar, se movía correctamente, sin hollar jamás la espesura tradicional de los hábitos sociales. Pero carecía de sensibilidad, y su corrección era indiferencia. Los sentimientos nobles los rociaba sobre la sociedad; la bilis la vertía en casa. Los aldeanos le amaban; la familia, no. La familia le aguantaba porque era el patriarca de la raza Mendía. Y parapetado en este culto, volcaba todas las impertinencias en el hogar. El escudo de caballero guardábalo para fuera. Era—decía donosamente mi madre—"tamboril de casa ajena". Y acaso éste fué su único tacto; comprendió que, como un cuadro al óleo, necesitaba cierto punto de vista. De aquí que la familia sólo viera las manchas borrosas y los aldeanos el relieve. ¡Conocía tan bien el arte de colocarse en el sitio más brillante para el público!

Lo contrario del abuelo materno, del Iturri contrabandista. Este descargaba su fardo íntimo de bondad en el hogar, y toda la hiel la empleaba fuera. Pero volvamos al glorioso Mendía.

¡Aun me emociono al recordar a este abuelo paterno! ¡Qué lustre el de sus hazañas! ¡Qué cantidad de laurel atesoraba su biografía! Caballero del cuartel de don Carlos, a quien hizo grandes préstamos, se arruinó de una manera prócer. Embajador elocuente y persuasivo, dirigió todos los hilos diplomáticos de la santa causa. Hasta en la hora de morir, el párroco tuvo que arrodillarse para administrarle la Santa Unción. Y es que mi abuelito tenía el cráneo hollinado de prejuicios. Epitafio. Fué incapaz de ganar dos pesetas, ni con la inteligencia, ni con el corazón, ni con los brazos. Y si descansa en paz en el panteón de la familia, se debe a que no vió la unión de un Mendía ilustre con una Iturri de la gleba.

Otra calamidad fué mi padre; calamidad para la familia, flor de bondad para la tribu; pero a éste todo se le perdonaba, porque, a su manera, ¡nos amaba tanto a mi madre y a mí!

Al orgullo helado sucedía la humildad suicida y cálida. El mayorazgo, cargado de pergaminos, descendía a la sidrería y se emborrachaba como un señor feudal.

Madera de artista, era incapaz de todo esfuerzo útil, de toda labor económica y de toda prosa

comercial. De aquí que el segundón, mi tío Joshe Mari, práctico y activo, viendo cuarteado el solar, se hizo marino, y hoy es uno de los mejores capitanes de la casa Larrondoburo, de Bilbao.

Mi padre desconocía el valor del dinero. Sus caseros, en tiempos de soltería, claro, le pagaban la misma renta que en el siglo XII. Y le pagaban por un temor heredado, no porque él se lo recordara... El sólo pensaba en la buena sidra, y por saborearla recorría de punta a punta los distritos vascos o franceses, y era tan sibarita, que sólo gustaba la bebida del país, cabe la cuba y rodeado del coro aldeano. Colocado en este trípode, y con el jarro de sagardúa en la mano, surgía el versolari. La canción alada, la espuma del vaso, el canto efímero, como la vida de las mariposas. Nada creó, sin embargo: ni zorcicos, ni poemas; le faltaba el armazón de la tenacidad; le faltaba el motor del método... No tenía mas que alas...

El arte en los Mendías fué como un río que promete grueso caudal y acaba por malograrse, convertido en afluente. ¿Qué fué mi padre sino un escultor sin cinceles?

En cambio, los Iturris sólo fueron jornaleros geniales. Ejecutaban admirablemente una labor: zorcicos o salmos. Hicieron de la taberna y la iglesia dos gloriosos templos; desarrollaron su garra: el contrabando, pero carecían de toda cualidad sentimental.

¿Cómo se verificó este engarce? ¿Cómo mi madre, tan práctica, se enamoró de un Mendía, de una corriente envenenada de sidra y romanticismo? ¿Fué ley misteriosa de la compensación? ¿Fué que se acercó demasiado al espejo y quedó encantada? Ni ella misma lo supo. Lo cierto es que, a su modo, fué feliz. Jamás vió en la sirena el monstruo que quedaba bajo el agua. Bien es verdad que mi padre tenía una fachada brillante. Rubio, buen mozo, fino—la sagardúa aumentaba su dulzura—, era un tipo vasco puro; el rayo de sol de la raza que pasa por las tabernas, sin manchar su reputación. Sus movimientos, gestos y actitudes, de una elegancia natural, estaban acrecentados por la educación fachendosa del abuelo. En éste la urbanidad, por su carácter seco, tenía una envoltura regia de emperador; en mi padre, su temperamento sentimental todo lo derretía. Si algo tocaba brotaba en seguida la flor de la simpatía. Voz y ademanes poseían ese encanto de la música a media voz que invita a acercarse.

Por esto, a pesar de su ruina económica, del Bidasoa al Urumea y desde el Ezca al Nervión los corazones femeninos latieron junto a él con demasiada violencia. En el mismo Elizondo, más de una nezka le adoró, colocándole probablemente a la derecha de Cristo en su amor...

Sin embargo, la fidelidad conyugal de mi padre era famosa. La boda, para él, fué la prime-

ra y única mano que descorrió la cortina del dormido deseo. Cuando algún casero socarrón añadía a la historia de sus correrías algún lance de verde sabor, mi madre sonreía, sonreía siempre.

Jamás le atormentaron los celos. Ella tenía señales inefables del amor de su marido. Sabía que en casa ella era la musa inspiradora, como fuera era la sidra... El vasco no hace nunca traición a estas dos musas legales, ni las ofrenda sino en sus respectivos altares.

Mi padre no colocaba su vida desde un punto de vista afín a su temperamento, como les sucedió a mis abuelos. Era la transición, el deshielo. Carecía de dureza, carecía de carácter. Vino al mundo para ser lazo de unión, anillo que engarzó a los plebeyos Iturris. Su corazón no fué una roca, ni una garra de águila, rapaz y fuerte; fué el horno que fundía todo lo que se le acercaba, desde el metal hasta la roca; su fuego lo quemaba todo: odios de noble y pasiones de rústico. Y estas llamas despedían tanto calor como bondad...

Murió cuando yo tenía doce años, según un sabio médico de Bayona, de cirrosis. Mi madre y yo llorábamos desconsolados. Y eso que para ella no fué el espejo romántico, sino el peine que limpiaba a menudo su bolsa.

Muchas veces, recostado en el encinar de Oyeregui, donde me gusta sestear y soñar, en mi

espíritu riñen una recia batalla las dos tendencias. ¿Cómo será mi vida? ¿Vencerá el abuelo paterno o el materno? No sé; en mi juventud ha vencido el noble y estúpido laurel...

¿Seguiré igual siempre? ¿No se desarrollará el instinto de posesión, ahora en larva, o es que no hay nada en mi alma de *constructivo?* ¡Bah! El vasco es siempre constructivo. Alguna vez se calmará mi sed aventurera, se parará mi inquietud andariega, se quemarán mis alas de mariposa pródiga y me detendré a trabajar en los cimientos de alguna morada espiritual. Sí; alguna vez. ¿Pero cuándo?

Riñen; siguen riñendo en mi alma las dos tendencias. Por algo en París quise ser pintor y en Alemania ingeniero industrial. ¿Cuál de las dos sendas recorreré?

Mi energía se deshace como una rosa. Mi razón, eterna margarita, sigue preguntando: ¿Qué es lo que va a florecer en mí? ¿El artista inútil o el hierro convertido en prosa comercial? ¿La caldera o la sirena? ¿El Iturri o el Mendía? Y así se va deshojando lenta y estérilmente mi voluntad...

UN SOCRATES RURAL

No son nuestros tiempos generadores de aventureros ni héroes, sino de vidas uniformes, paralelas, que discurren por el carril del absur-

do, las derrotadas; o canalizadas por un sentido práctico y un egoísmo feroz, las triunfantes.

Aquel caudal de energías, heredadas de mi rama materna, se funde en mí por el fuego de una imaginación loca, y en vez de luchar como ellos, hacia fuera, sólo lucho interiormente. Lucha interior, alma enferma. Y aquella hambre de vanidad, y aquella sed artística de mis conquistadores paternos, que jamás sembraron sus campos ni supieron labrar sus tierras, la he calmado en mis banquetes de lecturas con los postres de una literatura decadente: escepticismo, fina ironía, análisis morbosos. Dulces de digestión ligera y de agradable sabor. Pequeños venenos.

La nostalgia de los recuerdos se apodera de mi ánimo y nunca trato de rechazarlos, de reaccionar. La acción se disuelve en un trabajo de pluma, mientras el hacha y la esteva duermen. Es algo así como una herencia de fuerza y vigor que pesara sobre un paralítico.

Al cumplir yo los seis años se planteó en casa el problema. ¿Marcharía a la escuela seguidamente o continuaría vagando? Mi padre era partidario de esto último. Sentía impaciencia por verme algo mozo para tener un compañero de correrías. Su método de educación era sencillo: la Naturaleza como libro abierto, y las sidrerías como grabado necesario del texto.

Mi madre, por el contrario, mostrábase parti-

daria de la jaula escolar. En el choque de estas dos fuerzas venció mi madre, como siempre. En mi padre la entereza varonil estaba en la fachada; por dentro era blando, femenino; mientras ella, con su semblante dulce, encubría una energía de hierro.

Igual contraste se observaba en la sensibilidad de mis padres. El, afectuoso, cálido, tenía muchas simpatías. Su ternura exterior, su gracejo cautivaban en seguida; nadie podía resistirle.

En cambio, no fué constante ni capaz de grandes sacrificios, debido a su volubilidad. Era un poco de llama que se entregaba al primero que llegaba, como su mano, como su vaso de sidra, y que necesitaba variar siempre, sediento de novedades, no teniendo tiempo para ser hondo.

En mi madre, esta sensibilidad corría por dentro. Había que acercarse mucho para verla; de aquí sus pocas amistades. Su reserva, su frialdad, su sosería eran proverbiales en todo el valle.

Ahora veo que esta frialdad era más aparente que real. Sus afectos tenían esa hondura y ese reposo que dan al espíritu un sello de hermética calma, semejante a los ríos de mucha profundidad y de cortas riberas, cuya superficie jamás altera su serenidad admirable. Mi padre, al contrario, fué el arroyo de mucho ruido.

sin cauce, que alborota a la menor depresión del terreno, y en el vulgo y en los niños la memoria es sólo oído. Como los ciegos, necesitan medir el caudal por el sonido.

Me he detenido en estos detalles porque todo el mundo dió la razón a mi padre. Como es natural, yo protesté también. Mi órgano legal fué la garganta. Se sucedieron las rabietas y pataleos, me rebelé contra el poder invocador de Mirenchu, el mozorro de Izpegui. Todo inútil: mi madre, inflexible, decretó mi marcha un lunes, y la orden se cumplió a rajatabla.

¡Fué una entrada triunfal! Mi padre me puso sobre sus hombros, rodeando su cuello con mis piernas; mis manos utilizaban como brida su merovingia cabellera. Y si él iba orgulloso, iba yo más. Así entramos en la escuela del valle. El maestro, desde la plataforma, sonreía bondadosamente, dulcemente.

Es cierto que mi padre hizo esto durante una semana; después se cansó; tuvo que llevarme Mirenchu, y lo que es peor, a pie.

Mi madre no dijo nada; al menos, no tengo ninguna impresión suya de mi primera época escolar. Sólo sí recuerdo que al pasar de los carteles al Catón, ella me tomaba las lecciones, y desde entonces, mientras fuí a la escuela, no me perdonó sino los días de misa mayor.

Era don Atanasio, el maestro, un hombre fornido, rubio, con una cabeza redonda y unos ojos

brillantes. Como se parecía a las caras que poníamos en la pizarra para explicar los sistemas astronómicos, le llamábamos el "Sol". Sus gestos, su voz, todo él anunciaba al profesor de energía. Llamado por el Ayuntamiento baztanés, vino precedido de gran fama, que aquí acrecentó. Antes había sido maestro de Maquirriain, pueblecillo enclavado en los aledaños de Pamplona.

Me parece verlo aún, con su nariz pequeña, socrática, y su boca grande, plebeya, explicarnos los sábados *Corazón,* de Amicis; las *Tardes de la Granja* o el *Robinsón Crusoe.*

Otras veces prescindía de los libros y nos contaba biografías e intercalaba juiciosos consejos que resbalaban sobre nuestras niñas cabezas. Temía, como buen colono, que una racha de escepticismo malograra la cosecha. Aun oigo su voz al hablar del *Quijote* que nos regaló en su visita oficial el inspector.

—No lo leáis. Es la Biblia de las almas viejas o de los pueblos cansados. Guardadlo como un devocionario; leedlo en el atardecer; ahora estáis en el alba. Todas vuestras aventuras deben hervir con el fuego de la Fe. Más tarde, apagados los entusiasmos, en frío, veréis muy claras vuestras derrotas. Leed entonces este hermoso libro.

¿Por qué este hombre, que tenía alas de águila, se arrinconó en este idílico valle? ¿Por qué

quiso trabajar en la aldea, entre galileos, cuando tenía sobrados arrestos para entrar triunfante en Jerusalén? Todos sus compañeros habían hecho oposiciones y andaban en la cabeza del escalafón, mientras él volvía las espaldas a la Fama y al descansado pasto del presupuesto. Estacionado en el primer tramo de la escalera, seguía enseñando, dulce, ignorado, silencioso, saboreando su actividad como abeja de colmena que tapa las paredes para que no la vean trabajar.

¡Pobre abeja perdida en una nación de zánganos decorativos, que intrigan en manadas, se reproducen como esponjas y que, con un guiño picaresco de suficiencia, exponen su esfuerzo, de mínimo sudor, sobre espejos convexos para agrandar absurdamente los méritos!...

¡Pobrecito Sócrates de Maquirriain! ¡Pobre rabí vascongado! Buscabas el silencio, la paz, la obscuridad. No te gustaba el alboroto encomiástico de las rotativas, ni querías cosechar nada en los campos ubérrimos de la *Gaceta*. Jamás colgó de tu pecho una cruz de beneficencia como aquella del electorero alguacil de Usurmendi; ni siquiera la gran cruz del secretario del Valle. ¡Qué pena ser sembrador en vez de segador! Mozo ya, vuelvo a recordarte, indignado de tu originalidad.

LOS PRIMEROS VUELOS

El bachillerato lo hice en Pamplona. Quitando las pedreas en el Redín, y los baños en el recodo, mi educación física se resintió por falta de espacio. ¡Hay tan poco sitio para volar en un recinto amurallado, por amplia que sea la explanada! Y más en una ciudad donde está recortado todo: tierra, almas, cielo...

Las murallas de piedra: las murallas del jaimismo. ¡Son tantos los anillos capaces de estrujar los corazones juveniles! En esta Jericó del Pirineo, en esta covacha troglodita y electorera, asilo de los dragones carlistas, hace falta no sólo un Josué, sino un Teodosio de Goñi.

Mi inteligencia, en cambio, volaba de una manera disparatada; se nutría a todo pasto, masticaba toda clase de textos. Aprobé en un mismo año zoología, matemáticas y retórica. Engullía ciencias y letras con una facilidad salomónica. No me idioticé, gracias al profesor de dibujo, que vió en mí felices disposiciones para el arte e hizo que mi madre especializara mi alimentación espiritual.

Era este catedrático amigo de mi familia. Hijo del pueblo de Valcarlos, miraba, no a Madrid, sino a París. A Madrid había vuelto olímpicamente las espaldas. Sus amistades artísticas, su santa arca de idealismo estaban en la capi-

tal de Francia. Este detalle decidió mi porvenir. Mi suerte estaba echada. Además, el dinero de mi madre me permitía el lujo de no tener una profesión servil. Podía ir adonde quisiera, así en la tierra como en el cielo. Para este último punto el viaje para mi familia es de quinientas misas. Así al menos nos lo garantizaba el señor cura. Tengo, pues, la seguridad de que mi familia está en el cielo, porque todas las misas están pagadas. Es más: mi madre, previendo mi falta de laboriosidad, pagó las suyas y las mías, y aunque excedente, a su debido tiempo reclamaré mi número en el escalafón, utilizando como instancia oficial el libro de cuentas de la parroquia.

Pero volvamos a la tierra. Yo acepté gozoso el viaje a la capital francesa. En el fondo de todo artista hay un inepto para la vida y un vago estupendo. "Cantando la cigarra pasó el verano entero...", leíamos a gritos en la escuela.

En París me divertí bastante, aunque en pintura no aprendiera gran cosa. La pintura elegante y fina no me gustaba. Encontraba en sus cuadros una naturaleza artificial. El misticismo andaba en acecho; primero, en la herencia paterna; luego, en el arte. En cambio, el trato con los compañeros, al sentirme aislado, lejos de mi tribu vasca, me hicieron un poco más enérgico y decidido.

A pesar de su latinismo literario, el espíritu

francés no hacía muy buenas migas ni encajaba con mi temperamento. Oyéndoles parecían soñadores. Las mujeres, finas, graciosas, tenían esa inquietud elegante de las alas de una mariposa, que marean por su frivolidad. La raza no podía ser más atrayente. Eran teas de ingenio inagotable y eterno; sentíase uno hermano de estas gentes los primeros días; pero a medida que se avanzaba con la linterna de la reflexión, hasta dar con la raíz, venía el desengaño. La raíz era la codicia, una codicia de raza vieja que dejaba en mantillas a la de mi madre. Una codicia que no parecía francesa ni vasca, sino judía.

Todo lo que bebí en París fué a pequeños sorbos: amistades, placeres, afectos. Los apetitos estaban reglamentados con esa experiencia razonadora de las costumbres demasiado maduras. La raza olía a vejez de sabio griego. ¡Qué tacto más exquisito! ¡Qué elegancia cerebral! Emociones tuve muchas; pasiones, ninguna.

Al llegar el verano dejaba mi estudio de París y volvía un par de meses al lado de mi madre. Era un viaje algo incómodo. El tren francés me dejaba en San Juan de Pie Port. Desde aquí, a pie, entraba en Navarra por el boquete de Urdax. A veces, rasando la montaña, veía escurrirse los sacos del contrabando. El recuerdo de mi abuelo, Cid legendario de estas epopeyas contra la Aduana, enternecía de noble

orgullo mi corazón. Soñaba con altas empresas, utilizando armas más civilizadas.

En Urdax me esperaba el cochecillo. Mi entrada en Elizondo solía tener el ritmo triunfal de los conquistadores al volver a su patria. Entre ruidosos fustazos al pacífico caballo y enérgicos saludos en vascuence atravesaba la plaza. La chiquillería se apretaba en racimos por montar atrás. Sonreían las muchachas, enviándome miradas cariñosas, y desde la puerta de las tabernas levantaban la mano los amigos. Sólo me faltaban las flores cayendo sobre mi cabeza y el volteo de campanas. Yo entraba en la posada de Basterra con ese aire satisfecho con que se debió entrar en el Capitolio.

En uno de estos veranos, entre mi madre y el contrabandista de Yanci planearon un problema económico y se empeñaron en que yo fuera actor, por lo menos, del primer canto. Los negocios iban viento en popa y querían ensancharlo. Yo tuve que ir a Yanci para aprenderme bien el argumento.

La cosa era sencilla: poner unos Altos Hornos, utilizando las cuarenta minas que tenía denunciadas la sociedad. Según don José Miguel, un negocio formidable para nosotros, para los hijos. Ellos sólo lograrían poner el ferrocarril hasta Elizondo. Y cuando le argüía con los Altos Hornos de Bilbao, el contrabandista, cráneo de tribu, se sonreía...

Aunque no estaba conforme, pues París me seguía gustando, acabé por tomar una determinación. El pensamiento baztanés es muy tardo; pero una vez forjado, es como el rayo: jamás retrocede. Marcharía a Alemania. Claro que, aunque no se lo dije, yo me encargaría de desviar aquella nube. Viviría allí como en Francia, cambiando monedas por un poco de placer.

Estuve en Essen y en Westfalia. Vi que sólo uno de aquellos hornos elaboraba más hierro que la suma de todos los de España. Estos herederos de Vulcano tienen una potencia industrial espantosa. Ahora bien; según los griegos, el destino de este dios será siempre el mismo: ser burlado por Marte...

Yo me cansé pronto de esta sinfonía de grúas, máquinas y demás monstruos de hierro, y, echándolo todo a rodar, juré respetar la virginidad de las minas vascas. Trasladé, pues, mi residencia a Leipzig. En este hermoso nido de arte pensé, como en París, seguir desarrollando impunemente mi pereza. Quise limpiarme de la prosa científica alemana y del barro jornalero que despiden las leyes de su mecánica.

Lo malo es que en esta ciudad del *bock* y de la filosofía sólo tropezaba con abejas; con alas de alondra, pero abejas. Mis amigos, muchachos rubios y fuertes, casi corpulentos, eran de la misma madera que aquel "Sol" con levita que me enseñó las primeras letras. Trabajaban doce ho-

ras diarias y me hablaban sin cesar de las excelencias del método; suprema virtud, único medio de triunfar en la vida. Corregían mi desordenada curiosidad, mis paseos sin brújula por las regiones del arte. Querían que yo caminase por el campo estrecho de la especialidad, y oponían a mi libertad la tiranía de la papeleta. Estaban enjaezando mi inspiración; a todo le añadían bridas.

También aquí la raza tenía sus defectos. Defectos de juventud, claro. En las cervecerías nos embriagábamos decorosamente, convirtiéndonos en seres un tantico grotescos. Así eliminaban la grasa plebeya aquellos espíritus gloriosos. En estas oraciones, en que el *bock* hacía de incensario, mis rezos eran mentales; en mis amigos, vocales y ruidosos.

Con la faz roja y las venas del cuello hinchadas cantaban antiguas baladas de Uhland, algún lieder de Kerner. En estos versos aparecían las castellanas pálidas en lo alto de las almenas o las sirenas de Loresley, sacando su hermosa cabellera de la sábana azul del río, con las mismas artes de seducción que las princesas de nuestros antiguos romances. Y los brazos encantadores conducían siempre al caballero hacia la Muerte. La cámara nupcial era en la realidad un ataúd, y el ramo de azahar, la terrible guadaña.

Cuando conseguían enternecerme cortaban

de repente la inspirada poesía con un aullido lastimero, sedimento de las selvas germánicas. ¡Pero esto tenía afinidad con mi raza! También la canción baztanesa, el suave zorcico, es cortado por el irrinzi.

Aparte de estas chiquilladas, propias de todo pueblo un poco ingenuo, mis amigos eran magníficos temperamentos de actividad tenaz. Así como París fué el nido donde aprendí a gorjear anticlericalmente, Alemania era la colmena prosaica. Pesada, negra, aburrida, pero colmena. Nuestro concepto político de derechas e izquierdas los dejaba fríos. Sólo discutían de técnica y minucias económicas.

Sin embargo, sus ejemplos empezaban a despertar en mí algo profundo, mi levadura materna, y sin notarlo apenas fuime encarrilando en el esfuerzo reposado, constante, sin las bruscas alternativas de antaño.

Rápidamente tuve que dejar la ciudad. Una mañana recibí el aviso cruel: "Madre muy grave." Tras el lenguaje simulado mi corazón supo leer la verdad, toda la dolorosa verdad.

Mientras el tren volaba por márgenes risueñas, taladrando la sonrisa fecunda del Rin, mi alma despertaba bruscamente. Lloraba como el niño que acaba de nacer. Sólo que mi llanto era más triste; eran lágrimas de agonía, no de aurora... Al perder mi madre perdía mi *niñez espiritual.*

CAPITULO II

COMO HE VUELTO A SER UN MENDIA

Mi llar sentimental está tan frío que huyo de mi casa. Mirenchu no logra retenerme con sus cuentos de la infancia, porque mi corazón perdió su ingenuo aroma.

Sé que mi inquietud es estéril: tan estéril como mi dolor. Me falta reposo, y nada encuentro que calme mi desasosiego imaginativo. Ando errante por estos valles de égloga hasta caer rendido, y ni la inquietud cede, ni el espíritu tropieza con la anhelada paz. Andar y soñar. Para andar, los pretextos brotan pronto; para soñar necesito el bosque, el templo de un roble, la columna de un castaño o el dolmen de la sidrería.

De cada una de mis correrías vuelvo ojeroso, sucio y más triste cada vez. Mientras limpio mi piel, mi nodriza prepara nueva ropa. Me mudo, y a los pocos días siento la picazón de volver a correr hasta cansar el cuerpo y estrangular mis ansias.

Busco calor y no lo encuentro. En la cocina

arden los troncos y toda la casa está en orden. Sin embargo, dentro, en el corazón, todo sigue frío. Falta el beso maternal, su mirada suave, sus reconvenciones prácticas, sus consejos agridulces; hasta el obstáculo económico vencido con zalamero tino.

Ahora, en cambio, sobra el dinero y ha huído el calor, la brasa que calentaba invisible y que, con imbécil inconsciencia, sólo se la echa de menos al apagarse para siempre en el cercano cementerio.

Jamás transcurre la semana sin que vuelva a salir:

—Mirenchu, voy mañana a ver el partido de pelota a Leiza.

—¿Vendrás a casa desde allí?

—No; bajo a la Ulzama, al mercado.

Delante de la nodriza, mis correrías las disfrazo de motivos económicos o decentes expansiones. Ella sonríe tristemente y empieza a preparar los últimos detalles de mi traje de campaña: el pesado borceguí con la suela forrada de clavos, el bastón de aguda contera, el tapabocas de floridos bordes, la boina azul y anchísima.

Con mi vestido aldeano y el empaque de un príncipe que se disfraza, salgo al campo, convertido en un trovador de boina y vasco chapín. Azotado por la lluvia o por la fresca sonrisa de los días abrileños, recorro todas las monta-

ñas. Hay veces que llego hasta el valle de Roncal, y con mi pariente Iturralde, ganadero de Urzainqui, me voy a ver las almadías sobre el Ezca, o, como buen discípulo de Horacio, me tumbo en la hierba y presencio el esquileo del ganado.

Otras veces mis paseos son más cortos. Desde Irurita subo a Burguete y descanso en Roncesvalles, cuyo prior, párroco que fué de Garralda, fué gran amigo de mi padre. En este cenobio coronado de nieve se saturan de calma mis nervios.

Pero pronto discuto airadamente con los canónigos, bien una jugada de tresillo, o, en nuestros paseos por el cabezo de Roldán, esa influencia francesa con que han matizado las vidrieras y el sepulcro del rey más navarro y amador.

—El rey don Sancho—les digo—fué un cristiano que tuvo corazón de moro. En las vidrieras debisteis poner lances árabes y sabrosísimas bailarinas, y el rey, muerto y todo, os lo hubiera agradecido.

Don Juan Manuel, el canónigo, bibliotecario de la Colegiata, se indigna.

—¿Moro el rey que rompió las cadenas de las Navas, las cadenas que han pasado al escudo del reino?

—Moro, sí; hay amantes que estrangulan a la amada por exceso de cariño. Si rompió las cadenas de hierro fué por venganza. La victo-

ria amada fué la otra: las cadenas rojas de aquella Galiana misteriosa que se ha quedado sin romance. Galiana Princesa, como la de Carlo-Magno, que entregó el tesoro de su doncellez a un rey cristiano. Y esas quemantes cadenas, de tan sabrosos recuerdos, jamás pudo romperlas el rey fuerte.

El prior ablanda la discusión con unas cuantas cuchufletas envueltas en un vascuence irónico:

—¿Por qué no haces tú el romance? Tus ocupaciones te lo permiten holgadamente. ¿O eres igual que tu padre, un guapo mozo tan inútil como él?

—Señores, no hacerle caso—dice el bibliotecario—. Es la semilla de Iparraguirre que arraiga en la familia. Gracias a que éste es inofensivo...

Cuando me canso de caminar hacia Oriente, bajo por la cuenca del Bidasoa. En Yanci no entro; aquello está muy alto y el contrabandista suele atizarme responso tras responso, queriendo rociar de aldeanas codicias mi sangre. Por lo demás, no le temo, y si huyo de sus machaconas antífonas acerca de la "Utilidad", es porque son una especie de perejil para mis ensueños.

Me gusta más quedarme en Saldías o Ituren. Si llueve me refugio en la taberna, bebo para calmar mi inquietud y convido hidalgamente a

todo el que entra. Mi alma, más elevada que la de la Samaritana, además de dar de beber, paga.

A veces entran zubitarras, leñadores de Jaunsarás o alegres ulzameses, algunos de ellos versolaris, y con el vaso en actitud de brindis me retan para un concurso en que la inspiración pueda bailar libre, salvaje y en vascuence. Al principio, mi barniz europeo se avergüenza ante esta desnudez de complicaciones retóricas, ante este adanismo del verso.

Pero, poco a poco, el torneo poético, que con el arma ancestral de una aleluya revolotea alrededor de mis oídos buscando un portillo en mi amor propio, penetra en mis moradas atávicas, me embriaga, me atrae y acabo, ya engallado, por contestar.

Entonces la melopea se hace interminable. Inmóviles como fakires, tocándonos las piernas como los cantores finlandeses, impregnados del áurea mística que agudiza y espolea nuestra fantasía, la libre canción fluye con la continuidad de los ríos de grueso caudal. Las preguntas constantes de los otros, como una lluvia montañesa, acaban hinchando mi venero poético.

Cada voz es un río de diverso matiz. Salta el verso con un sonido claro, y al caer, la presa de un mismo ritmo los une. Se enlazan desde la misma altura, brotan con una misma entonación. Parece que va a surgir el coro.

De repente, la canción deja de caminar entre

riberas musicales; pierde su compás de tristeza y angustia. La inspiración se sumerge, se interna dentro de la corteza de la raza. Cesa el ritmo, como si el río se lo hubiera tragado la tierra. El canto se ha hecho oración, y el verso busca las raíces de la tribu, las fibras de sus vidas obscuras, los hilos que mueven sus pasos, Calla el cantor y habla el poeta.

Poco después sale otra vez a la superficie, llevando un sabor más dulce, más tibio, y el curso de la inspiración vuelve a marchar entre riberas monótonas.

Canto hasta enronquecer profecías sibilinas: la vuelta del vasco a su tierra de promisión; la marcha de los leñadores y boyeros hacia Castilla, la llana; la huída sensual de la raza, buscando el regazo caliente del naranjo andaluz. Cientos de absurdos que tienen la incoherencia y el balbuceo de los posesos y de los locos...

Pronto la puerta de la taberna se cubre de curiosas cabezas. Desde la plaza llega hasta mí el cuchicheo aldeano. Oigo voces femeninas: "Ahora contesta Mendía, el versolari." Trallazo tal, dado a mi orgullo, desboca del todo mi estro, y las canciones se suceden como cuentas de rosario, hasta que la lengua se pone pegajosa, enhollinando la salmodia, y por fin una descarga nerviosa me hace perder el sentido.

Sólo Ramón Ochovi, el versolari de Ilarre-

gui, logra algunas veces derrotarme. No tiene mi variedad de léxico, pero tiene más inspiración.

Ramón varía la tonada que le sirve de guía, según el metro del verso, y para cada asunto emplea una melodía distinta. Esto sólo pueden hacerlo los sumos sacerdotes del canto. Es además un bardo que improvisa sobre un marco musical constituído con tonadas esencialmente populares.

La facilidad sorprendente con que los versolaris improvisamos depende mucho del carácter del vascuence, cuya sintaxis se presta a las combinaciones, y cuya fonética, sin acento prosódico fijo, facilita extraordinariamente la dicción musical.

Ochovi canta siempre de pie, y hace con los brazos, con gran parsimonia, unos gestos que son el comentario simultáneo de las estrofas, la rúbrica del ritmo, la espuma del zumo creador. Los dedos de la mano derecha se mueven ágilmente, como marcando un complicadísimo compás.

Al final de cada estrofa la melodía se eleva vibrante. Entonces Ochovi, con todo el cuerpo en tensión y los brazos en alto, aspira a elevarse también. Recuerda a las águilas cuando arrancan a volar. El gesto es tan profético, que siempre arrastra al público en un impulso irresistible. El auditorio, contagiado ya, le aplaude

con frenesí, y yo mismo me entusiasmo sinceramente.

Estas andanzas por las raíces de la raza, esta sumersión en sus costumbres milenarias llenan de remordimientos mi conciencia de civilizado. El acto de atrición dura a veces bastante. Mirenchu, admirada de mi arrepentimiento, me va poniendo el traje de severo corte, el capote de Burdeos, y acompañado de un criado que me lleva la caja de colores y la silla, salgo estirado, serio, para ponerme a pintar.

¡Qué delicia la de estos paisajes baztaneses! Montañas femeninas con la cabellera espaciosa de castaños y manzanos; montañas de suaves curvas, vestidas de prados, con sus faldas azules y los bajos blancos, bordados de caminos y carreteras divinamente planchados. Todo limpio, cuidado, joven, con el empaque un poco teatral de una damita aristocrática que se disfrazara de serrana...

Busco lo suave; los remansos de césped que sirven de asilo a la fuente rústica; las laderas arrulladas por la clara música de algún infantil regato que, desgranando risas, marcha a abrazar al abuelo Bidasoa; la cortina de los robustos cerezos que, velando la luz, enseñan el fondo de un paisaje albeado de lindos caseríos, de dormidas palomas con las blancas alas clavadas en las arrugas de las montañas.

Despacio, con sosiego, la luz va destapando el

arcón de emociones estéticas. Mi alma admira estos hilos serenos que castamente juegan entre cumbres, besando con gozosa serenidad las copas de los árboles hasta acariciarnos blandamente, como la mano de una madre, sin hacernos sufrir, y que se deshacen en las hondonadas, alumbrando humildes huecos para morir entre los negros brazos de la sombra que avanza furiosa.

En estas montañas, el cielo bajo, huérfano de azul, saturado de nubes, comunica a la fronda la dulzura mansa de los ojos cercanos que nos miran cariñosos, desprovistos de turbia sensualidad. Esta luz con celajes, velada casi siempre por las lágrimas de la lluvia, tiene un gesto maternal. Hasta el sol carece de esa brasa que, como fuego de hembra en celo, calienta la sangre y desencadena las tormentas medulares.

Sentado, en mangas de camisa, mi pincel trata de aprisionar esta luz, que tiene la pureza de una letanía recitada por una boca infantil. Un poco más atrás mi criado fuma su pipa con esa inmovilidad vasca de las cariátides.

A veces trabajo semanas enteras. Surge entonces el mayorazgo correcto, el señorito lugareño de vida ejemplar. Un hombre adaptado a la vida burguesa de la villa, que pinta, como los demás cazan, por distraerse. Pero mi arrepentimiento no es eterno; vuelve la inquietud, vuelven las andanzas.

Llevo una larga temporada en que mis correrías han tomado una dirección fija. Desde Ituren subo monte arriba, y bordeando el bosque sagrado de Articuza, que está virgen de huella humana, caigo al anochecer en Irurzun. Al día siguiente estoy en Echarri-Aranaz. Los curas de la Barranca y la Burunda son célebres por su fortaleza en el tresillo, y Echarri-Aranaz es la Atenas donde se celebran las partidas más renombradas de estos olímpicos juegos sacerdotales.

Los gladiadores más famosos, el párroco de Echarri, el de Alsasua y yo, en calidad de seglar, componemos el trípode donde a menudo se sienta la Fortuna. De cuarto hace algún americano que necesita nuestro espaldarazo para darse tono entre los catecúmenos. Los combates duran uno o dos días y el tanto más bajo es a peseta.

El juego tiene entre nosotros la solemnidad de un rito. Si alguno de los jugadores tiene que celebrar, con la última campanada de las doce deja de beber y sigue jugando. Se levanta con el alba, se pone otro en su lugar y a la media hora vuelve a ocupar su puesto. Horas y horas permanecemos sentados sin interrumpir el juego. A veces, mientras dan las cartas, se levanta un combatiente y se marcha hacia el ángulo obscuro de la sala, donde aguarda, no el arpa de Bécquer, sino un vaso esclavo de chillona

porcelana. Este vaso espera la mano oficiosa que vuelva a dejarlo cada vez más lleno.

Ha llegado a ocurrir que, después de una larga partida, aun tengo humor y bajo a la plaza para cantar. Me apoyo en el roble centenario del centro de esta ágora rural, y así desgrano incoherentes versos. Los comentarios del coro son siempre contradictorios. Para unos, tengo un lejano parentesco espiritual con Iparraguirre; para otros, apenas llego a mediano discípulo.

Siempre es Iparraguirre la piedra de toque, el termómetro que compulsa los grados de genio del autor y del actor.

Y es que Iparraguirre es el mito sagrado. Carece, como buen semidiós, de biografías. Sólo tiene leyendas, y las leyendas son distintas. ¡Cambian tanto, según las bocas que las narran!...

En unas surge el aventurero con matiz revolucionario y liberal; en otras, el soldado agresivo y duro. La cronología anda aún peor. Hay quien pone su marcha a América en la aurora; hay quien afirma que abandonó el solar con pretexto de ir a la escuela. Otros, por el contrario, relatan la huída del bardo en un atardecer.

Tampoco en el recuerdo hay conformidad. El pueblo lo tuvo por el mejor tocador de guitarra; los curas, por el músico más inspirado; la nueva juventud, por un desterrado del Olimpo

que enseñó los tesoros de poesía que encierran las entrañas de la raza. Y no tardará este Apolo vasco en tener su Delfos...

De todas estas leyendas, la que más impresión me hizo fué la que me contó una vieja de Izurdiaga en una cueva de Osquía mientras preparaba el almuerzo de los leñadores: unas habichuelas negras propias de la cocina espartana. De su boca desdentada surgió este cuento mago, de carnes calientes y sima inmoral. Acaso hubiese sido mejor contarlo con la plebeya jugosidad con que salió de los labios de la abuela; ganaría en sencillez. Pero es tan grande la llama, que para no quemarnos hay que cincelar artificialmente los párrafos. ¡Y aun así!...

Cuando la raza vascongada era tan fuerte como los robles de estas montañas y tan dura como los pinos que muerden el esqueleto de estas rocas, brotó el único yugo sentimental capaz de uncir todos los pueblos éuskaros: el zorcico.

Estos cantares, nacidos en la edad de la inocencia y para pueblos sanos y jóvenes, tienen una nostalgia tan tierna y se hincan en el corazón con tan soberana presteza, que, al darnos cuenta, ya han fabricado un nido muy ancho de religiosa admiración.

Por eso nuestra raza, tan preñada de poesía, a su debido tiempo supo engendrar su bardo; que no fué errante rapsoda ni mísero ciego, ni

creó sus versos inmortales siendo un ancianuco de luengas y nivosas barbas, como el Homero de la leyenda, sino un mozo bizarro, de espesas melenas y barbas de druida, cuyas abarcas con suela de clavos recorrieron un camino tan glorioso y brillante como las sandalias de las canéforas en las fiestas peánicas.

En sus costumbres deja una estela parecida a la del divino heleno, hacedor de una religión. Como él, fué mendigo; como él, caminó ciegamente por esas tierras que están más allá de las riberas mediocres del bien y del mal. ¡Sólo que este patriota trovero fué un mendigo de más alta estirpe! ¡Como que fué un mendigo de amor!

Nació Iparraguirre en Villarreal, obscura aldehuela vascongada. Después de su encarnación, la madre tuvo un antojo. Deseaba una golondrina negra que vivía en el alero del tejado; la de vuelo más ligero y más traviesas alas. Este deseo fué para el marido escéptico argumento de vayas.

La Naturaleza se vengó cruelmente de este simbólico Zacarías falto de fe, de esta alma de cuco que arraiga en todo solar vasco. Toda la actividad del hijo se redujo a un vuelo incansable, raudo y loco. El alma de la golondrina quedó clavada dentro de la frente de Iparraguirre.

Místico y romántico desde sus primeros tan-

teos por la vida, entró en un Seminario para hacerse sacerdote. No cuadraba a su contextura andariega el reposo santo del claustro, y una mañana de sol, la primera aurora de amor de este argonauta de mujeriegos vellocinos, ahorcó los hábitos y huyó enamorado tras una fruta temprana, que con la suavidad de sus blancas manos y el sabor de sus labios rojos prometía una felicidad más positiva que las inefables bienandanzas con que Dios premia más allá de la tumba los sacrificios y dolores de sus siervos.

¡Pronto supo deshacer el enredo amoroso! Libó aprisa las mieles del deseo, extrajo el más dulce don a la inocente doncella y salió volando en busca de nuevas andanzas.

Sediento de emociones más fuertes que las holgadas en los rústicos panales de los labios femeninos, colgó por algún tiempo su laúd de vagabundo. Fué guerrillero, y los dedos sabios en rendir carnales alcaceres tornáronse crueles al empuñar el fusil. En el libro de su nebulosa historia faltan los capítulos guerreros de estas peregrinaciones bizarras. Por lo visto, la leyenda necesitaba vestir a Iparraguirre de soldado. Bien es verdad que Apolo supo dar certeros flechazos.

Siguen después nuevos claros; páginas vírgenes que los glosadores futuros acabarán por escribir con la celestina ayuda de la fantasía. Fi-

nalizada la guerra, anduvo errante por Italia, Francia e Inglaterra, convertido en una ola más de la multitud anónima.

La primera hazaña conocida fué su presentación en Madrid en un día de lluvia. ¡Siempre fué la lluvia su mejor escenario! Se presentó en el café de Levante, y ante las mesas donde se reunían sus paisanos cantó unas dulces baladas llenas de tierno amor hacia el solar nativo.

Tenía entonces Iparraguirre ademanes sueltos y aposturas de caudillo. La gran boina ladeada dejaba al descubierto su indómita cabellera. La barba era grande y cenobial; barba de lino, como en los druidas. En sus manos, la guitarra era una esclava obediente a la caricia sabia de su señor.

La fogosa inspiración de este bardo lo creaba todo: el verso viril o ardiente y la música, eternamente moza y eternamente inmortal. Pero la que encantaba era su voz. Una voz conquistadora que, con el blando metal de su timbre, ahuyentaba los fríos y horribles mastines de la conveniencia, y ayudada de sus dueñas y amigas, las lágrimas, iba abriendo los cerrados huertos de los corazones sentimentales.

Dicen los que le oyeron que era una voz única. La más melodiosa y acicalada que salió de garganta humana. Sierva fiel de su amo en todos los registros, lo mismo rasgaba el aire vestida con matiz de juglar, al cantar su balada

marinera "boga, boga, mariñelak", que saltaba desnuda, enseñando su piel sagrada, de épica rotundez, al entonar el tremebundo "Umeder doba"; o volaba con las alas de una tristeza doliente, nostálgica, en la amorosa "Eta guria". La larva de su inspiración va a abrirse pronto, y el himno de su raza se incubará más tarde entre el calor de estas estrofas desperdigadas, de estos primeros suspiros de su genio.

Triunfó y fué ídolo durante algún tiempo. Pero se cansó pronto del ambiente ciudadano; porque Iparraguirre, como esos enfermos que nunca encuentran postura fija si no es entre las tablas clavadas del ataúd, tenía la maldita pesadumbre de los sedientos de paisaje, que apagan su sed hollando nuevas tierras y nuevas flores. ¡Padecía la misma sed que Asvheros el maldito!

Además, sus pulmones trabajaban a regañadientes entre aquel aire tan repartido; sus ojos se ahogaban entre tanto laberinto de edificios; sus pies, salvajes y danzarines en la floresta, caminaban torpes por esta Babel. Y una tarde de tedio infinito desapareció de Madrid.

Volvió a sus patrios lares, y aquí comienzan sus aventuras de amoroso juglar. De todas partes le llamaban. El humilde pueblecillo, la coqueta aldehuela y la villa más orgullosa necesitaban el arrullo de su canto para dar esplendor y galanura a la fiesta anual. La Barranca y el

Baztán, en Navarra, y cientos de pueblos más de las otras provincias hermanas recorrió nuestro Homero vasco. Inútil, como buen artista, para adaptarse a la vida de esta raza, que es esfuerzo diario, acumulación inteligente, tensión de hormiga, les era sin embargo indispensable para los momentos de descanso. En los oídos refinados sonaba a plegaria; en los más plebeyos, a oración cantada.

Después de la fiesta religiosa se congregaba el público en la plaza. Nuestro bardo se colocaba en el centro, ponía a tono su acompañante instrumento, y hecho el silencio en el aldeano concurso, suavemente, y gimiendo nostalgias, las cuerdas de su guitarra comenzaban a preludiar un aire de zorcico. Entonces la voz del poeta cantor descifraba el alma de Vasconia con druida clarividencia. Surgía el catecismo de la raza hecho balada, y los viejos *aitones* lloraban viendo a este *aeda* genial encarnar en sus versos los ideales adormecidos en lo más hondo de sus corazones. ¡Corazones recios para la fatiga, pero desnudos de toda ilusión, y que solamente este mago errante sabía vestir con el calor de sus estrofas!

Otras veces, con una dulzura milagrera, cantaba acariciantes aurrescus, y una brisa lésbica inundaba de rubor las mejillas rosa de las mozuelas, que, inquietas e invadidas de un alegre

desasosiego, sentían que dentro, muy dentro, iba escarbándoles la voz soñadora del divino cantor regional.

Mas estas conquistas de almas y todo el entusiasmo que sus cantos despertaban no añadían ni un solo doblón a su siempre vacía escarcela. Despreciaba olímpicamente el dinero, que, según decía, convierte al hombre en el siervo más vil, por estar enamorado de su misma servidumbre.

Era libre como las aves del campo, que cuando les cansa el paisaje remontan el vuelo en busca de otras tierras y otros cielos, y cuando tienen hambre descienden a los sembrados, y cuando tienen sed buscan el agua más clara en la espuma saltarina y retozona de la torrentera. Y hasta para amar desprecian los dogales del Estado o de la Religión.

En todos los hogares tenía mesa puesta; comía en uno y cenaba en otro distinto. En todas las casas tenía lecho preparado; pero él prefería dormir al abrigo de una roca o sobre la colcha cespedeña de los prados a cobijarse en el solar amigo. Para almohada, allí estaba su guitarra ayudándole a cantar y... a dormir. ¡Encontraba más sereno reposo entre las piedras del camino que en el muelle y blando abrazo de las castas sábanas!

Y es que por la noche, cuando las gentes de los caseríos retornaban a sus viviendas, topa-

ban casi siempre con la atormentada y gallarda figura de Iparraguirre, que paseaba sus deseos entre las silenciosas y verdes melenas de los maizales o las grises bóvedas de los castaños. La aureola de hambriento amoroso movió a compasión muchos pechos femeninos, y así, siempre había alguna moza demasiado sentimental o de corazón tan limosnero que sabía quedarse a la zaga de la comitiva con tierno descuido. ¡Y allí iba nuestro enamoradizo pordiosero a recoger su limosna y a desdoblar su manta!...

Luego la nena arreglaba con dulce abandono el desarreglo de sus faldas y volvía a subir el camino un poco más pálida, acaso un tanto llorosa y sorprendida de haberse dejado arrancar tan fácilmente la piedra preciosa que las doncellas llevan en arras al tálamo nupcial, y es el exorcismo necesario para alejar los manes de Apis de la frente del marido.

Muchos de nuestros idílicos aldeanos, que nunca sintieron grandes codicias por estos voluptuosos blasones, lamentaban únicamente tales refriegas porque en ellas morían multitud de bermejas panochas, decapitadas por el loco furor de los oficiantes. Y se indignaban con montañesa sorna ante el caso de que los jóvenes trasladasen sus paganos altares a los campos de maíz, temiendo quedarse sin cosecha todos los años.

Se dice que en sus últimos tiempos de ama-

dor sólo encontraba rico deleite en la siega de las rosas tempranas. ¡En la siega de esos claveles mañaneros empapados aún del rocío encendido de la naciente pubertad! Y se dice que en tan sabrosos trabajos ponía la alegre desenvoltura del sátiro, que acosa a las ninfas garridas hasta hacerlas desfallecer entre la umbría. ¡Estas umbrías vascas, cuya única lámpara es la luna, incapaz de alumbrar tanto rincón placentero, donde una raza más galante imitaría a Iparraguirre haciendo de cada espesura un altar en honor de doña Venus, la madrecita lozana de don Amor! Con esta pagana grandeza amó, pues, aquel divino mendigo.

La historia de estos romances gloriosos de la carne, desgranados entre la sombra piadosa y blanda de las noches de luna, y el escándalo que corcusieron bocas celestinas con estas jornadas bizarras, amén de algunos flemones demasiado indiscretos, soliviantaron un tanto a nuestros patriarcales habitantes, que comenzaron a cuidar de sus hijas con áspera solicitud y sin dejar tan sueltas como solían las libres voluntades. ¡Precaución inútil! Las doncellas—garnachas tempranas o frutas maduricas—esquivaban la autoridad paternal y, hurtando su vigilancia, huían en el silencio de la noche a entregarle su limosna.

Los admiradores del bardo pedíanle un poco más de cautela en sus excursiones amatorias;

pero él no daba importancia a tan prudentes consejos. Como el buen Sigfredo de la leyenda teutona, "jamás dió albergue al miedo". En su catecismo, el amar mucho era la primera virtud cardinal, y si en el lindero del camino encontraba tiernas flores, las deshojaba con soberana presteza, y sin pedir permiso a las leyes de los hombres ni al bendito cristianismo.

Acaso alguno de estos lances le abrasó demasiado; quizá el recuerdo de unos labios que besó y no logró hacer suyos socarraron su corazón, dejándole un escozor demasiado amargo; o tal vez sus venas heladas con el peso polar de los años no encontraron en estas tierras una Sulamnita de carne virgen y alma de niña que les diera con el velo de su desnuda juventud el calor necesario para curar su frialdad. También pudo algún padre calderoniano o algún exigente Otelo interponerse en su ruta y obligarle a emigrar. ¿Quién sabe? No hay ningún historiador que nos tienda su mano erudita para enseñarnos las causas que le hicieron salir de su patria.

Sin embargo, la razón de su huída quizá no estribe en estos acontecimientos externos, en estos lances a flor de piel. Se necesita escarbar más hondo, arañar alma adentro. Estudiar su eterna movilidad, pongo por caso. O su historia maldita de Asvheros, que no encuentra sosiego. Para juzgarlo, tengamos presente su inquietud y esa ansia de variar de postura, hijas del ape-

tito trashumante de este altísimo gastrónomo, que siempre estuvo devorando nuevos ambientes y cambiando, con helena facilidad, de sabrosos frutos en sus amorosos postres.

La marcha definitiva y eterna del patrio suelo debió desgarrar de tal modo su espíritu, que se vino abajo la cortina del santuario donde dormía su genio. Su sensibilidad, bañada hasta entonces en un mar sensual, se hinchó, preñada de amargura, al dar el último adiós a las estancias solariegas, a las verdes montañas, a los prados de égloga.

Y al traspasar las fronteras del portón vasco, el genio parió, fundido en himno, el Guernikako-arbola. La oración más pura que el corazón vasco rezó ante el altar de su raza. La oración patriótica heredada de los viejos druidas, la bendición del árbol que tenga raíz y sabor montañés. Poeta y campesino, hace de los montes templos; pero no pide cercas al árbol sagrado. No es leñador, sino sacerdote. Por eso canta la expansión, la hegemonía para su selva. "¡Arbol santo, extiende tus frutos por el mundo!"

Hoy, hasta el más obscuro aldeano del más olvidado caserío conoce este canto vibrante, donde palpita el estro supremo, altivo y profético del bardo inmortal. Como aquellos reyes navarros que al morir dejaban el corazón a un santuario, Iparraguirre, en este testamento lírico,

regala a la raza la llama eterna que ardía en su pecho. Bien es verdad que, como Licurgo, marchó y no volvió jamás.

No importa. Queda su alma soñolienta como un mito arcádico, que seguirá viviendo mientras exista un vasco. Y donde anide un colono de cualquiera de las cuatro tribus llegarán las hojas del árbol cuatro veces santo, cuatro veces sagrado.

Atravesó el proceloso mar que divide esta raza en dos familias, y en Buenos Aires y Santa Fe erró vagabunda su musa, despertando en sus dormidos paisanos la nostalgia al terruño nativo. Llevando por bagaje una guitarra, este divino bohemio fué un peregrino que pasó por la vida mendigando un poco de amor, y dando en cambio el rezo de su inspiración, convertido ahora en credo musical.

Al desembarcar en América, el semidiós de Villarreal había perdido su aire de joven griego; dejaba enterradas las alas eróticas; cubría de nieve sus barbas de lino. Los ojos locos que saborearon tantos triunfos seguían teniendo hambre, sólo que ya no era hambre de amor...

Pobre y derrotado, el cuerpo cuya garra cercenó tantas rosas se inclinaba hacia la tierra. La manta que supo ser tálamo se trocaba en pingajo de mendigo; las abarcas rotas, la faja sucia, arrugada su camisa de montañés. Sólo conservaba del león las melenas.

Dolorido y miserable, se desterraba por su propio impulso, como buen profeta. Orgulloso, este poeta de las selvas buscaba para morir un sitio lejano de su arte.

Y aquí termina su historia. ¿Cuándo murió y cómo murió? Nada se sabe. América se lo tragó. Esa tierra produce tanto, que necesita devorar mucho para poder mantenerse. La Argentina, pues, guardará en algún rincón los huesos del bardo. Dormirá apoyado en la almohada podrida de la guitarra. Las manos sabias, sedientas de piel femenina, habrán desaparecido agujereadas por los gusanos.

Allí quedó el cuerpo; mas su alma, no. Su alma sigue vagando por los labios de sus paisanos y va de caserío en caserío, como en su vida real. Viejos y jóvenes, cuando quieren volar, apoyan sus rústicas almitas en las alas de los zorcicos inmortales que este Homero vasco creó...

Morir, morir en silencio, pobre cantor vasco, para poder ser padre espiritual de una raza. ¡Y que la creación nos cueste la vida! ¿Cabe mayor angustia? Y ni una voz amorosa, ni unas manos gentiles, ni un sollozo familiar, ni una sola lágrima.

Al fin, el casero más lerdo muere rodeado de sus deudos o de sus parientes, y su agonía se dulcifica con la caridad religiosa o civil. Pero descender a la tierra anónimamente, estrangu-

lado por la indiferencia, como el pájaro libre caído en las manos crueles de un niño... Caer cuando se siente uno verbo de cuatro tribus... ¿No es para pedir a Dios que nos aparte a todos un cáliz tan doloroso?...

Yo bien sé que mañana el lodo de sus hazañas de amor volverá a la tierra para no despertar jamás, como volvió la arcilla humana que contuvo el agua divina de su inspiración. Y que sólo quedará de su ánfora esta agua que él derramó cantando en el viejo historial de una raza para poder vivir eternamente entre sus páginas.

Pues bien; yo no envidio esta gloria futura, ni su aureola de pastor de un pueblo, ni su estancia presente en la hostería de la inmortalidad. Lo que yo envidio es más humano. Envidio sus pecados; el sin fin de limosnas que recogió en su oficio de mendigo; su sensual alforja, repleta de sangrientos mendrugos arrancados a la piedad de las doncellas en sus pordioseos nocturnales. Es decir, el barro y la impureza de su vida. Porque, gracias a este barro de sus hazañas, también vivirá durante mucho tiempo en los corazones femeninos.

Sí; aun ahora, cuando lleguen las noches de invierno y el viento silbe su canción de rabia contra las paredes del solar, o muera entonando una ronca liturgia entre las ramas desnudas de los castaños, más de una gentil zagala sus-

pirará pensando en aquel mozo bizarro, de voz dolida y plañidera, que abría con la ganzúa de su canto las rojas moradas, que encadenaba las voluntades con el grillete de la ternura, y, ya dentro del alcázar del alma, se marchaba para no volver, llevándose de paso el rubí sabroso de la floreciente doncellez de la embriagada...

Y en el ardiente estío, cuando la noche ha ceñido de negras tocas las sierras y collados, la sombra del galán rondador que mendigaba amores, ¿no seguirá acariciando dulcemente con su recuerdo los corazones de las blandas doncellas?

El barro; yo deseo el barro de sus hazañas. Y no quiero por almohada una guitarra popular, ni que mi cuerpo sirva de carbón para alimentar glorias humanas. Quiero el silencio y por almohada una boca; una boca que yo haya besado mucho...

CAPITULO III

REMORDIMIENTOS PURIFICADORES

Frío. La única ascua que daba un tibio calor, la vieja Mirenchu, la enterraron mientras yo tresilleaba por tierras de Echarri. Ha vuelto a la tierra como mi madre, llamándome. Ha descendido sola, sin mi beso de despedida, pidiendo a Jangoikoa que ilumine mi senda y me libre del mal. Al entrar en el colapso—las dos han muerto del corazón—su última palabra, aquí arriba, ha sido mi nombre...

Siempre llego tarde, y este fracaso encrespa mi dolor, hinchándolo con la ventolera del remordimiento.

A la mañana, con el alba, oigo misa. En nuestros paseos por la carretera, el señor cura, un poco receloso, tantea mi fe. Escamado de mis gorjeos anticlericales de antaño, avanza muy despacio en sus sondeos. Este Moisés rural duda, por lo visto, de que mi alma pueda penetrar en la tierra prometida.

—No se apure usted—le digo—. Los vascos vamos derechos al cielo. En ese París que tan-

to odian los curas, nos venden drogas amables que quitan el sabor, un poco aburrido, de la Fe. ¿Soy o no soy claro? Pero todo esto no tiene importancia. ¿No ve usted lo que hacen los indianos? Cuanto más revolucionarios vuelven, mejores campanas regalan a la iglesia del pueblo. En el vasco, la religión no está en el cráneo, sino en el corazón. Mientras el vasco tenga este órgano será religioso. Y a su extirpación no llegará nunca la filosofía quirúrgica. La ciencia puede deshacernos el hígado o el vientre, puede abrir nuestro cráneo con una sabia trepanación filosófica. Mas no podrá nunca extirpar el sentimiento religioso. Es mucha operación, hoy por hoy. ¿No me ve usted a mí? Cuando estoy bueno, mi tamboril repica anticlericalmente, redobla sus gestos satánicos... ¿Y qué? En cuanto viene el mazazo, la misa de las cinco para mí solito...

El señor cura ríe, con su risa fuerte y sana, de montañés que no ha tomado drogas.

Por la noche, en vez de acostarme, voy al cementerio. Me emborracha la tristeza de las tumbas, su sosiego, su calma eterna. El aire mueve las ramas de los árboles; se agitan las hojas con el chasquido doloroso de las lágrimas. Pero, a poco, este ruido se convierte en un lenguaje claro; oigo la voz grave y melodiosa de mi madre: "¡Acuéstate aquí, a mi lado, como cuando eras pequeño!" Y lloro de bruces sobre la losa...

Otras veces el aire me trae el sonido agudo, la voz cantarina de Mirenchu: "Cuando el brujo de Zubieta se llevó por la chimenea al niño de Ondarrena..."

Mi tío el marino, enterado de mis desequilibrios nerviosos—pues nunca faltan lenguas celestinas—, se ha plantado en casa. Como si yo fuera un fardo más de embarque, me ha traído a Deva para que el mar me cure.

Es original este lobo. Se ha pasado la vida a bordo, y ahora, jubilado de tales refriegas, se lamenta como un amante despechado de haber hollado tantas veces el vientre rebelde del Océano. Dice que el mar le ha inoculado el reuma. Se calla que este matrimonio le ha hecho muy rico. Hoy es accionista de la casa Mocoroa y vive en un lindo hotel.

A veces, pipa en ristre, pasea por la playa, aconseja a los pescadores, profetiza, discute con las olas y bebe, sobre todo, mucha cerveza. Cuando la tranquilidad es completa, rema hasta la boca del puerto, para volver con las barcas pescadoras. En las tardes apacibles, sentado en el cantil, otea con unos enormes anteojos los buques lejanos y las lanchas sardineras.

Sí, ama mucho al mar; es su único culto. Sólo que ya no puede hollarlo. Se lo come con los ojos, como hacen los viejos con la carne femenina que pasa cerca de su boca. Sin embargo,

no tiene nada de triste la vejez de este don Juan.

—¿A ti no te gustaría ser marino?—me pregunta algunas veces.

—No; no me gusta la mar. Es una hembra que ruge demasiado, y a mí no me entusiasman los zarpazos. Para la caricia prefiero las manos blancas, suaves...

—Mal anda la cabeza, hijo mío. ¡En la vida las caricias suaves envenenan! Todos los venenos lentos son agradables; por eso matan. El fuerte ama los zarpazos; eso de la blandura es un sudor muy artificial. Veo que vuestro arte es una enfermedad.

—Conformes. Acaso el Arte se curará con el tiempo, como la viruela. Pero mientras no se invente la vacuna, contagiaremos con nuestro delirio al mayor número de personas...

—A mí no. Yo estoy inmune. En fin, ya te irá gustando el mar. Es como el primer trago de cerveza o el primer beso: marea, y no hay uno que no repita...

La verdad es que el mar me calma y al mismo tiempo me da miedo. Nuestra casa está cerca de la playa, y desde mi cuarto oigo su eterna canción, sorda, rebelde y trágica; oigo el ruido de las olas que se estrellan contra el cantil, resquebrajado con tanta queja. ¡Y éstas son sus caricias más suaves!...

En los días de temporal, cuando su rabia se

desata furiosa, el escenario cambia, las pinceladas grandiosas se suceden. El horizonte se cubre de nubes pardas, duras, que contrastan con las aguas azules que empiezan a agitarse. Sobre las olas vuelan retazos de neblina; pedazos vaporosos, transparentes, que semejan gasas blancas hechas jirones. Después, el mar se cubre de espuma y las olas mueren confundidas en un abrazo sordo que se prolonga a lo largo de la costa con horrible estruendo, como lamentos de angustia de un coro de titanes vencidos...

A través de los cristales yo contemplo asustado este orgasmo furioso del mar. Su espuma chorrea al saltar entre las piedras; las olas, como brazos enloquecidos, avanzan con ardor, buscando las curvas suaves y casi planas de la tierra, o se deshacen sobre la fortaleza de la roca en rizos y anillos, produciendo un sonido seco, un son casi metálico. Y si el viento calla un instante, si el soplo jadeante se aleja, toda la playa parece que hierve con un barboteo sordo y tenaz de caldera gigantesca.

Tras unas semanas pasadas en este lindo pueblo, viene la reacción de mi espíritu. Este paisaje ha sido un sedante para mis nervios alborotados. Debo estar ya bueno, porque mi imaginación vuelve a sentir la sed de aventuras y la inquietud se apodera nuevamente de mí.

No es la nostalgia de países extranjeros la que espolea mi andadura de emigrante. Me voy

haciendo más íntimo, más recogido. Ahora mi raza orienta su dinero hacia Madrid; ahora lo que me sugestiona es Castilla; ahora las lecturas me empujan hacia Toledo, ese corazón que aparece como una ruina de arte y llena mi alma de fantasmas desconocidos y atrayentes.

Vasconia es una raza viajera. Antes, mi sed la calmaba el mar; ¿por qué ahora busco la fuente tierra adentro? ¿Por qué mis entrañas de versolari ansían a Castilla? ¿Por su viudedad? ¿Por su desolación? ¿Por esa luz tan divina de su sol, que es lo único que nos falta a los vascos para volver a ser dioses? No lo sé; pero, de todos modos, se impone la marcha... y acaso con ella el injerto...

En las tardes lluviosas, junto al balcón que me descubre este rico paisaje, evoco más que nunca la llanura interminable tostada por el ardiente sol; la tierra vieja con color de esmalte... Esta obsesión acabará por dominarme, y, sin embargo, callo; no me atrevo a iniciar la separación...

Van pasando los días y la melancolía aumenta. Llega el aura... Esa aura de errante que a veces se apodera de mí. Presiento otra racha. ¡Malditas golondrinas de mi solar! Las alas de las aves llaman a las puertas de mi voluntad; oigo su píar cada vez más recio. Habrá que abrirles la cárcel a estos pájaros locos. ¿Cuándo

me petrificaré como el cuco que hay encima del escudo de los Mendías?

Me voy convenciendo que, a pesar de mis alardes de hombre cuerdo y de mis sanos propósitos de tomar la vida en frío, soy por dentro un alucinado con el cerebro lleno de ilusiones extravagantes.

Sigo siendo un cazador de fantasmas que no tiene enmienda posible. Todas mis ansias y sufrimientos giran en torno de una novia esquiva, como tantas otras de carne y hueso que tropecé en el camino. Vive mi Quimera bajo el mismo techo, descansa sobre mi almohada. Si extiendo las manos para atraer su rostro y beber su aliento, huye con gentil talante, y ríe, ríe sin cesar, acaso de mi torpeza, que no sabe aprisionarla. Momentos hay en que quisiera verla alejarse para siempre; ella coquetea, no se divorcia jamás definitivamente. Vuelve a llamarme cada vez más lejos, me sonríe, me atrae, para desaparecer de nuevo en medio de un infernal espejismo de sombras y luz...

Si mi padre fué el brazo de unión entre Iturris y Mendías, ¿no se irán derritiendo los perfiles vascos de mi carácter hasta unir el Cantábrico con la meseta?

Esta tranquilidad idílica de la gentil Deva, lejos de aminorar mis eternos fantasmas, los hace crecer y multiplicarse. Ya las puestas de sol no tienen el encanto de otras veces, ni me

interesa la llegada de las lanchas que vuelven de la pesca, ni la santa calma de los prados y bosques. Ya mi espíritu, habituado a las emociones, no puede conmoverse ante la tempestad, ni goza con la infantil alegría de estos vascos, cuya única aspiración consiste en la llegada del domingo para bailar y beber. No; decididamente, yo no he nacido para vegetar en plena paz. Llevo dentro la herencia implacable de mi padre: la inquietud. Recortada la de él a estas idílicas montañas, mientras la mía sueña en volar por encima de fronteras...

Hay días en que el deseo de trabajar se me hace imperioso y me pongo a la tarea con afán. Todo inútil; este paisaje, tan íntimo y tan alegre, se resiste a todas mis tentativas. Yo necesito ahora lo viejo, lo que va a caer o lo muerto ya. Al dolor personal ha sucedido en mí una vaga aspiración hacia otro dolor más alto: el del Arte. Y aquí encuentro exceso de vida en los árboles, en la montaña, en los caseríos lejanos, en el mar. Encuentro demasiadas risas en esta raza, que rezuma optimismo. Unicamente mis inseparables compañeras, las nubes grises, se alejan rápidas, poseídas también de la eterna inquietud del más allá...

NUEVO VUELO

El tren va dejando atrás a Deva, la pintoresca gaviota que duerme junto a las arenas de la playa entre una doble fila de suaves montañas, entre prados húmedos, tendidos en las laderas como mantos de verde terciopelo y resguardados por altos castaños de recia severidad.

Mientras los valles risueños se alejan, voy despidiéndome del paisaje con honda melancolía. De los regatos humildes, hijos de la montaña, que caminan cantando entre guijarros; de los caseríos altivos y blancos, medio ocultos entre las olas de hierba; de los rústicos helechos que el viento mueve con un ligero temblor gentil...

Allá, en un recodo del camino, aparece un trozo de mar, intensamente azul, callado, plano... La extensa superficie fulge también desierta, bajo un sol cegador, en tanto que la tierra va desplegando a nuestra vista toda la gama de los verdes: el de los maizales, el de los helechos, el de los prados...

Me siento y examino discretamente a mis compañeros de viaje. Ninguno parece apreciar mucho la belleza del panorama. De frente, un señor grueso y completamente afeitado, que desde el primer momento se me antojó banquero, lee una revista francesa. En un revuelo de hojas

he podido atisbar varios grabados sin hoja de parra; él me ha mirado sonriendo estúpidamente y ha continuado su tarea.

Cerca de la ventanilla, dos muchachas elegantes, acompañadas por una vieja dama, leen también. De vez en cuando una de ellas, bonita, de facciones finas y correctas, alza los ojos claros para lanzar una curiosa ojeada hacia nosotros. Mi insistente contemplación parece desconcertarla un poco y simula abstraerse ante el paisaje silencioso y suave, que tiene en estos instantes la serena y profunda paz del campo vasco.

Ante nosotros ha surgido un caserío. Sus paredes añosas están ennegrecidas por las zarpas del tiempo y los besos mansos de la lluvia. El tejadillo nuevo destaca vivamente su nota roja entre el follaje. Desde la ventana, cuyo fondo está abrillantado de rojas mazorcas, nos mira un muchacho con esa admirable ingenuidad de los corderos del rebaño.

Más lejos, al borde del camino, bajo la sombra de gigantesca peña, encontramos una fuente. Junto a ella, de pie, hay una moza de empaque gallardo y rígido que recuerda algo las esculturas primitivas. No se ha movido; apenas ha prestado atención al paso del tren; toda ella parece reconcentrada en el cristalino chorro que cae sobre la herrada luciente, llenándola despacio, poco a poco.

He sentido deseos de recorrer estos caminos orlados de zarzamoras; pero recorrerlos a pie, como un antiguo mendigo de amor. Descansar junto a aquel nogal añoso y platicar con esta moza dulcemente, arrullado por la mansedumbre risueña del agua. ¡Quién sabe! ¡Acaso mi Samaritana aguarda aquí y no tan lejos como la busco!

Los campos van descendiendo ahora hacia el mar, cortándose después bruscamente en pendientes agudas que forman altísimos acantilados. Las olas baten la costa con rabiosa constancia. Avanzan de tierra afilados peñascos; unos peñascos rotos a trechos y separados del bloque primitivo por anchas hendeduras; aguas adentro se reúnen formando archipiélagos, sobre los cuales la marejada se rompe, envolviéndoles en plateadas franjas brillantes.

La carretera de la costa, pulida y blanca, serpentea entre las últimas colinas. A lo lejos, en el límite del horizonte, surgen unas nubècillas brumosas que se extienden enturbiando el cielo. Ya no son tan azules las aguas ni tan blanca la espuma. Diríase que la tierra se ha envuelto en un velo pálido que todo lo entristece.

En el coche se ha iniciado un movimiento de desbandada. El señor de la cara gruesa, después de doblar cuidadosamente su periódico, se ocupa en bajar de la redecilla un pequeño maletín que abre y revuelve. Saca un cepillo, lo pasa

por el traje y sombrero; estira los puños, endereza la corbata y, satisfecho, sale al pasillo en espera de que el tren se detenga. También las damas se han puesto en pie, no sin haber recogido sus bártulos y repasado la *toilette*, disponiéndose a salir. Un momento más tarde entramos en San Sebastián. Me asalta la idea de quedarme unos días en esta ciudad, la *cocotte* por excelencia, que extiende sus lindos brazos hasta Hernani. Los vascos puros la odian, mientras ella ríe y se llena de joyas. Hace bien en adaptarse a estos siglos, que han hecho de la economía y la utilidad su única religión.

VUELVO AL TREN

El paisaje es ahora tierno, amable, muy femenino. La tierra está cuidada como un jardín; el aire sosegado y tranquilo es templo de paz para los nervios. Los rayos de sol atraviesan a veces la masa de vapores encerrada en los valles, y un resplandor amarillento ilumina las faldas bajas, los prados jugosos, las cañadas virgilianas donde florecen los pomares.

Sobre las copas puntiagudas de las hayas, las nieblas vuelan, enredándose entre sus brazos rugosos, y al romperse, de cada tallo y de cada hoja cae una fina hebra, deshaciéndose en jirones de agua. Agua que luego cantará la canción

del trabajo junto a las fábricas de Tolosa, o salmodiará un himno fresco y sonoro al mover la moderna dentadura de los molinos.

Completamente solo en el coche entro en tierras navarras. Un valle amplio, lleno de verdura, presta albergue a unos cuantos pueblecillos pintorescos: Urdiain, Iturmendi, Olazagutia... Al fondo, entre larga cadena de montañas, el monte Aralar destaca su silueta imponente. En la cumbre, y bajo la advocación de San Miguel, hay una ermita, nueva arca de la Alianza, que anuda fuertemente los lazos sentimentales de las cuatro provincias.

La decoración ha cambiado, ganando en estatura. Al campo guipuzcoano, de onduladas lomas tapizadas de hierba, suceden ahora estos secos torsos de titán. Son peñas enormes, de agudas puntas y cortantes aristas, que esconden sus crestas entre blancos montones de nubes.

¡Campos de Barranca y de Araquil! Mis ojos os saludan con el mismo gentil fervor con que el griego saludaba a su Delfos... ¡Aquí fué alzado sobre el pavés el primer rey navarro; en esta tierra sagrada nació la Ifigenia amorosa, luz llena de gracia, donosa como una espiga y clara como un madrigal, que endulzó con sus besos las horas carcelarias del excelso y tísico Carlos de Viana! ¡En esta tierra se ha escrito el prólogo y el epílogo de la monarquía navarra!... En esta cuna hay que orar alto y claro.

¿Por qué no limpiáis la llanura, si desde Creus al Finisterre todos los santuarios de la Reconquista han nacido en vuestros montes?

Nuestro santuario no ha de brotar en la llanada, sino en el Pirineo. Y como versolari, pongo mi Covadonga en Vasconia. A la larga, del Pirineo se impondrá el trozo histórico que más valga: Barcelona, Bilbao, Gijón, La Coruña. Hasta ahora se ha impuesto el centro más histérico: Madrid.

Desde Cataluña a Galicia tendrá que bajar el Pirineo, no como tratante ni como segador, sino como sembrador. El Pirineo es varón y la llanura espera abajo...

La hora del crepúsculo. Sobre el paisaje cae un manto de sombra. El sol ha desaparecido, dejando en el cielo unas heridas rojas; unas nubes largas que parecen teñidas en sangre. El tren se detiene unos minutos. Estamos en Vitoria, la capital más simpática y con menos humos de abolengo. Por el andén pasean bandadas de muchachas vestidas de blanco. Ríen alegres, mirando oblicuamente a los coches. El pudor, arisco pajecillo, disfraza la curiosidad de estas nenas con la máscara de un gesto frío. ¡Pobre pajecillo con el habla siempre dispuesta a la derrota! ¡No trates todavía de huir! ¡Somos los hombres tan cobardes! En la vida, como en este tren, nos falta valor para apearnos aquí, donde unos ojos de casero romance nos piden su limos-

na de buen amor... Seguimos adelante huyendo de la paz; hasta que un día, en cualquier estación del trayecto, una diosa más fría y más fuerte que todas nos obliga con su guadaña a descender del tren. No nos quejemos; ¡hemos podido bajar tantas veces a beber agua clara en el remanso feliz de unos ojos tranquilos!...

Las sombras siguen cayendo sobre el campo cada vez más negras; comienzan a brillar lucecitas lejanas. Es la hora sutil de todas las renunciaciones... La tierra va a tomar un sabor ascético...

DEL RETABLO ARTIFICIAL. VARIOS MUÑECOS Y UN SIMBOLO

Me retiro de la ventanilla y trato de dormir. A los pocos momentos hacen irrupción en el coche cuatro o cinco individuos que ríen, hablan a gritos, discuten con el revisor y acaban por sentarse. Se creen en el caso de dar explicaciones. Son cómicos que van contratados a Salamanca. En los coches de tercera no quedaba un solo sitio vacante, y en la imposibilidad de añadir otro vagón, el jefe hubo de meterlos en el mío.

Mientras cuentan el incidente me dedico a observarles. Son dos mujeres y dos hombres. De ellas, una, joven y bonita, tiene una movilidad

de ardilla y ríe graciosamente, escuchando las frases, no muy ingeniosas, de su acompañante. Es éste un jaque de bigote levantado y voz engolada. La niña se lo come con los ojos, y se me figura que le toma por cabello de ángel, a juzgar por los mohines sabrosos de gata con que subraya las miradas. La otra, ya entrada en años, es gruesa y vulgar, y su compañero me parece un gorila; además, tiene un aire atontado, como si hubiera caído del Limbo.

Son gente sencilla. No tienen la hinchada prosapia con que los pintaría un Ricardo León o cualquier otro preciosista por el estilo. A la nena pulida le va muy bien—es su frase—el teatro de los Quintero. Los graciosos saineteros son para ella el *dóminus vobiscum* de los talentos teatrales.

La más jamona, en cambio, cree en el genio de Arniches con la misma fe que tendría en Cristo un catecúmeno de la época de las persecuciones. ¡Los golpes de Arniches! ¡Las salidas de Arniches!... Y mientras glosa las perfecciones del ídolo, nos enseña un principio de pantorrilla que nos comunica una sensación muy medular, pero poco artística.

El del Limbo prefiere a Sardou. Los escritores de ahora sólo merecen desprecio. Todo lo sacrifican a los bellos párrafos. Unas tiradas largas de palabras rebuscadas que no hay memoria capaz de tragar. Mucha lengua y poca

acción. Así no hay entusiasmo, y el público se duerme.

—Es verdad—asiente su compañero—; ya no hay autores, ni cómicos, ni quien se interese por el teatro. Acabaremos por morirnos todos de asco.

Y dicha esta sentencia, el pesimista se tumba beatíficamente, dejando con un palmo de narices a la pobrecita dama joven.

Estos faranduleros carecen de la inquietud que dominaba a sus hermanos de antaño. Hablan de las incomodidades del ferrocarril, añorando a cada paso la santa calma del hogar, la inercia burguesa, sin sobresaltos monetarios. Son actores como podían ser zapateros.

A la media hora todos duermen. Inútilmente trato de imitarlos. El sueño, soberano del coche, no quiere acercarse a mí. Y la noche negrísima, sin un rayo de luna, oculta unos campos que desconozco. He sentido cierta angustia por este correr vertiginoso, encerrado entre las cuatro tablas del coche, en este veloz ataúd, sin más ruidos que el golpeteo martirizante del tren sobre los rieles, o el grito monótono del empleado que agita un momento su farolillo mortecino, mientras repite quizá por millonésima vez: "¡Valladolid, un minuto!..."

En medio de estas tinieblas acude a mi cerebro una idea luminosa: leer. Lo malo es que el único libro que llevo es un baño de pesimismo.

¡Estamos divertidos! Alzo el libro al acaso y mis ojos tropiezan con el recio episodio: "Donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el vizcaíno y el valiente manchego tuvieron..."

En esta aventura famosa don Quijote topa con dos frailes. Edad dichosa—me digo—en que tan menguadamente iba representada la Iglesia. Si nace en la nuestra el hidalgo, hubiese topado con veinte mil...

Detrás de ellos venía un coche con cuatro o cinco de a caballo que le acompañaban, y dos mozos de mulas, de a pie. Venía en el coche una señora vizcaína...

Y en seguida se encuentra el lector con la más grande ironía, no sé si griega o semita, del andariego Cervantes:

"No venían los frailes con ella, aunque iban el mismo camino." Es verdad; nunca fueron los frailes con el Ideal; pero siguieron siempre su camino. De aquí que las gentes se confundieran y se engañaran las naciones, creyendo que los frailes eran los escuderos del Ideal. Por eso tal vez supieron mejor que nadie apresar y seducir. Los frailes, tan puros en el desierto y en los bosques, tan santos en el calendario, fueron muchas veces, al menos en España, estómagos andantes; insaciables como toneles de danaides.

Don Quijote, sincero como un dios, vió en aquellos bultos negros "encantadores que lleva-

ban hurtada una princesa". Don de locos y poetas es ver las cosas tal como debían ser. Debido, pues, a estos razonamientos, arremetió contra ellos diciendo: "No haya para conmigo palabras blandas, que yo os conozco, fementida canalla..." Y debió añadir: "Pues que vuestras palabras son cantos de alabanza y servidumbre a mi señora, pero vuestras acciones no."

Huyeron los frailes. No ante el brazo hercúleo del manchego, pobrecito amador de famélico empuje, sino ante el corazón arremangado, fuerte y libre de supersticiones. En seguida lucharon los dos Quijotes; y anotemos que, en el largo historial de sus derrotas, ésta es la única hazaña en que, venciendo al criado vizcaíno, el famoso hidalgo triunfó...

Han cambiado los tiempos. Hoy Don Sancho de Azpeitia es un pueblo sano, orgulloso y rico. Por ser joven, es fatalmente agresivo; no tiene decadencia, porque carece de historia, y, a pesar de ello, sigue caminando con frailes que volverán a huir al primer envite.

En cambio, el Quijote aborigen no lleva por escudero al humilde sentido común de Sancho Panza, sino a criados decorativos; toda una cohorte de gladiadores bufos y farsantes sofistas, políticos y toreros, bailarinas y periodistas...

Todos estos mesnaderos son otros tantos calamares que se mueven en la inmensa charca

cenagosa, dispuestos a enturbiar con su tinta la fontana más pura. Engordan porque el formidable manchego siempre tuvo el estómago muy débil.

Confiemos, sin embargo, en la consoladora profecía del Caballero de los Leones. El de Azpeitia acabará por presentarse ante la sin par Dulcinea, la rendirá acatamiento.

¿Quién sabe si de esta visita, o de esta vista, como diría el juglar de Mío Cid, brotará el amor entre estas almas guerreras? Al vasco le falta el magro empaque, la finura corpórea, supremo encanto de la raza canstellana. Don Sancho de Azpeitia carece de sales imaginativas; de las fugas al Ideal, divina característica de don Quijote. En cambio, Castilla necesita un marido fuerte y vigoroso, con los ojos puestos en la tierra; muy práctico para desfondar el suelo y no escarbar estérilmente en el infinito, y de una constancia férrea para encarrilar la volubilidad mental de su señora: de esta Castilla tan dada a olvidar, de esta Castilla de clámide mística y sombrero de pícaro.

¿Qué región sino Vasconia puede aportar un noviazgo espiritual tan necesario para Castilla?

Vayamos al matrimonio. Acaso los hijos salgan limpios de los vicios de sus padres. ¿Por qué no? En campos como estos que atravesamos; en unos lejanos campos de aquella tierra bíblica que se llamó de promisión espigaba hace

siglos Rut la moabita, la extranjera. Allí no había tan altas montañas de odios. Rut se casó y fué luego el arbusto matriz de reyes y dioses. Arbusto del divino Galileo, del suave Jesús, que surgió un día dulce y triste como un lirio de ensueño y de bondad.

Hormiguitas vascas; nobles hormigas intelectuales incubadas en el granero de la alta banca o en la solana bilbaína de los escritorios. Si tanto amáis la raza, ¿por qué no os aproximáis a la Rut castellana? ¿Es que no queréis tener descendencia divina?...

PARTE SEGUNDA

LA CORTEZA DE TOLEDO.-LAS TAIFAS

CAPITULO PRIMERO

ANTE EL PORTICO DE SANTO DOMINGO

Llevo en Toledo tres semanas y no experimento cansancio ni siento la sed de paisajes nuevos. Este pueblo me atrae, a pesar de su cara de quintañona vieja y agria. Los turistas pasan por su piel de piedra sin conocerla. Ven parte del manto, pero no viven la vida de la ciudad; no oyen su respiración; no sienten el íntimo misterio de su carne desgarrada; no llegan al altar de sus entrañas, para sorprender su concepción, estéril hoy, mañana acaso fecunda.

Esta urna de variadas razas sólo puede conocerse paseando constantemente por su corteza. Hay que saborear despacio, penetrando diariamente en sus más ocultos rincones. Hay que recorrer sus calles silenciosas, descifrar el enigma de sus ruinas, romper con los ojos la escondida virginidad de sus olvidadas galas, penetrar en estas casitas silenciosas, que al recibir el beso de la lluvia semejan llorar con empolvadas lágrimas su eterno abandono.

Pero esta tarea es pequeña comparada con la que supone analizar las almas. Todas estas gentes dan la sensación de algo borroso, de algodonada voluntad. Tan malsanas como las nieblas del Tajo, se deshacen en cuanto las pica el sol forastero de la observación. Tal vez contribuya a ello el contraste... La piedra es tan magnífica que los espíritus quedan empequeñecidos. Se enroscan como gusanillos para no ser aplastados.

Quien más pronto deplora la presencia del animal humano es el olfato y el oído. Desde el amanecer, verdaderos ejércitos de cabras transitan pacíficamente por la acera; apretadas cohortes de asnos traen el agua de lejanas fuentes, y pasan recuas de mulas que van a descansar al parador... Su música es bellísima, al lado del ruido que producen pastores, arrieros y carreteros.

Tal abundancia de fauna acaba por convertir la población en un retrete pintoresco, al cual profesan místico respeto los concejales, sean católicos o librepensadores. Creen, con un optimismo estupendo, que esta molicie manchega es salud. Y conste que esta raza rebelde engendró a Padilla. Sólo que ahora la rebeldía ha degenerado. Los regidores sólo se rebelan contra los limpios requerimientos de doña Higiene.

Por esta causa, o por otras, pues también hay suciedad en las almas, los poetas han ha-

blado mal de Toledo. Desde Quevedo a Zorrilla, exceptuando a Garcilaso, cuyo rubor regional le impidió desnudar a sus paisanos, todos se han hartado de mantear la dignidad urbana de la ciudad por medio de cáusticos adjetivos. Yo ni quito ni pongo soneto. Los poetas ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el suyo; pero mis narices votan, y no por los regidores...

¡Cuando pienso que cualquier alcalde, con una orden sencilla, acababa con esta costra de aduar! ¡Oh ciudades del Norte, que guardáis vuestras pobres joyas como anillos nupciales! ¡Si vierais estas manos sucias rellenas de joyas divinas!...

Paso gran parte del día recorriendo las calles. Por ahora es el barrio de Santo Tomé, con sus afluentes, quien tiene todas mis simpatías. Su calle principal es la arteria adonde van a parar la vasta red de tortuosos pasajes, que guardan al final una sorpresa. Y aquí esa sorpresa tiene infinitos nombres: Tránsito, Santa María la Blanca, San Juan de los Reyes, Greco...

En Toledo la piedra se ha dormido hace siglos. Todo exhala aroma de cementerio; todo es frío, noble, lejano. La raza sufre un invierno tan largo y tan duro que acaso el fruto venidero vuelva a ser glorioso. Y luego, esta luz intensa que se pliega a las colinas, que arma de austeridad los olivos y cubre con un velo espi-

ritual las carnes de la piedra. Luz divina, nacida en algún ideal y que envuelve a Toledo como una clámide luminosa...

Siendo esta ciudad tan vieja y de paredes tan ruinosas, no es de extrañar que las almas, en tertulias, casinos o visitas, se dediquen a roer al prójimo. Los caserones destartalados son siempre nidos de ratones.

Se les da una idea y la destrozan; abren una galería en cualquier honra; sus dentelladas tienen una gracia y un ingenio soberanos. Cuando eran fuertes, allá en otros siglos, estas almas fueron orgullosas con razón. Hoy sólo son vanidosas; necesitan escenario, exhibición. La vanidad es el orgullo del débil.

Pero volvamos a la tierra. El encanto mayor de esta ciudad única consiste en contemplar sus apartados callejones cuando quedan bañados por la luna y los ilumina con su sonrisa melancólica.

Buscando los besos pálidos de esta luz, voy a pasear a los cobertizos; unos pasajes obscuros, enormes, donde todo recato y misterio encuentran asilo seguro. En un pasadizo de esta guisa se comprende que Mañara viera pasar su propio entierro. La alucinación embota los sentidos. Un rayo mortecino, reflejado en la pared, semeja una tizona desenvainada. El aire trae eco de gemidos y ayes mezclados en una canción de angustia. Al avanzar veo una cariátide,

mutilada y deforme, que empieza a mover sus mejillas de bruja...

Cuando llego a la claridad sonrío de mis miedos. Me encuentro en un remanso de luna, junto a los muros de un convento, ante el pórtico de Santo Domingo, cuyo ceño adusto desarrugan unos hilos juguetones que atraviesan las celosías, se hacen dueños de las tapias y se detienen, sosteniendo una lucha callada y triste con su enemiga la sombra.

Sentado en una piedra me detengo contemplando los efectos de esta luz pálida sobre las paredes del convento. Esta luz de agonizante apaga todo color fuerte y, lo que es más bonito, recorta el dibujo como un cromo. Las tapias parecen crenchas; las sombras, clámides. Arriba, el cielo limpio y sereno hace más blandas las sombras de las columnas y los muros; da ternura al negro manto en que se cobija la espadaña y pone una sonrisa en los ojos verdosos de los tejados.

Allá dentro se oyen unos rezos; voces de tristes velos, voces suaves impregnadas de paz. Es un canto tejido de perdones y olvidos. Riman con esta luz, que carece del humano calor del sol. Son, como ella, divinamente artísticas, y están limpias del barro fecundo de las pasiones. Acaso sean vidas tronchadas por vientos fuertes que segaran cariños y anhelos y acabaron enterrando su corazón, que quiso ser cuna...

Acaso por estas almitas tan resignadas pasó un hombre que olvidó o no supo despertar. Cantan como si la voz fuera un vuelo hacia el cielo. No mojan sus ruegos en ninguna sentina terrenal de ira, codicia o venganza... Piden nuestra salvación... ¡Vestales del más puro amor, que habéis apagado la impura lámpara de Eros! ¡Almas piadosas que huís del sol y de la vida..., rezad! Nuestro corazón es un lobo. Acaso las azucenas de vuestra oración calmen a esta fiera y la conviertan en un albo cordero...

PALAS ATENEA

Hoy he salido a dar un paseo con don Agustín Montesclaros de Navalcán. Me ha ofrecido enseñarme algo que seguramente desconozco.

Este don Agustín es un santo varón, director de un colegio de niños de enseñanza privada. Un poco más vanidosillo que el maestro de mi pueblo, posee lo menos media fanega de condecoraciones. Desde Carlos III hasta Alfonso XIII se suceden las cruces, las cintas y los cordones. De todas las academias toledanas y madrileñas es socio de número. Hasta la *Gaceta* lo ha declarado sabio. Para el vulgo es un Salomón sin harén...

Tiene una estatura mediana y es muy grueso. La barba rubia, descuidada, rala en las meji-

llas y abundante luego, tapa holgadamente la pechera, no muy limpia, de su dueño.

La frente es amplia, noble; los ojos, grandes, inquisitivos, llenos de ingenuidad. Su voz dulce, ágil y femenina, contrasta vivamente con el movimiento tardo y pesado del extenso cuerpo; de este cuerpo que odia a Venus y al agua, quizá porque de ella emergió la diosa del Amor, la enemiga irreconciliable de Minerva...

La levita, prenda indispensable de don Agustín, tiene toda la ilustre suciedad del genio no comprendido; lenguas folloncicas aseguran que sólo se desprende de su chistera para dormir. El caso es que la mayor parte del año don Agustín huele y no a ámbar.

Echamos a andar, recorriendo una verdadera maraña de calles formadas casi todas por ásperas cuestas, y al fin desembocamos en una plazoleta clara, recogida, silenciosa. En la fachada principal campea un escudo heráldico terminado por un cordón frailuno, todo ello labrado en piedra. "Orgullo y fe", debió ser la divisa de sus nobles moradores. A derecha e izquierda, ventanas miserables coronadas de flores. Estas casas tan ruines tienen unos patios moros frescos y limpios, perfumados de paz.

Penetramos en una iglesia de humilde fisonomía. El altar, cuajado de cirios, es moderno. A un lado está el sepulcro del arquitecto que construyó San Juan de los Reyes; en la sacristía,

la sorpresa que me guardaba mi amigo: un arco mudéjar descubierto recientemente.

A don Agustín le encanta este arco, tan esbelto, tan elegante. A mí no me convence; lo juro con las manos extendidas hacia Atenas. Yo sé que don Agustín no ha de ofenderse por esta franqueza mía. Bajo la máscara externa, que el vulgo comenta siempre con regocijo, encierra este santo laico un hermoso templo de amplia cultura, donde desparrama el ingenio de su conversación, fina y ática. Su palabra suave—con este mismo sosiego debió hablar Jesús de Nazaret—perdona siempre. Para todos los vicios tiene pronta la benevolencia de una disculpa. Respeta todos los errores. Y todas las caídas, todos los tropezones del animal humano encuentran piadosamente un Cirineo en su corazón...

—Vea usted—me dice—cómo alhajaba el moro sus habitaciones por dentro. Con cuatro piedras viejas y unos cuantos cubos de cal construía la fachada; ¡pero qué labor más pulida la de sus estancias! Hoy, en cambio, sólo decoramos por fuera. Da tristeza ver el interior de las casas y de las almas. Hermoso pueblo el árabe...

—Muy hermoso. Nos dejaron las taifas... y se llevaron el harén...

Don Agustín me mira sonriendo; su sonrisa es, como siempre, de absolución. Desposado con

la Sabiduría, jamás discute, ni grita, ni lleva la contraria a nadie. Además, los besos de su diosa le salvaron de esa reina lejana que de Arabia viene a tentar a los sabios. Pues, a pesar de esto, no puede afirmarse que la tal reina haya perdido el viaje; porque no ha podido mi amigo desprenderse completamente de su quintaesenciado y sutil rastro amoroso. En los momentos de ironía o intimidad refiere, como los frailes de antaño, cuentos y chascarrillos del más subido color.

¡Admirable cuentista don Agustín! Los relatos escabrosos, difíciles de sortear para cualquier mortal, salen de sus labios con un candor de niño inocente, apagando toda llama de impureza. Relata con una simplicidad homérica las jornadas más voluptuosas. La voz ingenua de este Palas Atenea toledano tiene en tales momentos la suavidad del rezo. Yo le imagino muchas veces prior de algún magnífico monasterio, regocijando a la comunidad con sus frases picarescas: tímida la palabra y atrevida la intención...

Siento deseos de pedirle un cuento de los suyos, en la soledad de esta iglesia, que no ha de escandalizarse por nuestra irreverencia; pero ya mi amigo recorre las paredes labradas, evocando mil gloriosas hazañas escritas en piedra por los mudéjares.

Se remonta muy atrás, como esos oradores

que para explicar un hecho actual se dan antes unas vueltecitas por el hacha de sílex o por los fenicios. Empieza en los palacios de Galiana, la mora más celebrada de toda la morería. Me cuenta con pasión de avaro las riquezas de la Aljama; describe eruditamente los frisos de tallada madera, la divina gracia del azulejo empastado en los patios...

Me habla después de construcciones ya desaparecidas. Del magnífico Alcázar, llamado huerta del Rey, cuajado de estancias maravillosas, resplandecientes, cual la luna en medio de su carrera. Del extenso estanque, cuyo esbelto pabellón, levantado en el centro, aparecía revestido de vidrieras coloreadas por brillantes matices y finas labores de oro. ¡Y luego el agua!, el agua que se elevaba por cima de la cúpula, resbalando sin cesar hacia los costados, para tejer una túnica transparente, destinada a morir sobre las margaritas blancas que bordan con sus corolas el alicatado de las fuentes...

Al conjuro de su cálida palabra van surgiendo ante mis ojos los divinos brotes de la bélica raza: los fértiles cármenes de Agalem, los tapices maravillosos de labrados paños, los sedosos almohadones, los adornos suntuosísimos de que tanto se escandalizó la envidia cristiana... ¡Con cuánta dulzura y nostalgia penetra el sabio Palas en la selva de estas vidas, revolviendo la ceniza de sus hechos para irme mos-

trando el romántico aliento del árabe!... Acaso bajo la caperuza de este halcón erudito ande soterrada esa florecilla sutil, esquiva al placer, abierta al dolor, que recibe el nombre misterioso de Poesía...

EL BAGAJE MORO DE PALAS

Al salir, don Agustín se detiene ante una pared recia, plebeya, adosada al ábside de la iglesia.

—¿Ve usted estas señales?—me dice—. Son cintarazos dados hace cerca de cuatrocientos años.

Yo he sonreído incrédulo, y el sabio, sin hacerme caso, continúa:

—Este sillar tiene su historia. Aquí arriba, en una hornacina, estaba el famoso Cristo de la Misericordia. Eran unos tiempos de odios invencibles entre familias rivales, entre familias cristianas que conservaban moruno el corazón. Silvias y Zúñigas se herían y mataban con frecuente y llana facilidad. Mas aconteció una vez que un Silvia gallardo se escapó en compañía de una noble y honrada Dulcinea. Y al llegar junto a esta iglesia, cierto Zuñiga, calabaceado anteriormente por la dama en cuestión, les cerró el paso sin grandes miramientos. No iba solo el amante despechado: le acompañaban diez criados...

—Que ensartarían a este Silvia, a pesar de su nombre tan suave y pastoril—le interrumpo.

—No, señor. Silvia no tenía nada de bucólico. Se apoyó en esta pared, y mientras su mano izquierda rodeaba la esbelta cintura de la amada, con la derecha repartía mandobles sobre la turba de criados, que iban cayendo, heridos unos, muertos los más...

Don Agustín suspira, se pasa el pañuelo de hierbas por la sudorosa frente y prosigue:

—Pero por mucha energía que el substancioso cuerpo de la dama le transmitiera, llegó el momento en que el galán estaba a punto de perecer.

—Le salvaría alguna ronda de corchetes...

—Le salvó Dios. En trance tan crítico, el Benjamín de los Silvias tuvo un definitivo arranque: "¡Cristo de la Misericordia, salvadme!" Este fué el sésamo mágico. La pared se cerró tras ellos, y aquí han quedado las señales de las tizonas enemigas. Los amantes, al abrigo de este tabernáculo sagrado, lograron ponerse en salvo.

—Y Zúñiga, ¿qué hizo?

—Supongo que haría lo que hacen los protagonistas de folletín en estos casos: lanzar algunas interjecciones y hasta algo de espuma rabiosa; ¿yo qué sé? Perdióse en la obscura noche, sabia celestina de criminales y enamorados. Toledo es un canalón por donde ha corrido mu-

cha sangre. Nuestro tejado tiene muchas gotas árabes, judías y cristianas. Teniendo en cuenta esta mezcla explosiva, se explican muchas leyendas...

Calla mi amigo, esperando un comentario. Yo me limito a sonreír y a adivinar el contenido de unas enaguas que pasan con un ritmo garboso y ondulante.

Hemos llegado a una calle sombría, sucia, sin aceras. Las casas, de ladrillos coloreados en azul impuro, están guardadas por raquíticos portones adornados con grandes cerraduras mohosas.

Hay en esta calle, recogida y silente, un rastro de perfume claustral que nos da la sensación de algo dormido o muerto. La única señal de vida está arriba, en las azoteas. Difícilmente se encuentra una casucha, por pequeña que sea, sin su correspondiente solana clara, alegre, llena de sol. Allá en la más alta hay un viejecito, de espaldas a la barandilla, leyendo un periódico. Más lejos, unas maritornes cuelgan la ropa a secar con gran risa y algazara. En otra pasea un sacerdote, manos atrás, el cigarro en los labios, el talante optimista y risueño, de hombre ajeno a las penas.

Don Agustín quiere enseñarme un patio. Este patio es pequeño, morisco, cerrado por una cancela. Cubren las paredes lindísimos arabescos formando medallones, que representan guerreros de agresiva y adusta mirada. Frente a la

puerta de entrada se abre un arco bajo, elegante, cubierto de molduras caprichosas. En el centro, la clásica fuente con surtidor, y alrededor de ella, palmeras enanas y macetas de geranios.

Me invade la melancolía. Estos patios son tristes, a pesar de su arte y de sus flores. Sentados junto a la taza de blanco mármol vemos caer los hilos de agua, tenues, cantantes, que van a morir a la cisterna con monótona canturía.

La vida, en otros tiempos, corría aquí como estos hilos: apacible, recogida, interior. Volvía a la tierra, virgen de biografía, para formar el légamo de la raza. No quedan esos nombres brillantes, esas burbujas heroicas y decorativas que animan el estanque de la Historia. Pero a nada que se remueve el agua de la vida actual, en la copa castellana aparecen los posos moros...

Palas Atenea mira fijamente al agua con embeleso sensual. Acaso añora la ciencia docta que cabe este surtidor ingirieron antiguos alfaquíes. Yo, en cambio, sueño con unos ojos de mujer que se van acercando poco a poco. Los veo entre el chorro de cristal, al romperse en una lluvia de irisados diamantes; los veo en las paredes, entre la orgía de colores medio ocultos por el verde laberinto de hiedra; los veo en el espejo limpio y diáfano de la cisterna, iluminando con su pálida dulzura un maravilloso rostro de sultana...

Sacude mi fantasía la voz de don Agustín, que indica la conveniencia de marcharnos. En la calle, la luz otoñal de la tarde ha puesto sobre Toledo una lluvia de oro viejo, iluminando con suave temblor de incendio casas y balcones, celosías y miradores.

Una nube de chiquillos corre, grita, se desborda por las aceras, gozosos como pájaros recién salidos del nidal. Alguna vieja pálida, enlutada, con el rosario en la mano y el manto hasta el suelo, se encamina a la novena.

En la plaza del Ayuntamiento varios ancianos se levantan lentamente después de haber tomado el sol. Este sol castellano que ha templado sus venas cargadas de frío y besado sus lacerias con beso maternal. Junto a la fuente de piedra que hay bajo la escalerilla, una fila interminable de cántaros aguardan su turno para llenar. Dos guardias intentan poner orden conteniendo a las mujeres.

Palas los contempla un rato, volviéndose después a mí.

—Seguimos sin agua: peor que en la Edad Media—comenta entristecido.

Esta nostalgia del agua en don Agustín me hace sonreír; pero me guardo mucho de hacer comentarios. Entramos en la calle Ancha, centro del comercio toledano, verdadero tipo de calle provinciana, donde pasean al anochecer niñas y cadetes. A estas horas se ven ya muchos

que empiezan a invadir las tiendas, los cafés, las rejas. Son la única nota de color que rompe la monotonía pálida de esta ciudad silenciosa.

Sin embargo, a mi amigo le molesta la tal calle sin saber por qué, y quieras que no, me conduce a través de un sinnúmero de callejones—verdaderas escaleras sin peldaños—hasta la famosa mezquita del Cristo de la Luz. Este Cristo, según la tradición, fué robado por un converso. Los cristianos siguieron el rastro sangriento que la imagen arrojaba de la herida que le hiciera el judío, y así, de un solo golpe, recobraron al Cristo y apuñalaron a Samuel.

La antigua mezquita tiene un atrio estrecho, húmedo. Bajo su techumbre avanzan unas ménsulas de piedra, de las que arranca un friso, formando arcos en gran relieve. Sobre ellos, un segundo friso, orlado, se trueca a trechos en una especie de marco que imita grandes rombos de labor calada, con ladrillos puestos de canto. Encima de tan peregrina celosía se ve un tarjetón epigráfico. Don Agustín, a instancias mías, traduce estos misteriosos ladrillos: "En nombre de Alah, el Clemente, el Piadoso. Fué reconstruída esta mezquita con el auxilio de Alah, bajo la dirección del arquitecto Muza-Ibu-Aly, y de Saada en Al-Moharram."

Y a continuación su voz suave va lamentando las horribles mutilaciones que en tan hermoso monumento hicieron los cristianos de la Recon-

quista. Anatematiza, no como Casandra, ni menos aún como los profetas de Israel. En este sabio gordo todo es tierno, todo merece perdón, hasta estos cristianos agresivos que rajaban o encalaban el arte mudéjar.

Yo me imagino que don Agustín tiene por corazón un mazapán toledano, mazapán famoso por su dulzura...

Entramos en el pequeño jardín anejo a la mezquita, y mientras mi amigo se dedica a bautizar las flores con antiguos nombres latinos, yo me escurro hacia la puertecilla que se ve en el fondo y subo por una retorcida escalera a unos torreones coronados de almenas rematadas por arquitos. Desde allí diviso un panorama espléndido. Abajo, la polvorienta carretera desierta. De tarde en tarde, un carro arrastrado penosamente por tres mulas viejas sube a la población. Tal cual paseante aburrido que vuelve de la vega, la cabeza baja, las manos en los bolsillos; nuevo Atlante espiritual, un tanto encorvado, como si pesara sobre él un mundo de profundos pensamientos. Luego he sabido que estos hombres no van pensando en nada. Sólo es la pendiente la que les pesa...

En el fondo, unos montes bajos, pelados, rojizos a trechos, salpicados de árboles de color sombrío, cobijan todo un barrio de casitas blancas, muy pequeñas, semejando a las que se ven en los nacimientos. Muy a la izquierda se extien-

de un pequeño oasis, verde e intenso, sobre el que atraviesa serpenteando un trozo de río. Por la carretera, bordeada de grandes álamos, avanzan grupos numerosos de hombres y mujeres que se dispersan despacio, como reguero de hormigas laboriosas. Son los obreros de la Fábrica de Armas que vuelven del trabajo. Al lado opuesto, las huertas del Rey, peinadas como una mora favorita y regadas espléndidamente por el Tajo, que avanza rápido a perderse bajo el puente, y arriba, cerrando el enorme círculo de tierra, el cielo rojizo del crepúsculo, sin una nube, palideciendo por momentos, en lenta agonía, mientras empiezan a brillar lucecitas a lo lejos y cae en el silencio el canto metálico del reloj que hay allá, bajo la cúpula de ese viejo palacio de la Vega, que semeja un enorme sarcófago de piedra...

APRENDIENDO A ROER COMO LOS DIENTES INDIGENAS

En las calles, en los miradores, en los balcones, a cada paso veo surgir por entre las flores de los ventanales interesantes caras de mujer. Son todas bonitas; todas las jóvenes, se entiende. Las más finas, de correctas y delicadas facciones, pertenecen a la clase media. Tienen los ojos grandes, expresivos y negros; la tez pá-

lida, de una palidez denunciadora de anemia o clorosis. Están pidiendo un torreón con un trovador neurasténico debajo.

Aun no he visto ninguna de negro. ¡Tan poéticas como estarían entre este marco de ensueño de la dormida ciudad! Hasta ahora sólo veo niñas vestidas con colores chillones, que las hacen parecer menos interesantes y un tantico más cursis...

Las menestralas, con sus faldas bullangueras y sus castizos mantones, reultan más atrayentes y vistosas. Son únicas herederas del empaque sabroso de Flérida; pero, ¡ay!, sin sombra alguna de complicaciones espirituales. Con menos ropa, diríanse escapadas de un cuadro de Rubens. Mas son tan pudorosas, que sólo nos enseñan el veneno del pie infantil y la mueca burlona de su boca granada...

Volviendo a las azucenas de la clase media, vemos que tampoco son complicadas; todas ellas tienen idéntica psicología. Al despertar al amor sueñan siempre con un cadete. El brillo azul de la guerrera, el rojo flamear del pantalón, el canto metálico del espadín y la charla joven, sonriente, de los alumnos, embriaga sus sentidos y se enseñorea de su corazón.

El cadete llega. ¡No faltaba más! ¡Hay tantos! Y el silencio claustral de la perezosa callejuela queda interrumpido por los pasos del Amor, que retumban marcialmente. La escena

se repite en calles y plazas, pasadizos y celosías. Marte amador, de las rejas hace solios, donde languidece la infantina escuchando el arrullo de los Gerineldos del Alcázar.

Mil veces, contemplando a estas parejitas, se me ha ocurrido pensar que una reja bordada de claveles y coronada por el brillo inmortal de unos ojos negros o azules, es la palestra amorosa más honesta y sabia que pudo ocurrírsele a nuestros humorísticos abuelos.

Promete, excita, impele al hombre hacia la Vicaría con sus picantes anticipos, y al propio tiempo contiene púdicamente los impulsos ardorosos del galán y guarda intacto el honrado rubí de la doncellez.

Unicamente estos simpáticos alumnos bogan por estas rejas, que son verdaderos Caribdis del Deseo, como expertísimos marineros; únicamente estos discípulos de Marte saben pasar como salamandras sobre un fuego femenino que sólo es capaz de apagar el matrimonio, insustituíble extintor de incendios. Esta brava juventud debe llevar un recio blindaje en esa víscera donde penetran y toman asiento todas las tonterías humanas.

Los cadetes no se casan. Son correctos, galantes, solemnes y bizarros, pero no se casan. Una vez concluídos sus estudios, con una delicadeza paternal, traspasan el dominio de la ventana al amigo novato, iniciándole a la vez en

los puntos débiles de la Dulcinea. Caso semejante de compañerismo y amistad no tiene precedente en la Historia. Dióse una vez en Grecia, y no en columna cerrada, sino aislado, cuando Orestes cedió Electra a su inseparable Pílades. Sin embargo, es más meritorio el acto en Toledo que en Atenas; una hermana no es una novia...

Entretanto, las nenas aguantan desde el ajimez el chaparrón naturalista o romántico de cinco o seis promociones. Es una verdadera injusticia que el Estado deje sin pensión a estas vestales que mantienen encendido tantos años el fuego sagrado de los marciales entusiasmos...

A última hora, estas vírgenes, que, a pesar de tener encendida la lámpara, no son prudentes, empiezan a evolucionar. Entran en el período de la transición, la caza del paisano. Pero el Adán civil, receloso y cobarde, pone pies en polvorosa antes de llegar a la encrucijada de la Vicaría. Como último adiós o epílogo de este período, los ojos ingenuos vuelven hacia el elemento forastero; posan sus miradas sobre el caminante de aluvión algo estable. Entonces las cornejas de la maledicencia inician al vacilante peregrino; le cuentan los vuelos espirituales de la nena hacia Marte; fabrican, si es preciso, la red en la fragua de la calumnia, y el ya avisado pollo, en una mañana de sol, y en el tren de las siete menos diez, desaparece...

Marte ha huído; las cornejas han ahuyentado a Vulcano; quedan los jesuítas, los legítimos sucesores del dios guerrero. Y las maduras doncellas, siempre pulcras de cuerpo y ya también de espíritu, van en las procesiones con un gran escapulario aureolado de mágica leyenda: "Fuera respetos humanos." Llevan el cirio santo en actitud de presenten armas. Así desfilan por las calles, mandadas por sanos padres de almas y cantando místicas endechas al Corazón de Jesús. ¡Siempre al corazón!

Muy de mañana, desde las seis, desfilan por la iglesia de San Juan, y después de confesar muy humildes con algún apetitoso padrecito, suelen dar una vuelta por la calle Ancha, a tal hora concurrida por profesores que van a la Academia a dar su clases. Alguna vez, al pasar, la romántica toledanita ha escuchado gozosa el piropo discreto de un capitancito gallardo o un teniente flamante, que al paso que contempla el andar gentil de la moza, se inclina para preguntar algo al compañero, un comandante ya entrado en años que le ha dicho sonriendo misteriosamente:

—¡Oh! ¡Es divina! Cuando yo estudiaba segundo...

EL PECADO TERRIBLE DE MI AMIGO

Don Agustín ha venido hoy a buscarme. Quiere que demos un paseo largo hacia las huertas lejanas, que desde las ventanas de mi cuarto son como una pincelada verde sobre el paisaje pardo, triste y seco.

—Comeremos higos—añade para convencerme—; unos higos riquísimos que sólo dan las huertas de Toledo.

Mientras salimos hace la apología de innumerables frutas, iniciándome en la manera de preparar algunas, y acaba aconsejándome sobre lo que no debo comer. Luego dedica un elogio especial a los albaricoques. ¡Ah, los albaricoques! Tengo precisión de confesarle que no me gustan; pero don Agustín se detiene, me mira y exclama solemnemente:

—Los probará usted, Fermín, y yo le llevaré a un sitio donde saben prepararlos exquisitamente.

Nos espera un atracón; porque este hombre, que carece de esas pequeñas intoxicaciones que alegran la tristeza del vivir—no fuma, ni juega, ni bebe más que agua; jamás va a los toros, y es casto y sabio como la diosa Palas—, tiene, sin embargo, su talón de Aquiles, un punto vulnerable, donde aquella fortaleza se rinde voluntariamente: el estómago.

Yo he tardado algo en conocer este pequeño defecto de mi amigo; pero empecé a sospecharlo al ver con qué fruición describía los ágapes romanos, las comilonas del Renacimiento, las suntuosas cenas del Rey-Sol. Con un poco de rubor, me confiesa que acude a todos los banquetes que con frecuencia se dan en Toledo, impulsado por este único vicio que le llevará al sepulcro.

Todos los consejos son inútiles. Ante una perdiz estofada o un plato de ciruelas en almíbar, don Agustín se olvida hasta de la ciencia. El mismo se disculpa frecuentemente con su voz suave: "Por algún lado había de cogerme el diablo."

Ya en la huerta, bajo los árboles, y con un cestillo de brevas magníficas delante, don Agustín me explica primero el mapa culinario de Toledo. Después, su imaginación de artista y su estómago de Lúculo mueven alegremente la lengua, que canta apasionada los frutos alimenticios de cada provincia. Es un enamorado, no del tuétano espiritual español, sino de su substancia real. Habla de ella con el elogio fogoso con que Castelar hablaba de la "madre Libertad". Nadie como él sabe dónde se crían los mejores melocotones, dónde preparan las tortas de huevo, las cerezas en conserva, las rosquillas, los pasteles; cuantas especialidades existen aun en el último pueblo de España.

—En su tierra, Fermín, hay unos bollos célebres.

No conozco tales bollos; pero cuando don Agustín lo dice, existen seguramente. Le prometo traérselos, y estrecha mi mano agradecido, mientras emprendemos la vuelta a casa.

Esta máquina tan perfecta de asimilación tiene, pues, dos estómagos. En su juventud ingirió centenares de tomos; estaba delgado, pálido. Era el triunfo del cerebro sobre el vientre. Al llegar la madurez se equilibraron las dos calderas, funcionaron armónicamente. Ahora comienza a declinar, y es la más baja la que consume quintales y quintales de alimentos. Ya no lee; su cráneo devuelve serenamente el pasado, y con voz de apóstol rumia la arquitectura árabe hasta convertir las raíces de la leyenda en jugo filosófico. Lo malo es que jamás confió a la pluma ni sus experiencias ni sus frutos. Hace lo que Sócrates: despilfarra sus conocimientos, en una larga siembra oral, sobre las yermas cabezas de sus discípulos. Pero a Sócrates le escucharon Platón y Jenofonte, y se me figura que este dulce rumiante de la cultura no va a topar con tan áticos discípulos en esta nación de macedonios.

A mitad de la cuesta se detiene. Un momento nos sentamos a descansar en el remedo de jardín solitario que hay junto a la explanada.

Desde aquí no se divisa Toledo. El camino

largo, sombreado de árboles, que va a la Fábrica de Armas aparece como una cinta verde que el aire mueve. Se ven algunas casitas lejanas, de paredes blancas, salpicadas a trechos con la eterna nota sombría de los olivos. Después, el cementerio, con sus cipreses de paz...

Don Agustín suspira melancólico:

—Mire usted desde aquí la ciudad. ¿Qué se ve? Siempre un vestido moro.

—Hombre, las iglesias son cristianas.

—No; su vestido es mudéjar. San Lorenzo, San Sebastián, Santa Eulalia, San Román, San Lucas, Santiago del Arrabal conservan la corteza mora. Y las torres parroquiales lo mismo: la torre de la Magdalena, la de San Cipriano, la de Santo Tomé, la de San Miguel el Alto...

Procuro atajar el chaparrón erudito que se me viene encima.

—Hombre, ¿no hay por aquí una ermita?

—La del Cristo de la Vega está ahí, a la izquierda. ¿Vamos?

—¡Es la que primero me enseñaron! Me han hablado de otra, con un Cristo y una lámpara. Algo confuso, que no recuerdo bien. Por supuesto, será un cuento más. Y habiendo lámpara, será tan interesante como el cuento de Aladino.

—No; no, por cierto. Precisamente he pasado muchas noches preocupado con la explicación científica del fenómeno, y al fin di con ella. Oígala usted: Cuando la invasión musulmana, los

cristianos escondían las imágenes en los huecos de las paredes o bajo el suelo. Una de éstas fué el Cristo de que le hablaron. Junto a la imagen colgaron la lámpara encendida, y allí quedó todo encerrado durante muchos siglos. Pero como la materia en condiciones tales se encuentra en un estado de disgregación casi absoluto, al descubrir el hueco y penetrar el oxígeno del aire, se inflamaron los restos de substancia orgánica que aun quedaban, y esto hizo creer a las gentes que la lámpara había seguido ardiendo desde que la enterraron.

Así, con esta sencillez bíblica, une don Agustín la Fe y la Ciencia. Las dos han visto la llama: la primera, durante siglos; la segunda, más humana, durante un fugaz momento.

Nos ponemos en marcha, deteniéndonos a cada instante para que mi amigo pueda respirar. Yo le ofrezco mi brazo, se apoya fuertemente, y despacio, silenciosos, entramos en Toledo a la hora funesta en que los comercios encienden sus focos y las gentes invaden las calles.

FRIO

Al quedarme solo me invade una honda tristeza, viendo que tras el espíritu exquisito de este sabio vive un estómago enorme y unos tubos digestivos dignos de una gran ciudad. Su ingenio

femenil, tan simpático y tan atrayente, no es más que un poco de humo que arroja la caldera. ¡La corteza! ¡Sólo es bella la corteza! Bajo la piel divina de Minerva o de Venus no hay sino malos olores. Por eso, ahondar en las vidas supone siempre un dolor...

La Profundidad, esta tercera dimensión que, como Diógenes, voy buscando a través de las almas y de las cosas, sólo me ha conducido, hasta el presente, a la decepción y el escepticismo.

La verdadera felicidad tiene únicamente dos dimensiones. Es el frío del análisis quien apaga demasiado pronto la lámpara de toda fe...

CAPITULO II

EL CASINO

Toledo es una ciudad de pasiones moras, de vestido judío y de alma cristiana.

La clase noble no vive en Toledo. Viene a pasar cortas temporadas en sus dehesas, y nada más. Quedan, por lo tanto, sólo dos fuerzas.

El cuerpo obrero está formado por multitud de células de diversos oficios: obreros de la fábrica, albañiles y carpinteros de la ciudad, con otros menestrales más humildes: huertanos, cigarraleros. Son las hormigas que con su trabajo diario llenan las trojes, cuya ración más sabrosa sirve de alimento a las cigarras brillantes de la otra casta.

Las células obreras conservan el matiz árabe más puro. Son moriscos de los pies a la cabeza. Cuando ventean una algara forman un solo árbol de revuelta. Fuera de estos momentos de combate, son gentes pacíficas y laboriosas, de un gusto artístico innato. Ellas conservan el arte mudéjar en las fachadas, la sangría árabe de la noria, el trabajo berberisco de la parcela

de tierra y el moro repujado de las armas, con su temple inmortal...

La clase media, salvo raras excepciones, no es un órgano de asimilación, aunque lo simule. Hay clase media indígena, formada por procuradores, administradores, prestamistas, abogados, políticos, y otra parte trashumante: sacerdotes, militares y empleados civiles. La primera forma el vestido, la manera de ser de la ciudad; la trashumante es la depositaria del cristianismo y de las leyes.

Salvo casos aislados de estupendos trabajadores, más fuertes y activos aún que los menestrales, la clase media está intoxicada por el óxido de vagancia que despiden estas paredes sagradas. Unicamente las lenguas no dan punto de reposo.

La aljama verdadera de la clase obrera es la taberna. El Parlamento de la clase media es el Casino.

Huyendo de la nostalgia que aqueja a todo montañés trasplantado al llano, me he hecho socio del Nuevo Casino de Navarro Ledesma.

Es un caserón amplio, confortable, emplazado en una cuesta de máxima pendiente, frente a San Juan de los Reyes.

Tiene esta capilla del ocio el sello inconfundible de los centros de recreo provincianos: a la entrada, una escalera de mármol; luego, la cancela vidriada de prócer talante; después, el sa-

lón sembrado de columnitas esbeltas, plantadas a marco real, formando dos patios.

En el piso superior están las ventanas con honores de ajimez, que cobijan a los pardillos forasteros cuando bajan desplumados de la sala del crimen, o a los enemigos del jaleo en los días de concierto y de bullanga.

Las paredes y techos están materialmente acribillados de pinturas al óleo más o menos simbólicas. En el centro hay tres mesas de billar sintéticamente colocadas. Unos divanes forrados de terciopelo rojo rodean el salón. Pequeñas mesas de mármol, con su correspondiente sillería, completan el aderezo. Al lado de estos solares de la política al menudeo, y frente a la puerta, sobre una plataforma, el piano de cola duerme con un gesto de buitre encadenado.

Generalmente, cerca de la cocina, para darle más sabor casero, están los jugadores de dominó, abstraídos, mirando a las fichas con fanática fe. Son fakires de casino, cuyo ombligo es el seis doble.

Pero el piano, además de escanciarnos una música profunda y educativa, tiene una alta misión histórica. Es la valla eterna que separa a los Silvias y Zúñigas, las dos taifas en que sigue y seguirá Toledo dividida. Los Silvias nos ponemos a la derecha del piano, según se entra; los otros, a la izquierda. Nuestra taifa está sostenida por el aluvión forastero; la de los Zúñigas

se compone de toledanos puros con matiz árabe, y si Castilla no estuviese dormida, esta taifa sería la depositaria verdadera del regionalismo. Otros historiadores definen estas taifas por su librea: la de la derecha, de diputados y ex diputados provinciales; la de la izquierda, de concejales y ex concejales de la ciudad. Los primeros tienen pedida casi siempre la mesa de billar. Los segundos, más prácticos, arriendan algunas veces la sala del juego. Tanto en los Silvias como en los Zúñigas hay toda clase de máscaras políticas: carlistas, liberales, reformistas, republicanos. Mas, para tomar café, jamás un soldado de la taifa atraviesa el Rubicón o, mejor dicho, el piano de cola.

Además de este aspecto político, el casino presenta otros matices sociales. Es el mentidero glorioso del elemento masculino; es el mercado de malignas historias; es la gruta de agradable descanso para los viejos, o el alegre confesonario de los mozos en las frías y lluviosas tardes de invierno.

Arriba, en el piso pricipal, están las salas destinadas al juego, salpicadas de mesitas para el tresillo, poker y tute. Espléndidos salones, llenos a cualquier hora de oficiantes. Y allá lejos, tras una humilde mampara, la biblioteca diminuta y sencilla, con su mesa forrada de paño verde y sus armarios eternamente cerrados.

Sería inútil buscar aquí otras revistas que las

teatrales o taurinas. Las únicas vidas paralelas que quieren saborear los socios son las de toreros y bailarinas. *La Lectura, Estudio* y la *España Moderna* fueron suprimidas por su mucha densidad. Las pobres arrastraban una vida lánguida y morían vírgenes, sin la menor señal de desfloración.

También el catálogo de esta biblioteca es bastante original. Se halla dividido en dos encasillados: uno para las obras, otro para los autores. Veamos algunos ejemplos: *Poemas del Cid*. Autor, doctor Mio Cid. Otro: *La vida del Lazarillo de Tormes*. Autor, Galdós. Más abajo: *El Nuevo Testamento*. Autor, desconocido. Y así sigue una docta y erudita compilación de todas las obras, para cerrarlas con un broche de oro: la fotografía del semidiós que creó tan sabio trabajo. Tan grande debió ser su esfuerzo, que al acabar su labor la dejó rubricada con estos lapidarios párrafos: "Mis queridos consocios: Aceptad este catálogo, desprovisto de la galanura y estilo que el asunto merece, siquiera sea para alentar la irreductible voluntad que tengo para desempeñar este cometido..."

Ante este final barroco, la junta general, por aclamación, nombró socio de mérito a este presidente ejemplar...

Pero lo verdaderamente típico del casino son las tertulias, pues cada una de las taifas se descompone a su vez en media docena de corros. La

principal es la del rincón, compuesta de procuradores y abogados. Da a luz casi todos los diputados provinciales. Su espuma política es la más brillante de la provincia.

Un muchacho de aquí, empleado en Obras públicas y vate regional inédito, me ha ido enterando del complicado engranaje que existe entre los diferentes partidos. La mayor parte del año todos son unos, frailes y tamborileros; es decir, Silvias y Zúñigas. Al llegar las elecciones se agrupa cada cual donde más le conviene y votan una misma candidatura, aunque tomen café en distinto sitio.

El bloque moderado tiene su dolmen sólido, inconmovible, representado por un tal don Indalecio Torrijos de Navahermosa. Empezó a politiquear siendo zapatero de portal, y paso a paso ha llegado a jefe. Es un hombre sencillo, ingenuo; un político honrado, sin más ideales que vivir y vestir bien. Tiene, como Diocleciano, su huerta. Sólo que, en vez de lechugas, planta una ruleta y despluma anualmente a los correligionarios de la provincia. Pudiendo ser diputado, no ha querido pasar de alcalde.

Otro tipo verdaderamente notable es su lugarteniente Rodríguez. Su característica es la vanidad, no de grandezas y honores, sino precisamente del detalle pequeño, rayano en infantil. Sentarse junto al diputado, fumar los habanos con la anilla puesta; cualquier insignificancia

que denote intimidad con algún personaje hace feliz al bueno de Rodríguez. Frecuentemente se le oye decir en la tertulia, como al descuido: "Ayer estuve en Madrid; comí con Dato; ¡compromisos! Por cierto que, al volver, don Alvaro me pagó el tranvía."

Aunque nadie le toma en serio, él no falta a banquete, recepción, despedida ni nada que huela a sainete representativo, y es el primero en acudir a ofrecerse a cuantos diputados asoman la nariz por Bisagras.

Gracias a sus aptitudes de camaleón, se adapta a todos los colores de las derechas y aun a todas las opiniones monárquicas. Tiene sus aspiraciones, y ¡quién sabe!, acaso algún día trueque la famosa caja de cerillas con que hoy recorre los pueblos por suntuoso automóvil, y maneje el distrito con el despotismo desenfadado con que Maese Pedro manejaba su retablo... ¡Estas figuras caricaturescas suben tan alto en esta nación de lenguas porteriles y brazos inertes!...

El partido de los avanzados tiene igualmente su columna. Aun no conozco al prohombre que la representa; pero el aspirante a poeta me lo ha descrito con singular gracejo, especialmente su recia cojera y su voz sorda como un dios antiguo, añadiendo detalles famosos, dignos de un gran soneto que le he aconsejado hacer. Confieso que me ha divertido grandemente la rela-

ción de mi amigo. Durante largo rato las carcajadas han atronado el casino, provocando miradas iracundas de los pacíficos burgueses que junto a nosotros toman su café. Luego el poeta, inclinándose a mi oído, ha dicho misteriosamente:

—Pues aun falta lo mejor: cuando la constitución del bloque...

—¡No, por Dios, basta; dejémoslo para otro día!... ¡Hoy ya nos hemos divertido bastante!

VIDAS PARALELAS

El mozo encargado de la biblioteca del casino se llama Rodolfo, y es un tipo simpatiquísimo y original. Guarda las obras de Calderón, Cervantes y Galdós en pequeñas fosas, donde duermen abrazadas a manuales de cocina.

Al tomar posesión de su cargo les echó doble llave por orden de la junta, y cuentan que, hasta ahora, no ha habido un solo socio capaz de turbar su religioso sueño.

Rodolfo es la contrafigura del heleno Narciso, y además tiene plena conciencia de su fealdad; pero la Naturaleza, siempre generosa, le ha concedido un formidable arpón de conquista: su gracejo. En él se enredaron durante muchos años cuantas pecadoras llegaban a los toledanos

templos del amor. Hoy, jubilado ya de sus andanzas amorosas, no tiene más pasión que los toros ni más héroe que su oficiante predilecto: el *Terremotito*. En el fondo del sombrero lleva un antropoide en traje de luces, bajo este peregrino rótulo: "Se acabó el carbón."

Los días en que el fenómeno torea, Rodolfo enciende ante su retrato una lamparilla de aceite, y a la noche, no bien oye vocear los periódicos madrileños, corre a devorar el panegírico del héroe, puesto en rimas excelsas por *Canela y Oro,* un Víctor Hugo histérico de la fiesta nacional.

Algunas veces, si el bolsillo se lo permite, toma el tren y se marcha a presenciar la corrida a Madrid. Vuelve jadeante, alegre o jeremíaco, según el resultado. Entra en el salón; sube a la tarima del centro, púlpito de este sacerdote de la tauromaquia, y a fin de que la buena nueva del convencimiento llegue hasta la última celdilla cerebral del auditorio, se sienta sobre el piano y espera a que los socios le rodeen. Entonces, con unción evangélica, hace el juicio exacto, científico, desapasionado, de la corrida. Sobre su cabeza se adivina ese halo de luz que rodeaba al Salvador en el Sermón de la Montaña. A sus pies, a guisa de discípulos, está la Junta directiva del casino; sigue la masa de socios, gente socarrona en su mayoría; después, los empleados de la casa con sus familias, y ce-

rrando este ejército de creyentes, el último en dignidad, el perro del portero.

Por regla general, la descripción de una suerte rondeña de su ídolo sale de los labios del mozo con la claridad meridiana de un teorema; pero si algún punto necesita demostración práctica, hace seña a cualquier intelectual, que se apresura a entregarle el gabán *incontinenti*. Abren calle los oyentes y por ella se precipita el perro con la agresividad de un miura. El gran Rodolfo despliega su improvisado capotillo; marca la suerte del costal, cargando mucho, y da la salida con la elegancia de Aquiles al sacudirse una flecha.

Suele ocurrir que el perro se distrae y no embiste. Entonces el público se impacienta. El maestro ordena "¡correrlo por derecho!", y el individuo más antiguo de la Junta hace de peón de confianza, trayendo a la fiera al sitio deseado.

Fuera de estos ligeros apuntes cómicos, la vida del casino es monótona y los tipos que por él desfilan un poco borrosos. Sin embargo, yo me he fijado con simpatía en el pianista, un hombre alto, soberanamente delgado, a quien todos llaman familiarmente Quinito.

Su cuerpo tiene un gesto caído y triste. El semblante, bordado de arrugas, da la sensación de algo tronchado, roto, amargo. Cubre su cráneo, atrozmente alargado, una romántica melena enmarañada y rebelde, penacho simpático

que idealiza el raquitismo de su dueño. Los ojos, menudos y pícaros, tienen la intranquilidad de las aves de corto vuelo, hundidos en el misterio de profundas ojeras. El bigote, desmayado, blando, chino, cae indiferente, desprovisto de coquetería...

Posee la corteza decorativa de la clase media. Lleva muchas alhajas en los dedos y un estupendo dije colgado del chaleco. Fuma en pipas culotadas cigarrillos con escudo. Confiesa una vez al año; juega a la lotería y pasea a diario por Zocodover. Su celebridad, sin embargo, no estriba en su arte como pianista: su celebridad arranca de su pastorismo. Así como Rodolfo es el mantenedor del terremotito sevillano, Quinito lo es del león madrileño. Rodolfo canta la valentía de su astro; el otro, la seguridad del suyo. Se pelean todos los días. Para Rodolfo, su ídolo encarna el corazón más grande de España. Para Quinito, la muleta sobria del "sordao romano" destila sabiduría. ¡Y a ver quién es el cursi que habla aquí de patria!...

Todas las noches, indefectiblemente, encuentro a Quinito frente al piano desgranando partituras con sus manos eternamente enguantadas. Mientras tanto, la juventud, taco en ristre, guerrea sobre las mesas de billar, sin prestar la menor atención a la música. Alguna vez piden malagueñas, tangos o algún cuplé coreable, que suelen aplaudir golpeando el suelo con el taco.

Y el artista los complace siempre, sonriendo con la indiferencia adquirida en treinta años de trabajo asalariado. A este pobre genio de los trémolos, la riqueza y la gloria, tan pródigas en posarse sobre las sienes cretinas, no le han rozado jamás. La necesidad le obligó a hacer de su profesión una labor mecánica, sin entusiasmos ni ambiciones. Sólo muy de tarde en tarde, cuando algún peregrino suelto pide al maestro música seria, sus dedos abandonan el ritmo jornalero, y su semblante se transfigura, como si en aquellas notas pusiera la inspiración de toda su vida fracasada.

Yo he querido conocer la vida íntima de este hombre, que vejeta en Toledo desde hace tantos años, y me ha sido facilísimo, gracias a la predilección de estas gentes por los chismes y enredos ajenos; defecto, por otra parte, de todas las poblaciones pequeñas. A pesar de su corteza mediocre, Quinito, por dentro, lleva un ruiseñor... Y así como Petrarca tuvo su Laura y Dante su Beatriz, también en la vida de nuestro artista una mujer se interpuso hasta convertirse en eje central y única preocupación del maestro.

Pequeña de estatura, redondita y fina, con su rostro ovalado, de ojos dulces y mansos, y su eterna sonrisa bondadosa, semejaba una virgencita de Murillo. El barro de esta estatua consistía en una levísima cojera, defecto insignifican-

te que era otro encanto más para los enamorados ojos del pianista.

Flora se había prendado de Quinito una noche que le oyó tocar en el casino el nocturno de Chopín. El artista no resistió a los encantos de la admiradora, y desde aquel día se vieron diariamente en la reja, donde acudía puntualmente éste, llevando muchas veces bajo la capa el violín mágico con cuyas melodías dominaba a la amada, cada vez más rendida a su ídolo.

Pero la niña tenía además un tío canónigo, en cuya compañía vivió siempre; hombre fanático que, enterado de los amoríos de Flora, hizo presa en su débil voluntad, obligándola a entrar en un convento, sin que la pasión de Quinito encontrara recursos para impedirlo.

Llegó el día de la profesión, triste y nuboso. En el templo, completamente lleno de fieles, y arrinconado en un ángulo obscuro, como el arpa de Bécquer, Quinito, embozado hasta los ojos, parecía rezar...

Flora, vestida de blanco, tendióse en el suelo junto al altar mayor; sobre ella arrojaban las monjas rosas blancas y pálidas azucenas hasta ocultar su cuerpo. Arriba, el coro salmodiaba un responso monótono y triste, anunciando que la virgen acababa de morir para el mundo.

Entonces ocurrió algo insólito. Lentamente, como un sonámbulo, Quinito arrojó la capa, irguióse, empuñando el oculto violín, y empezó a

derramar notas dolientes, impregnadas de infinita angustia. Un ritmo de quejas que hizo enmudecer a monjas y fieles, mientras todos los ojos se clavaban en el artista, dispuesto a llorar su amargura con sonidos trágicos y escalofríantes.

De pronto, las cuerdas iniciaron las primeras notas del nocturno evocador. Flora, puesta en pie y coronada de rosas, escuchaba. El violín seguía llamándola con triste angustia, y ella, hipnotizada, iba avanzando lentamente entre las dos filas de monjas, que, atónitas, no se atrevían a detenerla.

Al llegar a pocos pasos del músico, el violín soltó un gallo intempestivo, y la nueva Ofelia cayó desmayada al suelo; mientras, las religiosas, recobrada la energía, se la llevaron, cerrando para siempre la puerta del coro. Quinito había perdido su presa por la excesiva inspiración de su violín. La embriaguez artística hizo temblar sus dedos, que rozaron la nota... Y el músico, al referir esta aventura, derramaba dos lágrimas, recordando, según malas lenguas, la noche que pasó en la cárcel de la histórica Toledo, conducido por dos municipales poco versados en romanticismos...

Hoy Flora es la superiora del convento. Su pensamiento se ha refugiado en el cielo. Sólo al llegar la fecha del aniversario vuelve el agua sentimental a anegar a la pobre monja. Haga

frío o calor, el mágico violín de Quinito solloza en la plazoleta cercana. En el silencio de la noche, las notas atraviesan las tapias, los paredones sombríos, y se refugian en el corazón de la superiora, que escucha arrodillada. Esta hora de música al año es la única raíz que ata a la tierra a la mística paloma.

—En Toledo—le digo al músico—estarán orgullosos de tener un artista como usted.

Quinito sonríe.

—Nada de eso; me toman el pelo; pero ya verá usted cuando me muera qué manera de llamarme genio; hasta puede que me levanten una estatua; conozco a mis paisanos...

He aquí por qué, cuando oigo al pianista esos trémolos tan largos que engendran un puñado de ironías, yo me pongo triste. Veinte años de jornalera labor han impedido que esta larva martirizada se transforme en una brillante mariposa del Arte...

DON BERNABE CUERVA Y DON JUAN ESQUIVIAS

Desfilan además por el casino otras vidas notables, de luz propia, que proyectan un brillo tragicómico y pintoresco.

Una de ellas, verdaderamente sublime, es la de don Bernabé, grueso concejal que encarna la

tradición. Es un profesional del yantar, que ha hecho de la confección del arroz una rama nueva del arte culinario. Los guisos confeccionados por sus manos son tan excelentes, que, de haberlos incluído el diablo en sus tentaciones, pierde San Antonio su puesto en el calendario.

Tiene nuestro concejal los ojos grandes, cándidos; la boca, epicúrea, decorada siempre con un cigarro puro; la sonrisa, de un optimismo atroz, de una simpatía irresistible. En este sumo sacerdote de la paella, su vientre encarna la fatalidad estéril del tonel de las danaides. Se ha tragado diez mil duros en cubiertos de a tres pesetas. Los cigarrales y huertos heredados de su padre sólo han sido letras de cambio cobradas en la tienda intestinal...

Odia a los oradores. Cada vez que en el Congreso surge un ave de pindárico vuelo, don Bernabé le factura un kilo de perejil. Dice que desde la revolución de septiembre lleva facturados cerca de dos vagones.

Es simpático, porque ataca de frente a los fuertes que caminan con el zurrón de la moral a la espalda; pero carece de poesía. Jamás se deja tundir como don Quijote; está demasiado alimentado. Para los falsos profetas y timadores del ideal no usa lanza, sino pistola, y los dispersa a tiros. En cambio, ¡es tan débil ante una cazuela de arroz o ante una pirámide de solomillo!...

No es un santo, ni morirá en olor de santidad. Su asombrosa nutrición está reñida con el misticismo. Lo natural, dada esta gloriosa urdimbre física, era caer del lado de la libertad, para trepar más fácilmente; pues no, señor; don Bernabé es un reaccionario sincero.

En los hoteles de confianza, a nuestro héroe le dan un cuartito reservado. Nada de aventuras picantes. Como buen anacoreta, carece de medula. Así puede quitarse la americana, soltarse la camisa y el pantalón y tomar el *consommé* sin necesidad de cuchara. Como aperitivo, limpia todos los fruteros de los postres.

El mismo narra con gentil donaire algunos lances. Para arreglar un asunto de testamentaría tuvo que ir a Polán. Había comida preparada para cinco; pero el asunto no se arregló y nadie quiso sentarse a la mesa. Sacrificándose, don Bernabé ingirió el condumio de todos. Al montar en el coche, los chicos le despidieron gritando: "¡Tío comilón, tío comilón...!"

La leyenda no conserva más hazañas que las de su estómago. Se callan su honradez, su energía brusca, sus raíces sanas de cardo de la estepa. El pueblo sólo ha recogido de él, como tipo representativo, las espinas cómicas.

En un banquete vió nuestro concejal dos enormes fuentes de ternera y se echó a llorar con un desconsuelo magno:

—Lloro, señores—declaró—, porque se me cansan las mandíbulas...

Otra vez, unos cuantos amigos organizaron una comilona. Los postres consistían en torear un becerro. Hallábase nuestro héroe colocando la mesa en el centro de la plaza. Una bendita alegría daba brillo a sus ojos y se posaba en su boca, destilando humedad. Entonces soltaron el novillo. Don Bernabé, absorto en la científica colocación de tenedores y cucharas, recibió un golpe suave en las nalgas:

—¿Queréis dejarme en paz, abedules?—replicó—. La comida estará en seguida.

Un mu...u...u aterrador, trágico, obtuvo por respuesta. El torete le miraba con ojos asesinos, dispuesto a entrar a saco en la fortaleza de su vientre. Le nacieron alas y voló hasta la barrera, acompañado por un coro de carcajadas estruendosas.

No contaron con la brava enjundia de nuestro concejal. Puesto ya el pie en el estribo, fuera las ansias del miedo, sacó el revólver y a tiro limpio ahuyentó a todo el mundo. Después se fué hacia el novillo y le incrustó dos balazos en el testuz.

Los amigos, pasado el susto, reaccionaron, y después de muchas dudas volvieron un tanto cavilosos. Entraban en silencio en la plaza y quedaban inmovilizados por el asombro...

No era para menos. Don Bernabé, sentado

gentilmente en el centro del redondel, y teniendo por trofeos los restos de la comida preparada, devoraba un trozo enorme de la pierna del becerro. A su lado, junto a la hoguera, dos matarifes daban vuelta a un asador. ¡Se iba a comer todo el novillo!...

Paralelo a don Bernabé es su contrincante don Juan Esquivias, un hidalgo alto, seco, de mejillas cetrinas y barbas blancas rabínicas. Sus ojos son negros, profundos y tristes; su sonrisa, amarga; su gesto, pesimista, y su lengua, un hacha de leñador...

Estas dos máquinas zoológicas tienen idéntico fin; pero los medios son distintos. Don Bernabé devora terneras y pollos; don Juan, ideas, muchas ideas. El primero asimila todo lo que cae bajo la acción de su estómago; el otro es un cerebro que trafica con los alimentos espirituales. El alma de don Bernabé viene a ser análoga a la de Adán antes de su pecado; la de Esquivias nos recuerda la serpiente seductora que sigue haciéndonos pecar.

Las diferencias se hacen más terribles si nos alejamos de la zona de sus apetitos. Don Bernabé es un cabeza redonda, partidario de la línea recta, y casto, atrozmente casto. Don Juan tiene el cráneo en forma de pepino y el espíritu partidario de la línea curva. Mientras don Bernabé milita en el campo tradicionalista, don Juan es radical avanzado, y su palabra mágica,

que es una catarata al servicio del progreso, cae sobre las multitudes como ducha benéfica. Canta a todas horas los derechos del pueblo, la santa libertad de los ciudadanos. Destruye todos los deberes y todas las fronteras con el ácido de su oratoria: "¡Abajo las tijeras que cortan las alas de la futura fraternidad!", suele decir en sus lapidarios discursos. Eso sí: ingresó en la política con unos miles de duros y hoy tiene cinco millones de pesetas.

La vida de don Juan es una novela llena de aventuras. La inquietud, que fué brújula de los Lazarillos y Guzmanes, le espoleó a saborear los oficios más extraños. Hijo de una dinastía de comerciantes, su vida tenía que discurrir fatalmente sobre los tableros de un mostrador...

Este marco era estrecho para nuestro Gil Blas toledano. Al romper el cascarón de la adolescencia, ya ensayaba sus primeros vuelos tan simpática ave de presa. Fundó tres periódicos en defensa de Toledo; le premiaron en los Juegos florales de Olías y Gerindote; Cejador le incluyó en su *Historia de la Lengua Castellana,* y al amparo anunciador de estas artes mayores, cayó en el campo económico con varias tiendas de vino y acabó amurallando a Toledo con pellejos de la Sagra.

Tuvo el arriendo de Consumos siendo concejal. Ya de alcalde, solucionó por dos veces la crisis del trabajo. Y al llegar la primavera, dos

carreteras acabaron en sus cigarrales... Su simpatía llegó a más: una de las cañerías del agua, enamorada de este bendito semita, se rebeló a subir a Toledo, y alegre y contenta corrió a desaguar en su mejor finca. A este oasis de verdura, en medio de la estepa castellana, han acudido los principales cogollos del Parlamento español, galantemente invitados por tan esforzado apóstol del pueblo. Por todo lo cual se le ornó el pecho con cruces de altísimo mérito...

A la edad en que Cristo y Garcilaso cayeron, sus alas, en vez de plegarse, volaron más altas, pues es sabido que la abubilla vive más que el ruiseñor y necesita otra clase de alimentos. Con el alma y el bolsillo ya en sazón se dedicó a erudito. ¡Siempre vistió sus codicias con galas inofensivas! Enterró unos documentos genialmente apócrifos, que, descubiertos con gran aparato, sirviéronle para publicar unas Memorias trascendentales de mil y pico de páginas. Nadie las leyó; pero en cambio fué nombrado académico y volvieron a llover sobre él encomiendas y distinciones.

Con este españolísimo bagaje se posó en el campo parlamentario. Hoy por hoy es el orador más grande en esta provincia, pues al Congreso sólo lleva su austeridad de espartano. En sus discursos ha tenido algunas distracciones verdaderamente felices. Siendo como es un mercader atareadísimo, a veces equivoca el fardo

de las ideas, o sirve género ya averiado al precio de fábrica. Así, hablando en un mitin de los grandes cerebros, citó a Cervantes, a Diego Corrientes y a *Lagartijo*. En otra ocasión soltó íntegro un discurso pronunciado por Salmerón quince años antes...

Mas también aquí la leyenda ha prescindido de las altas dotes oratorias de su talento para caracterizarse sobre el tablado de la vida. Sólo ha conservado las aventuras de esta medula atrozmente activa, y de ellas, la más notable fué una apuesta.

Tenía entonces don Juan cuatro lindas muchachas en los cuatro puntos cardinales de la ciudad. Cierto viejo ricacho a quien acababa de hacerle traición su querida discutía obstinadamente sobre la imposibilidad de domar a las mujeres. Nuestro hombre aseguraba que esto era fácil; todo se reducía a contentarlas fisiológicamente... La disputa se agrió.

—¿Por qué no vive usted en paz con las cuatro niñas en un mismo piso?—propuso un chusco.

Y vivió; ya lo creo que vivió don Juan. Nada hay difícil para este Proteo del erotismo. Durante varios meses, todas las mañanas, el Aretino castellano salió a la calle, risueño y animoso. Desde el balcón, sus amantes palomas le despedían con los más tiernos suspiros, con las palabras más dulces y mimosas del cancionero

galante. El se alejaba mirándolas y cruzaba la calle con el éxtasis de un San Francisco laico.

Declararon los vecinos de la casa; declaró todo el barrio, desde el sereno hasta los municipales. Siempre oyeron canciones y risas. Jamás un rumor de pelea obscureció la alegría de aquellas habitaciones paradisíacas; de aquel paraíso adánico y edénico; de aquel huerto, todo paz, regado por nuestro moderno Jacob...

LOS INTELECTUALES: ROGER EL PERIODISTA Y CALATRAVA EL ESCULTOR

Roger es un muchacho culto e ingenioso, feo como Sócrates, pero sin su bondad.

Su familia procede de Talavera. Aun conserva allá Roger algunos pegujales y un molino de aceite. Del hidalgo castellano, hombre de una pieza, noble y recto, queda muy poco. Ha cambiado de piel. A la bravura ha sucedido el ingenio; a la rectitud, el antifaz; al orgullo, pasión masculina, la femenina vanidad.

Es la decadencia ingeniosa, brillante y cáustica. Ya no combate a estilo de los tiempos de Mio Cid; a la lanza reemplaza la lengua, afilada como la hoja de una navaja albaceteña.

Sus aptitudes no pueden ser más diversas. Es dueño de un comercio de tejidos en la calle Ancha. Es a la vez director y propietario del pe-

riódico más acreditado de la provincia. Necesita, como Alcibíades, que la ciudad se ocupe de él. Después, hastiado, vuelve a acariciar fríamente la superficie de las cosas, recobrando su serenidad de enigma.

Suele presentarse a los extraños, no como hortera distinguido, ni como periodista toledano, sino en calidad de corresponsal de varios rotativos otomanos y persas. Resulta verdaderamente ameno oírle referir sus campañas periodísticas en Persia, donde realmente estuvo viajando por cuenta de una casa francesa, fabricadora de tapices, y de la cual es representante.

Pero su actividad de ratón no le consiente una ocupación sola, y además de los cargos que oficialmente desempeña, se dedica con ardor al cultivo de una planta rarísima, encontrada en Tartaria, cuya aclimatación en el suelo toledano se ha convertido para él en idea fija.

La tal planta, cuyo aprovechamiento, formación y desarrollo nos ha referido mil veces, da unas hojas largas, que luego de secas y atadas convenientemente se utilizan en aquel país para la limpieza de las calles, lo cual llevan a cabo con perfección tal, que su importación está llamada—según nuestro amigo—a renovar el sistema de escobas clásico en España.

Todos los años, con la constancia de un cráneo norteño, lleva a la práctica esta idea. El

Ayuntamiento le cede gratis unas parcelas en las "mestas"; siembra misteriosamente, y en la primavera los burros de los gitanos, constantemente también, se comen todas las primeras materias del invento genial...

Prescindiendo de sus tartarinescos ensueños comerciales, lo cierto es que Roger aparece como un intelectual perfecto. Su subsuelo cerebral, atrozmente yermo, va chupando una lluvia entera de ideas ajenas. Las primeras capas son de una corteza agresiva y demoledora. Si un amigo o un libro arrojan alguna semilla, él la examina con cínico entusiasmo, la pulveriza, y cuando su autor la ha olvidado, él vuelve a desenterrarla pura, limpia, bien vestida y convertida en simiente suya.

Ordinariamente se embriaga pronto con su oratoria. Entonces su tez, casi siempre pálida, toma la pátina amarillenta denunciadora de la bilis. Y sigue interminable hasta desahogar toda su hiel.

Roger, no sé por qué, me inspira desconfianza. Diríase que se ha envuelto en los riquísimos tapices persas de su muestrario. Expone sus argumentos y opiniones con una enorme riqueza de colorido, con la misma suavidad y elegancia que si se despojara de las preciosas telas, pero sin soltar jamás todas.

En cambio, Calatrava, el manchego escultor Calatrava, me produce otro efecto no menos

pintoresco. Da la impresión de que para formarle han desnudado de ramas un tronco de dura encina y han esculpido a hachazos su figura. Espiritualmente es lo mismo: brusco de palabras y muy Sancho por fuera; todas sus espinas están en la superficie.

Mas por dentro lleva soterrado un Quijote estupendo que no sale sino en contadísimas ocasiones. Tiene un hermoso cráneo cúbico, asilo de tenacidad. Trabajor formidable, es, en resumen, la antítesis de Roger; carece de histrionismo, desconoce la simulación, por lo cual le será difícil triunfar en la vida española.

También aquí las diferencias entre estas vidas paralelas se hacen cada vez más sensibles a medida que la amistad nos va abriendo sus almas. Calatrava es un escultor; Roger, un viajante y espíritu afín, eso sí, al periodismo. Pues bien; en la conversación, Roger es el artista y Calatrava el comerciante. Roger, apoyado en el tanto por ciento, ha hecho una linda fortuna. El escultor, huraño, pudoroso, incapaz de exhibirse, vende a muy bajo precio trabajos que luego firman algunos aficionados o enriquecen a ciertos chamarileros.

Hoy Roger es un diamante que pronto entrará en el escaparate de la prensa madrileña y acaso en el mostrador parlamentario. En cambio, Calatrava es un arcaduz ignorado, cuyo

buril saca a la superficie al espíritu de la raza. Labor de cangilón anónimo...

La raíz del odio entre este satánico hortera y el descentrado manchego acaso estribe en que Roger es siempre un divulgador, un comisionista; mientras Calatrava es un creador que, pudorosamente, busca la obscuridad y el silencio. Y así, el verbo en Calatrava se llama germinar, y en Roger se llama divulgar o acaparar lo germinado por otros.

Claro que estas vidas paralelas, aunque no se encuentren, corren por un plano siempre artístico, a diferencia de las de don Juan y don Bernabé, de las de Rodolfo y Quinito, que se deslizan en escalas zoológicas más bajas. Como artistas, sus cerebros son genéricamente femeninos. Sólo que el de Calatrava recuerda, por su sana fecundidad, a Pomona, y el de Roger a las lindas entretenidas o, en sus trabajos más legales, a la mujercita malthusiana.

Estos dos héroes no son indígenas, y quizá debido a ello carecen por ahora de leyendas...

CAPITULO III

TOLVANERAS

El hombre medula y el hombre estómago discuten. La tertulia política asiste a este combate con un entusiasmo sinceramente religioso. Es el mismo fervor del ateniense ante la palestra de Delfos.

Cuando llega la primavera, estas golondrinas de la oratoria acostumbran trasladar su nido al salón principal del casino, y allí peroran formando un círculo perfecto cuyo centro es un botijo. Así, en los momentos críticos en que la discusión se encona, deja su trono el ídolo de barro, y el agua de Cabrahigos, en calidad de heraldo de paz, circula devolviendo frescura a las gargantas. De mozo de estoques actúa un botones.

Si alguna vez los combatientes, cegados por la pasión, amenazan guerrear con los puños, hay siempre un alma caritativa que utiliza el botijo con la clarividencia del monosabio al verter el chorro refrigerante sobre la testa del picador congestionado...

Las tormentas más recias ocurren entre don Bernabé y Esquivias; pero jamás con ellos hace falta utilizar la ducha. Pasada la tormenta de frases, su amistad se reanuda con mayor solidez. Claro que, en dos climas morales tan diferentes, la conversación es siempre zona tempestuosa en donde los sentimientos—no las ideas—luchan como masas aéreas por la supremacía, originando los remolinos de la discusión.

En el momento en que yo llego al corro, los dos contrincantes tratan de poner en claro, con grandes rugidos, las causas de la decadencia española. Lo primero que llega a mis oídos es la voz de don Bernabé, que increpa furioso:

—Yo razono lo que digo; no hago como este troglodita, que debía llevar anillo en la nariz en vez de la vara de concejal, que, aunque equivalente, es menos llamativa...

—Bueno; tú di todo lo que quieras; pero, por mucho que te duela, la culpa de nuestro atraso es de la religión romana. La nación está hecha para contener cuarenta millones de almas, y no las tenemos sencillamente porque medio millón de curas y frailes, lo más instruído, lo más sano, lo más inteligente, dado el ideario de las aldeas, son solteros. Ya ves que yo también sé hacer justicia dando al César lo que es del César...

—¡Deja en paz a la Iglesia, inmundo hereje! —grita colérico don Bernabé—. ¿Para qué quie-

res cuarenta millones más de parias? ¿Para que tengan que emigrar? Es hasta ridículo defender absurdos atacando verdades de fe...

—Si no es cuestión de fe, hombre, sino de disciplina eclesiástica. Si el papa ordenara el matrimonio, hasta los beatos os casaríais. A Dios gracias, cada día somos más los que pensamos así...

—¡Quita de ahí! ¡Si los radicales sois cuatro gatos! La última llamarada de una vela es la que mejor arde, y eso le pasa a la medula anticlerical; pero vuestro reino se os va, y con justicia, porque se ha demostrado que no servís para nada...

—¡Mientes!—interrumpe el hombre medula con voz de trueno—. ¡Nosotros hemos dado a España la libertad!

Una carcajada interminable acoge tan optimista declaración. Una mano piadosa pasa el botijo, mientras don Bernabé comenta socarronamente:

—¿Libertad? ¿De qué? La libertad por sí sola es una cosa puramente negativa. ¿Dónde está esa libertad? ¿En el sufragio? Le habéis corrompido. ¿En las garantías constitucionales? Las suprimís cuando os conviene. ¿En la Prensa? Tenéis la censura. Farsa y farsa. Seguimos enjaulados; sólo que habéis aprendido a ocultarnos los barrotes...

—¿Es que sin esa libertad podrías hablar

como hablas?—replica engallado Esquivias—. ¿Podía hablarse así en los amados tiempos de la Inquisición?

—Yo, sí. ¿Por qué no había de poder? En mí la libertad tiene su valor: un ideal, obligaciones, la finalidad moral... En ti, no. Tú predicas la libertad por sí misma, pero no la profesas, y yo en cambio predico contra ella y de hecho la practico. Dentro de nuestra concha, los reaccionarios somos gente muy liberal, mientras vosotros, apóstoles del progreso, sois de lo más absolutista en la vida ordinaria. Por eso en España aparecemos todos desquiciados. ¿Sabes tú cómo se llama esto?

—Histerismo, confusión de sensaciones sociales—define pedantescamente uno de los infinitos abogados de la tertulia.

Todos protestan. ¡Que se calle! ¡Dejadlos solos! ¡Ande usted con él, don Juan!...

—¡Para qué!—lamenta Esquivias—. No se puede discutir con estos cráneos clericales. Y el secreto está en que siguen siendo romanos. En otro tiempo quisieron imponer el dominio del Vaticano sobre todo el universo, mientras la Biblia en los países del Norte se hacía catecismo regional, fragmentándose en multitud de sectas que fueron su fuerza: regionalismo, patriotismo, luteranismo..., tres ideas, querido reaccionario, que a ti te parecerán distintas, y que sin embargo están enlazadas...

—Pero ¿tú qué sabes de patriotismo? ¡Señores, se necesita ser cínico!—rechaza don Bernabé—. Un hombre que se pasa la vida elogiando todo lo ajeno...! ¿Que le pegan un palo a cualquier pueblo europeo, incluso al de Andorra? ¡Qué tesón al recibirlo! ¡Eso es ser fuertes...! ¿Que nos le dan a nosotros? ¡Claro, si somos un pueblo decadente! Como esos criados que se retiran al pueblo con el riñón bien cubierto y que para deslumbrar a las gentes sencillas todo lo encuentran mal, a vosotros no se os cae de la boca la crítica de nuestra desventura. ¡Llevamos cuatro siglos de atraso! ¡No tenemos cultura! Sólo tiene cultura Alemania. ¡Somos un pueblo de vagos! Sólo trabaja Inglaterra... Eso sois espiritualmente: criados cursis de casa grande, lacayos endomingados y lustrosos a fuerza de chupar la sangre del presupuesto...

—¡Hombre—replica con fingida humildad Esquivias—, ya sabemos que los verdaderos patriotas sois los neos! Por eso seguís siendo romanos; ni siquiera tenéis una Iglesia nacional. Vuestro mayor héroe, Ignacio de Loyola, fué más francés que español. Quería una milicia universal, pero de cuño romano. ¡Menuda fortuna la de Carlos V al quedársele inválido el defensor de Pamplona!...

Yo protesto airado contra estas apreciaciones de Esquivias. Toda mi sangre éuskara se

indigna y vierto ante las barbas del hombre medula un chaparrón de razones. Esto acaba de enzarzar a los contendientes. La tempestad giratoria de acusaciones mutuas prosigue violentamente, desviándose del tema originario, como torbellinos en espiral movidos por un ventarrón estéril de afirmaciones y negaciones. Es un instante tormentoso en que la lógica se detiene; quedan cegados los ojos de la razón, y una ola de cálido apasionamiento envuelve a la tertulia. Paso en silencio el botijo a los luchadores, y mientras éstos se refrigeran, Rodríguez, el aspirante a diputado, me interroga en voz baja:

—Y usted, ¿dónde se inclina: a la derecha o a la izquierda? ¿En cuál de los dos cree que está nuestra salvación?

—No sé, no sé—contesto con seriedad enigmática—. Quizá el problema esté en sanear la medula y el estómago a la vez...

—Pero, en fin—insiste Rodríguez, moviendo la faja del habano para que se fijen bien todos los concurrentes—. ¿Cuáles ideas encuentra usted más razonables: las de don Juan o las de don Bernabé?

—¡Hombre, éstas no son ideas! Son perturbaciones, lo mismo que las atmosféricas...

—No lo entiendo...

—Pues es bien claro, amigo mío. ¿No ha visto usted esas nubes de polvo que se levantan en los caminos cuando hay tormenta de aire?

¿No ha presenciado usted nunca desde el Miradero algunas tolvaneras que al pasar tapan las Covachuelas y el Hospital de Afuera? Pues eso, querido Rodríguez, para don Quijote eran ejércitos y para Sancho rebaños...

—Ahora comprendo—sonríe el perspicaz político—. Estos son los descendientes de don Quijote...

—No, hombre, no. Estos son los que levantan el polvo; la tolvanera que carece de esa humedad fecunda de la tolerancia. En estos paisajes tan espirituales, tan ascéticos, hace falta más verdura, más riego y más árboles. Entonces los políticos de casino tal vez no levantaran ese polvo cegador, capaz de asfixiar todos los ideales puros...

CHUBASCOS

Diariamente acudo al casino. A decir verdad, en la casa de huéspedes todo me es hostil: patrona, maritornes y comensales. El único rastro espiritual está en el nombre de la calle: Bécquer.

En el casino he trabado amistad con unos cuantos camaradas que, como yo, vienen buscando calor de hogar.

Casi siempre se habla de literatura. La mayoría de los contertulios padece esta manía, in-

ofensiva si la fiebre crítica no les atacase hasta alcanzar a veces las más altas temperaturas. Calatrava, el manchego escultor, actúa de noble dique, conteniendo un poco la desbordada hiel de Roger.

—¡No hay tales intelectuales!—suele decir sentenciosamente. Y la voz del comerciante periodista, con su sonido de flauta rajada, se expande por el salón—. Son horteras agazapados en su biblioteca a guisa de mostrador; los mejores no pasan de viajantes. Hacen con las ideas lo que yo con los tapices: cambiarles la etiqueta francesa y venderlos como nacionales. Y, sin embargo, nunca me habréis oído llamarme salvador de España...

—Hombre, no es lo mismo—comenta mansamente Calatrava—. El campo intelectual tiene ondulaciones que se escapan a tu análisis, a pesar de tus pujos de escritor.

Roger se encoge de hombros, preparándose a la lucha. Su ingenio desbordante, disuelto en una crítica menuda, empieza a inundar de fango las partículas intelectuales. Los del 98, sobre todo, son su pesadilla.

—A mí, señores, me da mucha pena el final de estos Sénecas de calderilla. Intentaron echar a pique algunas naves carcomidas, y tanto afán pusieron en su empeño, que, perdidas ya las fuerzas, naufragaron al intentar ponerse a salvo. Unos acabaron agarrándose a la canoa del

Parlamento, que tiene vía de agua hace tiempo; otros desembarcaron en nuestras grandes rocas, en esa educadora prensa de perra chica. Y algunos Sísifos siguen lamiendo la mano extranjera y ladrando contra esta atontada nación que les engorda. Ellos se comieron a los del 68; pues bien, nosotros, los del 18, nos desayunaremos con la confitería europeizante del 98. Ellos llamaron pesados a nuestros abuelos; pesados o no, tienen un sabor muy español los del 68. Por eso serán eternos. En cambio, ellos tienen sabor francés, ruso y qué sé yo cuántos sabores más.

—¡Ah, vamos! ¿Es que te molesta, señor de los ochos, encontrar todos los puestos ocupados? Pues tus uvas parlamentarias están aún verdes —le grita un escritor indígena.

Roger salta furioso; sus ojos fríos empiezan a brillar; el equilibrio relativo de los ánimos se altera por momentos; el chubasco se aproxima.

—Yo no tengo la culpa—prosigue en tono descompuesto—de que ustedes, como la mayoría de los españoles, no hayan leído más que folletones indecentes. Es fácil triunfar en un medio de ignorancia. Pero lo que me indigna es que no vean la farsa, el caso estupendo de simulación que nos ofrecen estas hembras gloriosas de la literatura...

Todo el corro protesta con frases más o menos

crudas. Calatrava, siempre conciliador, propone que se cree un impuesto sobre los adjetivos.

—Hombre, dejad que me explique. Al hablar de hembras me refiero a su actitud sentimental; al dolor con que lloraban la crisis de una patria en ruinas.

—¿Qué querías que hicieran?—interrumpe Calatrava—. Cuando en una nación el sol se pone, surgen los Boabdiles que lloran. El optimismo en aquella hora hubiera sido el optimismo del tuberculoso. Había que recogerse interiormente, orar como publicanos. La hora del crepúsculo es tan sagrada como la de la aurora para el que sabe ser artista. ¿No despertaron la conciencia nacional? Pues ya es bastante.

—No es bastante—replica Roger—. España necesitaba entonces poetas o, para que mejor entiendas, creadores. Ellos eran críticos. Sus gestos dramáticos no tuvieron más objeto que arrojar del escenario a los viejos actores. Con gritos y aspavientos no se remedian los desastres; este procedimiento me recuerda el que seguían nuestros abuelos, los celtíberos, cuando la mujer sentía los primeros síntomas del parto. Se acostaban, imitando còn un verismo asombroso movimientos, quejidos, todo el repertorio angustioso, mientras la verdadera parturiente les asistía compasiva. La labor de esos intelectuales consistió en imitar a los abuelos, y, en tanto que

se desgañitaban remedando el sacrificio, la verdadera madre, desangrándose a cada paso, trajinaba en su diaria faena, y a éste acudo, a aquél también, iba dándoles el caldito de un acta parlamentaria o alguna prebenda sólida para calmar sus congojas. Lo malo es que, a pesar de todo, seguían gritando, y gritaban más los que más comían, derramando lágrimas de una crítica infecunda con igual tonadilla pesimista, como mendigos que siempre repiten el mismo padrenuestro. Y ahora la orquesta no está a tono. España marcha y ellos desafinan. O cambian de sonatina o se les jubila con el haber correspondiente.

La tertulia en pleno, excepto Calatrava, aplaude rabiosamente al orador. En el fondo les divierten estas peleas inútiles. He notado, sin embargo, que los partidarios de Roger son más numerosos, quizá porque el escultor, menos agresivo, no gusta de remover el lodo que todas las almas tienen. Acaso su ingenio carece del sabor cáustico que tanto agrada a las masas; tal vez le falta la amenidad persuasiva de su amigo; pero, en cambio, eleva pronto las cuestiones, huyendo de la zona donde se condensan las inteligencias bajas. Sus caracteres, semejantes y distintos a la vez; siempre contrariándose y a todas hora juntos, son como nubes cargadas de electricidad contraria que se atrajeran sin cesar, descargando al menor contacto en

fuertes chubascos, que sólo duran un instante, pero que se suceden incesantemente.

Cuando cesa la algazara, el escultor es quien ataca despacio y grave.

—No tienes razón; esos intelectuales que tanto te indignan fueron los primeros en avisar a la raza que las tabernas de retórica eran un peligro creciente. Te lo advierto porque tú te traes unas condiciones estupendas de tabernero...

—Déjate de comparaciones y vengan argumentos, si es que los hay—le replica el otro.

—Quería decir — continúa Calatrava — que clamaron contra el mosto teatral de Echegaray, contra el lírico peleón de Castelar, demostrando que estas bebidas, lejos de alimentar a las gentes, retrasan su nutrición ideológica. Es la primera generación que estudia; la primera que nos trae el amor al paisaje, la inquietud por la tierra yerma, el amor a Castilla...

—Amor francés, de pandereta—interrumpe el implacable Roger.

—Es la primera—prosigue el orador sin hacerle caso—que nos sirve en odres clásicos agua europea; la primera que planta en nuestro barbecho literario algunas florecillas de cultura, espigando en nuestros místicos y pícaros, recogiendo en nuestro siglo de oro los materiales para su estilo. Gracias a ellos podemos beber agua europea en vasija castellana sin que sienta repugnancia nuestra vista atrasada y nuestro

estómago perezoso. Y unos os avergonzáis, poniendo la cara avinagrada de Marta, mientras los Judas os dan la razón, creyendo ver un derroche en derramar estas esencias nuevas ante los pies, supongamos que muy limpios, de las juventudes venideras...

—Alto ahí—le grita descompuesto Roger—; por eso sí que no paso. Bien está que nuestros odres hayan servido para pasar matute extranjero; pero que califiques esto de labor patriótica pasa de castaño obscuro. Y si no fíjate lo que han hecho tus ilustres protegidos durante la guerra. Todos se han sentido europeos. A la hora de atrancar la puerta, en el momento del peligro, ninguno se ha sentido español. Su vida se resume en dos acontecimientos históricos: fingir un parto doloroso cuando perdíamos unos establos en América, y querer hipotecar después los pocos muebles del hogar a los vecinos que riñen. Su aurora se engarza con un ocaso de la patria; su ocaso va unido a la aurora de la nación. En el 98 lloraban la herida española; en el 18 lloran con idéntico dolor la herida extranjera. Por eso les llamé farsantes. A raíz de Jena, la juventud alemana se dedicó a crear; a raíz del 98, nuestra juventud literaria se dedicó a llorar. En Alemania hubo hombres; en España, plañideras...

—Tú juzgas al río por la corriente turbia —replica Calatrava—y nadie mide el caudal de

un río por sus desbordamientos. ¿Buscas la estatua genial? No existe; no todos los días puede nacer un genio. Y si fueron precursores, ¿por qué les pides los mismos milagros que al Maestro? Nadie compara la vida del Bautista con la de Jesús; pero tampoco nadie regatea la gloria a los precursores. Ya ves, en el Nuevo Testamento, el Evangelio de San Lucas no empieza en Nazaret, sino en el nacimiento de Juan...

Pasan las horas. La sala del casino queda envuelta en una semiobscuridad grata, y de las taifas lejanas llegan gritos, carcajadas, algún adjetivo grueso. En todos los corrillos se suceden los eternos chaparrones inofensivos. Todavía al transponer la puerta del salón oigo la voz de Roger, con su sonido de flauta rajada, que repite implacable su expresión favorita: "¡No me habléis de la farsa del 98!..."

MI CONFESION SENTIMENTAL

A lo largo de estas vidas, y tras la corteza un poco grosera de estas charlas de casino, voy viendo reflejarse en mi espíritu la imagen deformada, quizá un poco caricaturesca, del alma nacional.

La fusión de celtas e iberos sólo existe en los

manuales de Historia. Inútilmente buscaremos órganos sueltos, células autónomas que pugnen por regenerar sus tejidos agotados. Todo está fajado en pañales, todo está encintado con vendas. Y este cuerpo, cuya sangre, falta de circulación normal, se agolpa en unas regiones, congestionándolas, mientras otras se consumen de anemia, me recuerda esos enfermos que sólo pueden moverse a costa de un gran dolor...

Nuestro espíritu, sujeto con ligaduras seculares, camina entre lindes altísimas, cuyo fondo es un pantano lleno de aguas estancadas. Y en este medio malsano, falto de luz y horizontes, sólo crecen y medran las dos algas parasitarias; las dos taifas berberiscas enemigas, que retransmigran a las almas de estos hombres representativos, incapaces de fundirse en un ideal común. Son vidas paralelas que jamás han de encontrarse: los dos criterios taurinos, los dos turnos pacíficos del poder, los dos bandos literarios de pesimistas y optimistas...

Esta falta de fusión para un trabajo levantado y fecundo es un problema ideológico de sosiego y hondura. Las tolvaneras derriban el árbol de nuestra energía, endurecen más los campos, resecan más los caminos. Esperemos que pase la tormenta estéril, que la atmósfera se encalme y que la lluvia mansa, sin chubascos ni estridencias, arrastre las impurezas que lentamente se irán sedimentando hasta dejar lim-

pia y esponjosa la tierra que ha de ser sembrada.

Y entonces el viajero habrá encontrado la corteza castellana; la piel dura y limpia que protegerá los órganos, en vez de la costra sucia que hoy cubre la piedra y las almas...

PARTE TERCERA

CARNE SEMITA.-EL GRECO

CAPITULO PRIMERO

DOS CUADROS FAMOSOS

Toledo se consume envuelto en ese sosegado color de oro que se ve en los cuadros de los pintores primitivos. Es una luz que parece escapada del pincel de Van der Weyden. El cielo sonríe como un enamorado a esa tierra tan seca y tan agria, tan arrugada y tan triste.

Para un contemplativo, el cielo toledano tiene una embriaguez inefable. A lo lejos, trechos de violeta y carmesí se escalonan entre blancos cendales, que mueren besando las lomas llenas de olivos. Después, las nubes lechosas, fugitivas, llegan rápidas y se alejan presurosas. Detrás, los vellones rezagados, distraídos en el azul, un azul intenso que acaba en añil. Luego, acostadas entre almohadones rosa, otras nubes grises. Por último, coronando estas pinceladas divinas, el sol glorioso, el sol de Castilla, la cabellera de fuego que alumbró dos mundos y ya sólo calienta nuestro solar.

Gracias a este sol no es Toledo una ciudad

muerta, sino dormida. No ha cambiado de vestido. Lleva puestas sus babuchas mudéjares y su ceñidor cristiano. Vela su sueño milenario el Tajo risueño y gentil...

No está muerta la ciudad. Acercándose mucho, viviendo largo tiempo sobre su piel, se oye aún su respiración. ¿A quién aguardará esta bella durmiente para que rompa su encantamiento? ¿Al Pirineo cristiano que ya bajó otra vez?

La grandeza de Toledo está en haber sido el crisol que fundió el arte de dos razas forasteras, cuya sangre dió vida a las viejas venas celtíberas. Estas piedras son su escritura eterna. Todas las torres parroquiales son mudéjares. Los judíos depositaron después sus mejores anillos: El Tránsito, Santa María la Blanca. Gracias a este botín, el cristiano pudo eternizar sus símbolos: la catedral, hermoso dolmen de la Fe, y el alcázar, gallardo como un chambergo de los Tercios.

Sorprender las dos facetas del alma cristiana, la religiosa y la caballeresca, es faena harto sencilla. La catedral y el alcázar son dos cimas. Bastan ojos de peregrino. A mí me atraen más los restos de las dos humildes esclavas: la forma mudéjar, fina y delgada, y sobre todo la judía, misteriosa, blanca, de sonrisa bizantina...

Así como los atenienses llevaban en su escudo la imagen de su diosa, yo paseo, acompaña-

do de don Agustín, mi Palas toledano, casto y gordo.

Atravesamos Santo Tomé. A derecha e izquierda, los innumerables callejones, de apiñadas viviendas, parecen haber cristalizado en un momento de angustiosa curiosidad. Avanzan las frentes de las cornisas y los ojos de las ventanas para mirar algo horrible que los deja contraídos y fascinados.

En el callejón de los Bodegones esta pincelada espiritual se hace más típica. Contemplo las casas, delicadas y frágiles, que nos hablan de unos tiempos en que el velo del temor retorcía el corazón de los vecinos. Enormes rejas, sórdidas y tristes, nacen cercanas a la estrecha acera. Las ventanas son pequeñas, sombrías, de rota dentadura, como boca malhumorada de apergaminada celestina. Cada piso avanza sobre el inferior, descansando en unas primitivas ménsulas de madera, y este avance, en son de atalaya, lo acentúa el peso de los siglos. Tan avarienta construcción sólo permite ver un pequeño trozo de cielo, intensamente azul, entre las dos hileras de tejados.

¡Cuántos dolores rezuman estas calles, habitadas antaño por mercaderes judíos! El alma semita, temblorosa, pálida, pidiendo clemencia, vaga en derredor de los viejos muros, que tantos dramas sangrientos presenciaron. La riqueza de sus moradores fué una siembra de odios,

aunque las algaras cristianas los disfrazaran con voces de cruzadas. En nombre del Padre —"que fizo todas las cosas"—desangraron monetariamente los bolsillos judíos, congestionados de doblones por la usura. De aquí este miedo insuperable, esta avaricia de dimensiones en tragaluces y ventanas.

Claro está que el olor a tragedia no es constante. Quedan balcones y celosías coronados de macetas, donde prende el jazmín y la rosa, la albahaca y el geranio. Pero esta risa encantadora de las flores, entre el manto sombrío de la piedra, tiene el perfume de los rosales que brotan en los cementerios. Pudrideros de vida, donde el recuerdo se ha hecho flor...

Hoy el barrio ha perdido su espíritu. Asilo de laboriosos obreros y de humildes carbonerías, carece del antiguo sabor dramático. Subsisten, sin embargo, las paredes; queda el ataúd... Y esto le basta a mi imaginación.

—Dejemos la corteza; vamos a la catedral —me dice mi sabio amigo.

—¿Hay algo interesante que aún no haya visto?

—Hombre, sí; en la sacristía hay un Greco. Veremos si usted también se cansa pronto de estudiar a este pintor misterioso.

Don Agustín lleva su chistera del siglo XVIII y su levita prehistórica. La barba rala y rubia sigue sin haber saludado el agua, y dicen len-

guas de comadre que ama a sus parásitos con la misma unción evangélica que el de Asís amaba al lobo. El ánfora es grotesca, y sin embargo atrae su voz dulce, llena de delicados matices; su conversación amena, ondulante como la curva femenina de una Tanagra; sus ojos iluminados, donde hay una mansa luz de plegaria.

Caminamos por el cauce retorcido de una calle desierta, cuyas casas tienen balcones voladizos y rejas sombrías y mudas. Hay aquí una calma conventual. Los rayos del sol se detienen en los tejados, desdeñando paredes y aceras cubiertas de sombra. Todo duerme y acaso sueña. Entre la mancha gris de las fachadas ríen las macetas con la roja alegría de sus flores.

Cruzamos el arco del palacio. Un arco puente, sin el dinamismo del agua, sin la juventud fanfarrona de los blancos mármoles venecianos. Una mole taciturna cuyo vientre sólo puede cruzar el arzobispo en días de ceremonia. Al entrar en la catedral, mi amigo se queda contemplando la fachada.

Nos acosan varios muchachuelos:

—¿Quieren ustedes ver el tesoro, las salas capitulares, la campana gorda?

Don Agustín, incapaz de indignarse, sonríe:

—Veinte años diciéndome lo mismo; me toman por extranjero. Qué guías más listos, ¿eh, Fermín?

Ya dentro de la catedral, empiezo a admirarlo

todo ingenuamente, como los niños. Impone la altura de las naves, la silenciosa fortaleza de la piedra. En los rincones sombríos corre una flecha de luz. Los alicatados del gótico cubren las paredes del trascoro. Elegantes pilares suben en haz simétrico y se doblan como palmas de Ramos. Allá arriba, la piedra da la sensación de un pálido gris. Grandes vidrieras iluminadas tamizan la luz y la convierten en blanda caricia. Este templo inmenso disuelve la personalidad. Dentro de él sólo somos gotas de agua caídas en el mar desde diversas nubes.

—Fíjese usted bien en la arquitectura. Es la única expresión verdadera del arte nacional.

—¿Y León y Burgos?—le pregunto con sorna.

—¡Bah!; tienen influencia francesa o alemana. Aquí, no; todo es mudéjar y cristiano.

Seguimos adelante. Del coro salen las notas del órgano, graves y solemnes, un poco tristes, envueltas con otras rugientes, dramáticas. Hay dulces intervalos en que la música se torna mimosa, aleteante. También de mi corazón salen notas de resignada tristeza o de amarga melancolía. Pero no han salido aún las notas de caliente desazón; ni he sentido tampoco el silencio de miel, ni los dulces recuerdos de la caricia enamorada...

Un acólito nos cierra el paso.

—¿Llevan ustedes billete?

Yo hago un gesto de asombro.

—Es la tarifa—me dice don Agustín.

Sin poderlo remediar lanzo una frase humedecida de ironía:

—¿No expulsó Cristo a los mercaderes?

—Por lo visto, quedan—contesta mi amigo, encogiéndose de hombros. Estos sabios lo perdonan todo...

Un canónigo atildado nos recibe con mundana afabilidad. Le exponemos nuestra pretensión; despide al monaguillo indiscreto y manda a un sacristán que nos guíe.

El cuadro del Expolio está colocado en el altar mayor de la sacristía. Representa el despojo de las vestiduras del Hijo de Dios. El lugar de la escena es el Calvario.

Me fijo en los detalles. Nada de luz solar. Una luz de luna, pero tan fría, tan muerta, que encoge el corazón. Contemplo la admirable figura de Jesús con su perfume tan judío. Después veo los contrastes: el rojo de la túnica con la pálida majestad de esta cara divina. Otro más esfumado; el fondo sombrío, acerado, homicida, que contrasta con el piadoso semblante, todo perdón, del lirio de Nazaret.

Arriba, el racimo viviente de cabezas que rodea a Jesús posee ese temblor de furia, ese rastro trágico, patrimonio de las Euménides. Su contemplación hace fermentar en nuestro espíritu una levadura dolorosa...

Poco a poco prescindo de la técnica y empie-

zo a internarme. Mis ojos buscan descanso en un oasis, en un rinconcito suave que hay en el lienzo. Dejo que mi corazón, como nao experta, fondee aquí.

Desde ese rincón del cuadro respiro toda la tempestad del Expolio. Siempre he creído que los vientos nacidos para sacudir alturas son incapaces de penetrar en la hondonada. A los tallos tiernos y flexibles, escondidos abajo, el viento de las cumbres no llega, o si llega es embridado y domesticado por completo. No se rompen porque saben inclinarse...

Arriba, el huracán de odios desgaja la alta rama, cuya sombra, hecha bondad, pudo cubrir la tierra. Y al llegar a mi rincón, el viento cesa. Las florecillas—unas caras de mujer agitadas suavemente por una piedad mansa—inclinan tan tristemente su tallo, que el sentimiento se rinde, se hace siervo, y va rezando por el dulce surco del infinito un salmo blando lleno de lirismo.

A estas caras las llaman las Marías. Dos son de mujer, y la otra, andrógina, tiene unas melenitas de paje y un lindo empaque de efebo. Una misma brasa de hogar agita plácidamente sus almas.

Son tres figuras llenas de gracia y de serena armonía. Tienen el encanto de la nube que sube poco porque sólo se eleva para caer en forma de rocío sobre el manantial del corazón. La con-

templación de estas figuras, en vez de poner plomo sobre nuestro espíritu, como lo hacen las tragedias, pone alas. Sale uno más limpio, más ágil.

Sobre todo, la frente de la primera mujer es un regazo de emociones puras y un remanso estupendo de blanca luz. Pero no luz clara y fecunda, sino luz triste, melancólica, de descenso. Esta misma luz vuelve a brillar junto a Jesús, dándole una blancura de agonizante y tejiendo una aureola de divina piedad.

—¡Qué tema más enérgico el de este cuadro! —me dice don Agustín—. Este trágico aspecto sirve para resaltar más la bondadosa figura de Jesús...

—A mí—le digo—ni me interesa Jesús ni el caballero armado de al lado. La emoción más bella está aquí, en las Marías, en el airecillo amoroso que agita a estas mujeres.

—¡Qué ganas de hacer literatura! Casualmente ese es el punto negro del cuadro, el que costó más disgustos al Greco. La Inquisición quiso armarle proceso, utilizando la Biblia como código. Según los canónigos, en el Evangelio no aparecen estas figuras.

—Aquellos canónigos serían unos fariseos si se atenían a la letra nada más—le replico.

—Poco a poco. La Inquisición fué una amenaza para amedrentarle. Otras razones debía haber. Que pidió novecientos ducados por el

cuadro, y eso era mucho para aquel tiempo. O que pudo pintar alguna cara conocida en Toledo, y eso, en un solterón como el Greco y en esta Jerusalén del chismorreo, siempre da pie a algún escándalo...

Yo vierto sobre el oído de don Agustín una atrocidad:

—Acaso así quisiera legalizar el amor. El vivió en Italia, y los pintores del Renacimiento abusaron de ese gesto. ¿No estará en esas caras su *Fornarina?* Claro que esto es otra hipótesis...

Mi amigo se indigna.

—Aquí no está Jerónima ni su hija, ni el caballero encantado es el Greco. Aun siendo esos retratos de respetables señoras, había que evitar la murmuración. Pero para ustedes el caso es deslumbrar.

Pronto cesa el acaloramiento de don Agustín.

—Las hipótesis, querido Fermín—me advierte suavemente—, deben tratarse como a novias puras e ideales; durante mucho tiempo no se atreve uno a acercarse, ni mucho menos a asaltarlas. Las debemos seguir correctamente, a honesta distancia, siendo siempre ángeles guardianes. Y cuando la declaración llega, debe ser mesurada, discreta, sin estridencias...

Ahora soy yo el que sonríe, pensando en este cuerpo casto de benedictino, cuyo cerebro envuelve, con arreos femeninos, hasta la hipótesis.

—¿No estamos conformes?—me dice.

—No, señor—le contesto con testarudez vasca—. Para mí, ese rincón del cuadro contiene a la mujer y a la hija del Greco. Y la figura andrógina es la de Jorge Manuel. Se masca ahí un aire de familia que sólo los pintores podemos comprender.

Salimos por la puerta llana. Junto a las paredes, los canteros pulen la piedra; otros obreros festonean el mármol para que sirva de cofia a las agujas. Los antecesores de estos obreros fueron mudéjares o artífices forasteros. Esta mole inmensa, esta gruta maravillosa necesita una reparación constante de arcos, de agujas, de piedras labradas. Sin contar los remiendos de ladrillos o teja hechos por jornaleros más humildes.

Cruzamos una plazoleta amplia, soleada, llena de calma, donde hay unas tiendas atiborradas de cuadros viejos, de mesas amputadas, de cofres cojos y de bargueños arados por la polilla. Todo está revuelto para que ocupe menos lugar.

A la puerta de uno de estos bazares, en que toda suciedad toma asiento, hay un anciano de blancas barbas y de manos finas, señoriales; un israelita puro; pronto trabo conversación con él. Está ordenando unos cuantos azulejos, ninguno completo, por supuesto. Me pide diez pesetas por una estampa de Doré. "¡Un Greco

auténtico!"—me dice—. Su incultura me hace soltar una recia carcajada.

Salgo de mi apoteosis al oír la voz de mi amigo, que cae sobre los oídos del rabí con mansa amargura:

—¡Salustiano, que este señor no es inglés!

Mi poético y misterioso Abraham se transforma en un vulgar Salustiano...

Junto al mercado, la subida se hace angosta, estrechándose ferozmente. Un carro constriñe la calle, compuesta de carnicerías en su mayor parte. El carro inmóvil y la mula apacible permanecen abandonados.

—¡Esto es un aduar! ¿Tiene Toledo Ayuntamiento?

—Sí, señor—contesta dulcemente don Agustín—. Los concejales visten levitas elegantísimas; la chistera del alcalde es impecable. Todo está resuelto. Problemas de urbanización podrá haberlos en otras partes; aquí, no. Eso se queda para países adelantados.

Después de indignarme inútilmente, tengo que coger por sus bridas a la pacífica mula y hacerla retroceder para que pase el ancho cuerpo de mi amigo.

La calle de la Plata, un poco más espaciosa, nos permite respirar sin que nuestro pecho tropiece con las paredes. Es una calle de holgada apariencia. Asilo antaño de semitas ricos y hogaño de burgueses acomodados. Dentro de

las casas se ven algunos patios melancólicos con blanco zócalo; en su centro tienen macetas de palmeras y rosas bermejas; a un lado, bordado con ladrillos mudéjares, está el surtidor, donde el agua canta su querella.

Entramos en San Vicente, una iglesia con cara de ermita pobre. El altar es barroco e insignificante. A la derecha, en una capilla pueblerina, otro cuadro del Greco: la Asunción. Está el cuadro entonado con divina maestría y tiene un escenario complicado. Arriba, una paloma blanca, pura, con alas de nieve. Racimos de cabecitas angélicas, apagadas, brumosas, esfumadas en una luz amarillenta, van formando un collar. Entre esta gargantilla de blondas cabezas hay un reguero blanco, una barba luenga, misteriosa; una añoranza de Israel.

A los costados, varios ángeles. Uno de ellos mira a María con casta serenidad; otro, más pequeño, más joven, busca amparo en el vestido de la Virgen. El tercero, apretujado y doliente, parece un débil enanillo cuyo papel de titán es bastante superior a sus fuerzas. El último emerge como una cabecita infantil entre los encajes de una cuna...

En el lado izquierdo, la figura más interesante es un querubín de melenitas áureas; toca el violonchelo y da la sensación de hallarse en un salón fantástico: en un salón celeste sin suelo ni paredes.

A los pies de María, y actuando de dínamo, está un ángel deforme. Tiene una cara fea, de remangada nariz y curtidas mejillas. Sus alas, pegadas con plumas sueltas de color carmín, le dan un aspecto de esfinge. La pantorrilla, musculosa y ancha, es de una deformidad encantadora. Toda la figura está dislocada, con los riñones hundidos y el vientre saliente, como si fuera a partirse por la cintura. No es suave ni delicado este ángel con gesto de mozo de cuerda; pero tiene, en cambio, un brío estupendo. Empuja con tal arrojo los pies de María, que ésta se eleva rápidamente. Es un fajero con alas disfrazado de arcángel. Y los fajeros—sin que ello sea ofensa a tan rolliza clase—no tienen empaque aconfitado, sino el brillo y el nervio de esta figura.

Acaba el cuadro con una visión sombría de Toledo. En la base del lienzo hay algo que está sin desentrañar. Un pozo toledano con su garrucha y su cruz que sin duda reflejó imágenes de monjas santas o de doncellas enamoradas. Sí; Santa Teresa vivió aquí cerca... Luego hay unas casucas ruines y desoladas. ¿Serán del barrio judío? Cerrando este ambiente se encuentra una estatua de ateniense sabor, y por colofón, varias azucenas blancas, inmaculadas, abrazadas a unas cuantas rosas fragantes soberanamente rojas.

Para mí, estas azucenas blancas representan

la piedad, y las rosas rojas, el humano dolor; el mismo dolor que se respira en aquel rinconcito de las mujeres del Expolio...

No conmueve esta Asunción. Lo original aquí es el dinamismo de las figuras, que se elevan de verdad; pero estos tonos apagados, estas lagunas de azul dan tal sensación de cromo...

—Va usted a paladear el secreto de este cuadro—me dice sobresaltado don Agustín. Y cogiéndome del brazo, me retira unos cuantos pasos del altar.

Es un momento magnífico; los últimos rayos del sol van entrando por una pequeña claraboya. Levantan briznas de polvo, forman blancas estelas y caen oblicuamente sobre el cuadro, dorándolo por completo. Han desaparecido los tonos apagados, las lagunas de azul y carmín. La luz, fusionando los contornos, da la ilusión completa. Las figuras de la tela fulgen y se elevan entre un fuego maravilloso: el mismo fuego en que arden los crepúsculos de las tardes toledanas; el mismo fuego interior que consumió algunas almas de Castilla. Nos quedamos en éxtasis. La cara de la Virgen, redonda, fina, nos sonríe. Su suave cabecita jugosa tiene una pureza que asombra, y esta santa blancura descansa en almohada de púrpura. El corpiño se tiñe de sangre. Y el color de su vestido es un azul de cielo tan puro, tan diáfano como el ancho horizonte castellano...

Son unos momentos. Mueren los rayos del sol; desaparece nuestra embriaguez, producida por esta luz de misteriosa belleza, y sólo queda el cuadro con sus tonos pálidos, con sus tonos apagados de sabia ponderación. Es como si Diana volviera a ponerse unos harapos de mendiga para seguir su marcha...

EL SOLAR DEL MISTERIOSO ARTISTA

—Don Agustín, ¿qué opinión tiene usted del Greco como pintor?

—Que fué muy desigual. El arte iba entonces barato y tuvo necesidad de producir mucho para comer. Por eso no hacía más que abocetar los cuadros. ¿Ha visto usted esos pintores de feria que emborronan un trozo de tela para rifarlo?

—Sí; repiten de memoria un paisaje.

—Lo mismo hacía el Greco. Ningún pintor ha compuesto tantas réplicas. Ponía los San Franciscos al alcance de todas las fortunas. Hay que saber separar su labor de jornalero de su labor de artista. Vea usted sus retratos; los encargos hechos por personas ricas. Nadie ha ahondado tanto como él en las almas.

—Según pagaban, así pintaba. ¡Valiente mercader!...

—Exacto. El Greco tiene una doble persona-

lidad que no se ha estudiado. Este pintor idealista era terriblemente práctico en la vida. Lo prueban sus pleitos.

—Yo he leído que derrochaba el dinero—le digo.

—Todo es relativo; derrochaba, comparándolo con los hidalgüelos hambrientos de su época: aquellos que salían con un mondadientes en la boca y unas migas de pan en las barbas.

En el silencio de la calle se escuchan nuestras voces con orquestal sonoridad. Pasan unos transeúntes que nos miran con efusiva lástima al oír el nombre del Greco. Pronto desaparecen, discutiendo a gritos la influencia divina de un popular matarife. El pueblo evoluciona, no cabe duda; antes, en la hornacina de su admiración colocaba santos o héroes; hoy coloca toreros.

Volvemos a las cuestas ásperas, a los callejones sombríos, embrujados de lánguido sueño. Arriba, los aleros de los tejados avanzan queriendo abrazarse. Hay en el ambiente una dulzura triste. De la ciudad emana un sosiego y una pereza perpetuos. Ventanales, miradores y puertas permanecen cerrados. Las paredes tienen una pátina ocre que el sol dora de amarillo: trozos largos, con el mismo matiz que la piel de los cadáveres.

Zocodover es una plaza antigua, clásica, remozada prosaicamente con cafés y comercios semimodernos. En el centro de esta plaza, las

vendedoras bargueñas despachan frutas. Sentadas en el suelo, cruzan las piernas a la usanza mora. Al abrigo de los soportales, unos bigardones pregonan con ronca voz sus mercancías. Junto a los bancos de madera hay puestos de todas clases: cacharros de hierro, de loza; más allá, libros viejos y frascos de Colonia. Es una mezcla de aduar africano y Rastro madrileño. Por el centro pasean las niñas románticas a caza de cadetes. A la entrada de este pintoresco mercado, corros de hombres, estáticos como fakires, toman el sol y estorban el tránsito.

Nuevamente nos sumergimos en el dédalo de las calles estrechas, en el silencio de las dormidas aceras. La iglesia de San José está cerrada, como de costumbre. Gracias a don Agustín, el minotauro se ablanda y nos abre.

La capilla es bonita y graciosamente alhajada; pero los cuadros del Greco huyeron. A la izquierda, un San Martín ilegítimo; a la derecha, otra copia. En el altar mayor, un San José borroso, una figura alargada y antiestética de tonos apagados. Se comprende fácilmente que este lienzo no haya huído. El San Francisco es una réplica. Hay aún otra obrita colocada a tanta altura que nuestros pobres ojos no alcanzan a ver.

Salimos un poco chasqueados.

—¡Qué pobreza de colorido!—lamento.

—Cierto—dice mi amigo—. Ya conoce usted

mi razonamiento: malos colores, pagaron poco. Colores y genio, según la ganancia: esa fué la divisa del Greco.

—Es extraño en un griego. Su pueblo amó siempre la belleza. Esta psicología es más lógica en un judío.

Don Agustín vacila.

—No sé, no sé... Para sentir la belleza sin ingredientes económicos es preciso una mirada niña, la ingenuidad de la juventud; y el Greco fué un intelectual, un artista que desnudaba la Naturaleza con ojos ancianos. Créame: el hombre que ha pintado las feas figuras del Laoocón no puede descender del siglo de Pericles. Es un alma muy sagaz y son sus ojos demasiado viejos.

—El aseguró que era cretense; es decir, griego.

—¡Vaya usted a saber! Lo mismo pudo ser un italiano farsante que un catalán auténtico, o gallego, ahora que es gallego hasta Colón. Para mí, el Greco era un hombre sin patria. En los grandes centros mineros no preguntan a los obreros de dónde vienen; pueden decir que vienen de Creta o de Ajofrín. España era entonces una mina excelente para los artistas italianos. Bastaba un salvoconducto para poder trabajar aquí: ser extremadamente religioso. Y el Greco lo fué.

—Pero no triunfó—le interrumpo.

—No triunfó porque el Greco no puede ser entendido por el pueblo, pese a todas las cruzadas de chamarileros más o menos próceres. El Greco gustará a los literatos y a los poetas, acaso a los historiadores; al pueblo, jamás. Tiene demasiada densidad, y los ojos del pueblo sólo ven calabazas muy huecas o las rosas brillantes que caminan por la superficie del Arte.

Un aire sutil viene de lejos, después de retozar por los cigarrales, por las peñas bravías y por la hierba enteca de las laderas. Un aire que se afila entre las encrucijadas y los angostos pasadizos y hace ondular los tallos de las macetas.

Llegamos a un paseo que tiene una doble hilera de árboles, de aire desmayado y triste. La explanada, seca, estéril, agria, sostiene un terrible monumento en honor del Greco. ¡Pobre Greco! Está representado en un medallón y preside una silueta de abrevadero.

Un caminito de fina arena, con minúsculos jardines, nos conduce al museo. La entrada es pulida y limpia. Las plantas trepadoras encubren la aridez de las paredes con sus hojas frescas, verdes, juveniles. En un rincón, formando gruta, una madreselva demasiado audaz vela los contornos divinos de una estatua griega.

Al acercanos acaba el encanto. La estatua está mutilada, y la planta que creímos tan cruel sirve con maternal solicitud para ocultar las

amputaciones hechas al mármol. Me reconcilio con la madreselva.

Más adelante nos llama la atención una fuente. Tiene por caño la boca sombría de una carátula, y por las amargas mejillas corren unas lágrimas, como si la pena hubiese actuado de cincel creador...

Penetramos en el patio, un patio alegre, con el suelo fajado de azulejos. A la izquierda, una habitación llena de bargueños y libros. Los cuadros de las paredes son de escaso mérito. Una bandeja de plata, soberbiamente repujada, contiene las tarjetas de los visitantes. Es lástima que la vanidad tenga aquí hornacina.

Todo está en orden. Una mesa con dos ex libris admirablemente editados en Barcelona. En otra, un precioso tintero de loza. Más allá hay velones saturados de respetable ancianidad. Y aquí y allí, tomos de arte, ingleses o alemanes. Biografías de grandes pintores: Velázquez, Goya, Zurbarán, y efusivas dedicatorias al marqués de la Vega. En esta habitación se respira sosiego; es un rincón cuajado de paz.

A la derecha, la cocina. No se ha olvidado un detalle. Junto al llar puede volver a sentarse el Greco. Los cojines aguardan afanosos el dulce peso del cansado brazo. Están puestas las trébedes, los hierros y el asador. Un asador capaz de regocijar al Arcipreste. Pende el caldero, presentando su limpio vientre, en espera de

una glosa. La vajilla de Talavera duerme en el vasar. Todo está dispuesto. ¿Qué falta aquí, si hasta hay un libro de guisos de Villena? Unicamente el alma, o sea el fuego, el humo de hogar...

Salimos al jardín. Una terraza hermosísima, un lindo trozo de égloga... artificial. En albercas morunas, los dorados peces se reúnen para devorar las migas de pan que les arroja el viajero; luego se ocultan bajo el musgo o juegan, rompiendo el agua en líneas ondulantes, fugaces y frívolas. Don Agustín tira de tecnicismos para explicarme las flores que crecen en las macetas. Esto no es un hombre, es la gorgona de Minerva.

Mientras tanto contemplo el paisaje. El cauce del Tajo está abierto en un corte casi vertical. Guardando la salida del río, como fiel centinela, aparece la cimera gallarda del puente de San Martín. Aguas abajo se ven los baños de la Cava, que tienen una leyenda agresivamente erótica. Al otro lado hay unos montes pelados y chatos; trozos ocres, retazos cortos de áspera entraña. Al abrigo de las peñas brotan manchas de tomillo y espacios pequeños de verdura. En un declive de la derecha, la Virgen del Valle, con su modesta espadaña, parece un ave blanca que, cansada de volar, se ha posado buscando el descanso. Camino del cielo, un cielo sangrando púrpura, los cigarrales; mansiones an-

taño de Tirso, de Mariana, de cardenales doctos...

Pero lo que me atrae es el hondo desfiladero, el cantil salpicado de tierra rojiza, el gesto siniestro de la peña brava, contrastando con el alegre bullicio de la cinta azul del río, que camina por orillas desgreñadas, sombrías, trágicas; por oquedades fúnebres que recogen la plegaria gentil del agua. ¿Sería el Greco también un corazón sonriente con una visión esencialmente trágica?

Don Agustín me hace algunas indicaciones. En esta casa no vivió el Greco; aquí vivieron Samuel Leví y Villena. Toda la manzana de calles está llena de leyendas; es un pasaje de Esquilo. Leví murió en el tormento; el Greco estuvo loco, y en cuanto al marqués, acabó hecho picadillo en una redoma. Y es que estamos en el barrio judío y las tradiciones son cristianas...

La escalera está sembrada de azulejos. En los rellanos hay varios sillones de vaqueta.

—Vea usted—dice mi amigo—, parecen escapados de un convento. Fuertes y sólidos, sus ensanchados brazos, debieron sostener muchas veces la taza de chocolate del reverendo domínico.

Atravesamos varias estancias repletas de bargueños, de candelabros, de braserillos de azófar, de negros candiles, de velones artísticos de

Guadamur. No hay rincón que no posea eruditos cacharros. El arte rezuma un diluvio constante de obras. Abundan los cuadros o copias de Carreño y de Valdés Leal. Veo un San Francisco, o sea una de las innumerables réplicas del pintor candiota.

Al fin llegamos al estudio, donde, según el empleado que nos guía, pintaba el Greco. Es un estudio holgado, un poco bajo de techo. Las vidrieras son grandes y la luz juega en ellas, creando franjas de polvo que suben desde el suelo a los cristales. Estas cintas luminosas tamizan de oro los marcos simétricos de los cuadros colocados en las paredes.

Yo amo estos regueros de luz, estas blancas estelas. De pequeño, mis cromos tenían siempre este rastro luminoso. Sólo que allí no morían en el cristal, sino en el azul; el azul es el cielo para las almas inocentes. Desde entonces, aunque he aprendido que todas las auroras acaban en este poco de polvo, sigo amando los blancos regueros de luz, y muchas veces son la mejor almohada en que se apoya mi imaginación para hilar disparatadas aventuras...

En el centro de esta sala hay una mesa llena de libros y revistas. Los sillones son confortables y sólidos. En las paredes hay unos cuadros, según nuestro guía, y unas copias, según don Agustín, de Mazo, de Murillo y de Rivera. Me llama la atención un viejo pintado por este

último. Un viejo de blancas barbas, como el Homero de la leyenda, pero sin su serenidad, sin su santo reposo espiritual. La frente está preñada de angustias; los ojos, iracundos, se clavan en lo alto, destilando odio y sufrimiento; el cuello, retorcido y convulso como un roble derrotado, presenta unas venas hinchadas. Le atenaza el dolor, el terrible dolor físico. ¡Pobre viejo sombrío de labios mudos y gesto austero!

Pensando en este cuadro voy a parar a su autor. ¡Qué alma de titán la de Rivera! ¡Se ve tan claro su temperamento; se trasvasa tan fácilmente su fondo pasional y rebelde! No fué tan glorioso como Velázquez; quiso escalar el Olimpo, y no pudo. Siempre he amado más al titán que cae que al Júpiter lleno de talentudos rayos.

Después de atravesar varios corredores, salimos a una callejuela soberbiamente empedrada. Traspasamos una cancela que gime como carne de réprobo y nos conducen a la elegante sala donde están expuestas varias obras del Greco.

Me paro ante una vista de Toledo. Sólo me gusta el color, el aire triste y macilento que tiene el paisaje; yo también veo así la ciudad en ciertos y determinados momentos. Estos nubarrones de cromo, estos grises prendidos sobre Toledo, los he visto muchas tardes desde la Virgen del Valle. Los restantes cuadros no me

gustan; algunos de ellos no los debió acabar el Greco. Otros están sin concluir, o el pintor usó unos colores que se han perdido.

En otra estancia me detengo ante un lienzo asombroso. Representa a San Bernardino, fraile altísimo, erguido sobre un monte. A sus pies tiene una ciudad de ensueño y tres mitras que, según la Historia, despreció. Los pies del santo son finos, alargados, con blancura de anemia. Las mitras, de soberana riqueza, tienen áureos reflejos; su brillo nos hace pensar en faustos terrenales y en gloriosos encumbramientos. Allá al fondo se ven nubes desgarradas, lloronas y sombrías. ¿Fué así el alma de este santo? El Greco es siempre un poeta; un poeta cuyos símbolos no se han desentrañado.

La cabeza de este fraile, dura y diminuta, irradia tenacidad. Es un cráneo de alucinado que, antes de su decadencia, debió roer y saborear muchas veces el pan del pecado. El pelo, ralo en los entrantes, se hace enmarañado después; la frente es ancha y lisa, desprovista de arrugas, nido donde se cobija un espíritu rectilíneo; la cara, pequeña, muy pequeña y llena de dulzura, es una pirámide cuya punta es la barbilla. Las mejillas arden con fuego de fiebre, formando unas rosas secas y angustiadas. Los labios, consumidos, se abren con un gesto gozoso, y son pálidos, soberanamente pálidos y espiritualmente sensuales. Parece que un res-

coldo interior va quemando su boca sin un grito de dolor, con sosegado placer. Los ojos, alucinantes, tienen una dulzura de crepúsculo, de perdón, y sobre todo un candor... Ese candor de los niños y de algunos viejos cuando van a morir.

Pronto prescindo de San Bernardino y mi imaginación se echa a volar pensando en quién sería el modelo que sirvió al Greco para pintar este santo. El Greco copió la realidad. Pero ¿quién fué este modelo? No se sabe. Pongamos algunos vestidos que encajen a su vida. Pudo ser un varón de alto linaje que, después de paladear los secretos de una monarquía, comprendió que todo es vanidad y se retiró a un cenobio. Pudo ser un Mañara, que apuró en todos los cálices el erótico vino del deseo y cayó en el hastío crónico, incurable. Pudo ser un Lulio castellano, a quien una rosa enseñó su barro enfermo, obligándole a huir, para buscar una paz que fuera blando suicidio y sirviera de antesala a la muerte. O un nuevo Gandía, que vió trocarse en gusanos la carne santamente amada o reverenciada. ¡Son tantos los vestidos!...

De todos modos, este hombre ha sido una figura extraordinaria, un hombre de acción por excelencia, un árbol cuajado de apetitos. Vayamos concretando despacio. Lleguemos a su piel. La sensibilidad, mientras subió las cuestas de

la vida, fué una facultad jornalera; la actriz brillante y necesaria para conseguir el triunfo.

Muy apasionado y tenaz en sus afectos, este misterioso caballero vivió mucho y de prisa; pero nunca pudo matar su inquietud...

Al fin sintió una enfermiza necesidad de cambiar de altar. A la Diana de la adolescencia suceden Venus y Marte. Y desde entonces conoce la tranquilidad y el reposo. La elasticidad de su temperamento le permite soportar continuadas refriegas en perfumados recintos, donde triunfa la vida; en los trágicos campos de batalla, donde triunfa la muerte; en los celebrados campos de la diplomacia, donde triunfa el antifaz y la hoja toledana se convierte en caduceo...

Desangrado ya, como un rosal que ha dado demasiadas hojas, acaba teniendo una época de Amadís erótico. Entonces es valeroso hasta la temeridad, pródigo en doblas y medula. Hace del capricho su único dios; se centuplican sus vicios, porque cada placer trae aparejado un dolor o una herida espiritual. Es un paladín cuya crónica escribe el pueblo, poniendo cantigas de ingenua admiración en cada uno de sus cortesanos episodios.

Hasta que un día, gastado el cerebro, quemada toda la vela en los altares de los dioses más terribles del Olimpo, cae junto a una reja y tiene su visión. Le recrimina el mansísimo Jesús, y embriagado de un nuevo placer, todo

pureza, promete solemnemente sosegarse, estrangular su voluntad y su corazón. Es que ya camina cuesta abajo. La sensibilidad se venga y triunfa de la voluntad de acero; ya sólo ofrendará en el altar cristiano, en el eterno alcázar de todo ocaso...

Y así, de repente, sin deshojar un libro, conoce el secreto de la vida, y sabe ya que todo en este mundo es vanidad. Sabe que la vida es un viaje con dos estaciones fijas: cuna y cementerio. Y él quiere llegar pronto a esta segunda estación. Lo que antes fué placer, sólo con el recuerdo es dolor; en cambio, el dolor, aun siendo físico, es ahora un placer inefable. Si el ideario de este santo varón fué a la vez el de Castilla, bien fácilmente se comprende la decadencia...

Nuestro caballero se ha convertido; ha perdido sus ansias mundanas. Se comenta su original desprendimiento, su sed de pobreza. Ya no cubren su cuerpo brocados, paños de Holanda ni blancas gorgueras. Un sayal y unas sandalias le bastan para envolver la carne pecadora...

Pero no todo ha muerto. Quedan los pliegues del vestido, que caen con la misma gracia señoril de la rica capa de antaño; queda el cordón franciscano, que recuerda la postura de la espada; queda la inclinación del cuello, dispuesto a escuchar, en vez de antiguos juramentos, oraciones santas de profundo arrepentimiento.

Quedan las ruinas, las ruinas de la morada de arcilla...

También por dentro conserva huellas. El masoquismo ha huído de la carne para refugiarse en el espíritu. Día y noche, el infierno, con sus espantables penas, acogota su conciencia; el diablo vierte su veneno en el angustiado corazón del caballero. Los ojos, al recordar una dama, no saborean, como antaño, su piel divina, su dulce regazo, sus frescas mejillas, su talle amoroso, ni sus labios todo flor, sino que se recrean en lo eterno, en las dimensiones del ataúd, en el hedor carnal, en los gusanos, en el esqueleto mondado.

Los pinceles del Greco han sorprendido todos estos pasajes sentimentales del caballero desconocido; mas de su biografía sólo vemos bien el soplo heroico. Ahora, el vestido real, ¿cuál fué? ¿Este que a mí se me presenta? Por hermosas que sean unas ruinas, por soñadora que sea una imaginación, construir con estos materiales, ¿qué es sino levantar castillos en el aire?

Salimos. La ciudad aparece engasada con la suave luz de oro del crepúsculo. Sobre nuestras cabezas, las nubes grises, muy altas, pasan despacio. Atraviesan tonos verdes, de un verde brillante, que tiene la dulzura de agua en remanso. Después van emborronando de ceniza una gama de colores; parecen bajeles fabulosos.

Más tarde queda limpio de nubes el espacio y empieza entonces una verdadera orgía visual. Brochazos de fuego, llamaradas intensas; luego, un verde finísimo acaba agonizando en el azul puro, inmaculado; en un azul hermoso, igual al de las ondas, igual al de las almas de los santos.

Castilla no necesita el mar; su mar está encima, en este cielo. Su dominio fué, pues, idealista; el dominio real es para las razas que tienen el mar en la tierra y no en las nubes.

—Mañana—le digo a mi sabio amigo—traeré ramos de flores para dejarlos a los pies de San Bernardino. Sobre las tumbas queridas se deben esparcir rosas.

Don Agustín se para un poco.

—Muy delicada esa ofrenda de las flores—me advierte—; sólo que, para bien de la raza, no quiera usted resucitar su espíritu...

UN COLEGIO Y UN HOSPITAL

Al salir de una iglesia me encuentro con Roger.

—Acompáñame—dice—. Voy al colegio de Doncellas Nobles. Verás qué nenas. Así eliminarás ese morbo venenoso de la pintura; porque supongo que vienes de ver algún cuadro del Greco...

—Los de Santo Domingo el Antiguo—le contesto.

—Es lo menos original que tiene. Aun no había encontrado a su sabrosa Jerónima, y claro, seguía siendo italiano.

—Sí; tienes razón; madura un poco más tarde su castellanismo. Sólo en Toledo pudo dar frutos originales este pintor misterioso. En Italia, esta flor se hubiera secado por exceso de luz.

—No te pongas dogmático. La explicación del Greco es bien sencilla. El Greco era judío. Y como Castilla tiene muchas raíces semitas, es nuestro mejor pintor...

—Oye—protesto—. Estoy hablando en serio. ¿Vas a empezar con tus bromas?

Roger se echa a reír viendo mi asombro.

—No te enfades, que esto es un secreto a voces. Haz la prueba. Escribe a cualquier gran artista judío; hoy en Europa abundan. Manda el retrato del Greco al doctor Yahuda, y me corto la yugular si no te contesta dándome la razón. El escamoteo de Barrés, otro semita fino, es de lo más literario que conozco: *El Greco, o el secreto de Toledo* se titula su obra. Claro, como que el secreto del Greco y el de Toledo es el mismo: semita la ciudad y semita su pintor. Créeme: el Greco es el único que ve la luz de Toledo; el único que copia el alma de esta ciudad, mezcla sin par de idealismo loco

y de cuerda realidad. Y estos ingredientes, ¿no son las características de la raza semita? Estoy seguro que el Greco es el único que hubiera hecho el verdadero retrato de nuestro señor Don Quijote. Es más: como buen judío, el Greco fué un gran revolucionario; mientras los demás pintores trabajaban en caliente y daban estos tonos dorados y rutinarios, él se rebeló y buscó los grises; vió en Toledo el predominio del azul y lo llevó a las telas. Sinceridad en la luz, y sobre todo y ante todo aristocracia en la expresión. Velázquez o Zurbarán, aunque vistan regiamente sus modelos, jamás borran el sabor plebeyo de los semblantes. Es que son arios, no judíos. Las razas, cuanto más viejas, más aristocráticas; por eso el Greco es ideal. Una gorguera y un jubón le bastan para darnos a conocer aquellas caras finas de verdaderos caballeros...

El volcán imaginativo de Roger se cansa de arrojar elogios fogosos; se agrieta, empieza a expulsar barro. Teme que me asome a su conciencia y recoge su espíritu como un armadillo. Cuando se intenta sorprenderlo se tropieza con las púas agresivas del sarcasmo.

—Confiesa que te entusiasma el Greco—le digo por decir algo.

—Cerebralmente, sí. En cambio, le odio con todo mi corazón; así, con todo mi corazón. ¡Como que sólo pintó nuestra agonía espiritual! Su

obsesión de la luz no es la del sol, sino la luz artificial, la luz de toda decadencia. Su arte es hijo de la luna, y la luz de luna envenena siempre. Vas a ver ahora, en el colegio, un San Francisco. Un santo de amargado rostro, puesto delante de las doncellas, para decirles que todo pasa, que todo muere—"como las naves, como las nubes, como las sombras"—. Claro que las chicas tienen demasiada juventud y se quedan tan frescas. Indudablemente, el pobre Greco padeció necrofilia...

Mi amigo se cala un nuevo antifaz.

—Yo odio al Greco—me dice—como él nos odiaba.

—Cuidado que eres extravagante—le interrumpo—. ¿Adónde vas a parar?

—Ahora verás. Mi alma celtíbera, armada de odios, ha descubierto unas cuantas facetas del carácter del Greco. He ahondado más, gracias a mi odio, que don Agustín en su larga vida de bobinos estudios.

—¡Qué tienen que ver tus odios! Además, ¿de dónde sacas que eres celtíbero?; berberisco y gracias...

—Calla y oye. El Greco quiso hacer el diagnóstico de nuestra raza; quiso ser médico, y yo odio a los médicos desde que mataron a una de mis novias...

Me quedo sorprendido; mas pronto reacciono y me encojo de hombros.

—El Greco—prosigue Roger—fué un excelso comediante. Tuvo una agresividad de leguleyo; merecía ser español; porque si bien fuimos leones, hoy somos unos zorros, y el zorro es un león degenerado; guerreamos con la lengua y la pluma, y en vez del trabuco naranjero, abusamos de la retórica o de la nómina, armas que arruinan más...

—No generalices, y al grano.

—Este torbellino cretense y semita tuvo algunas virtudes. Le paró los pies a Felipe II, al rey más ibero...

—Que vas a caer en el elogio...

—No tengas cuidado. Por si acaso, volveré a sus defectos; al más pintoresco de todos: a su megalomanía. No habiendo suficiente dinero en España para pagar sus cuadros, no los vendía; los empeñaba...

—Pudo ser un reclamo—le digo.

—Claro que era un reclamo. Pero, aparte de esto, ¿qué vas a hacer con un hombre que confiesa no saber castellano al cabo de veinte años de vivir en Toledo? ¿Cómo se entendería con doña Jerónima? ¿Por señas?

Me indigno al verle disparar tanta flecha.

—Esa no es el alma del Greco, sino la tuya —le digo.

Roger, en vez de subirse a la parra, sonríe gozoso.

—Puede ser, porque así se hacen hoy las bio-

grafías. Las pasiones que se atribuyen a héroes o príncipes son las del historiador. Como el animal humano no tiene originalidad y se repite sin cesar, se acierta siempre...

En las calles reina un silencio profundo; brilla el musgo a ras de tierra; la hiedra se abraza a las rejas, coronadas de dalias y de encendidas rosas. Guijarros sueltos, corros de hierba verde asaltan las aceras y dan un sello rústico a estos barrios medio moros, medio judíos. En todos los rincones, los intestinos humanos han dejado sus óbolos. Surgen de unos tapiales mendigos pegajosos que nos enseñan sus lacras vergonzantes.

—Estos son los descendientes de los caballeros pintados por el Greco—dice mi cáustico amigo.

Por todas partes se ven solares abandonados, escombros, ropas puestas a secar sobre montones de ladrillos. Junto a tan desolados lugares, casas silenciosas, dormidas, esmaltadas de góticos sillares; ventanas de herraje maravilloso, portales húmedos y obscuros, zaguanes con aljibes en cuya boca sonríen las macetas. En un patio de vecindad, un organillo lanza las notas achuladas de un pasodoble. Es una música dinámica y angustiosa. Nos habla de caireles, oro y estéril bravura; nos habla de la ibérica ferocidad de la raza en este escenario inerte y triste.

Allá abajo, cerca de un jardín conventual, se

alzan dos cipreses de copa melancólica. Sus ramas flácidas se abaten tristemente; son las únicas lágrimas de verdura de estos barrios. Todas estas sórdidas calles, de cuestas retorcidas, de sucio perfume, tienen por cedazo una atmósfera diáfana. Una luz apagada, llena de tonalidades grises, envuelve las ruinas como crespón funerario.

El colegio de Doncellas Nobles parece un castillo. En vez de guardia armada hay unos señores humildes, enfundados en uniformes chillones, carnavalescos. Un portero, con galones de mariscal, nos conduce al recibidor. Una colegiala nos va enseñando este albergue de las cien doncellas, que en vez de ser amadas por paisanos abencerrajes, sólo sirven para atesorar los ensueños puros de unos cuantos Gerineldos del alcázar.

El colegio es un caserón burgués, hidrópico y desnudo de arte. Su sed de extensión es tan inmensa que, no bastándole una calle, quiere devorar el barrio judío. Nadie puede detenerle. Para algunos concejales, las antiestéticas paredes del colegio son hijas legítimas del Partenón. Roger atribuye tal fervor a que el colegio engrasa cualquier rueda administrativa con billetes de Banco; luego deduce pintorescamente que los concejales son seres de carne y hueso, y los hombres se ablandan, no con arte, sino con ducados.

Esta santa casa fué creada por un arzobispo ejemplar, dotándola de recias sumas, centupli-

cadas por la previsión de sus administradores. Emplearon el capital en acciones que, como las del Banco de España, producen un interés más sabroso que el de la usura judía. Tan bendita institución—me refiero al colegio—destila preceptos originales. Cada doncella recibe ocho duritos al mes para alfileres. Le dan además educación religiosa, alimentos fuertes y una preparación completa para ser perfecta casada. Es más: el santo fundador, previendo nuestro agudo romanticismo, ordenó la entrega de algunos billetitos de mil pesetas al valiente que, provisto de la Epístola, se lleve una azucena de este huerto.

Pasamos a los cuartos, limpios y alegres. Hormiguean las colegialas, trabajando afanosas en hacendosos menesteres. Las manos pálidas tejen finos encajes; los ojos negros siguen atentos la ruta del carboncillo; hay una seria compostura, un orden laborioso de colmena. Eso, sí, cuando las doncellas viejas, llamadas tías, se distraen, todas las bocas nos ríen; se derraman cuchicheos dulces y caen sobre nuestras tristes figuras pícaras sonrisas; el honesto y variado surtido de anzuelos amorosos, que no prohibió el fundador...

En el coro nos detenemos largo rato. Es un recinto melancólico y adusto, que acaso adquiera un gesto amable al sostener los breves pies de las doncellas. Nos enseñan una Virgen con algunas joyas, regalo de las colegialas que se

casan. Cuento las alhajas; no llegan a cincuenta. ¡Qué timidez la de estos varones toledanos!...

Contemplo el cuadro de San Francisco. Es una cara cenceña, azotada por la fiebre y empobrecida por las viligias. El cráneo, alargado y pequeño, está cubierto de negros rizos; la boca, sumisa, tierna, aparece esclavizada por una sonrisa de dolor; los ojos, impregnados de inmortal serenidad, miran fijamente una calavera pintada con atroz realismo. Las manos tienen una delicadeza exquisita: parecen flores blancas puestas a secar. Por último, esta cabeza ostenta un claro estigma de decadencia: su agudo prognatismo.

El santo aparece arrodillado. El cuerpo sarmentoso, debido a su excesiva delgadez, acusa gran distinción espiritual. Es un Hamlet con hábito franciscano. Un Hamlet que dentro del pecho, en vez de corazón, lleva otro cerebro... Es un santo español que no puede limpiarse de su dureza ibera. La ternura, la embriaguez seca de este hombre no es sentimental, sino que nace aguas arriba, en su cráneo de alucinado. Y la paloma de Asís, por el contrario, en el cerebro llevaba otro corazón...

Este santo contemplativo, ¿fué el ideal de Castilla? Contemplar es pararse, y pararse es morir. Las razas caminan cada vez más de prisa; si alguna se queda inerte, pronto surge otra más viril que arroja el estorbo a la cuneta...

Demencia en este asceta, en el Quijote, en doña Juana... La enfermedad de Castilla estuvo en la cabeza; cayó, siendo noble, de lo más noble.

Oigo la voz áspera de Roger:

—¡Deja ese fraile! Es un enemigo de la vida. San Francisco era alegre; éste sólo representa el alma del pintor o acaso el de esta ciudad.

Mi amigo vuelve las espaldas al cuadro y empieza a bromear con la colegiala. Prescinde de los ojos sabios del asceta, que fulgen como la pálida luz de los cirios, hablándonos de la muerte, y se recrea con la mirada dulce de su amiga; escancia su llama, una llama clara de juventud. Decididamente, el ideal de Roger no será místico, pero humano, santamente humano, sí lo es...

Volvemos a la calle. El camino está lleno de guijos pardos de afiladas aristas; nos sirve de frontera la muralla calcinada. Los montones de escombros forman una pequeña cordillera alrededor de este trozo de la ciudad. Desde las ruinas, la vista es admirable; se cree uno nuevo Moisés contemplando la tierra amada. El Tajo, cobijo de nereidas, que sólo vió Garcilaso, discurre azul; la vega, alfombra fecunda de verdes bancales, aparece moriscamente peinada y vestida de bellos matices; los molinos de Safón, con sus paredes enjalbegadas, enseñan sus pies de hierro, donde canta el agua rabiosamente. En la presa, la espuma alta, jadea, se abraza, se re-

tuerce en torbellinos y muere en rápiuos copos. Más allá de estas riberas. las tierras están congestionadas, rojizas, y presentan sus espaldas manchadas de gris por los cigarrales. La transparencia del aire permite ver el lejano escenario, algo aniñado, como esos retablos pastoriles que en la Nochebuena se colocan en las iglesias.

Entramos en los jardines de la Vega. Los eucaliptos inclinan sus hojas con aire desmayado, lánguido; unos pinos orgullosos yacen esclavizados por corros de evónimos; en los senderos, las lilas aparecen enguirnaldadas frívolamente; cae la luz melancólica, suavizando e impregnando de dulzura árboles y flores.

Por el paseo del centro discurren los niños, enredándose, como hierba selvática, entre los pies de los transeúntes. Hay una abundancia estupenda de criaturas. Pregonan los vendedores sus bollos tiernos, sus madroños, con un aire herido de muecín...

En los bancos vemos unos viejos inmóviles de ojos apagados; junto a ellos, varios hombres de largas blusas blancas y puños de titán; estos pobres viejos son locos pacíficos, hambrientos de sol. La vista de tanta carroña humana en el jardín riente, aromado de juventud, cae sobre nuestras ilusiones como granizos en hojas de rosal. No sé por qué recuerdo la calavera del santo...

El patio del Hospital de Afuera es inmenso; da una impresión de grandeza, de austeridad,

de poderío que pasma. No hay nada florido; todo es rígido. Sí; Castilla tuvo sus horas de cumbre.

—¡Qué bien estaría aquí una universidad, un laboratorio, algo que fuera ciencia!...

—Pues ya ves, es asilo—me dice Roger riendo.

—Lo que demuestra vuestra vejez—le digo indignado—. Cuando un pueblo es joven, sus más hermosos edificios se convierten en templos para la juventud. El instinto de conservación no debe ser senil, sino maternal y educador.

Dentro de la iglesia nos entretenemos con el sepulcro de Tavera. Es una obra maestra de Berruguete, según me dice Roger. Muy hermosa; pero la línea ha perdido la austeridad del patio; empieza a recargarse, se presiente el barroco. Si el mármol pudiera historiarse como el verso, diríamos que era un poema colocado entre Garcilaso y Góngora.

—Estas piernas de Jesús son absurdas—me dice Roger ante el Bautismo del Greco.

—¡Bah!—le digo—. ¡Quién sabe si el cuadro ha perdido algunos colores! Mira, aquí falta el río; supongamos que las piernas estaban dentro del agua...

—El reflejo es igual; con vuestro afán de intelectualizar al Greco, sois capaces de decir que sabía más física que Newton. No compliquéis; el único tormento del Greco fué la luz a secas; este hombre acabó, como Goethe, pidiendo más luz al morir.

Hay unos momentos de calma que duran muy poco. El alargamiento inverosímil de las figuras del Bautismo nos enzarza en nueva pelea. Yo disculpo al pintor, fundándome en su enfermedad de la vista.

—El Greco era astígmata—le digo—, como lo es aún Castilla, que alarga su espíritu hacia este cielo tan alto.

—El Greco no padeció de la vista; es otra de sus farsas—protesta Roger—. En la catedral, sala capitular, existe la mitra del siglo XVI que el Greco puso sobre el San Agustín del Entierro del conde de Orgaz. Nadie podrá hallar una falta ni en el dibujo, ni en el color, ni en las dimensiones. Ahora ven aquí. Mira la mascarilla de Tavera en este hermoso sepulcro.

A continuación me lleva junto a un cuadro del altar.

—Aquí tienes el retrato del cardenal. ¿Concuerda exactamente el dibujo con la escultura?

—Sí.

—Luego la pretendida enfermedad no existe en sus mejores obras. En la misma época tiene cuadros con astigmatismo y sin él. Dependía del dinero; a mayor precio, menos astigmatismo, y viceversa...

Llegamos al paseo discutiendo. Pronto nos distraemos viendo las lindas toledanas que pasean. A correcta distancia caen sobre ellas nuestras miradas cargadas de erotismo. Los ojos di-

vinos recogen estas ansias, aumentan la dosis, y en vez de la devolución sabrosa, agonizan sobre las marciales guerreras de los gentiles discípulos de Marte.

Después de este fracaso, vuelvo a mi tema y trato de sorprender a mi amigo sin antifaz; empeño inútil.

—Aun no sé si te gusta el Greco o no—deslizo.

—¿No me ha de gustar?—me responde—. ¡Un hombre que padecía monomanía de grandeza! Además, ¡pobrecillo!, sufriendo el martirio. A última hora todos los judíos se creen mártires, y los hay que son tan buenas piezas como este Greco... No me mires así, que hablo en serio. Los últimos años los debió pasar este Heine de los colores amarrado a un sillón por la cadena de la parálisis. Ya ves, tu Prometeo de la pintura saldría a tomar el sol al Tránsito, conducido entre su querida y su hijo. A un enfermo tan genial se le puede dispensar que se pintara en uno de sus cuadros en lugar de Jesús Crucificado, y pusiera por montera Toledo en vez de Jerusalén.

—Déjate de bromas; yo veo una vida muy trágica.

—Porque era vieja. Para crear hay que ser joven, alegre y optimista. El Greco llegó muy maduro a Toledo, y si a eso agregas este paisaje, de una ancianidad respetable, comprenderás

muy pronto a los hijos sombríos de su arte. Y yo creo que hizo mal en dar a luz tales obras.

—Hizo bien—le digo—. Las aguas alegres, cantarinas; las aguas risueñas, sólo arañan la superficie del arte. Me dirás que son verdaderos ríos de oro para sus autores; conforme. La Humanidad, que ya se chupaba el dedo en tiempo de los Faraones, seguirá así hasta el Juicio Final. Quiere prestidigitadores que le escamoteen la tercera dimensión y sólo le enseñen la superficie de las cosas y la cascarilla de las almas. La profundidad tiene sabor quirúrgico, y al rebaño sólo le gusta resbalar por la piel. Individualmente, la masa podrá tener cerebro; colectivamente, no; colectivamente, el rebaño sólo tiene cosquillas, y en hacerlas con ingenio los periodistas sois maestros. En cambio, los ríos de mucha hondura tienen hoyas sombrías, remansos trágicos, cavernas sordas; nos descubren la entraña, como el anatómico nos enseña lo que hay dentro de la piel de la más hermosa doncella. Por eso, al revés de los ríos bulliciosos y decorativos, sus aguas son tan calladas por fuera, que carecen de ruido, es decir, de bombos y *bluff*. Pero ¡qué caudal más grande y qué dramático es su oleaje interno! Créeme a mí: las obras de arte caminan igual que los ríos; las que sólo arañan la superficie de las cosas son risueñamente optimistas y cantarinas como una

risa de mujer; las que ahondan son pesimistas, sazonadamente pesimistas.

—Pues a mí—interrumpe Roger—dame ríos superficiales y dame sobre todos los Grecos una risa de colegiala...

MI AMIGO ENRIQUEZ

Vengo de la iglesia de San Nicolás con un humor byroniano. Los Grecos del altar están tan altos que es imposible ver nada; otra vez me traeré un telescopio.

¡Cuánto siento vivir en esta época de chamarileros! A nacer en el tiempo de los piratas románticos, hubiera entrado con el hacha de abordaje levantada, me hubiera apoderado de los cuadros y, después de hendir el cráneo de los sacristanes, correría a saborear mi botín como cualquier noble de limpios cuarteles, engendrador de gestas.

Llego al Miradero. Desde esta magnífica terraza, colgada igual que un nido sobre viejas murallas árabes, se domina el paisaje como se domina el mar desde el cantil. Veo a mis pies el Arrabal, anfiteatro lleno de manchas blancas; parecen las tiendas de campaña de unas tribus nómadas. Encima está el cementerio, acribillado de cruces de mármol y guardado por una doble fila de cipreses melancólicos. Al otro lado, el

puente de Alcántara alarga su cabeza moruna; más lejos, los álamos, la piedra gris, la tierra roja que reverbera en la cinta azul del río...

Este paisaje calma mis nervios. Al fin desaparece mi mal humor y me decido a dar un paseo hasta las huertas. Bajo por faldas peladas; atravieso colinas estériles, mientras cerca del río la tierra aparece llena de apretada fronda. ¡Cómo debió amar el árabe estos oasis! Es el contraste refinado, literario: a un lado, la piel seca y yerma; al otro, la misma piel posee una sensibilidad rica en matices.

Junto a los olmos corre con cantos de idilio el agua. Sangrías humildes hechas al Tajo señorial fecundan la huerta. Las plantas, peinadas, limpias, se recuestan perezosamente; en los claros hay árboles frutales; esta corrección atildada de la tierra encanta la vista. Hasta la misma acequia suben los brazos alargados de las sandías. Los linderos están formados por esbeltas cañas que recogen el aire como un órgano, y sus hojas cantan, cantan siempre, desgranando una letanía melancólica, un meandro suave, que tiene algo del chirrido moro de las azudas. La tierra pelada se ha hecho aquí fecunda; así debían ser todas las de Castilla, matriz...

Cerca de una barraca veo una larga hilera de maizales. El tallo es más alto, más gallardo que el del Norte, pero sin su esponjamiento, sin tanto verde mimoso. Aquí y allí trepa la alubia.

Avanzan amarillentas flores, buscando el cauce del agua; la tierra tiene sosiego, hartura; los oídos se agudizan entre esta santa paz de la Naturaleza. Se oye divinamente el silbar de los trenes; suena la esquila de las cabras, que pacen lejos, muy lejos; todos estos ruidos se unen al canto del río, que corre lentamente...

Me encuentro con el amigo Enríquez, profesor de la Escuela de Artes, que, según me dice, hace del campo su único sacramento de comunión.

—¿Pintamos mucho?

—Nada—le digo—. No puedo con esta luz, con esta llama tan cálida, de oro unas veces, de rojo blanco otras, que santifica todas las piedras y las abrasa. No puedo con estas sombras, con estos obscuros imposibles...

—Eres sincero. Sin embargo, miles de artistas pintan Toledo, o mejor, dibujan. El color lo traen en la maleta, y dan la misma luz a esta ciudad que a los Alpes.

Empezamos a pasar revista a los pintores modernos cuya paleta se ha apoderado de algún secreto de Toledo. Después de encomiar a Beruete, Bilbao y Sorolla, atracamos la nave de nuestra conversación en Zuloaga. Mi amigo se encara con sus cuadros más famosos; ante ellos pierde su ponderable sagacidad y vuelca unos cuantos toneles de crueles adjetivos.

—Zuloaga es un gran pintor; pero puede en

él más el genio comercial de la raza. Los vascos sois así: primero, negociantes; luego, muy artistas. Por eso su pintura es, antes que todo, de exportación. No ve con ojos españoles, sino con ojos extranjeros; no pinta esta expresión de luz casi levantina, esta violencia luminosa, riente, alegre. Pinta la sequedad del paisaje y la violencia de las almas. Y es al revés. Nada más violento que este paisaje; nada hay más seco y manso que estas almas. Zuloaga no da la sensación de Toledo; esto lo sabes tan bien como yo. Su gris deprime, y la luz de esta ciudad entona los nervios. ¿Y sabes tú por qué nos deprime este color que da Zuloaga? Porque es una sensación literaria, artificial, aquí donde la Naturaleza sólo tiene una sensación de fuerza. ¿Dónde está en sus cuadros este azul purísimo, esta púrpura y todo el manto regio que tiene aquí el cielo? Deprime porque no pinta la alcoba nupcial de Castilla, sino el cementerio de la raza.

—Todas las medallas tienen dos caras. Zuloaga no pintaría esta hoya, sino aquella colina de la carretera de Madrid.

—Deja las dos caras para los monstruos o para los dioses. El secreto está en que anda el arte tan degenerado que sólo se triunfa pintando cloacas. El extranjero busca el vertedero, la España caída y agonizante; ve Castilla como un desierto lleno de fieras pintorescas y con el sal-

vajismo a ras de arena. Yo no culpo al extranjero. Castilla tuvo su hora de dominio, y ahora estamos pagando aquel terror que engendró. Con la importación pasa igual; en España sólo triunfan los acarreadores del agua espiritual del Sena. No bebemos otra agua; hace siglos que en Castilla se han secado los manantiales. Ya ves, el mismo Greco no triunfa por su técnica revolucionaria, sino por el vaho de hospital que tienen sus almas...

—Creo que exageras, Enríquez. Estos latigazos que da Zuloaga son educativos. Hieren nuestra sensibilidad, y así nos van despertando. Gracias a ellos empezamos a darnos cuenta del batacazo.

Enríquez me replica encogiéndose de hombros.

—¡Despertar nuestra sensibilidad! ¡Si eso es tan fácil en los histéricos! Los latigazos que nos convidan a revolcarnos morbosamente como plañideras no son educativos. Para despertar nuestra conciencia no hay que agarrar la fusta como carreteros.

—Ten en cuenta que Zuloaga no es un fotógrafo, sino un artista; da, por lo tanto, una interpretación muy suya, como la dió el Greco.

—El Greco—me contesta Enríquez—pintó una decadencia verdad vista con ojos españoles. Zuloaga pinta una decadencia postiza; explota el clisé francés y no el colorido que corresponde al

Mio Cid. Explota el pus. Podredumbre hay en todo planeta; Atenas era Atenas y tuvo su peste. Estaba reservado a uno del 98 el vernos representados en un picador y hacer de esto un símbolo. El Greco pintó siempre caballeros...

—También Zuloaga. Tú conoces parte de sus cuadros, los peores, los más divulgados por la prensa. Además, ¡qué quieres! Comprendo que va en gustos; pero Zuloaga es para mí el mejor hijo espiritual del Greco.

—Sí; del Greco tiene su hondura y sabe sacar a la superficie las almas. Sólo que no le gusta el agua clara. Como pocero, nos hace subir al cerebro todos los malos olores de la raza. El Greco buscaba la deformidad espiritual, las grietas interiores ocultas tras la fachada bella de una elegancia maravillosa, como en el caballero de la mano al pecho. Zuloaga da un espíritu muy plebeyo y sin fermentar; no tiene la solera, la distinción aristocrática que tuvo el Greco. Tu paisano se parece más a Goya...

—¡Dale bola a la técnica! ¡Si ése no es tu fuerte! Créeme: como revulsivo, su orientación es educativa. Y mientras España no limpie su pus, el pesimismo será siempre un síntoma de sensibilidad.

—O de vejez, o de decadencia literaria, que de eso habría mucho que hablar...

Su flema gallega acaba por exaltarme.

—Bueno—le digo—. Pero ¿no es Zuloaga un

pintor de enorme talento? Pues entonces, ¿qué quieres?

—Que cambie de estilo. Ser cáustico es fácil; por eso triunfan los semitas. El caso es construir. ¿Es celta Zuloaga? Porque vosotros los vascos tenéis unos orígenes tan nebulosos... Basta ya de deprimir a Castilla; mirémosla como a novia...

—Hombre, lo de la novia me ha conmovido; al fin, eres del Pirineo. Y eso que los gallegos, para los noviazgos económicos, sois tan Sanchos...

CAPITULO II

EL ENTIERRO DEL CONDE DE ORGAZ

Es Enríquez un mozo recio de cuerpo y de voz; tiene una frente amplia, donde el estudio sigue arando largos surcos; su nariz es afilada; el bigote, negro y un tanto endulzado por algunas canas prematuras. Gasta unos lentes grandes, de filósofo, y su gesto y sus espaldas, al inclinarse, recuerdan a las águilas al caer sobre la presa.

Varón de entendimiento claro y de hondo contenido espiritual, hay, sin embargo, en este roble gallego una carcoma: la sensibilidad. Una sensibilidad enferma de artista, abierta, como una rosa de primavera, a todos los vientos nuevos. Cualquier airecillo de renovación nacional, por sutil que corra, le hace sangrar y madurar su fe...

Eso sí; este Macías, siempre práctico, destila toda su ternura en trovas económicas y políticas.

En cambio, su cráneo de celta chorrea romanticismo y recuerda las turbulencias del Can-

tábrico. Ve los hechos desde arriba, y un áspero oleaje de rebeldía envuelve siempre sus pensamientos. Como el mar, respeta las cumbres, pues es labor de arroyuelos el arañarlas... Pero muerde y arrasa las dunas de arena; es decir, todo lo bajo. Tiene una Dulcinea tan disparatada y tan fantástica como la del loco manchego; está locamente enamorado de la regeneración española...

Creo yo que se la puede llamar fantástica a tal Dulcinea; porque, digan lo que quieran algunos Sanchos bien cebados, jamás he podido rendir pleitesía a esta hermosísima señora.

Nacido alemán, hubiera tenido su Weimar; inglés, hoy sería lord; mas nació en la provincia de Orense, y en este país encantado, donde los pavos o los loros llegan a Madrid, Enríquez, cuyo sueño dorado es posarse en la corte, sólo ha conseguido ser profesor en la Escuela de Artes e Industrias de Toledo. Esta es España y no Castilla, que cría sus hombres y los residencia. El caso es podar la raíz, no la alta hojarasca, pomposa, vana y dañina.

Ha viajado mucho, y en vez de europeizar su corazón lo ha españolizado más. Este fenómeno tan raro se une a otro mayor: ama el solar español sobre todas las cosas, y sólo piensa en estrangular o desenmascarar a los intelectuales enfermos de dilatación estomacal. De aquí que campeen en sus escritos ortigas en vez de flores.

No es de esas naturalezas mentales que al parir unos cuantos fetos en las alcobas de la prensa quedan inutilizados para dar a luz un libro robusto. Su matriz cerebral es completa; desde su Himalaya, una docena de gruesos tomos, este titán quiere escalar la Gloria; pero solo, sin ayudas, sin tacto de codos, pariendo cada año un volumen de ochocientas páginas en cuarto mayor que le sirva de escalón...

Como trabaja demasiado, no tiene tiempo para ser pícaro; como puede cuartear una casa de una puñada, tolera con evangélica mansedumbre las picaduras de los mosquitos y el silencio de las urracas; como tiene fe en su obra, no nota el vacío que en torno a sus libros producen las envidias del camarada...

Tiene su barro, porque es ante todo "hombre", y además "gallego". Con lo cual quiero decir que sabe mendigar, y los políticos de la dulce y corruptora Suevia lo llevarán a Madrid. Pero perdonémosle este matiz céltico, porque, como artista, siempre saca el agua de su propia fuente, y esto es un milagro en esta época de manantiales secos, en donde todos nos hemos metido a aguadores de la cultura extranjera para calmar la sed de la raza...

Mientras bajamos al Tajo yo derivo la conversación hacia el Greco, que es mi manía actual.

—Según Roger, este pintor fué judío. Don

Agustín duda. ¿No pudo ser un español que ocultó su nombre?—le pregunto.

—Jamás; el celtíbero es alegre, danzarín y hasta humorista. Los judíos, en cambio, toman la vida en serio, y tu pintor era incapaz de sonreír. Yo no sé por qué las biografías no empiezan ya con la frase sacramental: "Judío refugiado en España."

—Pudo ser un judío español—le digo.

—Tampoco; se le vería la mezcla. Al Greco no le encanta el paisaje, sino el cielo. No divaguemos; el único dato cierto es que fué cretense.

—Pero tampoco el español ama el paisaje, y si no, mira nuestros clásicos. Es más: el misticismo es completamente castellano, y el Greco es un místico.

—Como que el misticismo no es celtíbero; Castilla tiene mucha sangre semita; por eso dió místicos. Castilla miraba más al cielo que a la tierra por la abundancia de esta sangre. Antes de Tito había judíos en Castilla, y su Sión era Toledo.

Estoy a punto de pegarle. Esto no se le ocurre mas que a un pensador que destripa la Historia provisto del puñal de la Filosofía, y con un empaque selvático, druida.

—El celtíbero—prosigue—tiene el cráneo redondo de tribu y odia a esta hermosa raza, calculadora y metafísica; odia al cráneo alargado,

odia sus tendencias acaparadoras. El celta tiene el instinto de las cercas, de las vallas, de las fronteras, y el judío posee el instinto contrario. Es más: España es el país de menos religión por dentro y de mayor culto externo. "Dime de lo que pregonas y te diré de lo que careces." Los únicos religiosos son los judíos; por eso los expulsamos...

Los álamos blancos se reflejan en las ondas azules de la corriente. Las redes de los pescadores, tiradas sobre la hierba, trenzan la verdura de hilos grises. Casitas humildes se levantan junto a la orilla; estos pequeños templos de Baco tienen su mostrador lleno de moscas y botellas. A los costados fondean las barcas. Abundan los perros, que nos ladran descortésmente. El agua canta rabiosa al saltar sobre la presa y camina luego desgranando una sorda imprecación.

—De todos modos—insisto—, el Greco es el primer pintor dinámico. Los artistas de su tiempo sólo producen figuras estáticas: muertas unas, de cartón otras.

Mi amigo protesta:

—Eso no es un mérito; eso es decadencia. Los artistas decadentes de Grecia, entre ellos Ictino, sacaron las figuras de su estatismo, de su equilibrado reposo, y se apoderaron del movimiento. Estas figuras griegas tenían grandísima agitación, violencia dinámica, que se revelaba en los flotantes paños. Como ves, lo mismo que

el Greco, sólo hay una variante estética: lo que en los griegos es vida y sencillez, en el Greco se hace retorcido, doloroso, enfermo...

—Hombre, ¿por qué?

—Porque el dinamismo del Greco carece de vitalidad; es el dinamismo de la agonía, y su astigmatismo no es enfermedad, sino talento simbólico. Muchos cadáveres al morir se alargan, dan un estirón; el Greco pintaba Castilla; era un simbolista terrible.

Cae la tarde. La sombra se va acostando entre los trechos brillantes. En el cielo puro se deshacen unas vedijas en la brasa del ocaso y quedan unas tintas de inefable dulzura. El olor de tierra húmeda viene envuelto en tibias fragancias. A la violencia solar sucede una luz tamizada; un cernido de oro pálido envuelve los objetos; la santa hora del crepúsculo tiene aquí un vestido de renunciación y una quietud religiosa.

Mi amigo se detiene un momento para recobrar nuevos bríos y seguir hablando.

—La pintura, que es flor en el Gioto, madura entre los pinceles del Tiziano y entra en su invierno con el Tintoreto. En el Greco, discípulo o compañero de este último, sólo hay facultad crítica, y la crítica es la vejez. El artista de imaginación creadora, como buen salvaje, da inmensas riquezas por unos cortos abalorios de atención. El Greco daba sus cambios a la par.

Era un espejo terso que recogía toda la realidad, deformándola, como les suele pasar a ciertas críticas y a ciertos cristales. No es el lente de aumento, lleno de belleza y fecundado por la imaginación y el sentimiento. En el Greco sólo surge el analítico, frío, alargado, y lo que pierde en juventud o sencillez lo gana en experiencia, en conceptismo; y así, el alma de aquellos caballeros tan complejos asoma en seguida a su fisonomía. Pero el trabajo, que antes era alegría y juego en el Gioto y en Tiziano, se hace en el Greco estudio, tristeza, y surge la neurastenia, que nos da la clave de la desigualdad de sus cuadros. El neurasténico, después del esfuerzo máximo, necesita un largo tiempo de descanso. El Greco no podía descansar; precisaba trabajar siempre para poder comer: de ahí esos cuadros absurdos a continuación de una obra genial... Un artista sano puede volver al trabajo a la hora siguiente de haber dado a luz, porque ahorra con tanta fuerza como gasta. El neurasténico necesita la cuarentena reglamentaria para volver a ser pródigo una hora... Ahorra muy despacio, gasta muy de prisa...

Subimos por las covachuelas. El camino serpentea entre escombros. Toledo está ceñido por varios cinturones de ruinas, por una rota guirnalda de murallas. Vuelve a ser el paisaje de una coloración austera, seca. Reflejos de púrpura bañan allá lejos unos regazos de égloga. El

polvo de los rodaderos hace que nuestra ascensión tenga algo de calvario; ya en la Diputación, nuestros pulmones descansan. Unos cirineos disfrazados de guías se empeñan en acompañarnos creyéndonos ingleses. Santa Lucía les conserve su vista aquilina.

Todo este barrio esconde entre el garbo cristiano de sus iglesias una sonrisa fina, judía, sagaz. Las casas tienen puertas menudas, erizadas de clavos; las viejas maderas aparecen aprisionadas con recia cerradura; pequeños escalones dan paso a tiendas diminutas, a cuyo mostrador de covachuelista sólo le falta la aureola de unas barbas blancas hebraicas; rompen esta vestidura artística algunos comercios modernos, limpios, prosaicos, cubiertos de colorines beocios.

Entramos en El Tránsito. El Tránsito es una sinagoga debida a la munificencia del gran Samuel, el tesorero del popular rey don Pedro.

A Enríquez le gusta descansar aquí, reposar su vista en este bordado florido de la piedra.

Nos sentamos en los escaños de un coro que procederá de algún convento, y apoyados en tan católicos respaldos nos impregnamos de judaísmo. ¡Abundan tanto estos contrastes en Toledo!...

La voz recia, un poco dura, de Enríquez se expande solemne por las naves recargadas de adornos.

—Fíjate—me dice—: los judíos se vengaron

bien. En cuanto perdimos su soplo heroico, la justicia degeneró en abogacía y el comercio de banca en usura de roña. Nos legaron sus vicios: la convicción de que somos el pueblo predilecto de Jehová, la fe mosaica en el milagroso maná, y así entretenidos, no supimos buscar la curación en la labor de nuestras manos sudorosas. ¿No es triste saber que los hemos expulsado para que desde fuera sean los amos?

—¿Qué dices? ¿Amos de España los judíos?

Y la extrañeza me hace ponerme en pie.

Enríquez repite sin alterarse:

—Los amos, sí. Hoy la única independencia verdad es la económica, y nuestras grandes empresas, de marbete extranjero, tienen demasiado sabor judío... ¡Ojalá vinieran! Canalizarían nuestra usura. España es un país de miseria; la tierra y el bolsillo español padecen la misma enfermedad: el latifundio. ¡Que vengan los judíos! Volverán a dar dinamismo al dinero español. El arsénico en los cuerpos anémicos es la salvación...

Parece como si las amplias naves tornaran a poblarse de rostros expatriados. El perfume judío nos envuelve; yo miro hacia el coro, a ver si quedan algunas azucenas de Israel, algún blanco lirio, alguna Esther misteriosa. La voz de Enríquez me recuerda la lectura del *Talmud*.

—Hay que hacerlos ante todo españoles—prosigue—. Aquí está su Sión, su moderna Jeru-

salén, y no en París ni en Hamburgo. Hay que asimilarlos; es la única manera de acabar con ellos; nada de explotarnos desde lejos; que su casa la traigan aquí...

—Eso es muy difícil—le digo—; nuestra Iglesia se opondría.

—Es verdad. Los odios más fuertes no son entre amigos ni entre vecinos, sino entre hermanos; ¡y nosotros tenemos tanta sangre judía!

—¡Tú estás loco! ¿Sangre judía los arios?

—¡Ya lo creo! ¿Qué es el Greco? Un judío. ¿Qué es Cervantes? Otro misterio.

—¡Enríquez, por Dios, no desbarres! Si de Cervantes queda hasta la partida de bautismo...

—Cervantes es otra incógnita. ¿Sabemos algo del hombre? No. Seguimos sus pasos como perritos falderos, royendo los zancajos de su estilo literario; pero ¿cómo era Cervantes por dentro? ¡Ah! Si el retrato de Jáuregui fuera el verdadero...; ahí asoma algo. Claro que al judío es difícil sacarle la fotografía interna; es raza de muchos antifaces que se escurre mejor que las anguilas, y, como ellas, necesita el fango. Vamos, pues, a meternos en el barro, a reconstruir por líneas. Saldrá un retrato incorrecto, porque esto no es un descubrimiento, sino un tanteo de ensayo biográfico. En las letras, los descubrimientos sensacionales sólo son graciosos sofismas con que se alimenta la decadencia de un pueblo. Dibujemos, pues, las líneas al carbon-

cillo para que se puedan rectificar y, si es preciso, borrar...

—Bueno; sigue con tu dibujo.

—Para engendrar hay que partirse y darse; en el hijo espiritual siempre hay algunos rasgos del padre. Tanteemos, pues, los rasgos del *Quijote*. Los dos arciprestes tienen alegría, juventud; son sátiras sanas, de arios. Dentro de este género surge *La Celestina;* como su autor es un judío, la obra es tragicomedia, y la sátira es dolor... ¿Notas el cambio?... ¡Otra casualidad! El *Quijote* es tragicomedia también. Su risa es hermana de *La Celestina,* no de *El Corbacho* o del *Libro del Buen Amor*. Es más: el Sancho calculador y el Quijote metafísico, donde mejor se dan es en la personalidad judía...

—No, hombre; eso es universal.

—La universalidad, otro matiz judío. Otra línea: Cervantes no fué sincero; jamás sabremos si se mofó o no de muchas cosas de su tiempo. ¡Es tan hondo, tiene tantos repliegues, apunta de una manera tan subterránea!... Que algo debió herir, lo prueban los intelectuales, con Lope de Vega a la cabeza. Lope era un celta; su familia procedía de Santander; probablemente estos dos cráneos chocaron desde el primer momento. Otra línea: Cervantes sabe ser demócrata; la democracia y el socialismo son invenciones judías, nunca de arios. Cervantes presta igual brío

a todos los personajes, y las mejores palizas las guarda para el caballero y no para el coro, como lo hacía el celta. Del *Quijote* se puede sacar un catecismo revolucionario completo; eso sí, atado con un precinto ortodoxo para que no lo detengan en las aduanas de la Inquisición. Su sátira tiene una malicia de olor semita. ¡Qué donosamente se burla de los autos de fe! ¡Cómo rebaja y ridiculiza toda andanza ascética! ¡Qué manera de ocultar la mercancía, para que no descubran el cáustico aplicado al idealismo de la espada y de la cruz! A los escritores de madera celtíbera se les conoce en seguida; violentos, efectistas, hinchados, sus antifaces no pasan de la piel. Pero este Cervantes, de doble, triple o cuádruple fondo, es tan misterioso como Montaigne...

—¡Atiza; más grados de fiebre...!

—Sigue el rastro de los apellidos. Montaigne quiere decir montaña; además, la madre de Montaigne era judía; ¿no? Esto de la raza es importante. La rama materna de Lope, Calderón y Quevedo procedía del Pirineo, y estos intelectuales odiaron a Cervantes. Como le odiaron los Argensolas, que también eran montañeses. Yo estoy haciendo tanteos y no pido asentimiento; corrige la línea tú que eres pintor. Montaigne es un Cervantes rico; Cervantes, un Montaigne pobre. Pon a Montaigne de alcabalero y surge el Quijote gascón, galopan-

do por la Mancha francesa. Si Cervantes llega a ser alcalde de Madrid no hubiera amasado su obra con los dolores de la nación. El alcabalero sería un ebanista del estilo; tendríamos un taraceado literario; unos *Ensayos* personales, eruditos, confortables, bien amueblados. Es más: en Montaigne, siempre hablando de sí mismo, o en Cervantes, que jamás se miró el ombligo, ¿dónde está la sinceridad? ¿Qué nos descubren suyo? Mira qué bien se encubren uno y otro cuando ingenuamente nos dicen que están desnudos... Pero penetremos en la cantera psicológica; veamos una de sus piedras: la pobreza. Cervantes busca el dolor fuera para no descubrir el de su alma; Montaigne sólo habla del suyo para no descubrir el de su nación. Montaigne trabajaba en su huerto porque era propietario. Cervantes, económicamente no pasó de jornalero; por eso cuida tan poco las secas hojas de la erudición. Ahora bien; ¿qué perseguían el alcalde de Burdeos y el alcabalero español? Casi nada. Una realidad interior que les endulzara el sufrimiento. Montaigne había buscado en vano las aguas termales para remediar sus males físicos; Cervantes, el manantial monetario para remediar su pobreza; y como no lo encontraron, los dos se reían a su manera de los médicos y de las recetas de felicidad nacional. El francés cayó del hígado, como un buen burgués; nuestro Cervantes, del corazón, como

caen la mayoría de los fracasados en la vida... ¿No ves el hilo sangriento de engarce?

—Lo que veo es que los cervantistas te excomulgarán.

—Sigo en mis trece; no hemos pasado de la piel, no hemos sabido leer, nada conocemos del pensamiento íntimo de Cervantes ni de Montaigne, y si me apuras mucho, ni de su vida. Vistieron un pelele. Montaigne le puso su nombre y apellido. Cervantes le llamó Don Quijote de la Mancha. Pero se ocultaron, se ocultaron los dos. Y la crítica, con sus bellos ojos miopes, fué clasificando el disfraz: subjetivo el de Montaigne, objetivo el de Cervantes. Eso no es decir nada. A las entrañas, a las entrañas gemelas no se ha llegado, y las entrañas son de una misma raza. ¡Vaya que si son!..

Me echo a reír.

—Tú tienes monomanía semita, hombre: Colón, Cervantes, Zuloaga. En cuanto surge un genio, lo haces judío...

Enríquez sonríe melancólicamente y se sumerge de nuevo. De pronto se vuelve a mí:

—Oye el saetazo de Avellaneda: "Y pues Miguel de Cervantes es ya viejo como el castillo de San Cervantes..." ¿No te dice nada esta frase?

—A mí, nada...

—Pues mira: los apellidos que llevan delante un San tienen aroma de conversos; muchos

son de origen semita. Para redondearte, léete *El Tizón*. Todo erudito hambriento de gloria deberá estudiar la filtración judía, y estudiarla en esta provincia, especialmente en Toledo, Talavera, Fuensalida y Torrijos. Hay que analizar después los libros parroquiales y seguir el olor de los apellidos en Trinidad, en San Justo, en San Nicolás...

—Esas son parroquias toledanas de cristianos viejos.

—Mejor. No hay raza que sepa filtrarse tan sabiamente como la judía. ¿Comprendes el dardo de Avellaneda? Cervantes viene de San Cervantes (hoy San Servando), y lo dice sin recalcar, sabiendo que da en lo duro, y que a esto no contestará el autor del *Quijote*. ¡Y no le contesta! Alude a Lepanto, narra unos cuentos donosos, hace un prólogo divino... ¡Y nada más!...

Salimos de la sinagoga. Me encuentro tan saturado de judaísmo, que hasta la tierra yerma y los escombros de los rodaderos me parecen trozos de carne semita puestos al sol para sahumarlos. El aire de la plazuela acaba por refrescar nuestro fuego imaginativo.

Acompañados del sacristán penetramos en Santo Tomé. Entra la luz por las vidrieras, esfuma los contornos y pone un cendal de tristeza sobre el altar. A la derecha, en la capilla, está el célebre cuadro del Greco. Chirría una cerradura y pasamos.

Hay en el cuadro unos cuantos caballeros, frailes y clérigos que asisten al entierro del conde de Orgaz. Iluminan la estancia altos hachones. ¡Cuánto amaba el Greco esta luz funeral! San Agustín y San Esteban llevan en sus brazos el cadáver. Ante este milagro, lo lógico era desmayarse. Pues no, señor; aquí lo sobrenatural a nadie asusta. Los caballeros levantan reposadamente las manos o elevan la vista al cielo; el párroco sigue leyendo; un pajecillo delgado y elegante, como una abierta flor, señala fríamente este drama de misericordia. El coro ve el milagro con una tranquilidad religiosa; está acostumbrado a los éxtasis y a los arrobamientos proféticos.

En la parte alta aparece Cristo presidiendo otro coro. A sus pies está la Virgen, de cara redonda y pequeña; una cara toledana con quien topamos a menudo en los cuadros de este pintor. Un jirón blanco, de nube pura, envuelve a estos dos personajes divinos. Un poco más abajo, el Bautista, de ascético perfil, implora y suplica, rodilla en tierra, con inquietud de caballero andante. San Pedro, más comodón, más burgués, aguarda la orden del Señor sentado plácidamente, con una calma tres veces santa. De sus manos penden las llaves ociosas. Un ángel dinámico lleva el alma del conde con la rapidez de un relámpago, y otro efebín arisco arregla los paños de la Gloria. Estos paños, re-

cargados y revueltos, de sabor barroco, recuerdan otras técnicas: es la manera de escribir de Gracián llevada al pincel. Los paños están bordados de figuras de angélicas cabecitas y tienen el color de esas nubes altas que cruzan el cielo de Castilla; si el Greco era tan simbolista, nada de esto se ha desentrañado.

—Fíjate bien—me dice Enríquez—: no hay ninguna cabeza redonda en todo el cuadro; todos los cráneos son braquicéfalos.

La obsesión del Greco debió de ser el coro. Abajo, las figuras están de pie, a un mismo nivel, formando una curva abierta, como las Euménides cuando encuentran a Orestes abrazado a la estatua de Apolo. Arriba permanecen sentadas, distribuídas entre las nubes, como en los escaños de la catedral.

Contemplando estos dos cortejos tan opuestos pienso en la honda rebeldía del pintor. Las figuras de abajo, más reposadas, más serenas, son más felices; las de arriba, heroicas e inmortales, son más retorcidas, más dolorosas, tienen más angustia. ¿Habrá querido decirnos su pincel que el cielo es más doloroso aún que la tierra? O según la hipótesis de Enríquez, ¿las habría pintado cuando debió descansar, es decir, en su cuarentena de neurasténico?...

En la casulla del preste oficiante florece una calavera, una verdad mondada, sintética, caída

en este conclave de soñadores. Tras esta verdad hay un compás; esto ya no lo entiendo.

Otro alarde de técnica es la sobrepelliz del sacerdote. Contrastan los fastuosos ornamentos de San Esteban con su cara virgen, con sus mejillas humildes e inocentes. En cambio, la armadura del conde, nueva y gloriosa, encubre un cadáver. ¡Castilla!, el arnés de tu raza empezaba a sostener un espíritu muerto...

Me encuentro con la luz del Expolio, agudizada. Es una luz fría, un poco agria, que envuelve todo el cuadro; ¡siempre la misma luz!... Claro que así estas carnes son más ascéticas, y acaso sean una lámina sin engaños de la Historia. La literatura picaresca nos dice que el castellano nunca anduvo muy nutrido; una vez engendrada la anemia, basta comer tan poco para seguir soñando...

El desnudo del Bautista me hace sonreír; el Greco despreciaba la anatomía. ¡Oh manes de Miguel Angel! ¿Será otro símbolo de este terrible literato metido a pintor? Es más: en ningún cuadro suyo he visto un desnudo de mujer. Su alma de industrial se adaptaba a la época, se me ocurre pensar; pero recuerdo en seguida que el Greco fué un pintor que sólo sacaba sus símbolos de la realidad, y no se dejó torcer el brazo en cuestiones de arte; luego no lo sintió. Tuvo el alma muy cristiana y no quiso cantar la carne. El heleno glorificaba los oficios de

Venus sin antifaz. El cerebro atormentado del Greco debió gustar de la santa obscuridad para rezar a la diosa eterna...

Pero poco a poco el cuadro se va borrando y quedan los caballeros del cortejo, de pie, enlutados, inmóviles. Los contemplo a mis anchas. Las caras pálidas siguen soñando; las frentes melancólicas, de piel consumida, encierran el gusano de la neurosis; los ojos negros, violentos, donde asoma un poco el heredado caudal agresivo, están velados por una dulzura inerte, contemplativa. El Greco pintó lo que vió; estas caras fueron conocidas, pasearon por Toledo a todas horas.

Tiene razón mi amigo: Zuloaga hace a esta raza unos funerales de tercera clase; busca sus vicios. El Greco supo enterrarla con los honores que merecía un ideal tan prócer. Esta raza fué la más noble, la más fina que parió Europa en sus andanzas con Júpiter.

Estos señores de rizada gorguera son los hijos de aquellos titanes que encontraban la tierra pequeña para la andadura ambiciosa de sus corceles. Los hijos son más espirituales; pero el corcel de la ambición se ha hecho cuartago, como más tarde se hará Rocinante. La mano de hierro, encallecida por la lanza, se ha trocado en estas manos exangües, manos afiladas de doncella consumida por la clorosis. Usan, en vez de espada, cirios. Después, cuando quieran vol-

ver a tomar las armas, serán tragicómicos, y otro semita acechará sus salidas...

En ellos la vida discurre mansa. A primera hora, la misa; los paseos al sol frente al Tajo, mientras el espíritu recorre laberintos teológicos o los callejones sin salida de la exaltación religiosa. Luego, la comida parca, adobada de oraciones; más tarde, las novenas; por último, los pequeños comentarios en las tertulias, aderezadas con la salsa del chismorreo. Todo se adormece. La hoja acerada de los abuelos, que pendía de la cintura altiva, se ha convertido en rosario...

Por dentro, la congoja, el desfallecimiento infinito que les va cancerando el humor. Los padres fueron el corazón de la raza; los hijos, la conciencia, con su místico aguijón de torturas y remordimientos inefables. A la voracidad conquistadora sucede el reuma del misticismo, que anquilosa toda acción. El ácido úrico del terror y las llamas infernales acogota las energías de toda esta nobleza castellana.

Cuanto más cansada iba quedando la raza, más aumentaba el apetito espiritual. El barro aventurero se purificó al subir del corazón al cerebro. Si la vida era un soplo y un momento fugaz, con el mínimo espacio de tiempo se podía lograr la felicidad eterna... O lo que es lo mismo: desde la tierra se lograba el cielo; con lo Finito, se lograba lo Infinito... ¿No es

este ideario, aunque más santificado, gemelo al del pícaro que quiere con el esfuerzo mínimo sacar el máximo de provecho?

Se volvió la espalda al trabajo, a la acción metodizada, al esfuerzo constante. Nada de energía en gotas; apurar la copa de un solo golpe, como las medicinas muy amargas; se buscaba la máxima tensión fugaz para lograrlo todo en un momento. El símbolo de la raza era el rayo...

Si el cerebro no enloquece, ¿quién hubiera podido con estos caballeros nacidos para ser amos? Sólo llevando en el corazón la gusanera picaresca y en el cráneo la locura de la eternidad pudieron vencerles otras aves del corral europeo... Y aun nos queda un poco de olor a cadáver...

A los lados de este coro, a los flancos de esta raza cuyas almas piden, como el cuerpo del conde, un pronto entierro, están los religiosos. A la derecha, los curas; a la izquierda, los frailes. Estos sí que me entusiasman. Unos frailes ascéticos, inflexibles al halago un poco epicúreo de los clérigos; unos magníficos profesores de energía. Vuelan muy alto estos hombres. Tienen los ojos acerados de duro temple, en cuyas pupilas brilla la brasa del dominio. Para sus ojos, este invernadero de caballeros neuróticos debió ser la carne vista en el llano, corrompida e insepulta.

De repente, ante estos frailes, acude a mi memoria, no sé por qué extraña asociación de ideas, el águila bicéfala tan gallardamente esculpida en las puertas de Bisagra como símbolo de la ciudad.

Y voy viendo en el cuadro cómo pardean sus alas, pasando, de leonadas, a grises y negras. Sus uñas, antes afiladas para la lucha, se liman; sus ojos, antes acerados, se tornan humildes, como si mendigasen el botín que ya no pueden conquistar...

¡Si el gran emperador tuviera hoy que grabar de nuevo su escudo sobre las puertas del imperio, seguramente pondría, en vez del águila guerrera, alguna otra ave simbólica perteneciente también a la misma familia de las rapaces!...

CAPITULO III

VIDA, PASION Y MUERTE...

Contemplando el entierro famoso, envuelto en la romántica semiobscuridad de las naves, mi imaginación inquieta y febril agita sus alas y, con los ojos muy abiertos, empiezo a soñar.

Nunca lograron los desengaños cortar por completo estos vuelos; jamás la realidad pudo ahogar esta mariposuela tan linda que se sumerge en las tinieblas del pasado y busca su alimento en las biografías gloriosas.

Es más: en una catedral no saboreo su traza religiosa, ni la armoniosa combinación de sus columnas, esbeltas como juncos. Al contrario; pongo las piedras con los artificieros, doy órdenes con el maestro de obras, trazo los planos con el alarife, o veo elevarse las paredes asomado a los ojos del santo obispo que funda el templo...

En pintura me pasa lo mismo: dentro del vaso cerebral, la mariposa impaciente agita sus alas, se escapa al estudio del pintor, aspira el

perfume del esfuerzo, posándose deleitosa en la menor hierbecilla biográfica. Eso sí, sólo le gusta internarse en el jardín de una vida interior famosa...

Ahora mi mariposa va asomándose a la vida de este Greco misterioso que tuvo toledano el corazón. El versolari va a penetrar en esta alma. ¿Calmaré también la sed carnal del barro con los labios rojos de una nueva Jerónima?

Soñando, pues, reconstruyo la vida del pintor. Mi cerebro va proyectando sobre el plástico lienzo de la fantasía dulces o amargos episodios, que pasan fugaces, como pasan las flores de la vida caídas en el agua dormida del olvido. Voy viendo estas fantásticas proyecciones como si tuvieran una realidad palpable. Veo en el lienzo...

LO QUE ENCUBRIAN LAS MUECAS DEL JUDIO

Un paisaje conocido. La luz, de implacable diafanidad, reverbera en el agua mansa del Tajo, copia las cañas esbeltas de sus orillas, la verde armonía del césped, la cabellera blanca de los álamos y da un tono de oro mate a las entrañas del río.

Por el cielo azul turquesa pasan, veloces, blan-

cos y sueltos vellones. Arriba, otras nubes, más sosegads, se acuestan entre almohadones grises. El tálamo tiene morados de púrpura; el sol, ardiendo en su ocaso, preside la última orgía diaria.

Por las veredas de San Servando descienden los riachuelos humanos: los pecheros, con sus tabardos grises; los hidalgos orgullosos, con sus ferreruelos de paño negro; los propietarios rurales, de mejillas retostadas por el sol, que llevan de la brida la mula trabajadora. En lo alto del camino, unos soldados corren hasta dispersar una bandada de doncellas bargueñas, cuyos gritos y risas se extienden orquestalmente en el silencio divino de la mañana clara. Un fraile lucio, con barbas de ermitaño, reprende a la soldadesca con paternal donaire.

Junto al puente de Alcántara forman corrillo los caminantes; otros se apean de sus cabalgaduras para pagar el portazgo; algunos saludan, dan la moneda y pasan.

La ola humana tiene ahora un momento de vacilación; ha retrocedido un poco... Un hidalgo fino, montado a caballo, gesticula y manotea airado. La capa veneciana describe unos vuelos de pájaro herido; la blanca gorguera sube y baja formando un arco violento; el caballero habla una lengua extraña y sonora...

Nuestro hidalgo es alto, magro y nervioso. Tiene un cráneo alargado, unos ojos audaces,

una mirada extraviada, aguda como la hoja de un puñal, y una sonrisa triste, horriblemente triste. La barba negra, poblada en el mentón, agoniza entre ligeros grises. La frente despejada está libre de surcos dolientes. La boca es un poco ancha, un poco sensual; pero pierde su sabor plebeyo entre los labios sutiles, propicios para recitar un madrigal o para desgranar una oración. Hay muchos matices extravagantes en este hombre; hay algo roto en esta personalidad saturada de contrastes. El empaque señorial, altivo, contrasta con su lacayuna iracundia; la tez blanca, de femenina suavidad, no encaja con la viril dureza de sus ojos alterados; la nariz afilada se encorva un tanto, buscando la boca, y da a su dueño un aire de pajarraco, cuando los ingredientes son de águila; la elevada sinceridad de la frente desentona con el vestido histrionescamente llamativo, y toda su movilidad de ave canora choca con la serena rigidez del rostro.

Como un Amadís de lo absurdo, quiere cargar sobre los pobres empleados; éstos se encrespan y tratan de detener al descompuesto extranjero. Nadie se entiende; todos chillan, y el hervor agresivo de las voces se expande envuelto entre blasfemias. Las mujeres piden auxilio a los esbirros de la Hermandad, que brillan por su ausencia. La masa que desciende de San Servando, sin conocer siquiera el origen de la

disputa, se pone de parte del rebelde. Sube cada vez más el alboroto...

Al fin, el criado se hace oír y traduce el pensamiento del caballero:

—Dice mi amo que el bagaje del artista no paga portazgo. Según mi señor, el arte es un sacerdocio divino, y tanto monta para el servicio del reino una bula del papa como sus pinceles prodigiosos; y que si le atropellan pondrá pleito al propio rey.

Los pobres recaudadores no han oído hablar nunca de artistas; mas los nombres de la bula y del soberano, injertados en la corta arenga, les hacen dejar el paso franco.

—No intervenga la Inquisición y nos emplume; cuando tanto grita, sus razones tendrá...

Camino de Toledo, frente al Alcázar, el hidalgo arroja su máscara de enfado y suelta la risa.

—Hay que ser audaz, Preboste; ¿por quién me habrán tomado estos pobres diablos?

—Probablemente os creen un príncipe de la Iglesia que viaja de incógnito...

—Soy más, Francisco; mucho más. Yo soy un hermano de los dioses. Los príncipes pasan y mueren sin dejar rastro, y el reguero de mis obras durará siglos y siglos...

El criado sonríe, acostumbrado ya a las manías de su amo, mientras éste prosigue imperturbable:

—Los hijos de mis pinceles tendrán tal fama que podré sentarme en los escaños de la Gloria a la derecha del Padre, de Leonardo el Eterno...

GESTO SEGUNDO: LA REBELDIA DEL CORAZON

En el portal, bordado en piedra, hay un cordón franciscano. La entrada está adornada con ladrillo mudéjar; arriba hay un escudo, dividido en cuarteles, donde un lobezno, embarcado en un caldero, muerde un libro. Las armas del muy poderoso señor de Villena riman con el blasón y acaban fronteras al mirador. La escalera del zaguán, linajuda y rica, sostiene multitud de macetas coronadas de rosas bermejas y de blancas dalias; un rico artesonado, con su laberinto de grecas, cubre el techo, dándole ese sabor inconfundible del renacimiento toledano.

El vasto corredor da paso a un espacioso salón. Las paredes tienen el zócalo árabe, y en lo alto aparecen diseminadas algunas figuras de yeso. El aposento está lleno de tapices y de cuadros; toda la casa es una peregrina amalgama del plateresco, risueño y joven, con el mudéjar, viejo y triste.

Visto desde esta casona, el paisaje aparece revestido de galas solemnes. En el jardín, una parra soñolienta, tendida como una sierpe, se

enrosca en las columnas de mármol; la hiedra extiende libremente sus afilados miembros, se abraza a los muros, a las bajas galerías y a las paredes medianeras. Derrama sus lágrimas una fuente mora sobre la loza talaverana de la cisterna. Debajo están los rodaderos, el cinturón de ruinas que pone una nota de sequedad y acabamiento. Encadenado en hoces hondas, abatido, el Tajo camina sordamente, muerde peñas ciclópeas con un hervor de titán herido, y mancha los remansos de amarillento verdor. Las rocas, enhiestas como muñones desnudos, duermen su sueño milenario acostadas en la tierra roja. Todo el ambiente está saturado de una quietud enervante que convida a la muerte.

En el balcón está nuestro hidalgo. Su cráneo alargado se va mondando a trechos. Se encorva más su nariz, buscando la sonrisa triste de la boca, un poco ancha y un poco sensual. Como en las grandes montañas, la nieve corona la frente, y como en los valles donde el invierno es duro, la barba tiene sus trechos helados, grises. Los ojos siguen siendo duros, dominadores, y cada vez la mirada tiende a extraviarse más...

Apoyado en la barandilla, deja que los rayos del sol acaricien su frente pensativa. Dentro de esta superficie hermética corre un hervidero de fuego rebelde, loco, agresivo, demoledor; la cara no es mas que una máscara, ceniza que encubre

brasas. Contempla el curso trágico del río, hosco como su alma.

—Domingo, Domingo mío; buenas tardes.

Es una voz argentina que tiene mimos y arrullos de paloma.

—¡Jerónima!—responde volviéndose el caballero.

Se unen en un prolongado abrazo y penetran en la estancia. El queda de pie, con una pierna apoyada en el brazo del sillón; ella se ha sentado, adoptando un aire de sierva encendida por el amor. Las manos de Domingo, nerviosas, ágiles, se posan en los cabellos ondulados, castaños, sedosos. Yo recuerdo la carita redonda de esta dulce mujer; su frente blanca, su aire frágil de azucena; la he visto antes, antes... Pero ¿dónde?

Tibiamente, las lágrimas empiezan a resbalar por el semblante de Jerónima. Es un llanto sin sacudidas, callado, maternal; lluvia sin estruendo, como el agua menuda de algunas mañanas de sol. Al fin habla.

—Tía Alfonsa estuvo ayer en casa del deán. Después de muchas protestas de amistad, acabó diciéndole que no puede casarnos. No existe la partida de defunción de mi marido. La hoja del Tercio dice sólo "desaparecido". Todos estamos seguros que murió; pero al procurador eclesiástico no le basta...

—¡Bah! Siempre los sapos envidiarán las

alas. Como no tienen coraje para acusar al forastero, te hieren a ti para hacerme daño. ¡El caso es herir al intérprete en los procesos de judaizantes! ¡Herirle en su amor, ya que la presa se les escapa! No te apures. Mandaremos al infierno al deán...

Domingo pasea agitado. Sus manos trazan en el aire círculos amenazadores; la mirada se ha hecho más torva, se descompone su rostro.

—Señores canónigos, puesto que no ceñís espada para ventilar este duelo, apelemos a las armas del artista. En guardia. ¡Detened el golpe si podéis! El extravagante va a daros asunto para que mováis la lengua...

El pintor tiene ahora una sonrisa vigorosa, satisfecha. Pasada la borrasca, la frente queda limpia, pura la mirada. Levanta la cabeza como un conquistador victorioso.

Jerónima le sigue cohibida, temblando ante alguna nueva atrocidad. El orgullo hace a veces de su amante un Satanás.

—Ponte aquí, de pie... ¿Ves este cuadro? Es para el cabildo. Fíjate en sus figuras; van a crucificar a Jesús. También a mí las lenguas toledanas me crucifican diariamente. ¡Tenemos la misma madera El y yo! ¡Los dos somos hijos de un carpintero!

La dulce mujer se persigna.

—¿Qué vas a hacer, Domingo? Ten prudencia, por Dios...

—No tengas miedo. Verás. Cuando todos los conjurados se arrodillen, vas a surgir tú, suave, ingenua, purificada por mi pincel. La carne que intentaron picotear se hace inmaculada. ¿No quieren casarte? Pues te van a adorar, no como quisieron, sino a lo divino, hermosa mía, a lo divino. Y que no me vengan con Evangelios; el Evangelio soy yo...

Domingo pinta febril.

—Así. Ya está tu frente de alabastro, limpia siempre de malos pensamientos. Espera. Una sonrisa de perdón. ¿Ves cómo soy bueno? Espera otra vez; tus ojos lindos van a quedar mirando al madero...

Durante un buen rato habla y trabaja al mismo tiempo.

—Al sayón le pongo la cara del deán y lo disfrazo con las barbas del procurador eclesiástico... ¡Bien va a reírse el arzobispo!

Su actividad se centuplica. Moja en la paleta, combina y da la pincelada firme, viril, segura.

—Las viborillas no pueden llegar a este rinconcito de amor. Este es mi hogar, amparado por la Iglesia. Alégrate; van a doblar la rodilla y a adorarte...

Domingo sigue trabajando. En el silencio de la estancia se extienden los sollozos cortos de Jerónima, y su voz angustiosa tiene la tonalidad caliente del acento toledano, cantarín como un villancico:

—Domingo, mi galán, no seas loco. ¡Jesús nos valga! ¡Nos vamos a condenar!...

GESTO TERCERO: LA REBELDIA DEL CEREBRO

Entra el sol por la ancha ventana, refulge en la estancia y levanta franjas luminosas. Las cortinas, amplias, monacales, están medio entornadas; del dosel cae la guardamalleta, terminando en verdes flecos. El piso es de nogal, limpio, bruñido.

El estrado lo ocupan dos caballetes, y a su lado una banqueta árabe, con almohada de plumas. En un rincón, la losa de pórfido, las motas y redomas: toda la labor jornalera. La paleta contiene escasos colores: blanco, negro y rojo; encima de un taburete hay laca, aceite de nueces y un poco de tierra rojiza.

Abajo, sobre la consola, cubierta de terciopelo, hay un bargueño lleno de artísticas molduras. Serpentean los relieves, enriqueciendo la cara de las gavetas. En otra mesa, cuyas columnas están terminadas por esfinges, se ven varios cacharros originales. Un vaso de loza guarda unos crisantemos blancos; en una jarra se besan las dalias y los claveles; detrás, y apoyadas en la pared, aparecen unas estatuillas de barro, retorcidas y atormentadas, sin

la alegría y el ritmo de sus hermanas de Tanagra.

La pared opuesta al estrado queda cubierta por una alacena monumental. Los departamentos más altos contienen figuras de arcilla modeladas con segura mano. Representan algunos personajes que luego pueden verse en los cuadros colgados de las paredes. Los otros estantes contienen libros de todos tamaños. A un lado, Homero, el viejo Homero, padre espiritual del pueblo más bello, y junto a este amanecer, el crepúsculo: Eurípides el retórico y Demóstenes el arrivista. No está el mediodía de Grecia, el épico Esquilo, el semidiós dramático y sincero. No está el sol de la tarde, el armonioso Sófocles, la luz más bella en el clima moral del paganismo. Sólo están la infancia y la vejez...

A continuación de Grecia, Judea. Un *Antiguo Testamento*, ricamente encuadernado, tiene sobre sus brillantes lomos una cristiana cruz grabada en oro. Es el antifaz. Por último, pegada a esta Ilíada judaica, viene la decadencia; vienen los dolientes y santos padres de la Iglesia. Falta en este estante el *Nuevo Testamento;* falta, como en el griego, la luz; falta la sonrisa piadosa y divina del lirio de Nazaret.

Siguen luego, en los estantes más bajos, las alambicadas secreciones de la fantasía italiana: Ariosto y Tasso. Durmiendo casi ignorados, unos libros serios: *Aristóteles,* el humano, y el

viejo *Plutarco*. Después, tomos de filosofía moral, revueltos con otros libros de pintura y arquitectura...

Al alcance de la mano, usado como un breviario, el libro de Patricci. Un libro idealista, místico; una linda mariposa de alados diálogos, apasionada de la luz, acaso por ser la luz la que le quema y le mata...

Sentado en un taburete, la paleta en una mano, el largo pincel en la diestra, nuestro Domingo da nerviosas pinceladas sobre un cuadro.

Hay varios amigos en el taller. El más íntimo, el corregidor Angulo, le mira absorto. Don Luis de Zúñiga, un noble retirado de la corte, pasea por la estancia. Parravicino husmea en la alacena. Sebastián Horozco hojea un libro. Don Jorge, don Alonso y don Diego forman corrillo. Covarrubia, indeciso, acaba por unirse a don Luis de Zúñiga.

Mientras tanto, el pintor se levanta, se acerca a la losa, mueve los colores, los compone, los distribuye en la paleta y vuelve a sentarse. Dobla la cabeza a uno y otro lado, se echa atrás, corrige las manchas, gradúa los tonos e impregna el claroscuro de matices grises. Acaba poniendo la mano a guisa de pantalla y sigue trabajando premiosamente.

El carmelita se acerca sonriente:

—Mis beatas están indignadas con esa mú-

sica que alquilas. Dicen que esos músicos te los manda el diablo, un buen amigo tuyo...

—Se equivocan; ese amigo, tú lo sabes bien, hace tiempo que no me visita. ¿Cuándo ha puesto aquí los pies el deán? Estos músicos son unos ciegos de Olías a quienes visto con mi ropa italiana. Así puedo soñar como en mi juventud. Puedo ser gran duque unos días, otros dux y otros papa. Los reyes, al ponerse a comer, necesitan que una música distraiga su hastío; yo también soy rey; sólo que mis súbditos existirán dentro de algunos siglos...

En el corrillo hablan algo en voz muy baja; la voz más conspiradora es la de Angulo... Al fin se acercan y el noble don Luis toma la palabra.

—¿Es éste el encargo para El Escorial?

—Sí.

Titubea el aristócrata; su palabra vacila; un poco de fuego asoma por sus mejillas ya marchitas.

—Aunque no entendemos mucho de pintura —le dice—, permítenos un consejo. Al rey le gustan los tonos cálidos, los colores fuertes, y tú pintas con entonaciones frías, con abundantes grises...

—Pinto la verdad. Castilla es así...

—Al rey no le va gustando la verdad; es un poco amarga. Y ten en cuenta que su voluntad de hierro no tolera rebeliones; tiene la mano dura y pronta.

Domingo se levanta, da con el pincel tajos imaginarios al aire para hacer más contundentes sus afirmaciones.

—Yo no falseo nunca mis obras. Mi vida, bueno; esa podéis vestirla con toda clase de trajes. Sé representar mi comedia como buen actor; pero dejad que mi cerebro se rebele. En el arte, estas rebeldías del color no son peligrosas para mi seguridad. Me llaman extravagante porque pinto lo que veo: una raza enferma... ¿La envoltura es agria? ¡Qué le voy a hacer! Las almas no tienen sabor de jardín, sino de mortaja. Si el rey pudiera cambiar la vejez de Castilla por un paisaje juvenil como el de Italia, ya me veríais pintar con colores brillantes, con fondo de oro. ¿Decís que a la corte le gusta Tiziano? Bueno. ¿Qué pinta Vecellio? Venecia, siempre Venecia. Yo pinto Castilla. Los dos tenemos razón; el único engañado es el rey...

Todos se encogen de hombros. Don Luis prosigue con lenta voz:

—Buscas el peligro; nunca el médico dice la verdad al enfermo. El monarca está en lo cierto: Castilla prefiere el sueño rosado, quiere la embriaguez. Tu fracaso es seguro...

—¡Bah!, fracasaré hoy; pero eso no tiene importancia. El tiempo y yo contra todos...

UNA LAGRIMA ENTRE RISAS

Parravicino y el Greco bajan por la puerta del Cambrón; caminan despacio, parándose unos instantes, deleitándose con la dulzura de la tarde.

Junto a la terraza de los Melancólicos contemplan el paisaje extendido a sus pies. Se ve el ábside gótico de Santa Leocadia, anillado de cipreses, erguido como un centinela armado, guardando la hoya jugosa que alimenta a la ciudad. Abajo corre el río, formando en el centro una isla de altas cañas, y a su paso, la vega se torna lozana y feraz. Alamos y fresnos crecen junto a la corriente. Las huertas presentan sus melenas sabiamente peinadas. Unas norias morunas elevan el agua, que salta, se retuerce y cae entre venas estrechas, corriendo a enterrarse en las raíces de las plantas; se oye un murmullo sordo: es el canto de las tenerías. Un camino claro, una nota blanca separa los huertos de la sierra. La falda de la montaña, suavemente levantada, aparece cubierta de olivos. El azul del cielo llega hasta la cima, y las casas blancas, con su cigarral al fondo, se acurrucan en lo alto comò una bandada de palomas dormidas.

—Me escribe Góngora—habla Domingo—y me aconseja una excursión a Sevilla. Dice que

podría vender muchos cuadros, dada mi facilidad para las réplicas; pues los indianos que desembarcan tienen sobra de escudos y andan ayunos de arte...

—No hagas caso de Góngora—murmura socarronamente Parravicino.

El camino, apacible, está ahora sembrado de olivos. Queda a un lado la vega seca, llena de manchas rojas; queda al otro lado la sierra y las huertas, con los senos sazonados de fruto. El bendito carmelita alarga el brazo, coge aceitunas y las lanza al aire, jugando con ellas como los juglares con los cuchillos. El pintor sonríe contemplando la inocencia de este fraile, de continente tan altivo y respetable y a quien la Naturaleza aniña fácilmente.

Suben una pequeña cuesta y entran en Buenavista, la casa de campo del cardenal Sandoval. En la verja campea su escudo. Las macetas, puestas en hilera, forman una calle de flores; junto a la alberca salmodia el agua su querella. Un faisán se acerca a beber; el plumaje suntuoso engalana la piedra como una encomienda colocada en un noble pecho.

Atraviesan las cocheras. Por la pared encalada discurre la hiedra, agresiva, hidrópica, guiada sabiamente; arriba, entre los ajimeces de madera, entre las cornisas y los sillares, hay anchos espacios con multitud de nidos. El arrullo de las tórtolas acaricia a todas horas.

En medio del jardín se eleva una fuente, y en pie, en lo alto, hay una estatua: un santo padre de la Iglesia que recuerda vagamente otra obra de Miguel Angel. Crisantemos y azucenas forman macizos vergeles; blancas moreras se abrazan a negros álamos. Las aceras están entoldadas con parras, donde sangran los racimos. Por todas partes una vegetación juvenil.

Más adelante, al internarse en las bodegas, un fraile sanguíneo, de labios gruesos y maliciosa sonrisa, les ofrece un vino áureo, gemelo del de la Sagra. Parravicino lo apura con unción religiosa.

La huerta tiene árboles que dan hermosa sombra. Tiene largos tablares cerrados por olorosas márgenes y caminitos festoneados de fresa. El agua salta aquí y allí, forma grandes burbujas y desaparece. En un costado está la mina, con sus columnas labradas, tejidas de rosales trepadores, con su boca majestuosa y grave de tabernáculo; dentro brota el agua clara, soberanamente fresca.

En la terraza, sentados en cómodos sillones, está la tertulia. Hay frailes de cara ascética, sacerdotes de rubicunda faz y vientre regalado, seglares de negra ropilla y ojos tristes. Los dos amigos besan humildemente la amatista del cardenal.

Reina un prolongado silencio. Cae la luz di-

vinamente desmayada. El paisaje tiene apacibles perspectivas; tapias, cigarrales, arboledas, ondulaciones amarillentas, todo aparece inerte; sólo allá abajo el río canta su salmo eterno. Fray Alberto de Sonseca, un franciscano exangüe, habla con voz dulce:

—A la postre, todo es sueño, y cualquiera que sea la calidad del traje, de príncipe o de siervo, volveremos desnudos a la tierra. Soñemos, pues, bien quietos...

La tertulia asiente, bajando la cabeza con la rapidez del martillo que busca el yunque. Sólo el cardenal tiene una sonrisa dura, fría. La mirada inquisitiva busca algo: acaso un poco de espuma rebelde entre este estanque de ideas inertes...

Nuestro pintor se levanta de su asiento, moviendo los brazos como aspas de molino.

—No estoy conforme, fray Alberto; al desnudarme por última vez, queda mi trabajo; luego no paso estérilmente.

—Todo esfuerzo es dolor—replica la voz dulce.

—Para las cepas secas será dolor, no lo dudo; para mí es un goce. Tanto placer encuentro en el crear como en el creer...

—¿Crear? ¿Para qué? Lo importante es salvar el alma. Esa ansia de propiedad, ese afán de atesorar lo que el orín enmohece es pasión maldita que vive en las naciones herejes...

Domingo replica ágilmente:

—También dijo el Señor: "Con el sudor de tu rostro comerás el pan." Luego el sudor queda.

La voz embriagadora, la palabra enervante del franciscano salta presto el obstáculo bíblico, aventado por Domingo.

—¡Bah! La cigarra pasa soñando; la hormiga trabaja y suda. Al morir, las dos se convierten en polvo, ninguna sobrevive...

—Sobrevive la hormiga. La cigarra perece con los primeros hielos; la hormiga, no. Es más: los despojos de la cigarra alimentan después a la hormiga...

—Siempre el ruiseñor vivió menos que el gavilán; pero, invierno más o menos, el resultado es el mismo—torna a plañir el fraile.

—Para el individuo, sí; para la vida de los pueblos, no. Figurémonos, padre Alberto, que somos pescadores, como esos del Tajo. Cada vida es una barca y cada individuo es su barquero. En el arreglo de esta barca, tenéis razón, da lo mismo remar o soñar; da lo mismo tumbarse o sudar trabajando con las redes; lo mismo da que la limpiemos con un cuidado egoísta, que la carenemos con potes de farmacia, o que la carguemos de oraciones. Lo mismo que la hagamos bogar con los fondos sucios, o que la pulamos como una gema. Nadie puede impedir que con el tiempo se hunda fatal-

mente; recorre una ruta pobre y ruin. No tiene importancia su hundimiento. Se hundirá más cerca o más lejos; en medio del mar o al llegar al puerto; pero se hundirá. Ya ve mi reverendo amigo cómo me pongo razonable. Ahora ver esto es ver poco. Cada barquita no es mas que un trozo de la nave eterna que no queréis ver. Todas nuestras barcas forman los tablones, las jarcias y las velas de esta galera altísima. El egoísmo las empieza a soltar en vez de permanecer atornilladas y unidas...

Los ojos de su ilustrísima despiden un brillo especial, de captación, mientras el rostro sigue impenetrable. El franciscano replica irónico:

—No veo la nave, hermano. Ni en el Tajo ni en la huerta...

La tertulia suelta unas risitas aconejadas.

—No es fácil verla—sigue Domingo—. Se necesitan otros ojos, porque Castilla anda ya ciega... Los lazarillos somos forasteros o gentes sin patria. ¡Ay de Castilla! Todos andáis metidos en el arreglo egoísta de vuestras canoas, que sólo viven lo que vive una luminaria. Y poco a poco la galera altísima, la galera eterna queda sin galeotes. Acabará convirtiéndose en nave fantasma... Preferís ser cigarras en vuestras barcas a ser hormigas de la gran nave. ¡Seguid! Despertaréis cuando la nave choque con otras que tengan la cubierta llena de ar-

mas y de barqueros. Entonces será el crujir de dientes...

Domingo está en pie; su mano derecha traza risibles curvas en el aire. Se adelanta, parodiando a los oradores en el púlpito. Su mirada se ha hecho más errante; las palabras trágicas salen de sus labios de una manera divertida, con una entonación hueca. La boca ríe con la risa cómica de los bobos del tablado.

La tertulia, gozosa, saborea esta escena. Se divierten enormemente con las declamaciones del pintor. El cardenal se levanta con enigmático talente y corta así el lance burlesco. Va a dar un paseo hasta los Lavaderos, y la corte de clérigos y seglares queda atrás, como una procesión discreta que sigue a corta distancia a la imagen...

El cardenal es un hombre magro, sarmentoso, gran andarín. "Es triste—piensa—que sólo ese hidalguillo de Esquivias y este pintor aventurero vean con claridad! ¡Y qué bien se esconden los dos! Miguel envuelve entre absurdos lances de caballería su pensamiento pecador. Este se finge loco, como David en tierra de idumeos. Los dos buscan el cadáver; porque ya sólo lo fúnebre nos hace reír. ¡Pobres! Sin mi protección, pronto caerían, a pesar de lo diestros que son en ocultarse. Nadie ve tras esta corteza de burlas la miga de nuestros infortunios; sólo ven el traje de bobo de

estos grandes actores. La nave está perdida; se va a fondo sin remedio...”

La silueta de Sandoval se recorta erguida sobre la loma. Camina aprisa, con nerviosa agilidad. Poco después la mancha de los olivares oculta a la tertulia que, libre de trabas severas, prosigue el cómico lance. Rasgan el silencio de la tarde clara unas risas fuertes, que se extienden como un cálido himno; de pronto vuelve a oírse la voz grotesca y agria del pintor. Habla de sus cuadros; dice que son mascarillas...

Gritos, nuevas exclamaciones joviales, mientras Domingo prosigue, dando zapatetas como un loco:

—¡No los vendo, los alquilo! No tenéis bastante dinero para comprarlos. Veréis en ellos a una raza que, fatigada y molida, se ha acostado. Por orgullo, necesita la risa para tapar su agonía. Sí; es una raza valiente que no pide plañideras, sino bufones. No llaméis a los médicos; rezad, hermanos, rezad; leed a esta raza la recomendación del alma...

Las risas atruenan el aire como un clarín alegre. Domingo queda zaguero y se oculta tras la sombra gris de un olivo. En el corto entreacto, su semblante se transforma. Los labios se repliegan, y de los ojos, que hacen traición al actor, salta una lágrima que resbala piadosamente por las mejillas encendidas del

histrión. Pura como una ofrenda, corre silenciosa hasta absolver el antifaz de una risa que aún nos hace daño. ¡Aún!...

BALANCE ESPIRITUAL

Una niebla cerrada iba lentamente envolviendo su cuerpo y empañando sus ojos. Con ella subía el frío, dejando inmóviles las piernas y buscando el desfiladero de las arterias. Para el combate final quedaba la memoria, cada vez más lúcida, y el corazón, que galopaba febrilmente. Se parecía esta niebla a las del Tajo, que borra las hoyas del paisaje y el cuerpo de la ciudad, pero deja limpia la cumbre...

El pecho y garganta se hincharon con el ruido sordo de los fuelles de un órgano. Lloraba Jorge Manuel en la vecina estancia. Con paso cauto acababa de salir el confesor, y el aire de la mañana clara traía el eco argentino de unas campanitas monjiles.

¡Paseos mañaneros! Desde la peña del Rey moro, Domingo veía la acurrucada ciudad, palomita gris que empezaba a despertarse. Cualquier libro antiguo le bañaba el alma con su agua heroica; estas oraciones matinales endurecían su voluntad. Con tales abluciones preparaba el espíritu para el trabajo del pincel. En cambio, ahora, cabalgando en la nube, la

sonrisa diabólica de uno de sus héroes amados parecía decirle: "La comedia termina; ya puedes pensar alto; la lengua muda no podrá hacerte traición."

El actor había dejado su escenario y ocupaba como espectador su sitio humilde de enfermo. En el lecho, su personalidad se desdoblaba. Lo primero que acudió a su memoria, en revuelto y brillante tropel, como los paños flotantes de sus cuadros, fueron sus pasadas horas de amor...

En el sabroso prólogo de la embriaguez suprema, desnudaba el objeto amado con un temblor de servidumbre. Sonreía Jerónima resignada hasta que el fuego del amante se fundía en el ara. Apagada la sed, cuando él quería volar, los brazos dulces volvían a retenerle.

Y en esta hora trágica, una embriaguez espiritual, una angustiosa excitación le impelían a desnudar su dolorosa vida. Caían rápidos los velos ocultos, las máscaras de la astucia y del disimulo: todos los tapices que el tiempo había endurecido. Temblaba la piel arrancada, mientras la memoria, con una clarividencia volcánica, revivía pasajes y escenas. Su vida se ofrecía por primera vez con los contornos desnudos, sin engañosos ropajes, y aunque él quería olvidar, la memoria, encendida de sinceridad, le clavaba en el lecho del recuerdo. Sí. Como Jerónima...

La boca de Domingo tuvo una mueca. Preboste se acercó, creyendo que iba a llamarle para tomar la medicina. Se alejó desalentado. Del pecho agonizante salía un silbido agudo...

LA MAÑANA

Una mañana activa y borrascosa. Evocaba la tiendecilla de Candía donde su abuelo Ezequiel le enseñó a dibujar.

El viejo rabí le hablaba de Toledo con más fervor que de Jerusalén. ¡España, la tierra de promisión, la cuna de su familia! Mientras el abuelo se sumergía en el pasado, Domingo escapaba sigilosamente...

El muelle. Las naos panzudas, mecidas por la espuma azul de las olas. Sobre el puente, el mercader veneciano daba órdenes a los cómitres, recogía las telas suntuosas, la seda adamascada y el encaje bizantino...

Domingo se acostó muchas noches con los carrillos señalados y limpio el estómago. Pronto el *Talmud* caía de sus manos, y con los ojos cerrados, como los embarcados en el bajel de la Fe, escapaba nuevamente en una nave hinchada por el ensueño.

Primero la nave anclaba cerca de la casa de su amiguita Esther, mostrándole cofrecillos de sándalo, arquetas doradas y vestidos brillan-

tes; luego, la sirena le enseñaba su lengua de ave, que Domingo quería besar...

Más lejos, otra mujer, de cara atormentada y sombría, le miraba con una tristeza infinita. Domingo solía enfilar la nao tras ella, ansiando descubrir el secreto de los ojos misteriosos y dolientes.

Al despertar se enlazaron siempre los recuerdos de su gentil amiguita y de su madre agonizante con Venecia la coqueta y la trágica Toledo.

Tenía Domingo doce años cuando vino a verle su padre. Era un hombre raro Efraín. Vivía agregado a la corte de Solimán el Magnífico, tomaba parte en sus campañas, fué siempre su tesorero fiel. Les unía la misma inquietud de caminantes. Su amo era la cigarra conquistadora; él iba detrás, llenando como una hormiga las arcas de su señor. Tras la espada, el oro, en este juego de naipes guerreros. Efraín no congeniaba con el abuelo; sentía odio hacia aquella vida inerte, hacia aquel entumecimiento entre las cuatro paredes de la tiendecilla, como en un ataúd...

Domingo fué a Constantinopla. Un artista griego le dió lecciones de pintura. De aquel viejecito sólo recordaba su voz cascada al enfurecerse: "Soy descendiente de un Paleólogo, perro judío." Fuera de estos momentos de va-

nidad heráldica, el hijo de reyes tenía una suavidad lacayuna.

Después vino la tragedia; sus destinos se truncaron. Aunque, bien mirado—pensó Domingo—, toda su vida había sido un continuo fracaso, un derrumbamiento constante.

Cada vez que el pájaro de la ilusión emprendía un vuelo, la realidad se encargó de retorcerle el pescuezo. Desde niño su vida sangraba; gracias al abuelo pudieron embarcar: "Mi hijo Efraín está loco—decía—. Castigo de Jehová por su amor a un rey idumeo." ¡Qué terror el de Domingo durante el viaje! Su padre aullaba como Nabucodonosor...

Vuelta al muelle de la niñez, al vagabundeo diario. Allí, entre griegos traviesos e italianos de mareante charla, se adiestró su cuerpo; vencía unas veces con los puños y las más con el ingenio. Al llegar a la tiendecilla descubría en seguida el abuelo su vestido sucio. Menudeaban las palizas. En la mañana de su vida, el dolor no pasó de la piel; pero la dejó tan macerada...

Hasta que una tarde la nao veneciana, que, como mujer fácil, le llamaba ardientemente, le ocultó en su regazo aventurero...

EL MEDIODIA

Sus primeros pasos fueron terribles, y eso que su vida había entrado en la primavera.

También en Venecia se acostaba con un nuevo *Talmud*: las *Memorias de Leonardo de Vinci*. Todas las noches durmieron con él, sobre el embozo de la sábana; pero el culto en este nuevo Testamento del arte no miraba a Jerusalén ni a Samaria...

Tuvo un alma Leonardo igual a la suya; la misma sed, las mismas alas; sólo que Leonardo volaba siempre. ¡Y él tenía tantas caídas!...

En cambio, a los compañeros de taller, a falta de alas, les crecieron las escamas de la envidia. Todos ellos se arrastraban como sierpes, y solamente la lengua, taladrante como aguijón de avispa, podía elevar un poco sus ingenios...

A pesar de sus esfuerzos, se enlodó cada vez que tocó tierra. Los mercaderes eran iguales a los lobos de las ergástulas de Bizancio. Los curiales de negra moralidad roían las leyes como ratones. Jamás topaba con águilas.

Entonces su corazón ingenuo se acercó a la mujer... ¡Tenían, como los ruiseñores, una garganta tan divina y un cráneo tan pequeño!... Volar, no. Pero, mecidas en el árbol del pecado, sus gorjeos no podían ser más dulces. Bus-

cando su arrullo se elevó algunos palmos de la tierra y sus miserias.

Pronto el cáustico de la amargura fué quemando una a una todas las plumas ingenuas de estos cortos vuelos de amor. Claro que, en el silencio del cercano canal, las sierpes humanas fueron descalabradas por el ágil puño del Rolando semita. Mas luego venía el desconsuelo. Era imposible luchar cara a cara; el odio de sus compañeros, como una hidra mitológica, renacía más audaz a cada uno de sus mandobles; nuevo Laocoonte, sus lágrimas de rabia caían sobre el oleaje indiferente del mar, sordo, como los hombres, ante sus gritos...

Al viejo maestro le dolía que el discípulo predilecto huyera de su lado. No pudiendo convencerle, le recomendó a Julio Clovio. Unicamente se despidió Domingo de otro compañero, rebelde como él, y que tanta influencia ejerció después en su arte: el Tintoreto.

En Roma abundaron sus gestos. Recrudecida la fiebre religiosa, endémica en su raza, presentó un memorial al papa prestándose a cubrir con vestidos pudorosos la desnudez pagana de algunos frescos de Miguel Angel, el escultor casi divino, tan odioso como pintor... A los cardenales les hizo gracia la originalidad de la oferta. ¡Renegar del paganismo un griego! Bien que no pasó de gracia...

Sin embargo, esta postura teatral le atrajo

el aplauso de los nobles y la sonrisa de las damas. El pintor triunfó...

De repente se acordó de Catalina, la noble dama en cuyo regazo volvió a oír los gorjeos de Eros. Juraba ella amar tiernamente al pintor de ojos locos que a la elegancia de un gran duque florentino unía el ardor del jayán... Recordó aquellas carnes opulentas, aquella risa sabrosa, abierta como una fontana, en el prólogo de las nupcias, y donde calmaba su sed. Sólo que, en vez de elevarlo, fué este amor el rayo de sol que volvió a fundir sus alas.

Un rival celoso descubrió a la dama el origen impuro del galán. ¿Pues no creyó Domingo que el ruiseñor volaba? Los labios de Catalina se plegaron con un mohín de asco, como si en la carne besada hubiera descubierto las manchas de la lepra.

Quiso matar al rival, pagando los asesinos... La indignación de Clovio fué enorme...

—Careces de las armas de tu raza. Quieres ser italiano hasta en tu venganza y no haces caso de mis consejos. Pues bien; irás a España. Si descubren tu origen, mueres; veremos si esto te enseña...

—No me importa morir.

—¡Cobarde! Hay que saber ocultar las raíces. Sólo enterrándolas puede ser fuerte el tronco. No olvides que es necesario conservar limpio el vaso del arte, no para exhibir su barro

orgulloso, sino por el agua eterna que pudiera contener...

LA TARDE...

A bordo del barco, en el silencio del mar, Domingo vió que quedaba atrás su mediodía, soleado por el amor. Iba a llegar la tarde. Después del brote primaveral, lleno de hojas dolientes, el rosal se abría caldeado por los fracasos.

Maniobraban los marineros encima de las jarcias. Aquella gente de mar tenía un ingenio soberano para domar al aire y navegar con toda clase de vientos. Aunque el aire viniera de proa, las velas, tendidas a la bolina, formaban un ángulo, un ángulo salvador, y la nave corría siempre...

Asomado a la borda vió morir contritas las olas más rebeldes. Como esta galera, y sin necesidad de estrellarse, navegaban muchos en la vida. Pues bien; como aquellos marineros, su voluntad sabría en adelante domar todos los vientos.

La carga del galeón había que salvarla... Allí se almacenaba la obra futura. Nada de navegar con la proa de cara; con borrar el nombre del navío y formar el ángulo salvador, el fruto quedaba asegurado. Los odios de raza, como aquella Italia tan juvenil, quedaban atrás.

En Toledo, el cerebro pudo triunfar de la sinceridad de antaño; cada día iba echando una nueva paletada sobre las ascuas de su verdad semita. Tan adentro la enterró, envuelta en el ataúd del símbolo, que jamás brotaba entera a la superficie. La falta de costumbre hizo que al principio le doliese, como si se arrancara una flecha clavada en el camino del corazón. ¡Qué difícil era transformar la agresividad, la línea recta de antaño, en ángulo salvador, merced a las telas embreadas del disimulo!

Para tener el viento propicio, oía misa. Con los vecinos fingía un desconocimiento completo del castellano; así alejaba las lenguas curiosas y los canes de la envidia. En las tertulias levantaba la cerca de la locura; pero el dolor de la ruta, el trabajo de caminar con rumbo torcido hizo que en su alma brotaran las espinas. Estas púas agresivas, guardadas en el carcaj de la extravagancia, salían disparadas por el arco del sarcasmo.

Sin embargo, todo lo adoptó: costumbres, hábitos, novenas y confesiones. Los colores de la ropa y los del alma. La oruga del sentimiento, para no ser devorada por los corchetes del Santo Oficio, era un trozo más de la hoja religiosa, con el mismo color fanático de la raza. A la violencia de la juventud sucedía la simulación, arma defensiva de su madurez. El fuego emocional, los frutos atrevidos de su inteli-

gencia quedaban ocultos. Nada de atacar con los puños, sino con la astucia y el engaño. Fingía siempre y se encontraba más judío...

A medida que avanzaron los años, la simulación era más fácil. El matiz religioso, la negra ropilla, el empaque austero eran vestidos casi agradables. Así enmascarado podía impunemente vivir; la obra muerta de la nave adquiría cada vez más fondo; mayor elevación de ingenio las velas...

Modificó la frase de Clovio. El vaso, por elegante que sea el cristal, no tiene importancia. Al fin, barro peor o mejor cocido. Su contenido, sí. El pozo de los Carmelitas, tan feo y seco, ¿no daba el agua mejor de Toledo?, ¿un agua fresca, pura y milagrosa? Toda su naturaleza leal, toda su intrepidez de carácter, todos sus gestos y gritos, todo el cristal fué poco a poco manchándose con la suciedad que encontraba en las demás almas: astucia, adulaciones, engaños...

La agresividad se trocó en sumisión. La cara, en vez de espejo, fué brocal hosco que ocultaba su estado interior. Embadurnó todos sus valores. La inteligencia le sirvió para escamotear su sentimiento; la meditación y el rezo ocultaban su rebelión interior. Por fuera, la voluntad movía la noria y elevaba las vasijas de barro entre las risas de las gentes... Nadie veía el agua escondida, que, en vez de caer en

un arcaduz, a la vista de todo el mundo, disimulaba su desagüe en el atanor del futuro...

No quiso ser siervo, ni esbirro, ni cortesano. Y es que, a pesar de estar tan hondo, el fuego ardía. Con heroico esfuerzo procuró apagar estos chisporroteos que se ensanchaban allá adentro... En algunos momentos aciagos, la corteza conservadora era tan delgada que la llama salía gritando. Después, pasado el peligro, estos escapes de sinceridad le daban miedo. ¡Pobre nave, siempre con fuego a bordo!

Su memoria iba recordando: peleas con alcabaleros y canónigos, discusiones con frailes y cardenales, palizas a criados y discípulos. Lo malo es que estos gritos hubo que salvarlos con piruetas. Despertando la risa, su impunidad era segura. Como buen bufón, hizo danzar a sus ideas delante de caballeros e inquisidores...

Más tarde, con la vida en pleno estío y su arte en completa madurez, fué abriendo un nuevo cráter a estas pugnas rebeldes, que escapaban de sus yacimientos subterráneos y salían a sus labios con el salvoconducto del ingenio, volando por lonjas y tertulias. Guardó la verdad para el lienzo. En su arte, los resortes de la sinceridad podían saltar sin que peligrara el autor. Y él, que se había escondido en el Expolio y se asomó con timidez en el Entierro, copió su rostro para la efigie de Cristo en el paño de la Verónica del cuadro encargado por

las dominicas. Y en otra obra que le pidió una noble dama se presentó de Laocoonte... Desnudo, como aquella verdad que pugnaba por salir; enroscado entre las sierpes del antifaz, que iban envenenando lentamente su sangre...

Fué más allá en su venganza. Así como Leonardo tuvo siempre en sus cuadros un símbolo por asunto, Domingo, con una voluptuosidad refinada y satánica, dió con su "motivo" hondo y eterno, como la venganza de Jehová indignado.

Toda la espuma de la representación cristiana, sacerdotes y caballeros, tenían unas cabezas duras y redondas. Como divisa tenaz, las eclesiásticas llevaban además la tonsura. Y el cerquillo se tapaba con otra corona de seda, negra o morada. ¡Siempre el círculo!

Su motivo simbólico había de ser en adelante la mixtificación de esta figura. ¡Con qué placer fué alargando los personajes, alongando las formas! ¡Con qué saña sabrosa iba cubriendo los lienzos de cráneos picudos, semíticos, imagen suya y de su raza! ¡Su técnica elíptica! ¡Era la venganza, escondida bajo una careta tan intelectual que jamás se podría desentrañar!...

Y gozaba aún, viéndose morir, con el símbolo terrible. En la mañana póstuma, inquisidores orgullosos y caballeros altivos tendrían el ropaje cristiano y semita el cuño. No era romana la ciudad; era judía, como él...

En su arte es donde brilló este fuego rebelde; en el divino campo donde las revelaciones brotan puras. Todo el manantial de sinceridad que contenía el vaso subió al pincel e inundó de azul y carmín las telas. Surgieron los semblantes sombríos, las almas preñadas de remordimiento, las frentes secas como hojas marchitas. La raza dominadora entraba en su invierno, y todos aquellos caballeros de sus cuadros disponíanse a enterrarla con glacial indiferencia.

Castilla agonizaba. Tapiaba sus heridas con disimulos bizarros. El empuje del brazo pasó a la voz. La fortaleza de los Tercios se trocaba en procesiones; la espada, en disciplinas; la tierra, que había sido sábana de victorias, en duelo fúnebre, en ropilla de mortaja. ¡Con qué amor pintó el entierro del Conde!

Aparte ciertos remolinos en que pudo naufragar, como el atrevimiento de vivir en la Judería, su espíritu se adaptaba maravillosamente a la ciudad. Su inteligencia adquirió la frialdad de la aurora, que es luz. Sus pensamientos caminaron con la flexible sagacidad de las serpientes.

Veía dos etapas claras: la rebeldía ante la vida y la sumisión en el arte. Toledo lo transformó en sumiso ante los hombres y rebelde en el arte.

¡El alma de Toledo! Le gustaba ver la ciudad desde los picachos; así la sorprendía mejor.

Y pensando en esto recordaba Domingo las páginas pasadas. Primero, el terror de la niñez; luego, los odios de aquella Italia sonriente; más tarde, la villana esclavitud del disimulo. Sin embargo, ¡cuán grande era su amor a la ciudad! Toledo, en cuyos flecos sagrados iban sus huesos a hundirse, destilaba, como su pobre vida, dolor, mucho dolor...

Algunas veces, al volver de sus paseos mañaneros, se encontraba con las cuerdas de judaizantes, avanzando en largas filas, abatidos y quejumbrosos; sosteniendo la vela amarilla que maculaba la honra, pero que salvaba de la hoguera. El tenía que mostrarse alegre, como todos los curiosos. Aun eran peores los autos de fe en Zocodover. Del quemadero de la Vega recordaba el chirrido de las llamas, el trágico hedor, los alaridos de espanto, el chisporroteo de los cirios mientras el sol y la carne hereje agonizaban. Exageró los rosarios, redobló las novenas...

Nada pudo beber puro. Ni la alegría juvenil en los ojos de Catalina, ni la sonrisa maternal de Jerónima. Nada pudo exaltar con orgullosa sinceridad. Todo estaba enturbiado con el recuerdo de su origen. Nunca el rayo de sol, la luz bienhechora. Siempre la luz de luna, atormentada, pálida, angustiosa. "Como Jesús, todos los judíos seguimos bebiendo un cáliz muy amargo", pensó Domingo...

Clavado en el lecho, como un mártir en su madero, veía limpia y clara su única sinceridad: el Arte. Toledo y él eran dos solares trágicos y abandonados. Los dos espíritus tenían la misma luz de luna, las mismas sombras de ruina y vejez. "¡Oh Sión, Sión!"—como decía el abuelo. Los cimientos del alma toledana estaban formados con cráneos judíos.

Estas pilas de calaveras, estos rosarios de esqueletos sirvieron de base al ideal cristiano. Las gentes sólo veían el edificio: la piel mora o los ojos alucinantes de los místicos. Sólo veían el tejado religioso: los caballeros de negra ropilla y las tonsuras que, como una oriflama, denunciaban la milicia a que pertenecía el solar. ¡Cuánto dolor encerraban los dos subsuelos, el de la ciudad y el de su arte!...

Más niebla. Un rayito de sol, que era luz y era venganza, penetró en su conocimiento, cada vez más lúcido, a medida que seguía agonizando el cuerpo. Vió que la carne judía enterrada iba dando unas flores monstruosas que se internaban en el espíritu de la raza. Por el árbol cristiano subía la hiedra trepadora. Las familias de heráldica más orgullosa llevaban en su sangre el color amarillo verdoso del emblema semita... Aquel caballero de la Encomienda tenía la nariz rabínica. Eran buídos y aun algo torvos los ojos del noble inquisidor. Aquí y allá, en el pícaro aventurero o en el tonsurado as-

ceta, brotaba el rasgo judío; los pétalos de la flor, cuyas raíces estaban tan soterradas. ¡Y sólo lo profundo es eterno!...

NOCHE CERRADA

Cesaron al fin los gritos del Prometeo encadenado a la roca del disimulo. Los ojos de Domingo quedaban sin luz; la niebla los había invadido. Serenamente siguió hojeando su vida. ¿Para qué quería ver la estancia? Bajaba tan pobre a la tierra...

Moría como Toledo, arruinado por los usureros. La cama de nogal, torneada regiamente, cuna un día de amor, era hoy lecho de su última enfermedad. Ya no veía el pabellón de áureo rodapié, ni los dos cofres viejos, ni el sillón desvencijado...

El recuerdo volvió a pasar otra hoja. Vió algunos de los ingredientes con que se aderezaron sus impulsos; al miedo se unió la comezón maldita de devorar tanta tierra. De niño, Creta, Venecia. De joven, Italia. ¡Siempre el miedo le hacía huir!... Afincado en Toledo, sus vuelos fueron cada vez más cortos: Illescas, Orgaz, Urda. Cuando quiso embarcar para las Indias, la ciudad, y sobre todo Jerónima, cortaron sus alas de aventurero con la fuerza de las lágrimas.

Vino el quietismo, largo, poblado de años; un quietismo como el del abuelo, que consumió treinta años en la tiendecilla.

De pronto, la claridad económica se perdió entre bruscos contrastes. En su atardecer, la inercia se injertaba con una era de dádivas, músicas y despilfarros. ¡Qué trastorno el de sus manos! Cuando debió ser garra ahorrativa, la mano se abrió y fué cestillo de despilfarros. En cambio, cuando era caminante, en vez de extender las manos y abrirlas, las cerraba tercamente, atesoraba como un loco. Ni el platero Ezequiel ni el tesorero Efraín fueron así; ¿cómo habría sido su madre?...

No quiso acordarse de los últimos años, de su crepúsculo melancólico; pasó las hojas de prisa. ¡Qué soledad en aquellas grandes estancias! Nuevas luchas con los usureros y médicos, con los gusanos de la ciudad. Un poco más de barro que se asía a sus zapatos anónimos. ¡Cuánta tortura en su descenso! Los ojos casi ciegos se apasionaban de la luz. Veía un Toledo sombrío, con un azul trágico, un gris triste, unos anocheceres sangrientos. Sus cuadros eran la única página abierta en el libro siempre cerrado de su vida. ¿Sabrían leer después este secreto?

Por fin, el vaso dolorido iba a deshacerse y a descansar. Echó una ojeada final a su obra. Quedaría el pintor, acaso el arquitecto. También

algún retablo esparcido por los pueblos ricos: Sonseca, Illescas, Yébenes. Del escultor quedaban las figulinas regaladas al deán de Cuenca. La obra era muy vasta y con muchas raíces.

Todo estaba en regla. Sus memorias, en manos del fiel Parravicino. El testamento, con su último antifaz; de testigos, dos hermanos de raza disfrazados de griegos...

Bajaba desnudo a la tierra. Cada vuelo fué un dolor y, sobre todo, una herida. Mas, gracias a estas sangrías del fracaso, pudo depositar su gema en las manos ancianas del tiempo. Afincado en Creta, hubiera sido un excelente platero; si no se marcha de Italia, la gloria quedaba reducida a ser un discípulo predilecto de Tintoreto; en Sevilla hubiera sido un indiano más. Sólo aquí, saboreando un calvario espiritual, llegaba a la cumbre. Era el brote del Renacimiento, trasplantado a una tierra dura, apretada como los pechos de una loba.

¿Pero no se malograría la cosecha? Había traído los vestidos, la forma externa; no trajo el manantial interior... ¡Tuvo tanto miedo a la helada espiritual que podía resquebrajar el vaso!

"Acaso durante largos siglos Castilla seguirá copiando las hojas, no los órganos esenciales del Renacimiento. ¿Se perderá el fruto? ¿Por qué no trasplanté la entraña, el tallo joven o la filosofía en vez del arte? Me faltó valor; tuve miedo al martirio..."

"Borremos las dudas angustiosas—pensó Domingo—. Dentro de unas horas llegará mi entierro. Acudirán todos los personajes de mi famoso lienzo. En el crepúsculo de una tarde abrileña, el duelo se pondrá en marcha. Primero, las cofradías con su vela de pago. Después irá el párroco rodeado de sacerdotes. Las voces roncas de los sochantres harán más triste mi tránsito. Angulo y otros caballeros llevarán las cintas. Mi hijo presidirá el duelo... En el trayecto hablarán de mí familiarmente, en un tono tranquilo, insensible. Irán colaciando mis virtudes..."

Aun pudo percibir unos sollozos; luego, unos murmullos reposados, con aromas de rezo; por último, una voz lenta, grave y quejumbrosa: "¡Es tan larga su agonía!..."

La nube le fué empapando; el espíritu dió una llamarada milagrosa y con ella vino la visión triunfal. Su carne, como la del conde, bajaba a la tierra para nutrir los cimientos de la ciudad. Pero su obra, que era su alma, subía, llegaba a la parte alta del lienzo, entraba en el coro celeste. Sentados estaban Tiziano y Miguel Angel. De rodillas, Clovio, implorando ante Cristo, que tenía la cara enigmática de Leonardo...

Sintió frío, obscuridad interior, la sequedad de la nada...

PARTE CUARTA

CORAZÓN CRISTIANO.-PIEDAD

CAPITULO PRIMERO

GENESIS: EL POZO DE LA ILUSION

Cada vez Toledo se mete más adentro. Lo enérgico del paisaje, el silencio de sus calles y su vestido severo dan a la ciudad el gesto triste de una emperatriz destronada. La vida se refugia en la sonrisa cálida de este cielo azul, brillante como una promesa de amor...

Es indudable que, si el manto estuviera en armonía con el espíritu de las gentes, esto sería una segunda Atenas. Pero a la grandeza de la piedra, al extraño encantamiento que brota de la vieja piel, a esta luz divina que todo lo ennoblece corresponden unas almas de gusanos. El ideario de la ciudad se reparte entre la holganza cristiana, las taifas políticas y la semita voracidad de la usura. En los pliegues del sentimiento ya no anidan las garras de las águilas, sino los taladros devoradores. Son almas muy chicas para un cuerpo tan grande.

Del espíritu actual mana un olor enfermo: cunerismo político, falta de urbanización, chis-

morreo judío, actividad dañosa de avispas. Son gases malolientes que se desprenden de estas vidas, como si discurrieran dolorosamente en una clínica. Hasta el esfuerzo tiene una aspiración raquítica, hospiciana.

Hay que creer en la juventud toledana que va a surgir. Hay que creer en que traerá una piel más limpia, más culta, más sana. Hay que creer en sus almas jóvenes, llenas de salud; ya que no águilas, por lo menos ruiseñores.

Volvamos a estas calles silenciosas, adormecidas entre piedras cristianas, arcos mudéjares y flecos semitas. Por ellas ha pasado la Historia cabalgando en un Pegaso de violencia; cada raza ha tapiado o derruído el trabajo de la anterior; pero aun quedan abundantes trozos para que el erudito los limpie o el arqueólogo los reconstruya. Aun quedan muchas piezas del joyero, para que los poetas puedan soñar o alucinarse con su brillo...

Los angostos pasadizos, las encrucijadas tenebrosas, con sus Cristos de flotante cabellera; la celosías y miradores, son páginas donde se lee la vida del árabe, la del judío y la del cristiano.

Sólo con los rincones de Toledo tiene el pintor para diez años. Una imaginación enferma puede seguir aspirando el perfume de Judith y platicar con ella junto al Pozo Amargo. Puede embriagarse con la sensualidad de unos ojos

moros y desgranar una endecha bajo el solio de geranios de una reja. Puede admirar las místicas mejillas de una cristiana y hasta injertar el ascetismo que emana del Kempis con el lenguaje ardiente del dios arquero...

A veces parece que la profecía va a cumplirse. Tras la ventana enrejada ha desfilado una mujer de blanco corpiño. Desde una solaneja, unos brazos desnudos de diosa se levantan con un ritmo de llamada. La poesía muere al acercarse. Los brazos estatuarios siguen su ritmo afanoso limpiando una pila de ropas.

Seguimos adelante. En el balcón, mientras los dedos tejen el encaje, una sonrisa nos acecha. Penetra en la iglesia una enlutada. Su mano suave, blanca y pura, dulcemente alargada, aprisiona el devocionario. Más allá, una silueta vaporosa se pierde en el zaguán. Queda la puerta, erizada de clavos anchos; queda el llamador, áspera cabeza de león, que mira como un dogo dispuesto a desgarrar.

Todo es rápido, fugaz; sólo se persiguen sombras. Pero el corazón no se cansa. Siempre joven, espera y sueña; siempre despierto, oye los pasos de una nueva desconocida...

Paseando por estas calles di al fin con la Deseada; con el verso legendario hecho carne. ¿Galiana? ¿Zaida? Las dos tienen romances...

Venía sola, por la acera desierta. Su pisar

menudo, leve, acariciaba las losas con ese chasquido inquieto de los besos dolorosos. No era de la estatura poética de las toledanas clásicas; más bien recordaba a las Tanagras...

La observé mientras se acercó. Un abrigo de terciopelo negro ceñía el cuerpo con apretada donosura. Era un tallo tierno, libre de esa madurez espléndida que acompaña a las matronas toledanas; empaque de pajecillo con haldas largas...

Al pasar vi sus mejillas pálidas, donde florecía la anemia; vi sus breves y negros cabellos. Esta moda agarena, de cortísimas trenzas, daba un aire picante al aniñado rostro.

Un momento me detuvieron sus ojos negros, muy abiertos, de enfermiza embriaguez. Grabada se me quedó su tez de cirio, su manguito negro, cárcel de unos dedos espigados. Y me acordé de la nieve que vive en las crestas, pegada a rocas insensibles...

¿Quién es esta mujer, esta tristeza en flor cuyas hojas de anemia me atraen tanto? Extranjera no es. ¿Será una de esas niñas que se marchitan dentro de estos patios moros? ¿Será la toledana que espero? Y esta mujer, como la Rebeca bíblica, ¿querrá darme un poco de agua?...

Subo las escaleras de mi cuarto rezando unas estrofas ingenuas:

Ve a su Galiana puesta
Abenzaide a la ventana
cogiendo el delgado viento
que ondea en las frescas aguas...

....

Al fin, como el rey navarro, encuentro mi princesa mora...

DELIRIOS GRECO-EROTICOS

Llevo unos días infernales. El recuerdo de esa mujer, a quien he bautizado con el literario nombre de Galiana, va rayando en obsesión.

El arte no me distrae. Lo encuentro tan mudo como el oráculo griego para un oído cristiano. Nada me dicen los templos ni las sinagogas; nada los patios moros, ni la piedra en ruinas, ni las divinas puestas del sol castellano. En el casino sólo veo cráneos huecos; en las calles, mujeres cursis. Indudablemente, mi hogar sentimental yace apagado, y sólo esa mano misteriosa puede volver a encender el fuego.

Al atardecer veo siempre la ciudad como un ataúd del arte y un pudridero de almas. Entonces mi imaginación adorna la cabeza de una santa, vista en el altar de cualquier iglesia, con una cimera gentil; las lindas melenas de la desconocida. Otras veces, el paje de negra ropilla, del cuadro de Santo Tomé, me recuer-

da su andar, dulcemente aniñado. Las señoriles manos del Greco me vuelven a mostrar las manos alargadas de Galiana. Y entre las nubes de este cielo tan variable, rasgando rojos celajes y puros vellones, emerge la evocación: su carita pálida, con los ojos grandes de mirada enfermiza.

La encontré, al fin, una mañana, leyendo en el museo. Resulta original esta muchacha. Va siempre sola y nadie se le acerca. Aquí las señoritas necesitan llevar una rodrigona a humilde distancia. ¡Costumbre de árabe raíz que yo acato!

Mi entrada en la estancia no la distrajo. Siguió pegada a las páginas, abstraída en la lectura. Hipócritamente, me senté muy cerca y abrí el libro al azar. Sus ojos grandes, inmóviles, castos como el hielo, continuaron abstraídos. No hay tristeza comparable a la de estos ojos. Tienen un desconsuelo tan íntimo...

Estos ojos deben tener una historia de dolor. Tristes, sin un leve coqueteo, y dormidos, siempre dormidos, se los desea, como se desea un paisaje alpino en pleno verano. ¡Qué placer hollar una nieve tan fría!...

Así pensaba yo cuando, por un momento, los ojos dejaron la lectura. Calóse los impertinentes, y a través, los ojos dormidos se posaron sobre mí... Sus labios sonrieron suavemente; sentí la sensación de su boca, y en mi ple-

garia íntima no me acordé de Galiana, sino de Flérida...

Yo podría enterarme, saber quién es esta mujer; mas no me atrevo. Mancharían mi ilusión, enfangarían su nieve. Prefiero creer que es la imagen lírica de Toledo; ¿por qué no? ¿No rimaba en los pinceles del Greco el negro de la ropilla con la nieve de las gorgueras?

De repente la puerta se abre y aparece mi craso amigo don Agustín. Saluda a mi desconocida familiarmente, tuteándola:

—¿Cómo vamos, Piedad?

Y luego viene a mí presuroso.

—Venga en seguida—dice, sin responder a mi ansiosa interrogación—; quiero llevarle a San Vicente. Por casualidad está abierta la iglesia, y a estas horas tiene la Asunción una luz milagrosa que pocas veces podrá usted ver. Por el camino le diré todo lo que quiera.

....

Llegamos, y, en efecto, los rayos del sol han irrumpido por la claraboya, inundando de fuego el lienzo. Se ha apoderado de mí una alucinación. La cara de la Virgen, redonda como un albérchigo, se ha transformado en la cara pálida de mi Galiana. He visto elevarse entre almohadones de púrpura la suave cabecita orlada de cortos cabellos. Han desaparecido las rosas del pie del lienzo, y las manos, estilizadas, anémicas, me ofrecen un ramo de azuce-

nas más blancas que sus mejillas. Me las ofrecen con un gesto ingenuo e infantil. "Tómalas"—parecen decirme las manos alargadas. Y al ir a cogerlas he despertado...

GÁRGOLAS SIMBÓLICAS

Muchas mañanas, el punto de cita donde nos reunimos Piedad y yo suele ser el claustro de San Juan de los Reyes. Con esta levadura ascética encontramos más sabroso el pan del noviazgo. Las naves, albergue antaño de rígidos franciscanos, se purifican ahora con la risa de nuestro amor. Imitamos a los pájaros que en las cornisas, pobladas de sombríos semblantes, buscan refugio y plantan su nido.

Todo es bello en este claustro maravilloso. Bella la planta cuadrada, que deja ver en el centro un pequeño jardín, desde el que sube la madreselva, tejiendo hilos arabescos, a humanizar la frialdad de la piedra; bellas las bóvedas, sostenidas por airosos arcos de elegantes pilares, armónicos como las piernas de las danzarinas de Tanagra; bello el techo, cruzado por aristas que recuerdan una cabellera fantástica. No hay un detalle plebeyo en el vestido de piedra. Es como la ropilla de un prócer castellano: grave, noble y un poco adusta...

Los ventanales, tachonados de florones, com-

pletan la orquestal arquitectura de este claustro. Por las pilastras, orladas de gótico follaje, trepan las hojas de acanto ordenadamente, con apacible serenidad. La vista se embriaga sobre todo en las columnas, cuyos torsos sustentan estatuas de santos, restauradas unas, mutiladas otras y dormidas todas al cobijo de los labrados doseletes.

Formando cenefas corren por los portones góticos y las puertecillas platerescas labradas franjas que esconden entre su recatado follaje lindos caprichos: bellotas, monos, ranas, gnomos, monstruos pequeñines... El retablo entero de los cuentos de hadas.

Yo espero siempre a Piedad en el jardín. La espero contemplando las gárgolas que se acuestan junto al tejado, en lo más alto de la nave, y que son como relicarios prendidos en este santo rosario ojival. Las amo tanto, que acabo por comprender su lenguaje. Cuando lloran—y lloran mucho este invierno—, sus lágrimas son el libro abierto en donde voy leyendo peregrinas historias.

¡Hermosas gárgolas, tan modernas a pesar de su tinte antiguo, tan soberbiamente gentiles en este ambiente monacal, tan austeras de rostro y tan veraces de entrañas!... Hay enanuelos ventrudos que aprietan su panza de Baco para arrojar más descansadamente el agua; hay esfinges, bocas de pájaro, lindos cuellos de vul-

peja, aparatosas fauces de cocodrilo y pícaros legos, de larga barba y pie danzarín.

Cuando llueve, las figuras se animan. Se desperezan con las primeras gotas, y el agua empieza a resbalar lentamente por sus carnes de piedra. Las infernales bocas permanecen mudas, inactivas, eternamente sedientas; mas si la lluvia es continua despiertan por completo de su letargo, atesorando toda el agua que escupen las tejas, y de sus labios empieza a manar el hilo vibrante como cantiga triunfal...

Los enanuelos ventrudos cantan una trova alegre, pulida y brillante, cuyas frases suenan igual que moneditas de oro: "Ya no prestamos al Cid, como nuestro pobre abuelo—gritan hinchando su rostro craso y lucio—. Todas las energías del tejado, todo el esfuerzo de las nubes anónimas viene a canalizar en nuestras arcas, repletas de prometedores papelitos. Somos los puntales en que se apoya la grandeza de este edificio soberbio. Jamás caeremos de aquí; para sostenernos y guardarnos viven junto a nosotros todas las figurillas secundarias que pueblan este claustro inmortal..."

Y entretanto, las cabezas de venado, tan marciales; los legos de pie danzarín, tan religiosos; las esfinges, tan resignadas, se querellan tristemente de los enanuelos cínicos. Es una queja a media voz, lenta y adormecedora...

De las bocas de los pájaros sale una romanza

sentimental y un poco lacrimosa: "¡Oh, pobre agua, manchada en el misterio oculto del tejado! No hay martirio comparable al del poeta que ha de purificarte con su dolor, convirtiéndote en sutil perfume, fragante como la sonrisa de una virgen que amanece al amor. Con nuestras alas podemos remontarnos hasta ti, agua divina, que entregamos a los hombres convertida en el hilo cantarín que más embriaga..."

Y asomadas a sus cornisas, las cabezas de venado, tan marciales; los legos de pie danzarín, tan religiosos; las esfinges, tan resignadas, se querellan tristemente contra los pájaros holgazanes. Es una queja a media voz, lenta y adormecedora...

Los lindos cuellos de las vulpejas arman una infernal algarabía, ruidosa y alocada como ritmo de vals: "Acércate—gritan al caminante—. Eres el trovador que espero; acércate y no te alarmes; como cortesanas, no podemos ser más baratas. Antes, cuando éramos jóvenes, nos llamaban el cuarto poder. En nuestro hermoso cuello recogemos toda el agua: la infecta de la calumnia, la sucia del arroyo y la pura de las románticas nubes. Y con ella saciamos diariamente la curiosidad inagotable del suelo. Bésanos, doncel; somos aún una fuerza. Almas viles quieren analizar nuestras aguas, acusándonos de corromper el edificio y atacar los cimientos seculares. Haznos tú justicia, soñador, y no con-

fundas nuestra llama desinteresada con los pebeteros que las antiguas lobas ponían junto a sus burdeles. Si tus canciones nos ablandan, gustarás la miel de la popularidad. Otro beso y te encumbraremos... ¿Ves esos lindos pájaros que nos escuchan? Pues a todos ellos los elevamos al alero nosotras..."

Y mientras la lluvia sigue hablando incesante, las cabezas de venado, tan marciales; los legos de pie danzarín, tan religiosos; las esfinges, tan resignadas, se querellan tristemente de las mentirosas vulpejas. Es una queja a media voz, lenta y adormecedora...

Por su parte, la terrible sima del cocodrilo salmodia una marcha fúnebre cortada por dolorosos lamentos: "¿De qué sirve mi sacrificio? Yo me desvivo por gobernar y hacer felices a todos los animalitos de este claustro. Cuando el sol, en un momento de gozo, reconoce mi poder, canto una noble endecha. ¿Ves esta agua que destilo? Pues es llanto sincero, desprovisto de bajos pensamientos. No, no protestes de mis palabras, viajero escéptico; día llegará en que me levanten estatuas. ¿Acaso crees muy fácil manejar a tanto animalito descontentadizo?..."

Y mientras la imponente gárgola sigue plañendo sus cuitas, las cabezas de venado, tan marciales; los legos de pie danzarín, tan religiosos; las esfinges, tan resignadas, se querellan tristemente de los enanuelos, pájaros, vul-

pejas y cocodrilos. Es una queja a media voz, lenta y adormecedora. Yo las admiro a todas porque son espejos un poco barrocos que reflejan el alma nacional.

En cambio, Piedad sólo tiene una gárgola favorita: el águila de piedra colocada en el centro del tejado como gótico pináculo. Con una gran terquedad cuajada en sus ojos, su fina cabeza padece la comezón divina de devorar los espacios. Las alas, de ovalado desgaire, quieren agitarse en un vuelo largo; sus garras se crispan para saltar mejor... Pero no puede moverse. Unas cadenas atan sus pies a las losas más altas de la nave.

Cuando el agua del cielo viene a morir sobre su cresta orgullosa, hay que oirla llorar, dando a todas las bocas de los canalones el tesoro inagotable de sus lágrimas. ¡Alas castellanas, nacidas para volar muy alto! ¡Alas de epopeya, gemelas de aquellas otras que el solitario de Yuste clavó en el escudo toledano sobre las puertas de Bisagra. ¡Cómo debéis odiar los lazos de la piedra moderna!...

Claro que mis fantasías cesan en cuanto Piedad llega al claustro. En un instante desaparecen las gárgolas, los arcos y hasta las sacras hornacinas. Para soñar me basta la contemplación de los ojos grandes y curiosos, que tienen la misma tranquila firmeza del cielo castellano. Es más: cuando están tristes brillan con

idéntico fulgor doliente que los del águila de piedra... Después de estos relámpagos, toda su ternura sentimental se condensa en llanto suave... Los nervios de Piedad están enfermos, tan enfermos como mi imaginación...

EN LA CAPILLA DE DON ALVARO DE LUNA

Los domingos oímos la misa de doce en la catedral. Aprovechando la amplitud de las naves, la soledad y el silencio del trascoro, el dios arquero vela, y mi novia se apoya ingenuamente en mi brazo...

Nos sentamos en el escaño de piedra, al abrigo de unas columnas maternales. La piel fina y pálida de Piedad descansa sobre mis dedos. El manguito, celestina amable, encubre nuestras manos. Lamento únicamente la prisa del bendito sacerdote, que en quince minutos despacha su cometido.

Mientras se celebra el Santo Sacrificio en este severo altar, yo vuelvo a vivir las misas lejanas de las iglesias vascongadas. Toda esta pompa y esta riqueza sólo despiertan en mi fantasía el apetito por lo humilde...

Veo la planicie, bordada de castaños y manzanos. Luego, la torre alta, vestida pobremente de piedra gris, envuelta en suaves tintas ceni-

cientas. Las ramas besan el pórtico y dan una sombra de paz al atrio, pequeño e irregular. La puerta de la entrada está chapada de viejos clavos, y una escalera de madera venerable conduce al coro. Por ella suben los mozos. ¡Con cuánta impaciencia aguardábamos los chicos este espaldarazo!

En el altar, el valiente San Miguel atenaza al dragón, amenazándole severamente con su espada de hojalata. San Martín, caballero en el piafante corcel, sigue sin decidirse del todo a soltar la vestidura. En la ancha ventana, la roja cortina se extiende durante el sermón, dejando la iglesia en suave penumbra, aprovechada por los ancianos para sumirse en un ligero sueño...

Después, los escaños, tallados en roble, a estilo celtíbero. Viejos aitones de venas salientes y de cabeza con brillo de pergaminos. Caseros, de ojos resignados, con sus anguarinas y sus blancas camisas de hilo. Su fervor religioso es tan antiguo y duro como el dolmen. Los americanos de cara rugosa, de mejillas curtidas por el viento de las pampas; secos, angulosos, libres y animados, miran desenfadadamente al techo o atrás a la concurrencia femenina.

Al final, el fúnebre pavimento de las hachas, donde arde la cera, enroscada como sierpe. En las tablas están grabados los nombres de las familias: Ondarrena, Goldaracena, Alducinea y Mendía. Como ramas de ciprés se mueven las

manos de las ancianas sobre las cuentas del rosario. Sus blancas cabezas se inclinan; parecen acudir despacio a la cita pedida por los muertos.

Entre este huerto triste está el rosal que nos ata al futuro... Las mantillas de las mozas que se ciernen inquietas, los ojos chispeantes, los cuerpos esbeltos como tallos jóvenes, que prometen una bendita perpetuación.

El sacerdote suelta un chorro de voz, dramatizado por el abuso del tabaco y la salmodia del tresillo. Y esta voz, a los niños que estamos cerca del altar, con la boina debajo de las rodillas, nos suena angelicalmente. Flota el olor a incienso. Contestan del coro unas voces fuertes, cantando un latín con vasco acento; una voz hermana del irrintzi que en las noches tenebrosas ensordece las montañas...

¡Qué pequeño se ve aquel cuadro rústico desde esta catedral fastuosa, cuajada de pompas y recargada de joyas! Y, sin embargo, en la iglesia aldeana hay más fe...

Mientras los fieles siguen oyendo la misa, mis ojos contemplan el sepulcro donde yacen los restos de don Alvaro, el condestable trágico que antes de morir supo paladear los mejores manjares. Tierras, villas, fortalezas, todo lo devoró. Si vive más, hasta la llanura castellana, calcinada con tanto ideal divino, hubiera sido chica para este corazón de titán.

Como Prometeo, era hijo de la tierra. Y si

Prometeo afianzó la corona del rey de los dioses, lo mismo hizo don Alvaro con el juglarillo regio. E igual pago recibieron el don Alvaro griego y el Prometeo castellano.

Las caídas de estas cumbres no suelen ser muy bellas. Si la Desgracia las despeña, ruedan hechas trizas, desmenuzadas en humildes arenillas. Hay quien se salva agarrándose a las ortigas de la compasión, como el de Olivares, o escondido cobardemente en la salvaguardia sacerdotal, como el de Lerma. En don Alvaro, el drama es dolorosamente hermoso: su cabeza quedó clavada en los garfios de una horca. Tiene la sencillez y el fatalismo de una tragedia de Esquilo. Pero el titán griego robó el fuego para dárselo a los hombres; por eso no puede morir. Y don Alvaro no quiso o no supo robar el fuego para entregárselo al pueblo...

El de Luna, oro de nobleza y barro de gleba, se educó en la corte. Era nuestro paje un poco cruel en sus juegos, como son todos los héroes. Dentro de esta agresividad moza estaba el recinto misterioso, la fragua del carácter. El martillo empezó a golpear sobre el yunque de una ambición desatada. Saltaron los chispazos de un dominio absorbente. El Rey-Niño le acariciaba como a un león favorito: con mano temerosa y sonrisa de amor.

No tuvo nunca rivales; envidiosos, sí. Las conjuras lo lanzaban al ostracismo, y el débil

don Juan lo volvía a llamar. ¡Lo llamó tantas veces!

Le perseguían las camarillas, albergue de doctos; los cortesanos, picos curvos que buscan la carne corrompida de la verdad. Y ni las serpientes intelectuales, ni las nobles aves, cuya piel estaba acribillada con las herpes de la envidia, pudieron herirle de muerte.

Cayó tan bajo y fué hundido por el rencor de una mujer. Los rayos de Zeus sólo caen en siglos de epopeya, y el siglo de don Alvaro fué sólo un saldo de intrigas y despechos falderos. A la reina le estorbaba el dominio personal del condestable. Por eso el delito vistió de toga y de ceñidor de Venus. Don Juan entregó la cabeza del valido acaso por una sola noche de amor...

Durante tres días, la cabeza de don Alvaro estuvo expuesta a la befa pública. Su memoria fué ensuciada por aquellos zapatos villanos que el condestable ascendió a lazos. Pero por primera vez, y desde el sepulcro, el favorito llamó a su rey. Don Juan acudió al poco tiempo a esta extraña cita, suspirando femenilmente no haber sido fraile de Abrojo. A mí la vida de don Alvaro me recuerda, no sé por qué, el águila de piedra que tanto le gusta a Piedad.

La misa se acaba. Los impacientes se persignan de mala manera y desaparecen presurosos. Luego este río desbordado inunda las puertas de salida, donde montan guardia los cadetes, alan-

ceando con los ojos a las piadosas nenas. Por último, las beatas cierran su devocionario y se alejan lentamente, sin perder detalle en todo lo que alcanza a su radio de acción. Después de estas lechuzas queda desierta la capilla.

Atravesamos unas verjas de española traza, recias y severas, coronadas con grecas y agujas que tienen la delicadeza de un bordado. La luz, que se filtra a torrentes por las celosías, ilumina el altar y pone una sonrisa blanda sobre la bravura del hierro domado. Esta luz juega luego graciosamente sobre las dos tumbas: la de don Alvaro y la de su esposa doña Juana; cae sobre los escudos labrados de Lunas y Pimenteles; descansa en las suaves arcadas, en los adornos de acanto; alegra las cabezas de piedra de los monjes que velan de rodillas el sueño de doña Juana y enriquece las vestiduras de los caballeros de la Orden de Santiago que guardan la tumba de don Alvaro. Y como no puede bañar toda la estancia, deja unos hilos de sombra junto a los personajes que sostienen los escudos y sobre las almohadas labradas donde descansan las estatuas yacentes. La luz, eternamente riente, se posa, como último beso, en el pajecillo recostado a los pies de su señor; besa las largas guedejas y acaricia el juboncillo del trovero leal. Al marcharse se desparrama por la cara de doña Juana y por el pecho de don Alvaro.

El alma del gran ambicioso, oro y barro de

su siglo, flota sobre el sepulcro; vaga por estos blasones y acaricia con sus rayos los más obscuros rincones de la capilla. Y aun parece cruzar por el aire la sombra del justador bizarro, del condestable omnipotente, con el madrigal a flor de labio, cantando eternamente a la dama Ingratitud...

Piedad me mira con amorosa dulzura. Solos, ante estos desposados con la Muerte, nos hemos dado un abrazo largo, angustioso, que tiene una veta de dolor...

ANTE EL SEPULCRO DEL POETA

De ordinario buscamos las calles más silenciosas, los rincones más apartados para alargar nuestros paseos. Huyendo de la mundanal curiosidad, nos refugiamos en un antiguo convento. En la Edad Media pedían auxilio a la Iglesia los criminales; hoy somos los enamorados sus mejores feligreses. Estamos poetizando la Religión, y los curas no nos lo agradecen; al contrario, nos ponen una cara larga, muy larga. Paseando por la catedral oí una vez murmurar a mis espaldas: "Valiente par de pájaros." ¡Dios mío, qué picotazo se gana si no lleva hábitos! Tenemos, pues, que buscar las ruinas solitarias para establecer el nido del noviazgo.

La iglesia está frente al depósito de aguas.

En la portada, las bellas esculturas nos sonríen desde su hornacina. Las únicas criaturas toledantes son de piedra. Campea gallardo un escudo; caen formando próceres flecos los atributos cardenalicios, y a los lados hay esculpidas unas inscripciones concediendo indulgencias.

El templo ha perdido su aire santo de recogimiento. Las naves, claras, anchas, sin ningún aderezo; abajo, ni un confesonario. Esto parece una almoneda de antigüedades, no un huerto del Señor...

Los albañiles que trabajan en una capilla lateral empiezan a recoger las herramientas. Uno de ellos canta una tonadilla con vocablos de noventa grados. Las columnas que estuvieron sahumadas de incienso, las paredes que recogieron el místico dolor del canto religioso escuchan ahora indiferentes esta canción del arroyo...

Una gran verja nos separa del altar: una de esas verjas toledanas tan admirables. Tienen tal audacia y elegancia, poseen tal cantidad de adornos, que el hierro está tratado como si fuera blanda cera. ¡Qué nervios más recios los de estos forjadores toledanos!...

Pero la belleza del templo no reside en el retablo, huérfano de cuidados religiosos; ni en las naves, desoladas y frías; ni en el coro, silencioso y muerto. La belleza se encuentra aquí en las ricas sepulturas, en los maravillosos mausoleos, en estas yacentes estatuas de linajudos

caballeros, que duermen su sueño milenario al lado de sus nobles esposas. Hay también unas urnas cinerarias que, según me dice Piedad, encierran los restos de los condes de Cifuentes.

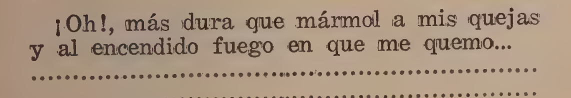
Bien han ganado el reposo estos maestres y adelantados. Las espadas a cuyo brillo se partió el mapa de Europa son aquí un poco de piedra. Las manos generosas, duras en la guerra, dulces para el amor y humildes ante la Fe, son aquí un poco de polvo. Y un puñado de tierra el corazón acostumbrado a triunfar. La muerte pasó quemando estas mieses, convirtiendo en cenizas las nobles cabezas, albergue acaso de una pobre cizaña espiritual.

Cubiertas de armaduras o vanidosas galas, todas las estatuas velan ante marmóreos reclinatorios. Aquí están López de Ayala y don Diego Hurtado de Mendoza, doña Ana de la Cerda y doña Giomar.

Destaca en el de Ayala su barba puntiaguda, sus ojos dominadores y su cenceño empaque. Hasta en el rezo guarda una actitud seca y austera. En cambio, la esposa, llena de maternal belleza, suaviza la dureza sombría de su celoso compañero. A esta dama le dió el beso el oficialito francés de la leyenda de Bécquer. En el guantelete del marido se observa una larga mancha, y yo hubiera jurado que era sangre.

Nos detenemos largo rato contemplando la estatua orante de Garcilaso de la Vega. Tiene el

poeta la armadura puesta; es un mozo fuerte y magro, de serena nobleza, de frente animosa y bélico pecho. Se endulza el vestido guerrero con la actitud de las manos, unidas como dos alas de abeja al entrar en su panal. Reza la boca y los labios murmuran, no la plegaria cristiana, sino la oración de ático sabor:



¡Oh!, más dura que mármol a mis quejas
y al encendido fuego en que me quemo...
....
....

Posee la peor voluptuosidad: la de los ojos. El pensamiento antiguo, limpio de exaltaciones, es de un encanto delicado para crear la caricia espiritual. Y al rodar de los siglos, Galatea se va fundiendo con el calor de estos versos, y baja al llano, apagando la sed de nuestros corazones. Su musa, hecha Deseo, desciende eterna hasta nosotros. Mientras tanto, el poeta, llama ardiente de su época, sube al Olimpo, adquiere la frialdad divina y se convierte en mármol clásico.

Su sufrimiento amoroso purifica el doliente deseo de la fruta prohibida. Su vida, como una hoguera, canta el chisporroteo continuo del fracaso. A veces se sumerge como sus ninfas; entonces la pluma aprisiona, entre el camafeo italiano del verso, ese soplo inmortal de las cosas eternas...

Lleva luto siempre. Una aspiración vaga, un

deseo indeterminado le acosa; mas la negra ropilla no es exterior, como en los caballeros de su tiempo; envuelve su corazón y no su piel... El huyó del misticismo y busca los senderos de Grecia por los atajos del Renacimiento.

El caballero bizarro está arrodillado. Su rostro apacible despierta una simpatía que va recta al fondo de nuestro pecho. Sobre la frente pensativo, el cabello se encrespa rebelde. En la pupila arde un fuego inquieto, amargo, que enfría los ojos, llenos de manso y recogido sosiego. ¡Y eso que ama tantas cosas! Ama la fruta del cercado ajeno; ama la paz dulce del campo, el encanto del agua que corre, la sombra del árbol cuyos brazos mueve el aire. Amor y deseo de tierra jugosa. Hambre panteísta...

Ella en mi corazón metió la mano
y de allí se llevó mi dulce prenda...
....
....

El poeta tiene sed, y para saciarla atraviesa naciones diversas. Se asoma al Danubio, como se asomó al Tajo y al Tormes, para sorprender a las ninfas, y la sed sigue persiguiéndole. Construye su vaso con ricas cadencias del Renacimiento; lo cincela como un orfebre, y la sed sigue. Entonces, para calmarla, vuelve a asomarse al borde de unos labios...

No ha podido encontrar agua clara que apague su fuego íntimo, ni saborear la fruta que

calme su hambriento deseo. Encuentra su pareja en otro olmo entretejida, y un rescoldo interior empieza a devorar al caballero. Por fuera aparece sereno como un mármol; pero la boca ardorosa continúa rezando, pidiendo el manantial limpio, llamando a la Unica novia fiel...

Las dulces prendas halladas por su mal son su martirio y le hacen caminar con la vida rota, buscando con heroico silencio el camino misterioso de donde no se vuelve...

Porque quien muere callando
tiene quien hable por sí...

UNA SOMBRA GLORIOSA

Al cruzar una desierta callejuela sale de la iglesia cercana don Agustín.

—Nos caímos—dice mi novia—. A ver si podemos escapar sin que nos vea...

—¿Es que le tienes miedo?—pregunto.

—Miedo, no; pero es tan pelma con su sabiduría de aerolito...

La miro estupefacto, mientras ella se encoge de hombros. ¿Será que su instinto de limpia Juno siente horror hacia esta encarnación terrenal y mugrienta de Palas Atenea? Porque castos son los dos...

A todo esto, la montaña de carne avanza calmosamente. Viene enfundada en su levita y re-

matada por una chistera de la época de Recesvinto.

—Ya sabía yo que érais novios—grita con su vocecilla melosa—. Me parece muy bien, muy bien...

Este muy bien lo repite hasta diez veces. Para don Agustín, aunque no lo dice, la mujer sigue siendo la serpiente engañosa, y el pobre queda ante ella hecho un jilguero de biblioteca. Supongo que recobrará la inspiración ante cualquier relieve mudéjar.

—Tened cuidado—nos advierte, mientras su mirada mansa y bovina queda prendida entre unos papeles grasientos que asoman por el faldón—. Aquí la gente es muy mala, y salirse de la rutina del noviazgo es algo expuesto...

—Siempre será preferible, creo yo, la luz del día a la impunidad nocturna de la reja—le contesta Piedad.

—Sí, hijita, sí; eso está muy bien en las películas norteamericanas. Probablemente, los yanquis no serán tan rijosos como los latinos. Aquí las costumbres se nutren con un gazpachito de moralidad. Se impone el rodrigón o la reja guardadora...

—La moral, don Agustín, no depende de unos hierros—aduzco.

—Para los indígenas, sí; necesitan reja, y casi siempre herradura...

Estas palabras, formidablemente agresivas,

vienen vendadas con una sonrisa dulzona, de femenina suavidad. La llama misógena se escapa de este cuerpo, casto como su diosa. No habla a gritos; conversa en voz queda, con cierto tonillo de confesonario; pero, ¡ay!, la dulce voz corta igual que un hacha...

Empieza a referirnos historias de subido color; graciosos sainetes adobados de hipocresía acerca de las niñas que acuden a las iglesias. Analiza las encendidas picaduras del amor con fina sátira, sin un matiz plebeyo, con los guantes puestos. Parece un viejo filósofo cartesiano a quien sólo falta la tabaquera de rapé...

Cierra su sermón una picante anécdota. Cierto anónimo Céspedes toledano metió la cabeza en la reja de su novia, y no pudiendo luego recobrarla, la asustada Dulcinea fué a pedir auxilio a un herrero. Mas el furioso galán, de un tirón violento desencajó de la pared los hierros, y, enjaezado de esta guisa, escapó a su casa, agravando inocentemente la escena.

Se despide dándonos prudentes consejos, perdida la mirada entre los papelotes de la levita. En el aire queda una fragancia que a toda prisa nos hace huir. Mas, a pesar de nuestros arrestos, las palabras del sabio refrenan el cotidiano paseo por las calles.

—Vamos a la plaza de Padilla, que estará desierta—propone Piedad.

—Bueno, tú guías; ¿está muy lejos?

—No, aquí al lado; seguramente has pasado por ella muchas veces sin fijarte.

Efectivamente, atravesamos las Tendillas y damos con una plazoleta solitaria que me es familiar. Enfrente, las recias paredes de una iglesia; a los lados, casas viejas abandonadas; a la espalda, un asilo con su cenefa de escombros. El sitio es silencioso y recatado; podemos, pues, pasear impunemente.

Nos encontramos en el solar sagrado del primer comunero; mas no se ve el menor rastro del prócer albergue. Y, sin embargo, aquí estuvo el palacio de Padilla, templo de las libertades castellanas. Esta es la famosa plazoleta que fué sembrada de sal y donde lápidas injuriosas escarnecieron el nombre del mártir.

Ante el olvido que revela este rincón abandonado, me indigno sinceramente. Piedad, por el contrario, asegura que, con un poco de imaginación, nada falta en el solar histórico. Para convencerme empieza a reconstruir la figura hidalga de Juan de Padilla. Oyéndola se ve todo el escenario iluminado. Si yo desciendo de versolaris, ¿por qué no he de creer que mi novia procede del anónimo pechero que forjó Mio Cid?

—Fíjate—me dice—: estamos en el prólogo. Al levantarse el telón del Pasado aparece el protagonista. Es un mozo de treinta años, enjuto, magro, negros los ojos y cetrino el rostro. Tiene esa belleza del sarmiento florecido, tan usual

en Toledo, y cuya decadencia, desangrada la cepa, había de pintar años más tarde el Greco, ese forastero de raigambre espiritual tan netamente castellana...

—No están mal esos cuatro rasgos—le interrumpo.

Piedad lanza al aire su risa fresca, y prosigue:

—Los dioses, que gustan vestir con sus mejores galas al que luego han de despeñar, adornaron de fáciles triunfos sus primeros pasos. La Fatalidad amasó a su gusto esta alma, y así preparado, pasea por el escenario de la vida envuelto en el amplio coturno de la dádiva. Su voz tiene sabor de mieles al arengar a las masas; es fina como una trova al desgranar un madrigal, y es cálida al plañir una querella de justicia...

—A propósito de justicia—vuelvo a interrumpir—: ¿crees tú que es lícito mostrar lo luminoso y esconder las manchas obscuras? La sombra de Padilla fué la ambición; sin contar con que el gusanillo de la popularidad royó en su corazón como en una fruta madura. La trayectoria de su rebeldía tiene un momento subterráneo; tal vez la nobleza quiso encender la hoguera hurtando el cuerpo; por eso él tanteaba tanto antes de inclinarse...

—Esa es precisamente su aureola—replica Piedad—. Cuando los medrosos huyen, cuando

la nobleza se disfraza de Judas, él se coloca a la cabeza de los díscolos. Si antes no hubiera tenido vacilaciones, habría sido un loco, no un héroe. De este modo, en un momento se juega la vida. Cuando era grande, Castilla era así...

—En eso estamos conformes—afirmo convencido.

—¿Sí? Pues déjame seguir. Primer acto de la tragedia. Es un día claro, luminoso, castellano. La lumbre del sol reverbera en esta gran plaza; ilumina los torreones del solar, pone franjas rojas en la piedra gris y dora los índices de los cipreses que guardan el jardín de aquel convento...

Mi novia señala con la mano extendida un lugar imaginario, y continúa:

—Frente al palacio de Padilla va colocándose en línea marcial la heroica gente. Se ve la vanguardia de arcabuceros, dura y áspera. Son hombres fornidos, de bigote canoso, curtidos por el polvo y la sangre de cien batallas. También hay licenciados de los Tercios, viejos soldados con la piel tundida por el plomo enemigo. Vienen luego los pecheros de la revuelta, nervio de las Comunidades. Son aldeanos de la provincia, obreros de los arrabales, tejedores, espaderos, pelaires, forjadores y boneteros. Una masa heterogénea desprovista de hierro protector. Van así más sueltos, desembarazado el pecho de toda defensa. Llevan armas cortas, en cuya lu-

ciente hoja, templada por el Tajo, pone el sol besos de plata. Detrás marcha la caballería ligera, armada a la jineta, y a continuación, los lanceros, con sus zapatos ferrados. En último término van los criados portadores de órdenes y un corto número de caballeros, Pachecos, Zúñigas, Silvias... En los escudos, hábiles manos de orfebre han cincelado motivos de poesía heráldica; los cascos retadores acaban en alegres penachos, que el aire destrenza. Bajo las armaduras asoma la malla, rimando con las bandas fastuosas. Cierra la marcha don Juan, pálido, altivo, iluminado. Todos los corazones palpitan ávidamente; callan los labios, y los puños se crispan como cepa seca en el fuego. Desfilan rígidos, y el pueblo los despide con gritos roncos y agresivas recomendaciones. Desde el gótico ventanal, doña María, con una serenidad de muerte, agita el pañuelo; al pasar don Juan, sus almas se funden. "¡Torna pronto!"—dice la dama. "Volveré triunfador"—contesta el caballero. Y doña María queda clavada por el dolor al ventanal, fija la vista en el camino, aguardando, aguardando siempre. Espera inútil. La cabeza del noble, en vez del beso amoroso de bienvenida, recibirá la caricia afilada del hacha del verdugo. Su espíritu altivo no retoñará...

Piedad calla largo rato.

—Bien, sigue; ¿qué más?—me decido al fin a interrogarla.

—Nada más; eso es todo — contesta sonriendo.

Me quedo mirándola.

—Entonces la tragedia sólo tiene un acto —insisto.

—Uno solamente. Castilla sigue apoyada sobre el alféizar; se ha detenido en aquel momento. Mientras las otras regiones andan, ella escucha su sueño interior; aguarda al caballero; espera su salvación del bizarro que marchó muy lejos... Y el paladín no vuelve...

—Volverá—aseguro—; pero sin la espada guerrera, sin la cota de malla de Padilla.

—¿Será acaso un doncel joven como tú?—interroga maliciosa.

—Sí; ¿por qué no? La madera del ídolo tiene que venir del Pirineo. Aquí habéis arrasado los árboles, y los santuarios se levantan siempre a la sombra de los bosques. Hoy que el tesoro castellano está en quiebra se necesitan manos recias para restaurarlo. ¡Pobre viuda dolorosa, prisionera entre rejas! Es un error esperar la libertad de la espada de Padilla, espada de revuelta, espada estéril. Yo siento mucho no poder ofrecer a esa dama un guerrero férreo como el comunero, o siquiera un sofista de la decadencia. Si la viuda de Padilla quiere casarse, tendrá que dar su mano a gente nueva: químicos, ingenieros, colonos... Dulcinea lleva siglos sin moverse; no creo que su anemia se cure con

el hierro guerrero, sino con el hierro hecho maquinaria. Esperar al caballero que murió en Villalar es un suicidio; el nuevo galán no hace trovas... Pero puede ser un buen marido...

CAPITULO II

EL SUSPIRO DEL MORO

Definitivamente enjaulados. Al intervenir la familia hemos perdido la libertad. Los barrotes están compuestos de frases sacramentales. Formalizar las relaciones y acatar las costumbres. Nada de vuelos románticos y revolucionarios; evolución, guardia honesta a cierta distancia.

Ahora, en nuestras salidas llevamos una vieja rodrigona que actúa de sombra, de mala sombra. Dentro de la casa, en el torreón de Dulcinea—léase sala de visitas—, los ojos familiares nos acechan. Don Agustín es un sabio: he acabado como todos: mordiendo a más y mejor el pan del noviazgo.

Como mi obsesión no es precisamente el arte, los pinceles duermen un sueño esquimal. A fin de no aburrirme, pues por las mañanas no puedo ver a Piedad, me marcho a charlar al taller de mi futuro suegro. Así, por lo menos, perturbo un poco a la familia; y ésta es siempre una pequeña victoria.

Don Andrés Uxda es un toledano de rancia

y castiza solera; cenceño, magro, activo, con una agilidad impropia de sus años, no permanece quieto un momento. El mismo dibuja los trabajos, da las órdenes y ayuda a su ejecución. Sus manos de forjador, anchas y musculosas, no encajan con los ojos, un poco blandos, encerrados en unas gafas negras que espiritualizan su empaque de obrero.

La casa está situada en lo más alto del barrio de San Lucas. Su barbacana mira a los roderos. Por un tragaluz con honores de ajimez se ven los cantiles pedregosos que doman el río, haciéndole caminar entre peñascos formidables, tascando su furia con las bridas de la fábrica de luz, aprisionando su lomo entre las ancianas paredes de la aceña, cuya lengua molinera entona su canción triunfal. Pero estas cadenas artificiales no pueden acallar su voz, y el Tajo se aleja, dejando una espuma de angustiosas maldiciones.

Contemplo el paisaje. Al borde del acantilado hay un jardín con hermosos árboles y senderos de fina arena, cercados de evónimos. En grandes macetas, panzudas como tinajas, las palmeras elevan sus copas de mora melancolía; tras los bardales están las manchas de escombros, que ponen una nota sucia sobre la tierra austera.

Al otro lado del Tajo, y en línea recta, se ven las blancas alas de la Virgen del Valle. En-

cima, la mueca sombría de los olivos se va perdiendo en el cielo limpio y brillante, soberanamente azul. A la derecha del Santuario hay otro cerro deforme, afeitado de árboles y con una pelusa de un verde tétrico. En la misma vertiente, la entrada del río aparece limada por peñas severas como dólmenes, que sostienen con sus nudos desgarrados una bandeja llena de alfombras en todas las tonalidades del verde. El cigarral, cercano a San Servando, está cuajado de albaricoques, y enseña su roja boca de ladrillos, como dando las gracias a los peñascos que le han servido de arnés...

Aunque se empeñen los intelectuales, este paisaje no será nunca símbolo de una decadencia. Aquí no hay nada barroco ni recargado de joyas; pocas líneas, y éstas recias y eternas. Todo es duro, enérgico y, sobre todo, guerrero; se parece a la vida castellana. Un oasis alegre, muchos rodaderos, un cielo puro y unas simas que dan angustia.

El patio del taller aparece dividido en salas irregulares y caprichosas, que dan a las estancias sabor de laberinto. Nada de paredes modernas. Sigue la casa con el mismo ropaje de aposentos que hace tres siglos. En los pasillos sólo se ven láminas y barras de hierro.

A continuación está la sala de forja. Es una visión velazqueña. El horno tiene abierta su boca de infierno; los brazos desnudos levantan

el martillo. Se ve el yunque primitivo, las negras tenazas; se oye el resoplar del fuelle, el jadeo de los forjadores, la queja aguda de la pieza férrea que nace a la vida del arte. Aquí todo germina a golpes de maza; no se visten las piezas; se crean. Y como en todas las creaciones, las obras nacen desnudas...

Subo a la terraza y contemplo un facistol. Es un encargo, ya terminado, para una catedral del Norte. El tallo, un poco áspero, no tiene nada de particular. La labor formidable está en sus dos caras. Las curvas, de un atrevimiento inaudito, acaban en dragones alados, cuyas bocas despiden llamas. Otras veces la greca termina en espigas y hojas de laurel. Encima, un ángel lleva a los labios la bélica trompeta. Lo malo es que esto no se puede vaciar en moldes. Ni orfebres ni escultores. Titanes que modelan a mazazos; de ahí su mérito estupendo.

En otro cuarto, los obreros van y vienen como afanosas hormigas. Llevan el hierro, lo cortan, lo miden. En un rincón, frente a un ventanillo y sobre una mesa rústica, un operario de blusa azul trabaja en hueco una bandeja. Sus barbas largas, de abolengo moro, se inclinan sobre el pecho. La luz pone en su piel morena reflejos metálicos. Entre este tráfago de inquietud, esta cabeza ensimismada y taciturna tiene un aroma de paciente y erudita fragancia. ¡Admirable cabeza para un aguafuerte!

Me voy a otro taller por un pasadizo angosto. Los obreros trabajan con sopletes, martillos, cristales. A un lado queda el dibujo que trazó la mano experta de don Andrés. Es un farol grande que, en manos de los chamarileros, adquirirá la respetable ancianidad del siglo XVI. En vez de vestirlo con colores modernos, se empeñan en darle tonos viejos, sordos. Sólo acercándose mucho se ve la donosura de sus curvas; sus orlas, acariciadas con un arte exquisito. Toda la caja está labrada como una custodia. Don Andrés se soterra en los antiguos; jamás firma estas obras tan originales.

Cuando le increpo me contesta alegremente:

—Este es un arte inclusero; a mí me dan el encargo desde Londres o París; me pagan mi trabajo, no mi firma. Eso se queda para las bailarinas del arte, pintores o escritores.

—Muy bonito—le digo—. Así el judío francés o inglés se enriquece con su sudor. Necesita usted nacionalizarse económicamente. Es preciso que le conozca el público; hay que descender al mercado...

—¡Allá cuidados! El buen paño en el arca se vende.

Mi futuro suegro tiene un cráneo de taifa; bien es verdad que si los titanes no hubiesen tenido la cabeza un poco dura hubieran vencido a Júpiter. Entonces el divino Apolo mató

con sus flechas a los gigantes; hoy, para derrotarlos basta con el caduceo de Mercurio.

Después de atravesar otras salas, paso al despacho. El único espacio libre de morillos, bisagras y velones es un tablero empotrado en la pared. En una alacena se ven tomos de Amador de los Ríos; unas Historias de Arte y multitud de láminas y grabados sueltos.

Los obreros están acabando una verja.

—Me la han pedido desde París; es para una iglesia de América: copia exacta del coro de nuestra catedral—me dice don Andrés.

Efectivamente, las mismas fajas de hierro retorcidas en espiral, las mismas curvas angustiosas, los mismos lazos, el mismo follaje ornamental de variadas plantas.

Sentado en el tablero sigo los últimos toques. Llega un aprendiz.

—Que me diga usted cómo acabamos esta línea.

Y el espigado chiquillo enseña un precioso marco para retratos.

Don Andrés se vuelve y me dice:

—Renacimiento italiano; me han mandado el dibujo y va a salir igual.

—Pero el judío que se lo ha encargado le dará a usted treinta miserables monedas y él lo venderá por un Cellini.

—Es natural—me contesta encogiéndose de hombros.

Acabo por convertir el tablero en púlpito.

—Está usted haciendo el berberisco. Que en Africa exploten los judíos a los moros, bueno va; pero España no es Africa, sino Europa.

El exordio no puede ser más agresivo ni menos académico. Don Andrés sonríe.

—Es en Europa donde precisamente nos explotan...

—Pues no debe ser—le digo—. Una piel limpia, civilizada, no puede tolerar parásitos. Los chamarileros son los parásitos del arte; sus tentáculos, el escaparate acreditado, la tienda lujosa. Aquí va a parar vuestra sangre. El caduceo semita engorda mientras usted sigue seca la bolsa y avellanado el estómago. En tantos años de explotación, ¿por qué no buscó usted socios capitalistas y agrandó estos talleres, poniendo establecimientos de venta en Madrid, París, Londres y hasta en el Polo? Así podía usted comer honradamente el uno que ahora come y el millar que comen los acaparadores de la grasa del cíclople; su fiero individualismo será muy castizo, muy moro o muy castellano; mas siempre es un atraso. Hoy la Humanidad trabaja formando rebaños. Toledo puede formar una sociedad por acciones, puede organizar los obreros de todos los talleres particulares; puede formar un *trust*, por lo menos más poético que el de la remolacha, y exportar por toneladas estas divinas joyas, esmaltes, graba-

dos, repujados y haces de verjas... Tienen ustedes obreros especialistas, un río glorioso; no falta más que mover el capital anónimo con un buen gerente por pastor. Si tienen ustedes el vicio de pedir a los gobiernos el oro y el moro, o al cielo el maná, ¿por qué no tienen ustedes también las virtudes del rebaño moderno?

Don Andrés deja por un momento el trabajo.

—Pare, pare el carro, mi futuro yerno. Aquí lo muerto es lo único que vive; aquí las almas son lo único muerto. Mientras el arte crepita y llamea, los hombres siguen dormidos en un sueño milenario.

—Mejor, daremos recios aldabonazos, sembraremos el regionalismo...

—Se perderá la cosecha; las ciudades, como los hombres, cuando llegan a la vejez, sólo se mueven por la envidia. En Toledo no se pueden organizar *trust*. Si yo hubiera triunfado tendría formada una sociedad o dos para reventarme. En cuanto un negocio sube, surge el capital en la acera de enfrente. Sólo así se arruinan todos. Deje usted en paz a la ciudad y dedíquese al amor. Cada cosa a su tiempo...

Y mi futuro suegro suspira con tal fuerza, que los obreros vuelven la cabeza hacia nosotros.

LAS ROMERIAS

Al entrar la primavera, cuando llegan las romerías, vamos sin rodrigona, fundidos con el pueblo, en nuestra doble calidad de romeros y de novios. Acudimos a todas las romerías que podemos: a la de San Blas, a la de la Guía, a la del Valle, a la de La Bastida...

En esta última se recorre el paisaje más sabroso. Se suceden los cigarrales, llenos de melancólica vegetación. En el terruño apretado, las manchas de sus olivos ostentan un verdor de juventud. Junto a las peñas descarnadas, estos caseríos, tan castizamente toledanos, se presentan con un mimo de regazo. Las paredes blancas semejan alas en reposo. Todo está recortado, bruñido por la diafanidad de esta luz incomparable, de esta luz de cromo. Desde San Martín a los Lavaderos, la loma entera tiene cierta ternura religiosa. Me recuerda este paisaje las estampas que mi madre guardaba en el devocionario: Jerusalén, el huerto de Getsemaní. Sí; es un paisaje judío...

Abajo, buscando el freno de las presas, el Tajo discurre con manso humor y verde caudal. Más allá del Angel, sus riberas se pueblan de árboles, y unas islas llenas de álamos acaban por dividirlo, a pesar de su fiera gentileza.

Desde la ermita, situada en la cresta del mon-

te, se ve la carretera hasta Torrijos. Al otro lado, Guadamur, Polán y varios pueblos más. Algunos juran que en días claros se ve Madrid. Por la espalda, la vista se detiene en la sierra de Layos, con su cabellera casi siempre blanca. Es la ventaja de las cumbres: hacen volar fantásticamente a los ojos más humildes, y todo se paladea puro, limpio y reducido.

Para la romería de la Virgen del Valle salimos muy de mañana; nosotros, los novios, delante; luego vienen mis futuros suegros con un corto racimo de bulliciosos vástagos; cierra la marcha una criada bargueña porteando la cesta, tan llena de viandas, que causa espanto. Sólo el estómago sin fondo del concejal don Bernabé podría sentir un sano regocijo.

Salimos por Alcántara. Al poco rato queda atrás San Servando, la mole gris de esbeltos torreones. Más adelante se remoza el paisaje con la pelusa juvenil de los cigarrales. Después la tierra vuelve a enseñar sus huesos; rocas desnudas, trágicos dólmenes; son los titanes que no logran aplastar al Tajo.

Siguiendo a las caravanas de romeros descendemos por el barranco de la Degollada. Viene luego la ascensión penosa buscando la cima, en cuyo labio inferior queda colgada la ermita.

Desde la peña del Rey moro a las alambradas de la Sisla las familias, sentadas sobre el césped, se disponen a merendar. Hay una alga-

rabía infernal. En un claro se entrelazan las parejas al son de los organillos; en otros corros, ante el altar de una bota de vino, las roncas gargantas entonan báquicas melopeas. Se canta *Marina* a todo vapor. En las romerías de hogaño, como en las de antaño, el pueblo pone siempre en sus fiestas un temblor de paganía. Su diosecillo familiar es Baco.

Nadie se entiende: las madres llaman a gritos a sus hijos, que retozan por las peñas o atruenan el aire con sus silbatos; los muecines pregonan sus mercancías; el monte semeja una cuba inmensa; las voces tienen ese hervor sordo de las fermentaciones...

Por las colinas, que son fuentes de humana alegría, descienden las doncellas a rezar una salve a la Virgen. Bajan los galanes por otros senderos y las esperan en la carretera, que es la arteria de todas estas veredas. Las doncellas tapan la linda cabecita con blancos pañuelos. Al entrar en la capilla se persignan devotamente y agitan la cuerda de la espadaña. Por medio de este rito piden un buen novio. Lo malo es que los zánganos de la escolta quedan a la puerta y oyen el dulce son como quien oye llover...

Después de algunas marchas forzadas por las barranqueras del monte encontramos un sitio propicio. Queda colocado el bagaje entre las quiebras de una peña. Se enciende el fuego, y

por unas horas volvemos a los deliciosos tiempos del celtíbero puro y errante.

Se discute el plan para pasar la tarde. Conformes en visitar la ermita y ver la procesión. Pero las mujeres se empeñan en que volvamos por la barca; esto entra, por lo visto, en el ceremonial de la romería. Piedad calla...

Al fin convenimos en que la familia volverá en barca, y mi suegro, Piedad y yo iremos a pie para entrar por San Martín. Aduzco poderosas razones; mi novia necesita andar para no amustiarse, necesita largos paseos, mucho aire de campo. Don Andrés acepta, encogiéndose de hombros.

Llegamos a la terraza de la ermita. Apoyados en los hierros del mirador se ve la ciudad apiñada, apretujada por el corsé del río. Parece un vientre próximo al parto. La cara es medieval; no hay una fachada moderna en su clámide. Los hombros—Alcázar y catedral—sostuvieron la epopeya castellana en nuestro férreo y fugaz Renacimiento. Ahora duermen aletargados.

Es una visión magnífica, que acusa en dos trazos un nuevo carácter de la ciudad: la síntesis perfecta de conjunto que ofrecen las cosas vistas desde lo alto. En cambio, cuando observamos desde el fondo, sólo se nos ocurre analizar, destruir...

En la parte alta, el desnivel de los tejados

marea; la vista padece con esta falta de uniformidad. Un tejado traspasa y sube sobre otro; el de más allá se repliega; todos luchan. ¡Qué individualidades más poderosas! A veces, los más anchos, por esa piadosa debilidad que envenena a los fuertes, se dejan rasgar por fieros enanillos. Una torrecilla vanidosa, un alborozado campanario, la lengua atrevida de una espadaña...

De un lado a otro, estos tonos rojos van encrespándose con la matemática exactitud de las olas. Forman rizos sangrientos o una espuma gris de crestas y agujas: San Román, San Pedro Mártir, Los Gilitos. Luego, esta espuma se estrella contra las paredes formidables de las naves más altas: el Seminario y el Alcázar.

El otro trazo es de quietud y las olas no se mueven. El pecho de la ciudad aparece inmóvil, con un aire de calma, de sosiego, de paz. Cada peñón es un corazón dormido, y centenares de paredes, de alitas parduzcas, descansan abrazadas.

Si los tejados quieren volar, la sugestión de estas piedras, que ya no laten, se lo impide. Las pardas aceras, las calles hinchadas como vientre hidrópico aletargan la divina ascensión de estas testas rojas, dispuestas a ingresar en la dinámica cofradía de las nubes.

—La ciudad, vista desde aquí—le digo a mi novia—, tiene su pintor y su poeta. Los dos son

forasteros; los dos han soñado largas horas; los dos han recogido el dolor, como el Tajo recoge todas las aguas de esta cuenca. Desde aquí se comprende la pintura sombría del Greco y se saborea la protesta resignada y doliente de Jorge Manrique. Y del mismo modo que al mirar un retrato del Greco pasa ante nosotros la visión entera de Castilla, con sus caballeros pálidos, en cuyos ojos flota siempre una romántica tristeza, símbolo de marchitos ideales, al leer a Manrique nuestra alma se recoge hasta encerrarse entre estos montes, que, limitando el espacio, nos fuerzan a contemplar la corriente mansa del río, que pasa como la vida del melancólico poeta. Para mí, sus coplas no son mas que esto, fíjate: Toledo desde la Virgen del Valle.

Sentados en el poyo de la terraza, contemplamos silenciosos el paisaje. La voz de Piedad inquiere de repente:

—Oye, ¿crees tú que Manrique vivió en Toledo?

—Sí—respondo—; algún tiempo debió estar. Se sabe que cerca de Ajofrín guerreó contra Valenzuela, y Ajofrín está ahí, detrás de la Sisla. Pero eso es lo de menos: hay obras que sólo se explican frente a un determinado paisaje, y las coplas de Manrique tienen alma toledana. Sólo pudo respirarlas en esta ciudad romántica, donde aun se ven los resplandores de una raza de guerreros y poetas que sabían a un tiempo

vencer y soñar. Acaso en una tarde de aburrimiento vino con el libro de Boecio, cogido de la biblioteca de su tío Manrique, el corregidor de Toledo, y viendo correr el agua, la poesía fluyó dulce, elegíaca y eterna. Pero como las ostras eruditas no dicen nada, yo tampoco te respondo de que esto sea seguro.

—Sin embargo—replica mi novia—, cuanto más se mira la ciudad desde aquí, más verosímil parece esa versión. Es una elegía a Toledo muerta...

—No; a mí no me produce ese efecto. Para mí, Toledo no se ha muerto. Se ha dormido como una sultana cargada de joyas magníficas, restos de un pasado luminoso que, al huir para siempre, dejó impresa en sus murallas, no la pesadumbre trágica de las cosas que mueren, sino el encanto suave, resignado y poético de las cosas que se van. Y se ha dormido sonriendo, arrullada por el Tajo, que, al rodearla casi por completo en un abrazo inacabable, va deslizando en su oído, entre el correr de sus aguas, las inmortales estrofas de Manrique. Mirando este panorama se comprenden sus palabras: "Son los ríos nuestras vidas." Pero no esos ríos limpios que se deslizan mansamente sin obstáculos que los detengan ni barro que enturbie su claro caudal. Los ríos de nuestras vidas se despeñan entre rocas de pasión cubiertas de légamo, de inmundicias y de suciedad...

El padre de mi novia, que charla con un obrero de la fábrica, nos hace señas desde lejos que es tarde. Nos levantamos para marchar, y despacio, silenciosos, volvemos hacia Toledo. Todavía Piedad me pregunta, impresionada por el paisaje:

—¿Cómo sería el río de la vida de Manrique?

—A pesar de los silencios biográficos—respondo—, yo le veo nacer en una fuente tranquila y extenderse muy quedo por la llanura castellana, sobre cuyo fango resbalaría sin envolverse en él jamás. Su corriente melancólica, de árabe sabor y alimentada con páginas de la Biblia, no sintió el loco afán de las violencias, ni se encenagó en el barro del pecado, deliciosamente tentador. Y, sin embargo, tal vez envidió a otros ríos que corrían entre las alambicadas riberas de la corte de don Juan, sin aportar ninguno tan mezquino caudal como el suyo. Pero al caer herido, al sentirse cerca del mar, que es el morir, los papeles guardados en el pecho habían de salvarle. En ellos quedaba el zumo y las gotas más íntimas de su torrente sentimental. De todo su pobre bagaje sólo estas coplas siguen siendo inmortales. Tienen sabor eterno de fontana bíblica y surtidor árabe; lágrimas de rabí, lamentos de muecín... Por eso su espíritu se cierne sobre el alma de esta ciudad, que es su espejo, y en los momentos de-

cisivos parece inclinarse a nuestro oído, repitiendo con voz trágica la frase desesperada: "Nuestras vidas son los ríos..."

LA ULTIMA CENA

Despedida de soltero. Al ágape servido en el cigarral de Esquivias han venido todos mis amigos. El apostolado de la amistad tiene establecido este rito quizá desde los tiempos de Túbal y Tarsis. El caso es que yo despido a esta cofradía con una comilona compuesta de platos castizos.

Plato primero, el del arcipreste: perdices rociadas con vino de la Sagra. Después, langosta, y de vinos, Noblejas. ¿Por qué les gustará tanto a los toledanos la langosta? ¿Será que estas gentes de tierra adentro añoran el mar?

Se suceden los bocados apetitosos. Tripas llevan pies. Don Bernabé está sentado en la cabecera de la derecha, lejos de Esquivias. Por un momento los maxilares del formidable concejal me recuerdan aquellas manos afanosas de Mirenchu desgranando las alubias. El mismo ruido, sin que nunca pudiera llenar el cesto. Tampoco el tonel de don Bernabé se colmará jamás.

Tengo a mi lado a Enríquez. Se ha quitado sus lentes filosóficos, y con el tenedor levantado y voz mesurada vierte sobre mi oído todo su

bagaje, que antes fué de arte y ahora es de política económica. Estas cantigas contra las oligarquías que empobrecen el mapa español no me causan mella.

A la izquierda tengo a Roger. Su lengua de aguijón azuza y encizaña los cerebros de los comensales. Su ingenio de avispa va destilando animados pensamientos de fina coloración satírica. Pronto tiene coro; sus chistes se repiten y pasan de boca en boca...

Calatrava come parcamente y calla. Don Agustín, excepción del vino y la vajilla, todo lo ingiere. Cada vianda le sirve para exponer, con su voz dulce, una extensa cultura culinaria. Con los años, la diosa Minerva va bajando al vientre.

Los taifas del casino han mandado en comisión dos representantes de cada uno de sus zocos. Por los empleados vienen Quinito y Rodolfo. En junto, estamos cerca de treinta hombres.

Llega el momento de brindar y hay que apurar íntegro el cáliz de esta inspiración de sobremesa. No me perdonan ni un párrafo. Cada comensal trae embotellado su brindis, y el recio yantar descorcha las lenguas más tímidas.

Don Bernabé me desea una descendencia tan copiosa como la de Jacob. Pide que estas tribus futuras jamás salgan de la tierra prometida, o sea del campo sagrado de la santa Igle-

sia católica. Quinito ve en mí el árbol artístico del bosque pirenaico que dará una nueva cosecha de compositores, cuyas partituras desgranará él, de dos a cuatro, en el casino. Roger me ofrece la vara de alcalde y ve a mi parentela alrededor del brasero monetario de las arcas municipales. Y así no permanecerá ociosa su pluma de satírico acero, dura como una maza. Enríquez me transforma en un colono más, venido de lejanas tierras para roturar con el arado de la cultura estos cerebros yermos de regionalismo. Termina con las palabras de Amiel: "Toda semilla es cosa misteriosa, caída en el suelo o en las almas. El hombre es un colono. Su obra es desarrollar la vida, sembrarla en todas partes..." Don Agustín, más pintoresco, barniza de color moreno mis mejillas y me bautiza con un rótulo de folletín: "Fermín el vasco, o el Greco del siglo veinte." Se suceden consejos y profecías. El volcán oratorio acaba por cegar mi atención.

Al fin me levanto. Mi contextura lírica es interior: no de calle ni de mitin. Tomo la copa y me dirijo a la ventana. Con una videncia de druida, me oriento hacia el Norte, levanto la copa en alto y vierto el líquido: "Por mi Piedad y por mi Pirineo..."

Como nadie me entiende—el alcohol enturbia los símbolos—, todos se ríen o aplauden inconscientes. Roger me parodia con un chiste san-

griento, lleno de ingenio mordaz. Sólo Enríquez y Calatrava, conmovidos, me estrechan la mano.

....

....

He dormido mal, muy mal, después de despedirme de esta libre cofradía de los solteros. ¿Fué un sueño o un letargo? No lo sé. De todos modos, las pesadillas han bailado su zarabanda macabra, dejándome una impresión angustiosa. De esta noche cerrada me queda un confuso tropel de imágenes caóticas, sin nexo, arbitrarias y locas como los rasgos de un aquelarre.

Todas las figuras cambiaban en esta danza disparatada. Eso sí, el escenario era siempre el mismo: el célebre Entierro del conde de Orgaz...

A mi alrededor, con la propia ropilla de los inmortales personajes, aparecían mis amigos disfrazados de frailes ascetas y de neuróticos caballeros. El mismo párroco, los mismos santos, no inclinados, sino de pie. A la derecha, Piedad y yo, arrodillados, oíamos la epístola de San Pablo. Arriba, el Juicio final había desaparecido. Primero surgió el caserío blanco con el escudo heráldico, los calderos de los Iturris y la sirena de los Mendías; luego, unos prados jugosos; después vi caminar al alegre Bidasoa...

Hasta aquí todo fué bien. Ni había dolor ni angustia. De repente, la parte superior del cuadro se rasgó. No rechinaba el lienzo, sino mi

cerebro. Tampoco esta vez volvió a aparecer el Juicio final. En su lugar, con la rapidez del relámpago, avanzaba el puente colgante de la ría de Bilbao. Se ajustó con un tintineo férreo a los hachones que alumbraban funerariamente el milagroso entierro del conde. No había olas en todo el cuadro. En mi corazón alborotado, sí. Rugían, se levantaban o me aplastaban. Me dolía el corazón como si contuviera un mar...

CAPITULO III

LA MAS ANTIGUA Y SIMPLE DE LAS RECETAS

Despacio, con un temblor de años, la tierra montañesa me va entregando parte de sus encantos. Mis ojos aprisionan sus joyas más azules, la fronda de sus verdes más intensos, sus vestidos de terciopelo, cada vez más lindos. Vuelvo, como hijo pródigo, y el paisaje, sonriéndome con maternal perdón, me descubre nuevos matices...

¡Bendito Pirineo! ¡Tú guardarás mi último sueño! Así hiciste con mis mayores, que duermen en aquella loma de blancas tapias bordada de árboles y sembrada de esbeltas cruces.

Tenemos los vascos la inquietud del pájaro emigrante; pero en la soledad de las pampas o tras del mostrador americano el montañés añora siempre el terreno nativo. Volamos para volver... No hay uno que no venga a dormir a la sombra de tus nogales. Somos los cangilones de una raza que atraviesa el ancho mar para buscar las fuentes del oro, y al retorno,

sobre tu manto brotan los caseríos arrogantes, las villas geórgicas, los jardines aromados de flores por la mano ruda del indiano.

Yo vuelvo desde una tierra dura y seca que ha dejado de reír, aunque conserva sus colinas sagradas llenas de olivos. Traigo una paloma castellana de alas enfermas, de blanco plumaje como la Fe, y un poco triste, porque su amor es así...

¡Paisaje dulce, de frescas hondonadas, de lomas cubiertas de castaños, de hierba jugosa y brillante! Cura nuestros nervios, para que podamos volver a volar... Yo te ofrezco enterrar todos los hijos fracasados de mi espíritu, desde el pincel hasta las cuerdas de mi laúd aventurero... Haz tú que píen nuevos tórtolos en mi solar. Pájaros de carne y hueso que lleven mi sangre; pájaros de cabellera rubia como las mazorcas de tus agros; pájaros que tengan el espíritu sereno de Piedad...

Mi mujer, un poco pálida, arregla sus melenitas ondulantes de paje y corta con su presencia mis extravíos líricos.

Voy iniciándola en los nombres del paisaje. A pesar de que se cala los impertinentes, no alcanza a ver los trechos lejanos de esta clámide idílica del valle.

—¿Ves aquellos prados tan coquetones y lindos? Según una leyenda, son los zapatos verdes de una gigantona: la mujer de Basa-Andre.

El monte de la derecha se llama Legate, y es la frente adusta del marido, que dormita detrás.

Piedad me interrumpe.

—¿Y aquellas casas apelotonadas cerca del Bidasoa?

—Las primeras son de Oyeregui. Están acostadas en un repliegue, para poder curiosear mejor los amores de la carretera y el río. Aquel palacio tan lujoso es Bertiz. De este patriarca de piedra, que tiene por barbas aquellas largas verjas, nació el nombre del valle. Mira los desperdigados caseríos; buscan los cerros redondos, levantados; los pechos más briosos de la montaña. Como niños, aman en la tierra la nodriza. Aquí el matrimonio es siempre sacramento.

En el comedor está ya el tazón de leche con la sal. Piedad necesita aún el brebaje ciudadano. Sumerjo media torta de *talo* fresco, recién hecho; mi mujer protesta del maíz, que ingiero con la voracidad de un estómago vasco.

Bajamos a la huerta. Mi azadón abre largas y retorcidas venas por los tableros de hortalizas, que el padrecito Bidasoa se encargará de nutrir. Piedad, en sandalias, apaga la sed de las flores, acicala los tiestos y acaba por manchar de barro sus manecitas pálidas, sus dedos afilados de figura de Greco.

—Hay que volver a la tierra, Piedad. Toledo acaba por desequilibrar los nervios más tem-

plados; el caserío los entona. Sólo el campo cura todas las intoxicaciones y todas las extravagancias morbosas del fariseísmo ciudadano. Anda, tráeme aquella podadera; voy a limpiar los manzanos de nuestro huerto.

Piedad, risueña, se encoge de hombros.

—¿Te sientes filósofo? Mira que te vas a quedar sin público...

Para contestarle adecuadamente descanso apoyándome en el brazo del azadón, como si estuviera posando una escena campestre.

—No; no me siento filósofo; me siento Abraham. Y quien dice Abraham dice padre de un gran pueblo. Millares de Mendías han de brotar del árbol trasplantado de Castilla. Acércate y no tengas miedo; ¿no ves qué bien sé cuidar las hojas de mis manzanos?...

OTRA VEZ EL TRAJE DE VERSOLARI

Como en mis buenos tiempos, pido los arreos campesinos. En mi cabeza, ya sin aureolas merovingias, la boina cae un poco grande. También encuentro holgado el chaquetón. Piedad, entre risas, me va colocando las prendas, y al salir, sus ojos me miran fijamente, chispeando de inquietud, como aquellas miradas de la pobre Mirenchu. El pasado vuelve...

—No temas, mujer; subo a Yanci, no bajo

a la Ulzama ni a la Barranca. Antes mis correrías románticas las disfrazaba de motivos económicos; ahora mis salidas, esencialmente económicas, las disfrazaré con poéticos motivos. Nada temas; el cuco tiene ya su golondrina forastera...

La beso largamente y salgo con paso rápido. Cerca de la entrada, en el cuarto de costura, veo a Josepha preparando baberos, blancos pañales, gorras de espuma retorcida...

Monte arriba, mi imaginación no descansa. Daré la batalla al aguilucho de Yanci empleando una táctica nueva; ya no me viste Mirenchu, sino Piedad; hay que afilar las uñas prácticas de la raza.

El contrabandista se alegra ruidosamente. Eso sí, me palpa varias veces; se le ve el temor de abrazar el vacío.

—Estás hecho un huso, Fermín.

Vuelve a darme palmaditas, como tratante discreto que analiza una res. Unos vasos de sagardúa sirven de prólogo a nuestra conferencia.

Desde esta burguesa casona, nido del heroico pirata aduanero, se ven los pueblos lejanos como desde un trono. Sumbilla está dormida en una loma; Echalar huye de la carretera; Aranaz tiene una espesa cabellera de castaños y robles. Nuestro San Sebastián baztanés (Santesteban) nos enseña su frívola sonrisa; sus blan-

cas casas se inclinan buscando el beso del Bidasoa.

—Yo he sido tan *tamboril* como tú y el matrimonio me salvó—me dice mi viejo amigo—. Era el que en una sentada comía más de todos estos valles, y aquí hay buenos dientes. Mi mujer mudó mis iniciativas.

—Comprendido; le hizo a usted cambiar de comedor...

—Eso es. En los que somos *chori-burus* (cabezas de pájaro), la mujer es una sangría: o nos cura, o nos mata.

—Conformes—le respondo—; por eso los vascos nos casamos tan tarde. Mi último trabajo romántico ha sido éste: casarme. Y es que en la primera página de una vida jamás se describe a la protagonista; eso es cosa artificial, cosa de novelas...

—Yo no leo novelas—me interrumpe el señor de Yanci.

—Pero las hace usted, y con un argumento muy bonito: el contrabando.

Mi viejo amigo, contento de verme cuerdo, se va derecho al grano.

—Bueno, no perdamos el tiempo; vamos a ver tus planes.

Me preparo con un nuevo vaso de sidra y hablo sin cansarme. Noto que las cosas prácticas poseen la misma embriaguez que los más

altos ideales; su toque certero llega con los años... o con el matrimonio.

—Esta tierra—le digo—está demasiado repartida y la colmena vasca rebosa.

—Pues, hijo, para eso tenemos América.

—No hay necesidad de pasar el mar cuando el huerto vecino está en barbecho. Ir a fertilizar valles tan lejanos como esas pampas es seguir siendo *tamboril*. Las Reconquistas empiezan siempre desde el Pirineo, y no buscan el mar, sino la tierra. Empiezan lentas, pero siempre desde aquí; sigamos, pues, la cuenca de los ríos, como los primeros reyes cristianos.

—Sólo hace falta saber cómo está aquello...

—En barbecho, lo mismo la tierra que las almas; la vejez y la infancia tienen esos puntos de contacto. Abajo, un racimo de nobles y claros varones es dueño y señor de cotos y dehesas que se extienden por la piel de España como una lepra... Hay propietario en Toledo cuyas posesiones abarcan más terreno que Bélgica. A estas sábanas de muchas leguas les llaman latifundios; es decir, lo que debiera ser pequeños flecos de un tálamo nupcial se ha convertido en el terciopelo de un ataúd inmenso. Allí todo son cotos para caza o criaderos de toros bravos. Allí los ríos, grandes y magníficos, no pierden una gota hasta llegar al mar; allí los ferrocarriles, que debieran ser arterias, son sanguijuelas.

—No veo el negocio, querido Fermín.

—Formidable, amigo; formidable. Este Pirineo, lleno de verdura, tiene un regazo muy pobre. ¡En cambio, Castilla...! La piel es seca, ocre y no muy limpia; la vista no descansa en ningún árbol, no saborea ningún vestido regio. Castilla enseña unos harapos de mendiga: su justillo pardo, sus lomas calcinadas, sus faldas grises, sin un adorno ni un brocado fastuoso. ¡Pero qué fecundidad la de sus carnes! Aquí el casero consigue, a fuerza de cuidados, que la tierra le dé cinco granos por uno; sabiendo fecundarla, la matriz castellana da veinticinco. Puede ser nuestra tierra de promisión...

—Muy bien. ¿Y la resistencia que han de oponernos?—me pregunta con sorna el contrabandista.

—No será mucha, pues los dueños buscan el mínimo esfuerzo... Han perdido las virtudes de los abuelos y sólo conservan ciertos instintos: el de pernada, que ahora les cuesta dinero, o el alcohol, como todo caballero que vuelve de caza. Los grandes señores de la Reconquista triunfaron porque fueron leucocitos guerreros; en nuestro siglo, las crías de Lain Calvo son niños bien, elegantes microbios de la economía nacional.

—Yo creí que habías ido a Castilla a perder el tiempo.

—Pues ya ve usted el cuadrito que traigo. Y

no digamos nada del modelo bendecido por la Iglesia...

Después de unas cuantas andanadas picantes, el contrabandista recoge otra vez el curso de mis ideas.

—Supongamos que has visto bien los negocios; ¿cuál es tu plan?

—Canalizar científicamente la emigración para obtener la hegemonía. Los heraldos que han bajado hasta ahora del Norte han sido mercaderes o soldados. Hacen falta técnicos; hay que denunciar los saltos de agua, instalar grandes fábricas de luz, inundar de tranvías y automóviles las carreteras. Hagamos una ofensiva económica; movilicemos el casero y el capital; detrás, como artillería gruesa, vendrán los Bancos. El Pirineo necesita salvar a España; las regiones centrales se están derritiendo y hay que limpiarlas de bacterias para que el agua corra pura.

—Bueno; ya nos entenderemos más despacio. El caso es que a ti te gustan los negocios y que la sangría te siente la cabeza. Tienes razón; primero denunciaremos los saltos de agua...

Cuesta abajo, el nido de esta ave de presa queda atrás. En el paisaje, pulido y limpio, los rayos de sol juegan sobre el torso idílico del monte. Las sombras corren y se abrazan por las hondonadas o descansan al pie de los árboles; la decoración aparece enjoyada de cer-

cas, anillada de agros, surcada de venas blancas sumamente cuidadas. Ondula con suavidad la cabellera espesa de los castaños; la turbulencia del Bidasoa se deshace entre la severidad de los robles centenarios. No hay ni un palmo de tierra en barbecho; en cambio, los harapos del yermo castellano, ¡qué urna esconden más fecunda!...

ANTE LA SOMBRA AUGUSTA DE DON QUIJOTE

Hartura en la tierra, serenidad en el paisaje. Dentro de nosotros, sosiego y paz. Damos grandes paseos por el monte; el viento agita las ramas altas, limpia su fiereza sobre las cumbres, para llegar convertido en suave plegaria. En vez de desgajarnos, como en Castilla, nos acaricia maternalmente.

Trasplantada ya Piedad a este valle baztanés, deja de azotarle aquel viento trágico que hacía gemir sus nervios. Cesan las complicaciones dolorosas, las emociones artificiales, los sentimentalismos literarios, y nos convertimos en una pareja más humana; menos poética, pero más humana. Sopla una brisa propicia para la sementera...

Yo también necesito afianzar mis pies en el Pirineo. Cuanto más afinco mis raíces espiri-

tuales en este solar, más pronto pierden mis pensamientos su vaguedad inicial, más pronto me limpio de ensueños enfermizos, de visiones delirantes y de fermentaciones pesimistas. El Pirineo es mi sanatorio; repara mis fuerzas y me reconcilia con el genio práctico de los Iturris; fuera de él, la herencia de los Mendías se agiganta, triunfa y manda sobre mí. Sin este retorno, la andadura de mi corcel espiritual tendría el trote grotesco de Rocinante; tras las bardas castellanas me acechará siempre el yermo de la locura...

En Vasconia, el gris—que es el creador de la humana tristeza—está en las nubes. ¡Y las nubes son tan instables, son tan fugitivas!... En cambio, el azul, manantial de la esperanza, está en la tierra, en la sonrisa de los prados, en el canto litúrgico de maizales y helechos. Vasconia entera tiene la piel azul...

Castilla, por el contrario, tiene el azul en el cielo y el gris abajo, en la tierra. Su alegría es instable, fugitiva; su tristeza, eterna. Toda la piel de Castilla es gris... ¡Por eso puso el Ideal tan alto!... Y así se quebró. Cuanto más épica empiece la gesta, más grotescamente acabará. ¡Qué bien conoció este secreto el misterioso Cervantes! El azul es la esperanza, y en Castilla el cielo se aleja siempre...

El vasco relega el gris a las nubes, pone su esperanza en la tierra, araña y ahonda. Como

encuentra el azul al alcance de su mano, acaba por triunfar; el prólogo es grotesco, y épico siempre el final. El Quijote montañés vive cuerdo y muere loco; el Quijote de los llanos vive loco para morir cuerdo. Y el secreto de estas andanzas está en el paisaje; depende del gris, depende del azul...

Los calderos de mi escudo, a su debido tiempo, se fundieron; transformados en puente colgante, unen las riberas distintas de dos razas...

Apoyándose en la matriz castellana, el martillo vasco irá forjando miles de cabecitas rubias, de sonrisas niñas, de cándidos y juveniles corazones. Porque sólo penetrando en la matriz, una raza de cíclopes puede ser eterna; porque sólo arañando aún más la tierra, los vascos podrán destronar a Júpiter.

El individuo perece, pues nuestra vida es un momento. Los dioses se van, o por lo menos cambian de traje. Sólo las razas perduran...

EL OTOÑO BAZTANES: ALEGORIA

¡Divinos griegos! ¡Pueblo inmortal que, decorando el hogar con vuestros dioses lares, humanizasteis la divinidad! Yo también tengo la estatua en mi lecho; la traje, como buen navegante, de muy lejos. Sólo falta humanizar mi Ideal...

Apoyados en el alféizar, nuestras manos se entrelazan. Arriba, la paloma zorita acude desde el bosque en busca de su doncel; sobre la ventana, en el alero del tejado, dos tórtolas blancas se arrullan; nuestras bocas se encuentran en un beso largo sin angustias. La misión del versolari se cumple. He limpiado de ensueños negros los establos sentimentales de mi cristiana princesa; un trabajo digno de Hércules...

Ya puede Piedad beber el agua del amor sin que el corazón tiemble, sin que el dolor la hiera, sin que Cupido aparezca vestido de negro, sin que el tálamo tenga aromas de ataúd...

Aquella ropilla negra de los cuadros del Greco se ha transformado a mis ojos en blancos pañales, espuma de encaje, agua de Bautismo.

¡La vieja luz de agonizante, con su llama incierta de hachón funerario, ha despertado en nosotros este temblor creador, que a su vez engendra las carnes rosadas de todos los Nacimientos!

FIN

INDICE

ESPASA-CALPE, S. A.

LOS HUMORISTAS

Volúmenes publicados

JORGE COURTELINE.—*Boubouroche.* Traducida del francés por N. González Ruiz.
Los señores chupatintas. Tr. por N. González Ruiz.

ARNOLD BENNET.—*Enterrado en vida.* Traducida del inglés por Vicente Vera.
El "matador" de Cinco-Villas. Traducida por C. Rivas Cherif.
La viuda del balcón. Tr. por C. Rivas Cherif.

JULIO CAMBA.—*La rana viajera.*
Aventuras de una peseta.

HENRY SIDNOR HARRISON.—*Queed, el doctorcillo.* Traducida del inglés por Juan de Castro.

EUGENIO HELTAI.—*"Family Hotel"* y *Mi segunda mujer.* Traducida del húngaro por A. Révész.
Manuel VII y su época. (Continuación de *"Family Hotel".*) Traducida por A. Révész.
La modistilla. Traducida por A. Révész.
Los siete años de hambre y *Cuentos.* Traducida por A. Révész.
La Verdad a perra chica. Traducida por A. Révész.

ANTON CHEJOV.—*Historia de una anguila, y otras historias.* Tr. del ruso por Saturnino Ximénez.
La cerilla sueca. Tr. del ruso por G. Portnof.

RAMON GOMEZ DE LA SERNA.—*Disparates.*
El Incongruente.
Ramonismo.

AUBURTIN.—*Un vaso con peces de oro.* Traducida del alemán por R. de Luzmela.

ESTEBAN SZOMAHAZY.—*El dramaturgo misterioso.* Traducida del húngaro por A. Révész.

RENE BENJAMIN.—*Gaspar.* Traducida del francés por Manuel Azaña.
El comandante Pipe y su padre. Traducida por N. González Ruiz.

P. VEBER.—*Los cursos.* Traducida del francés por M. Luengo.

VARIOS AUTORES.—*Antología de humoristas húngaros.* Seleccionada y traducida del húngaro por A. Révész.

KALMAN DE MIKSZATH.—*Gente de rumbo* y *El caftán del sultán.* Traducida del húngaro por A. Révész.

JAN NERUDA.—*Cuentos de la Malá Strana.* Traducida del checo por W. F. Reisner.

ARCADIO AVERCHENKO.—*Memorias de un simple*

ESPASA-CALPE, S. A.
BILBAO
MADRID
Ríos Rosas, 24.
BARCELONA
Cortes, 579.

Precio: 5 pesetas.

Published in Spain.


00001593564
UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL